



REX WARNER
PERICLES
ELATENIENSE

REX WARNER HISTORICAL SOCIETY



1954

Traductor de griego antiguo (ha vertido al inglés a Eurípides a Esquilo, ha cultivado la novela y la poesía con igual éxito. Nacido en 1905 en Inglaterra y educado en Wadham, Oxford, formó círculo literario con los poetas WH.Auden y C. Dav–Lewis. La obra Pericles el Ateniense, escrita desde el punto de vista del filósofo Anaxágoras, le sitúa como un profundo conocedor de una de las épocas más brillantes de la política, la filosofía y el arte atenienses.

Pericles, estratega, estadista, discípulo de Anaxágoras y Zenón de Elea, fue quizás, en toda la historia griega, quien más trabajó para la democratización de Atenas y la hegemonía de la ciudad sobre otras poblaciones griegas aún independientes. Esta brillante novela recrea no sólo los episodios políticos y militares de la época sino también el extraordinario clima filosófico y cultural que hizo posible ‘la Atenas de Pericles’.

Preferiría que, día tras día, fijarais los ojos en la grandeza de Atenas, tal como realmente es, y os enamorarais de ella.

PERICLES

ÍNDICE

- I. De Clazomene a Salamina
- II. Victorias
- III. Atenas y sus aliadas
- IV. Primera juventud
- V. La lucha por el poder
- VI Éxito
- VII. Hogar y amigos
- VIII Teorías y hechos
- IX El desastre egipcio y contramedidas atenienses
- X. Paz con Persia y con Esparta
- XI. Actividad en el ocio
- XII. La última oposición
- XIII. La guerra con Samos
- XIV. El fin de la primavera
- XV. Antes de la guerra
- XVI. Se declara la guerra
- XVII. Los últimos años

PRÓLOGO

EL FILÓSOFO ANAXÁGORAS DE CLAZOMENE ESCRIBE A ALGUNOS MIEMBROS DEL CONSEJO DE LA CIUDAD DE LAMPSACO

Mucho me honráis, amigos míos, al pedirme que escriba, para enseñanza de las edades futuras, una relación de los pensamientos y acciones de Pericles, el Ateniense, de cuya muerte acabamos de enterarnos. Y tengo por lo menos dos razones para que me deleite la tarea que me pedís. En primer lugar, Pericles era mi discípulo y mi amigo; me salvó la vida. De no haber sido por él, nunca hubiera llegado a esta agradable ciudad de Lampsaco. Por ello, se justifica que desee conmemorar y, en la medida de mis fuerzas, hacer inmortal a un hombre a quien debo mucho y que me inspira gran consideración. Pero tengo otros motivos, ya no de naturaleza personal, que me impelen a escribir acerca de este gran hombre. Pues creo que ha de admitirse que ha sido el más emprendedor, el más resuelto y el más inteligente de todos los griegos de nuestra época. Dejando por completo a un lado el encanto de su naturaleza y la brillantez de sus realizaciones, constituye un personaje de importancia filosófica.

Los méritos que le atribuyo son, lo admito, grandes. Sin duda ninguna, cabe decir que Pericles era inferior a Temístocles o a Cimón como general, a Esquilo o a Sófocles como poeta, a mí mismo o a Parménides como filósofo. ¿Y entonces? Aspectos como los enumerados no impiden que sea superior a todos nosotros. Como señalé de forma muy cuidadosa en mi obra filosófica, en todo existen elementos de todo, si bien una característica, cuando está bien acentuada, determinará la apariencia del conjunto.

Así, podemos conocer o ver a alguien a la luz de alguna singular habilidad o particular entusiasmo, esta habilidad o este entusiasmo son suficientemente notorios o brillantes. En el hombre, todos los esfuerzos, habilidades, bellezas y aspiraciones están (como en otra parte expliqué) sujetos a la inteligencia de modo muy especial. Es la Inteligencia la que da impulso a la acción y dirige el conjunto. Y esto es lo que más observo y más admiro en Pericles: la fuerza general de la inteligencia que penetra su naturaleza, poderosa en muchas direcciones a la vez, pura, sin mezcla de nada sórdido, y que se extiende más allá del momento, irresistible.

Todo esto ha de admitirse. Todo esto es obvio para aquellos que, como yo, vimos la inteligencia de este hombre en acción, lo observamos en la Asamblea de los atenienses justificando ante aquellos hombres exaltados, volubles y, sin embargo, resueltos y de agudo espíritu, una política impopular, o guiándolos, como si fuesen sonámbulos, en una dirección que ellos nunca habían imaginado. Si uno puede dominar a los atenienses, puede dominarlo todo; y en esto hasta Pericles sufrió episódicos reveses. No obstante, en términos generales, su dominio fue completo; y en términos generales (aunque hubo desde luego ocasiones en que apeló a la codicia o a la ambición del pueblo), ejerció semejante dominio por medio de la razón, de la clara, vehemente y sincera razón. Dio forma a la masa separando, combinando, ordenando como aquella inteligencia que, en mi filosofía, es causa de la apariencia de todas las cosas y de todos los mundos.

Esto acaso parezca suficiente para justificar el que califique a Pericles de 'grande'. Sin embargo, hay aún algunas preguntas que pueden hacerse, y sin duda se harán: ¿usó con sabiduría su inteligencia y siempre a favor de los mejores y más genuinos intereses de su patria y de sí mismo? ¿Será su obra perdurable o efímera? ¿Era el imperio que creó en verdad tan espléndido como lo imaginaba, o era, como dicen los espartanos y sus aliados, una tiranía? Atenas está ahora en guerra, y no hay duda de que el propio Pericles llevó a su patria a esta guerra, cuyo desenlace es incierto.

Es posible que en el curso de la guerra Atenas sea destruida. También es posible que toda Grecia quede tan debilitada por esta lucha que sea luego fácil presa de Persia o de alguna otra potencia

bárbara desconocida. Cabe decir que durante la infancia de Pericles, Grecia estaba unida y era gloriosa; en la época de su muerte, Grecia se ve separada en dos bandos furiosamente hostiles. En gran medida es responsable, sin duda, de este estado de cosas. ¿No podemos afirmar, teniendo a la vista estos resultados, que aplicó mal la gran inteligencia que se le reconoce, y que su organización se dirigía hacia el caos?

Difícil cuestión, amigos míos, pero no, según creo, insoluble.

Recordemos que la apariencia no es la verdad. La apariencia, como escribí en otra parte, es una visión simplista de lo que no vemos. Nuestra primera impresión, nuestros sentidos ordinarios por sí solos, son demasiado débiles para permitirnos juzgar la verdad. Pero esto no significa que la verdad sea inaccesible. La reflexión y la experimentación pueden señalar el error y descubrir el orden. Recuerdo bien cómo, cuando yo era un hombre joven y Pericles sólo un niño, le demostré, por el simple experimento de inflar pellejos de vino con un fuelle, que el aire es corpóreo. Sin embargo, estábamos acostumbrados a considerarlo un vacío. Con su habitual rapidez mental, Pericles advirtió inmediatamente los principios generales que ello implicaba. No quiero decir que reconoció el hecho obvio de que las apariencias son engañosas. No, su mente fue más lejos. ‘Si no hay un espacio vacío en el universo –me interrogó–, ¿cómo una cosa puede estar separada de otra cosa? ¿Cómo puede una cosa nacer a la existencia y otra dejar de ser? Y, ¿Cómo puede haber cualquier movimiento?’ Creo que por entonces no le había enseñado filosofía, lo que no fue obstáculo para que como en un relámpago viera los elementos esenciales del problema en que Parménides, Empédocles y yo mismo nos hemos ocupado principalmente.

Yo solía pensar que había resuelto este problema, pero ahora no estoy tan seguro de ello. Sin embargo, sigo estando perfectamente convencido de la validez de mi método, el método científico que se descubrió, por primera vez en la historia humana, en mi tierra natal de Jonia. Todas las cosas están sujetas a las mismas leyes, si bien estas leyes operan de modos diversos. Toda percepción, por ejemplo, es producida por opuestos, y toda sensación ha de implicar dolor. No obstante, la percepción, cuando es óptima, es clara y distinta; y a menudo la sensación es agradable. Vivimos en un mundo de contradicciones, y estas contradicciones son tan evidentes en los asuntos humanos como en los movimientos o constituciones de los cuerpos celestes. Pero nosotros, los filósofos griegos, hemos supuesto (y acaso sea ésta la suposición más atrevida que hasta ahora se haya hecho) que todas estas contradicciones están sujetas a una ley general y son, en última instancia, susceptibles de explicación.

Ahora bien, respecto de la historia y de la organización social, nuestro conocimiento, nuestra especulación y nuestra práctica están menos adelantados y son mucho menos precisos que en el caso de, por ejemplo, la matemática o la física. Además, existe una importante diferencia entre los primeros temas y los últimos. La vida del hombre no ha de ser solamente estudiada, sino también vivida. Y, para ser vivida de manera adecuada, debe estar encaminada hacia la consecución de ciertos fines. No todos los fines son posibles. El hombre, por ejemplo, no puede vivir la vida de un reptil o un pájaro. Está sujeto, asimismo, a diversas presiones de la naturaleza exterior. Ha de procurarse alimento para mantenerse vivo.

Ha de fortificarse contra sus enemigos. Estas y otras condiciones esenciales de supervivencia se consideraron a menudo de tal importancia que todos los esfuerzos humanos se dedicaron a asegurarlas. Muchos hombres, en todos los Estados, en nada piensan, desde la cuna hasta la tumba, como no sea en como procurarse el dinero que les proporcionara comida, abrigo y seguridad. Grandes potencias, como por ejemplo Esparta, se organizaron exclusivamente sobre la base de la dominación militar sobre vecinos que, de no estar aterrados, se hubieran rebelado. Sin embargo, no se puede decir que estos limitados estilos de vida carezcan de virtud. El espartano es, desde luego, bravo; el mercader, con su duro trabajo, suministra granos, aceite y otros productos a sus compatriotas. Pero el mercader, sin otra preocupación que sus propios negocios, raras veces es buen juez de música, literatura o filosofía; y el espartano, como con frecuencia he observado, pierde toda su virtud tan pronto como se lo aleja del medio familiar de su campamento. Estas vidas limitadas, restringidas, estas vidas vividas sin referencia alguna a los más numerosos y fascinantes aspectos de la naturaleza humana, nunca nos atrajeron a nosotros, los jonios. No obstante, ha de admitirse que a menudo, cuando se nos compara con lo que para nosotros ha sido una sólida estolidez, nosotros, con toda nuestra audacia, iniciativa, variedad e inteligencia, hemos de algún modo fracasado, debido a una ingénita debilidad.

Así como era el más grande ateniense, Pericles era también el más grande jonio. Nunca lo engañó, como a Cimón, la creencia sentimental de que la fuerza bruta y la disciplina son por sí mismas superiores a la inteligencia y a la versatilidad. De ahí su oposición de toda la vida a Esparta. Sin

embargo, nunca restó importancia a cualidades que se conocen, un tanto incorrectamente, como típicas de los dorios. Su aspiración consistía más bien en incorporar estas cualidades, acentuándolas, a un carácter que había de ser, para su época y para todas las épocas, ateniense. En la Atenas que él amaba, el soldado sería tan bravo en el campo de batalla como cualquier espartano; pero su coraje nacería de la reflexión, del conocimiento de lo que estaba en juego, de una disciplina natural y voluntariamente adoptada, antes que de la tenacidad que engendran los afios de arduo adiestramiento, o de la emulación, que es una forma propia de la consideración. Pericles no sustentaba la opinión de que una virtud es incompatible con otra. Su ateniense ideal poseería todas las virtudes y las desplegaría con gracia y versatilidad peculiares. El ateniense había de ser semejante a un dios, sólo, que un dios con una ciudad y con una tarea que cumplir.

Desde luego, Atenas no fue creación de Pericles. Las cualidades que Pericles admiraba e intentaba acentuar existían antes de su nacimiento y se habían revelado victoriosamente activas durante su infancia. Pues la derrota de los persas se debe más a la disciplinada campaña de Atenas que al coraje egoísta y falto de iniciativa de Esparta. Lo que Pericles hizo fue acelerar con plena conciencia un proceso que ya había comenzado. La grandeza de su inteligencia se hace patente en el hecho de que tuvo mas conciencia que cualquier otro de este proceso y de que, al hacerlo avanzar, eligió (dentro de los límites en que debe verificarse cualquier acción humana) los medios mejores y más apropiados. No es excesivo decir que estaba produciendo en Atenas algo que casi venía a ser una nueva raza de hombres. La posteridad juzgará si el éxito coronó su intento. En cuanto a mí, y si puedo aventurar un vaticinio, diría que Atenas provocará la maravilla de las edades futuras, como hoy provoca la nuestra; y, cualquiera que sea el resultado de la guerra actual, sostendría esta opinión. Y si se me preguntara: '¿Destruyó a Grecia Pericles?', Respondería: 'No. Grecia estaba ya destruida. El espíritu del hombre ha sido siempre destruido. Pericles sólo hizo una opción, y, al hacerla, obró como un creador'.

Estas afirmaciones mías, amigos, acaso os sorprendan, pues parecen carecer de pruebas que las apoyen. En lo que escriba intentaré proporcionar la prueba del modo que creo más honesto y más satisfactorio. Relataré los hechos, en la medida en que me son conocidos, y no intentaré ocultar nada que pueda estar reñido con una explicación fácil, personal o sumaria. No cabe cortar las cosas con un hacha, y aquellos de vosotros que estéis de algún modo familiarizados con mi filosofía sabréis que en la apreciación de cualquier suceso o situación espero que se me contradiga, pero que busco la verdad y la adoro.

Y al abordar ahora mi tema, me pregunto cuál será el mejor modo de descubrir y difundir la verdad. Quiero recalcar que narrare todos los sucesos significativos de la vida de Pericles que conozca por experiencia personal o por referencias dignas de crédito. Pero también, según creo, debo hacer algo más que eso. Ninguno de nosotros está por entero libre de prejuicios ni de parcialidad; y yo, en este caso, indicaré el punto de vista desde el cual hago mis observaciones. Y, lo que es más importante, no trataré a Pericles como un objeto aislado en el espacio. Está tan enlazado con el pasado como con el futuro. Por lo menos, haré algunas referencias a la historia antigua a partir de la cual creó la historia nueva.

En fin, mi punto de vista es el de un jonio que pasó la mayor parte de su vida en Atenas. Además, ocurre que desempeñé un pequeño papel en algunos de aquellos grandes sucesos que constituyeron el telón de fondo de la infancia de Pericles. Acompañé la expedición persa a Grecia y fui testigo ocular de algunas de las acciones bélicas. Si por ello comienzo a hablar de Pericles de un modo que podría calificarse de autobiográfico, espero, amigos míos, que no consideréis que procedo así llevado por la vanidad. Adopto meramente lo que me parece el método más científico para lograr mi propósito, que es una investigación, no de mí mismo, sino de Pericles. Cuando me ocupe del período en que Pericles comenzó a intervenir en la vida política, tengo la esperanza de escribir de modo tal que apenas se advierta mi existencia.

CAPITULO 1

DE CLAZOMENE A SALAMINA

Se dice: ‘Cada hombre tiene su ciudad’, pero yo tuve tres ciudades y por todas ellas siento lealtad y afecto. Ahora poseo el privilegio de disfrutar de la ciudadanía de Lampsaco y aquí espero pasar mis últimos años. Desde luego, en Atenas nunca gocé de la plena ciudadanía. Era éste un derecho que los atenienses guardaban con mucho celo, y no menos el propio Pericles. Sin embargo, aun siento que Atenas fue mi ciudad, la ciudad de todos los jonios, la ciudad de todos los helenos. Y así deseaba Pericles que nos sintiéramos.

Pero nací en Clazomene, en la costa griega de Asia, frente al mar y junto a los largos promontorios, bajo un cielo cuyo aspecto cambia por momentos. Como sabéis, Clazomene es una de las doce ciudades jónicas, y mi padre, que poseía cierta fortuna, desempeñó a menudo cargos oficiales en nuestro templo, el Panionio, situado en el sur, frente a Samos. También participó en la gran rebelión jónica contra Persia, que tuvo lugar poco después de mi nacimiento. Es natural que no recuerde nada de esta revuelta, pero en mi infancia las nodrizas, los parientes y los amigos me referían historias de cómo el ejército jónico había emprendido una intrépida marcha tierra adentro para incendiar la capital persa de Sardes, y de cómo las noticias de este brillante éxito levantaron a las ciudades griegas desde el lejano sur de Asia Menor hasta los Dardanelos, las cuales lucharon por su libertad y por los grandes días vividos antes de la llegada de los persas. Aun antes del ataque a Sardes –en el mismo momento en que comenzó la rebelión–, Atenas, si bien por entonces libraba una guerra con la isla vecina de Egina, nos había enviado temerariamente, a nosotros sus deudos, una gran parte de su flota y una considerable fuerza de infantería. Esparta no había hecho nada para ayudarnos. Oí muchos relatos del heroísmo desplegado por los jonios en los cuatro o cinco años de resistencia activa, que culminaron en la gran batalla naval librada frente a Mileto, cuando nuestra flota de trirremes alcanzaba el enorme número de trescientos cincuenta, la flota griega más grande que nunca surcara el mar. En dichas historias se me alentaba a admirar las hazañas de mi pueblo, y, como hacen los niños, admiré cualquier suceso o acción dignos que tuvieran reacción conmigo. Pero, al reflexionar más sobre ello, hallé poco que admirar, como no fuesen acciones individuales. En todo ello no pude descubrir una inteligencia rectora. Me pareció sorprendente que los atenienses, después de habernos ayudado cuando estalló la revuelta, es decir, en los momentos de mayor peligro, luego nos retiraran el apoyo, y se me ocurrió que acaso hubieran estimado correctamente la situación, una situación en la cual muchos Estados tenían más interés en asegurarse ventajas sobre sus vecinos que en derrotar al enemigo. No había unidad de mando y, después de las primeras acciones, la iniciativa desplegada fue escasa. Por otra parte, los ejércitos persas de tierra operaban, evidentemente, con gran inteligencia, y en la batalla naval de Lade fueron los persas y no los griegos quienes atacaron. Y la verdad es que la mayor parte de la flota griega se dispersó aun antes de que se iniciara la batalla. Esto no se debió a que nos faltara coraje sino a que no estábamos infundidos de aquella inteligencia rectora que favorece la resolución y alcanza éxitos. ¡Cuán diferente fue aquella batalla marítima, librada cerca del mismo lugar quince años después, en que el padre de Pericles, Jantipo, al mando de una flota ateniense, recobró nuestra libertad en Micala!

Años después, y por no haber mostrado suficiente entusiasmo patriótico por la rebelión jónica, se me acusó ante los tribunales atenienses de ser pro persa, aunque el cargo fundamental que se me hacía era el de impiedad. Innecesario decirlo, ambas acusaciones eran falsas. Simpatizaba con mis compatriotas, que habían muerto como valientes, si bien una ulterior reflexión me hizo pensar que habían muerto inútilmente o, en todo caso, por un fin muy discutible. Se trataba desde luego de una tragedia, pero de una tragedia que casi no tenía justificación. Mucho me conmovió cuando me enteré de lo que había ocurrido en Atenas en un festival dramático, poco después del aplastamiento de la revuelta y de la captura de Mileto. El dramaturgo Frínico había llevado a la escena aquellos sucesos finales y todo el auditorio se conmovió hasta las lágrimas. Impusieron a Frínico una fuerte multa y aprobaron un decreto por el que se prohibía toda representación futura de su drama.

Por mi parte, tuve la fortuna de haber sido demasiado joven en aquella época, pues en las ciudades que los persas reconquistaban, no pocos muchachos, no mucho mayores que yo, fueron castrados y enviados, para servir como eunucos, a la corte del rey o a los palacios de nobles persas. También fueron enviadas allí muchas muchachas, pero su destino puede considerarse, por lo menos, acorde con la naturaleza.

En Clazomene, no obstante, que fue una de las primeras ciudades que los persas volvieron a ocupar, las represalias no fueron severas ni duraron mucho. Por mi parte, no puedo recordar inconveniente de ninguna índole. En general, creo que la política persa hacia las ciudades griegas era prudente y tolerante. Con ayuda de la influencia persa, en muchas de ellas se instauraron gobiernos

democráticos; los impuestos no eran excesivos, y muchos griegos desempeñaron cargos de confianza y honor en la corte. El rey Darío, que era no sólo un admirable administrador, sino un hombre bueno y honorable, acogió bien y protegió a los griegos procedentes del continente y de las ciudades jónicas. Tenía junto a él a los hijos de Pisistrato, el gran dictador de Atenas, y al exiliado rey Demarato de Esparta, hombre muy inteligente para ser espartano y el único rey espartano que ganó alguna vez la carrera de carros en Olímpia. Había también otros que, sin estar exiliados, optaron por servir al Gran Rey; no es asombroso, entonces, que a la mayoría de nosotros, durante mi infancia y primera juventud, nos pareciera natural e inevitable que el vasto y, en general, benéfico poder de Persia se extendiera a todo el mundo. Estábamos equivocados, pero por entonces había pocas pruebas que evidenciaran nuestro error.

Sin embargo, ahora, cuando miro hacia atrás, puedo ver que aun aquellas escasas pruebas debieron haber sido suficientes. Los reyes de Persia contaron con frecuencia con bravos soldados y buenos generales; ellos mismos fueron a menudo prudentes, perspicaces y ambiciosos. Pero toda la inteligencia (aquel principio rector de la creación) procedía, por así decirlo, de arriba. No había alcanzado a la masa. Los persas obedecen leyes, pero no las hacen. Desde un punto de vista político, carecen de integración, inclusive de un orden inferior, como diría Pericles, quien tenía clara conciencia de la integración del coraje y de la inteligencia que se había consumado en Esparta. No obstante, sus propias ideas acerca de la integración (noción hacia la cual tendí acaso a guiarlo en nuestras primeras pláticas filosóficas) eran de un orden por completo distinto. De cualquier modo, el hecho que debió aparecer evidente en la teoría aun antes de que lo probara la práctica, es que los meros números no son por sí mismos irresistibles. Esto es obvio, pero tendemos por hábito a pasar por alto lo obvio. Habíamos visto a los persas tan constante y holgadamente victoriosos que no podíamos concebir un fin a tal proceso.

Por la época en que yo contaba ocho años, el yerno del Gran Rey, Mardonio, había avanzado hasta Macedonia. El año siguiente una expedición marítima zarpó de Samos hacia Atenas y Eubea.

Muchos jonios servían a bordo de los navíos y aún puedo recordar haber oído relatos de primera mano de cómo la enorme fuerza persa había sido derrotada, en forma aplastante, por los atenienses en Maratón. Aquello era un portento, pero casi nadie lo reconocía como tal. Nosotros también, reflexionábamos, habíamos logrado una vez una victoria sobre los persas, pero luego hubimos de padecer por ella. Además, al ver a Atenas desde lejos y al observarla con criterio equivocado, creíamos descubrir en ella los mismos síntomas de confusión interna que habían contribuido a debilitarnos. El héroe de Maratón, Milciades, padre de Cimón, fue acusado, se le impuso una multa y murió en desgracia poco menos de un año después de la batalla. Entre sus acusadores figuraba Jantipo, padre de Pericles. Y en años subsiguientes, otros importantes atenienses, entre ellos el propio Jantipo, hubieron de padecer honorable exilio en virtud de aquel peculiar recurso ateniense del ostracismo, merced al cual si se reúnen contra un individuo los votos suficientes, éste se ve forzado a abandonar el país por diez años. Tales ostracismos no son tan estúpidos como parecen. Por lo común, se trata de elegir entre dos hábiles estadistas de políticas divergentes, y los atenienses creen que, si una política es preferible a otra, ha de realizarse mejor cuando su más notorio antagonista no está en condiciones de ponerle trabas. En aquellos años la política de la democracia ateniense era coherente, si bien nosotros, en Jonia, no lo sabíamos. En años posteriores tuve ocasión de hablar con muchos de los que habían combatido en Maratón, incluso con el poeta Esquilo, cuyo hermano murió como un héroe en la batalla. Hallé que a esos hombres les inspiraban, en general, menos interés los grandes nombres y los grandes clanes, que lo que había esperado. Sus opiniones diferían mucho (y el ateniense es siempre versátil), pero sin embargo había unanimidad en ciertos temas, así como la resolución que nace de ella. Creían en esta nueva democracia suya, y también creían en la virtud o excelencia atenienses. Pero todos disentían en lo tocante a los medios por los cuales podía desplegarse. Desde luego, había también, como siempre ha habido en Atenas, tenaces rivalidades personales. Sólo el número de ostracismos de aquellos años indica lo enconadas que eran estas rivalidades. A pesar de ello, y para mayor fortuna, tanto en Atenas como en Grecia los estadistas que mostraban mayor poder de supervivencia eran los más perspicaces y los que desarrollaban una política más consecuente. Por ejemplo, Temístocles, hombre nuevo que no estaba relacionado con ninguna de las familias nobles y que, sin embargo, por su política y su inteligencia, es precursor de Pericles. Temístocles fue el primero que vio el futuro de Atenas en el mar. Creó el poderío naval ateniense y, al hacerlo, amplió la base de la democracia ateniense; pues en una potencia naval el marinero, que no necesita poseer nada, es por lo menos tan importante como el hombre lo bastante rico como para equipar un soldado de caballería o

un hoplita. Con más luces y mayor prestigio social, Pericles había de seguir avanzando por el sendero de Temístocles y había de conservar por mucho más tiempo su ascendente; pero lo cierto es que nadie, ni siquiera el propio Pericles, demostró mayor inteligencia práctica que Temístocles en aquellos años del peligro persa.

A nosotros, sin embargo, que vivíamos en Clazomene, hasta el nombre de Temístocles nos resultó casi desconocido durante los nueve años que siguieron a Maratón. Conocíamos y respetábamos a Atenas como madre patria de los jonios. La admirábamos por la resistencia que había opuesto en Maratón, pero no envidiábamos mucho su probable destino. Cuando yo imaginaba la posibilidad de establecerme en cualquier otra ciudad, pensaba siempre en las ciudades griegas del oeste, en Sicilia o Italia, donde parecía que la filosofía, nacida en Jonia, cobraba entonces nueva vida. Pues aun en mi niñez fui a mi modo un filósofo y, mucho antes de que acabara mi adolescencia, reverencie en mi espíritu no a los grandes dinastías, sino a los filósofos de mi tierra natal. Polícrates de Samos había dominado el mar, y ya en mi infancia, el esplendor de su corte se había convertido en leyenda. Pero Tales de Mileto se había aventurado a plantear, por primera vez en la historia, una cuestión científica. Otros, aún bajo la conquista persa, habían continuado su obra en Mileto. Yo mismo escuché a los que habían recibido las enseñanzas de Anaxímenes. Me deleité el audaz sentido común de Jenófanes, natural de la cercana Colofón, que en pocas y breves sentencias me aclaró lo absurdas e indignas que son las opiniones del hombre sobre los dioses. Pues, ¿por qué habría de revestir un dios forma humana y por qué habría de hablar griego?

He de hacer notar, sin embargo, que Jenófanes no da ninguna explicación del movimiento. También discutí a Pitágoras con mis amigos y lo hallé insatisfactorio. Unos treinta años antes de mi nacimiento, el filósofo había abandonado Samos para instalarse en el sur de Italia. Allí aún hoy sus secuaces ejercen no sólo influencia intelectual sino también política. Esta influencia procede del hecho de que constituyen una suerte de hermandad secreta antes que de sus méritos políticos o científicos. Combinan una admirable destreza matemática con una suerte de superstición. Sus descubrimientos en geometría son notables, pero, por alguna razón que ellos conocen mejor que nosotros, se niegan a comer habas y preferirían morir a tocar un gallo blanco. Nuestro gran filósofo jonio Heráclito de Éfeso tenía razón cuando escribía: ‘El saber muchas cosas no enseña a comprender. De lo contrario, se lo habría enseñado a Pitágoras y Jenófanes’. Heráclito fue el último de los filósofos jonios con cuya obra me familiaricé en mi infancia y en mi adolescencia. Aún lo hallo extrañamente grave, si bien, a medida que progreso en sabiduría, sé menos qué quiere decir. Más que cualquiera de los otros, Heráclito me incitó a perseguir la sabiduría. Infinidad de veces, mientras yacía al sol o a la sombra, a lo largo de las orillas cubiertas de cañas de los cursos de agua que fluyen hacia Clazomene y el mar, me repetí: ‘La sabiduría es esto: conocer el pensamiento por obra del cual todas las cosas están dirigidas a través de todas las cosas’. Y los planes que mi padre había hecho para mí me dejaron un tanto indiferente. No tenía deseos de verme excesivamente abrumado por los deberes públicos y la administración de una propiedad. Observaba las estrellas, los animales y los pájaros, el cielo y el mar. Al fin, estaba determinado a ello, renunciaría a mi fortuna y consagraría mi vida a la ciencia, tal vez en alguna ciudad jónica, tal vez en una de las grandes ciudades griegas de Italia o Sicilia. Pero antes deseaba viajar y ver algo del mundo. Por esta razón, a la edad de dieciocho años tomé parte en la expedición de Jerjes contra Grecia.

Y aquí, puesto que me acusaron de ser pro persa, son necesarias unas pocas palabras de explicación. Ahora que todas las islas y la costa asiática de Grecia han sido liberadas (o, por lo menos, están sometidas a Atenas y no a una potencia extranjera), acaso parezca extraño o hasta inicuo imaginar una situación en la que griegos al servicio de Persia marcharan contra compatriotas griegos. Pero en aquel tiempo a nosotros no nos parecía extraño. Nosotros, jonios que, de grado o por fuerza, nos hallamos en las huestes del Gran Rey, no esperábamos en verdad que hubiera lucha. Conforme a las noticias que nos llegaban, toda Grecia, con excepción de Atenas y Esparta, había dado ya muestras de sumisión, marítima y terrestre, a Persia; y estos informes no eran del todo exagerados. Se esperaba que la expedición de Jerjes fuese una procesión triunfal antes que una campaña militar. Por lo demás, no teníamos conciencia de que, en realidad, nos oponíamos a nuestros compatriotas. Junto a Jerjes había muchos griegos ansiosos de recobrar el poder en Estados de los que, por una razón u otra, habían sido desterrados. Toda la operación (así nos parecía a nosotros) acabaría con una extensión de los dominios del Gran Rey, pero en términos prácticos de política griega, sólo con la sustitución de un partido por otro.

Estábamos, desde luego, equivocados, y por mi parte me siento avergonzado al pensar cuán poca era mi percepción política y científica. Ciertamente que hombres más viejos y más sabios que yo cometieron el mismo error, pero nunca consideré que las faltas de Otros justificasen la mía. Prefiero excusar mi insensibilidad en este punto diciendo que entonces no pensé que pensaba como todos los demás.

Y, en efecto, cuando salí de Clazomene para unirme en Sardes al ejército del Gran Rey, no me preocupaba más que la excitante novedad de un viaje por tierras extranjeras. Y lo cierto es que en el ejército del rey había de sobra para excitar cualquier inteligencia curiosa. En este ejército figuraban casi todas las razas del mundo conocido. Se me dijo que en él hablaban más de quinientas lenguas. Y no sólo en el lenguaje, sino también en el vestido, el equipamiento, las armas, la pigmentación, las costumbres y las religiones había una extraordinaria variedad. Los soldados persas me eran familiares con sus calzas y cotas de malla que se asemejaban a las escamas de un pez; pero miraba maravillado los contingentes de otros pueblos de los cuales hasta entonces nada sabía: los asirios con sus yelmos de bronce y sus garrotes de madera provistos de clavos de hierro, los indios con sus trajes de algodón y sus arcos de caña, los etíopes con sus escudos hechos con cueros cabelludos y que se cubrían la cabeza con cráneos de caballo cuyas orejas y cuya crin les pendían por detrás. Había otros, innumerables; pero no es éste el lugar de describir el ejército ni la marcha a través de Asia, y por el Helesponto, hasta Grecia. Ya lo describió mi joven amigo Herodoto, que por entonces era un niño y que en años posteriores pasó muchas horas conmigo en Atenas preguntándome acerca de todos los detalles de la expedición. Con su gran habilidad y su notable inteligencia, produjo, según creo, una obra maestra literaria, si bien dudo que mereciera la enorme recompensa monetaria que se le otorgó en Atenas, por mediación de Pendes. Aún hoy hay una inmensa demanda del libro y la gente está dispuesta a pagar precios exorbitantes por él, mientras que mis obras filosóficas se consiguen en Atenas por el modesto precio de una dracma. Personalmente, me complace el éxito del joven Herodoto y me alegra el que yo haya, en cierta medida, contribuido a él. No obstante, me habría agradado que en algunos temas adoptara una actitud más científica. Recuerdo haberle hablado, por ejemplo, de la llamada piel de Marsias, que se exhibe en la ciudad frigia de Celene. Se insta a los turistas a que la admiren como la piel del sátiro, o Sileno, Marsias, que fue desollado por Apolo después de haber competido con él en música, sin éxito. Ahora bien, como dije a Herodoto, yo mismo la identifiqué como la piel de un raro espécimen de macho cabrío montés capadocio. Además, mis estudios de anatomía y reproducción me han llevado a creer que es muy poco probable que hayan existido nunca criaturas tales como los sátiros. Pero en su historia, Herodoto no menciona que yo haya identificado la piel. Prefiere conservar la superstición, repitiendo sin más la historia local. Sin embargo, su obra es, en general, digna de admiración, y su relación de la expedición de Jerjes es excelente. No es necesario que os mencione en detalle aquellas tremendas experiencias que él describió tan bien. Sin embargo, pocos que no lo hayan visto podrán imaginar aquel gran puente tendido a través del Helesponto, abarrotado de todas las naciones del este, que marchaban a conquistar Europa. Y cuando avanzábamos a través de Tracia para llegar a Tesalia, se nos unieron más y más contingentes de tropas, griegos, macedonios, tracios y extrañas tribus de las desconocidas tierras interiores. Físicamente hablando, parecía que aquella fuerza era del todo irresistible.

Se produjeron tres sucesos inesperados. Primero, la gran tormenta en la cual quedaron destruidos cuatrocientos buques de la armada real; luego, la heroica resistencia de los espartanos y sus aliados en las Termópilas y, no menos importante, el hecho de que la pequeña flota griega, constituida en su gran mayoría por navíos atenienses, obligó a la flota real a internarse en las aguas del estrecho que separa a Eubea del continente. Pero estos sucesos no fueron decisivos, ni siquiera muy importantes. Los espartanos habían perdido posiciones y la flota persa, después de la tormenta, era aun por lo menos tres veces más poderosa que cualquier flota que pudiera reunirse para enfrentarse a ella.

Y así el ejército avanzó hacia el sur, hacia Ática, sin encontrar resistencia. A finales del verano llegamos a Atenas y la hallamos abandonada, con excepción de unos pocos ancianos y cuidadores del templo que, por haber prestado crédito a un oráculo, se atrincheraron en la Acrópolis. Los persas quebrantaron pronto su defensa y mataron a los atenienses que no se habían suicidado. Luego pegaron fuego a los templos de la Acrópolis, y Jerjes envió un mensajero a Susa para anunciar a toda Persia que su victoria, por lo menos en cuanto concernía a los atenienses, era completa. Fue por entonces cuando yo, con otros pocos jonios que compartían mis opiniones, abandonamos el ejército del rey y después de sobornar al capitán de una de las pequeñas embarcaciones incorporadas a la flota real, zarpamos hacia Salamina, donde estaba concentrada la flota ateniense y donde se había refugiado la

mayor parte de los atenienses no combatientes. Impulsó nuestra acción, según creo, el natural espíritu aventurero de la juventud antes que cualquier otro motivo más noble. Ciertamente que habíamos comenzado a sentirnos un tanto avergonzados por la perspectiva de tener que luchar contra nuestros compatriotas. Y en esto acaso haya influido en nosotros la propaganda de Temístocles. Pues, conforme a sus instrucciones, se habían grabado o pintado en las rocas que jalonaban las rutas terrestres y marítimas por las que los persas habían avanzado, exhortaciones a los griegos que servían en el ejército o en la flota a que no incurrieran en la culpa de ayudar a destruir su propia madre patria. Asimismo, en esas exhortaciones se aseguraba que la victoria final sería de los griegos y que se castigara a quienes habían colaborado con los persas. Creo que pocos creían en estas seguridades. No sabíamos precisamente qué iba a ocurrir, pero dábamos por descontada la conquista del continente por parte de Persia. En cuanto a nosotros, alentábamos la esperanza de que, si sobrevivíamos, se nos ofrecería la oportunidad de navegar hacia el oeste, a Italia o Sicilia, hacia cualquier otra ciudad griega ya establecida, o bien a una nueva colonia que fundaran los atenienses para reemplazar a su ciudad, ahora ocupada y semidestruida por los persas. No se me ocurrió la idea de que pasaría la mayor parte de mi vida adulta en una nueva Atenas, mucho más gloriosa que la antigua y emplazada en el mismo lugar.

De modo que llegamos a Salamina y allí fuimos bien recibidos, tanto por nosotros mismos (mi padre mantenía ciertas relaciones de hospitalidad con algunas de las principales familias atenienses) como por las informaciones que llevábamos respecto de las fuerzas persas. Entre los que me hicieron preguntas figuraba Jantipo, padre de Pericles. Había estado en el exilio, pero lo había favorecido la amnistía general del año anterior. Se comportó conmigo generosamente y, a través de él, trabé relación con Pericles, que entonces era un muchacho de más o menos catorce años.

CAPITULO II

VICTORIAS

Puedo verlo ahora tal como lo vi entonces, como un muchacho de extraordinaria belleza, de inteligencia poco común y de la más suave disposición de ánimo. Cuando lo conocí (y enseguida nos hicimos amigos), estaba colérico y agriado, pero en su cólera y en su amargura no había nada de tosco, nada de torpe, nada de estúpido. Estaba colérico a causa de su perro, y en su cólera hallé detalles que me parecieron notables. En primer término, la cólera había durado varias semanas (cosa insólita en un muchacho de su edad); y luego su sentimiento, sin dejar de ser intenso, se había generalizado en cierto modo. Desaprobaba la conducta de su padre en aquella ocasión, aunque sin una real animosidad personal. Su actitud se asemejaba a la de un dios que condena y tal vez castiga con severidad las acciones, al paso que mira con calma al que las realiza. Sin embargo, no se mantenía apartado (como se dice que se mantienen los dioses) y estaba lejos de ser insensible.

Al parecer, he aquí lo que había ocurrido. Cuando evacuaba a su familia y sus efectos de su finca situada cerca de Atenas, Jantipo había impartido órdenes de que no se embarcaran animales en el primer navío; los caballos, los podencos y demás ganado se trasladarían luego, suponiendo que esto fuese posible. Era una orden muy sensata si se considera la falta de espacio, pero uno de los podencos, el favorito de Pericles, se negó a quedarse atrás. Este animal se lanzó al agua y comenzó a nadar tras el navío, que, desde luego, se alejaba de él con rapidez. Pronto sólo se vio una mancha a la distancia, que era la cabeza del perro, y, en medio de la general prisa y confusión, nadie oía los ruegos de Pericles, que exhortaba a detener el navío para socorrer al animal. Intentaron, sin éxito, tranquilizar al muchacho; se le dijo que el perro pronto se cansaría y volvería a la orilla. Pero el perro no hizo nada parecido. Por algún instinto olfativo o visual, mantuvo contacto con el navío durante toda la travesía y, cuando estaban terminando de descargar en Salamina, volvieron a verlo nadando aún hacia la costa. Pericles, y también Jantipo, corrieron a la playa, alegres, para dar la bienvenida al animal. Pero el perro estaba agotado. Se arrastró por la arena, agachó las orejas y con una última convulsión murió. Me dijeron que durante la semana que siguió a esto Pericles no dirigió la palabra a su hermano mayor, Arifón, que no había dado importancia alguna al suceso. También estaba furioso con su padre, a quien consideraba responsable de aquella muerte, si bien al fin se apaciguó cuando Jantipo, que estaba muy

apenado por el muchacho y, al mismo tiempo, orgulloso del comportamiento del perro, mandó que se erigiera una tumba al animal en las costas de Salamina. Puede vérsela allí en nuestros días.

Menciono este incidente a fin de ilustrar un aspecto del carácter de Pericles que, por lo general, se desconoce. La gente que sólo lo vio en público se inclina a considerarlo un hombre austero o, como solían decir, ‘olímpico’; no reconocen aquella ternura suya que se hacía muy patente en sus relaciones privadas y que se extendía, como hemos visto, hasta a los animales.

En compañía de Pericles observé, desde un promontorio de Salamina, la gran batalla naval que se libró en los estrechos. El muchacho estaba ansioso por participar en el combate y lo mismo me ocurría a mí; pero los buques tenían ya la tripulación completa. Yo carecía de equipo, y por eso se me confió un pequeño cargo administrativo en tierra. Jantipo mandaba un trirreme, y junto a él estaba el hermano mayor de Pericles.

Herodoto y Esquilo han descrito muy bien la batalla, pero ninguno de estos escritores expresó de manera cabal el extraordinario sentimiento de alborozo y alivio que todos nosotros experimentamos después de esta tremenda victoria. Jerjes se dirigía a marchas forzadas al Helesponto, y su flota diezmada se retiraba a Jonia. Y aquello era, como el joven Pericles me señalaba una y otra vez, obra principalmente de los atenienses. Habían proporcionado los mayores contingentes a la flota aliada y, en general, se admitía que el artífice de la victoria era el ateniense Temístocles.

Por lo demás, al juzgar a este estadista, Pericles, según me parece, demostró inteligencia y originalidad. Puede considerarse natural que un muchacho de su edad haya convertido en héroe a quien logró victoria tan resonante; o bien el muchacho hubiera podido seguir razonablemente a sus mayores –Jantipo, Aristides y otros– que, siendo antagonistas políticos de Temístocles, tendían a restar importancia a sus hazañas y ya habían comenzado una vez más a unirse contra él. Las habituales quejas que Temístocles provocaba consistían en que era demasiado hábil y que, al promover su propia carrera, debilitaba a la aristocracia terrateniente y fortalecía en forma imprudente a las clases más pobres. Pericles, sin embargo, no dejó que nunca en su vida lo afectaran argumentos derivados de la envidia o el prejuicio. Sabía que era imposible ser demasiado hábil. Y en cuanto a las que se consideraban tendencias ultrademocráticas de Temístocles, las aprobaba, pues comprendía que, si bien podía perturbarse el equilibrio de fuerzas entre las facciones existentes, el poder total y la influencia de todo el Estado se incrementaban por obra de la política de Temístocles. Y juzgaba que, en una democracia más fuerte y más amplia, los miembros de su propia clase podían, si tenían suficiente capacidad, ejercer una influencia más poderosa y fructífera que antes. Y si carecían de capacidad, de cualquier modo no eran aptos para desempeñar funciones de responsabilidad.

En el año que siguió a Salamina se argumentó mucho acerca de estas cosas, y hasta Jantipo escuchaba a menudo con sonrisa divertida y tolerante. Incurría en el error, que es general entre los padres, de creer que era por naturaleza más inteligente que su hijo. ‘Cuando tengas que administrar una propiedad, hijo mío –solía decir–, pensarás de modo distinto.’

Desde luego, afirmaciones como ésta son verdaderas en los casos de aquellas gentes, que forman legión, sólo capaces de pensamiento constructivo entre los catorce y los veintiún años de edad. Pero el espíritu de Pericles era de otro orden. El propio interés nunca distraía su pensamiento, ni lo embotaba la apatía de las convenciones. Hasta su padre reconoció en él algo superior y, sin mucha conciencia de ello, estaba orgulloso, si bien imaginaba que, con el transcurso del tiempo, Pericles cambiaría para convertirse en un hombre más ordinario y de reacciones más fáciles de prever. Poco después de la batalla, retornamos a Atenas, y Jantipo, con toda generosidad, me invitó a vivir en su casa, cerca de Colona. Con ciertas reservas (pues pensaba que todos los jonios tendían a ser ‘demasiado hábiles’), aprobó la amistad que nacía entre Pendes y yo. Y lo mismo hizo Aganista, madre del joven. La familia de ésta, por supuesto, era aun más distinguida que la de Jantipo. No hay familia en el mundo griego más famosa que la de los Alcmeónidas, tanto por sus buenas acciones como, añadámoslo, por las malas. Aganista era sobrina de aquel Clístenes que había fundado la democracia en Atenas. Ella misma exhibía mucho de esa brillantez intelectual y política que caracterizaba a su familia. Como su hijo, era más buena que mala; y a Pericles, que era con mucho su hijo favorito, confiada y acertadamente le vaticinó un gran futuro. En cierta ocasión me dijo que, cuando estaba embarazada de él, soñó que había dado a luz un león. Este sueño impresionó de manera muy profunda a Jantipo, pero Aganista, como mujer inteligente que era, no le atribuyó mayor importancia. Por mi parte, considero que los sueños ilustran el carácter o los apetitos del soñante antes que señalar el futuro. Aganista estaba decidida a tener un hijo distinguido; como pronto vio, su primer hijo, Arifrón, no ofrecía nada notable; por ello su espíritu se concentró con gran tenacidad en la perspectiva que

entrañaba Pericles. Dudo que el espíritu de una madre pueda influir poco ni mucho en el embrión humano. Muchas mujeres, tanto inteligentes como necias, desearon tener hijos distinguidos y, como regla, quedaron defraudadas. Pero una vez que ha nacido un niño de real capacidad, no hay duda de que esta capacidad puede acrecentarse por obra del cuidado y entusiasmo de una madre brillante y ambiciosa. Puedo recordar de modo muy vívido y con placer aquellos meses invernales, cuando conocí por primera vez la ciudad, devastada como estaba, y a los atenienses, que luego fueron los grandes amigos de mi vida adulta. Yo también compartía aquel enamorado sentimiento de júbilo provocado por la victoria, si bien ésta no había afianzado aún la seguridad de Grecia y, mucho menos, la de Atenas. Pero aún puedo ver en mi imaginación aquel coro de jóvenes que cantaban, entre las ruinas de los templos de los dioses, el himno de acción de gracias y la alabanza de Salamina. Dirigía el coro el joven Sófocles, que luego sería el gran poeta. Tenía la misma edad que Pericles y tal vez fuera el muchacho más hermoso de Atenas. No sólo poseía belleza sino también maneras exquisitas y una habilidad notable para la música y la danza. Su familia era dueña de una finca cerca de la de Jantipo, y él y Pericles habían sido amigos desde la infancia. Me placía observar a los dos jóvenes juntos, pues Pericles era también hermoso, aunque su belleza no diera estricta satisfacción a las exigencias que pudiera tener un pintor, como pasaba con la de Sófocles. Tenía, por ejemplo, una cabeza curiosamente alargada y ello le causaba verdadera preocupación. Con frecuencia llevaba sombrero cuando era innecesario, y en los últimos años no permitía que se le hiciera ningún retrato si no estaba cubierto con el yelmo. Naturalmente, los poetas cómicos no dejaron de explotar esta circunstancia. Es éste el único ejemplo que conozco de afectación o engreimiento en el carácter de Pericles. En realidad, cuando uno hablaba con él, no advertía en modo alguno la forma de su cabeza que, de cualquier manera, no era desagradable. Lo que sí llamaba la atención era un brillo casi misterioso en sus ojos. Sin embargo no era nervioso, y sus movimientos nunca dejaban de mostrar cierta lenta dignidad. Pero era capaz de los cambios de expresión más rápidos y, en ocasiones, hacía un súbito y decisivo gesto, que impresionaba tanto más cuanto que era rano. Había también un encanto y una variación peculiares en su voz, a veces profundamente seria, a veces apasionada, a veces llena de risa. La verdad es que (y esto acaso sorprenda) estaba más dispuesto a reír que Sófocles, quien, a pesar de la infinita gracia de sus maneras, resultaba en cierto modo convencional en su conversación, y a quien a veces parecían chocarle las rápidas réplicas y contrarréplicas de ironía o crítica que tenían lugar entre Pericles y yo. Quizá Sófocles, no obstante todas sus grandes cualidades, careciera de aquella facilidad analítica que es tan importante en un estadista y en un filósofo. Y lo cierto es que en años posteriores mostró menos interés por mis escritos filosóficos que lo que podía esperarse, y no lo vi a menudo, como no fuese cuando yo acompañaba a Pericles, a quien permaneció devoto hasta el fin. Me alegra que Sófocles esté aún vivo y continúe escribiendo tragedias que, aunque menos interesantes para un filósofo que las del joven Eurípides, son admirables producciones llenas de vigor.

Pero no deseo dar la impresión de que aquellos meses invernales fueron un período de triunfo y de agradable conversación entre muchachos. Pronto resultó patente que los persas estaban aún con nosotros. Jerjes había abandonado Europa y su flota se había retirado también a las bases de Jonia; pero Mardonio, con la mejor parte del ejército, permanecía aun en Grecia, con la intención evidente de reanudar la campaña en la primavera, y toda la Grecia septentrional hasta la frontera de Ática estaba de su lado. También le respondía toda la zona costera de Tracia y de Calcídica. Allí una ciudad griega se había aventurado a rebelarse y fue sometida con cierta dificultad. Se sospechaba que una ciudad cercana, Olinto, proyectaba una revuelta. Nos enteramos con horror de que el gobernador persa había reunido a toda la población en un pantano, no lejos de la ciudad, y la había exterminado, sin perdonar a las mujeres ni a los niños. Sabíamos que era posible que el mismo destino estuviera reservado a la población de Atenas.

El peligro, sin embargo, engendra resolución antes que miedo. Cuando Mardonio intentó separar, empleando ardides diplomáticos, a Atenas de Esparta ofreciéndoles a los atenienses la paz, una alianza y una compensación por los daños de guerra, éstos replicaron que mientras el sol siguiera su curso en el cielo, Atenas nunca pactaría la paz con Persia. Dio la respuesta el antiguo Consejo del Areópago, que por entonces ejercía un poder político más que normal. Componen este Consejo aquellos que han desempeñado el alto cargo de arconte en Atenas. Pero en aquellos días el arcontado era una dignidad mucho más importante que lo que es ahora. Durante los siete años que precedieron a Salamina se había introducido una reforma (iniciada en forma preponderante por Temístocles) en virtud de la cual a los arcontes se los designaba por sorteo antes que por elección o por influencias personales o familiares. Pero aún se los elegía entre las clases más ricas y, desde luego, la mayor parte

del Consejo estaba integrada por miembros designados en los días anteriores a la reforma. Por lo tanto era, en términos generales, un cuerpo conservador. Temístocles era miembro de él en su condición de ex arconte, pero la mayoría de sus colegas eran sus adversarios políticos. Además, éstos estaban en condiciones, en aquellos tiempos de peligro, de hacer valer sus opiniones. El Consejo poseía no solo autoridad política sino también religiosa. Era reverenciado como algo consagrado por el tiempo y casi divino; pues los atenienses (como hube de descubrir a mis expensas) combinan de algún modo un genio imaginativo e innovador con una reverencia casi ridícula por la antigüedad. En un momento pueden ser los pensadores más audaces, y en el siguiente están abrumados por escrúpulos religiosos y supersticiosos. Y así, como el ejército persa amenazaba invadir en la primavera, el pueblo de Atenas volvió los ojos, en busca de guía, a aquel reverenciado y antiguo grupo de estadistas que se habían mostrado decididos y eficientes, y cuyo único defecto había sido desconfiar de Temístocles, el más hábil diplomático y el más brillante comandante de Grecia. Su posición como héroe de Salamina era demasiado fuerte para que pudiera ser socavada, y se usaron sus servicios en misiones diplomáticas a Esparta, donde fue muy honrado y donde se sospechó mucho de él; pues hablaba con entera libertad y apenas si intentaba ocultar el menosprecio que le inspiraban el conservadurismo de los espartanos y la tiranía de sus instituciones. Entretanto, en Atenas confiaban los puestos de mando a aquellos que en el pasado habían sido sus opositores políticos. Aristides mandó el ejército ateniense y Jantipo se hizo cargo del contingente ateniense de la flota aliada. Por fortuna, ambos eran hombres capaces y Jantipo, en particular, hizo excelente uso de aquella flota que era creación de Temístocles.

En esta oportunidad la conducta del gobierno espartano pareció traicionera a muchos atenienses; sin embargo, en las batallas que luego siguieron, los atenienses cooperaron lealmente con los espartanos, e incluso en el mar, a pesar de su experiencia y poderío superiores, aceptaron el mando de Esparta. Fue éste un comportamiento admirable y luego los atenienses, no sin razón, se sintieron orgullosos de él. Sin embargo, advertían que Esparta, por su parte, no realizaba ningún acto tan elevado ni generoso. En aquellos días la hegemonía espartana no se ponía en tela de juicio, pero pronto comenzó a ser discutida, y el joven Pericles fue uno de los que lo hicieron en la forma más apasionada pero también más racional. El régimen de vida en exceso disciplinado y la falta de gracia espartanos le inspiraban un desagrado instintivo; ahora bien, en esos años comprobó que los espartanos eran reacios a afrontar cualquier riesgo que no estuviera en estricta concordancia con sus propios intereses; asimismo, que la índole de adiestramiento y disciplina que los hacía tan eficientes en el campo de batalla era inapropiada y, desde luego, inútil para cualquier otra actividad. En el extranjero, un espartano tiende a convertirse en salvaje o en charlatán.

Durante los meses que siguieron a Salamina, los espartanos y sus aliados tuvieron tiempo de sobra para haber salido del Peloponeso y haber tomado una posición defensiva en las fronteras septentrionales y occidentales de Ática. Pero en lugar de ello, pasaron el invierno y la primavera construyendo un muro a lo largo del istmo. Y así, cuando a comienzos del verano Mardonio volvió a invadir Ática, nos vimos forzados una vez más a embarcarnos y retirarnos a las islas, abandonando Atenas por segunda vez a los persas. Aun entonces, cuando alguien sugería que se pactara la paz, nadie le prestaba oídos; pero, a pesar de esta resolución nacional, la gente albergaba agrios sentimientos contra los aliados que no habían prestado ninguna ayuda. Al tender la vista a través del mar desde Salamina, podíamos ver una vez más la nube de humo que flotaba sobre lo que quedaba de Atenas, y en esta ocasión Mardonio consumó la completa ruina de la ciudad. Entre los atenienses, al partido pro espartano —que aún seguía siendo, merced a cierta convención, numeroso— le resultaba difícil hallar excusas a la inactividad espartana. Otros no podían creer que la política espartana no fuera deliberada. Decían claramente que Esparta había decidido que, cualquiera que fuera el desenlace de la guerra, su rival más cercana en Grecia, Atenas, quedara debilitada sin posibilidad de recuperarse.

Jantipo fue uno de los que por entonces integraron la embajada que viajó a Esparta. Él y sus colegas persuadieron al fin a los espartanos a obrar en concordancia con los intereses de Grecia, pero la acción fue tardía y se recordaron los efectos de la anterior inacción. De cualquier modo, nos alegramos mucho cuando nos enteramos de que el ejército del Peloponeso estaba en Ática y de que Mardonio se había retirado hacia los alrededores de Tebas, donde la inmensa llanura constituía el mejor terreno para la caballería, punto fuerte de su ejército.

Poco más o menos por la misma época, la flota griega zarpó hacia Jonia con órdenes de vigilar y, si las condiciones eran favorables, atacar a la flota persa, que entonces estaba en Samos. Corrieron toda suerte de rumores, que se revelaron bien fundados, de que no sólo Samos sino muchos

otros Estados griegos de Asia se disponían a sublevarse, y yo habría acompañado a Jantipo en esta expedición si en el último momento no me hubiera postrado la fiebre.

Convalecía aún cuando me enteré de la gran victoria de Platea, donde los griegos, bajo el mando del espartano Pausanias, habían avasallado al ejército persa de Mardonio con sus aliados tebanos, tesalienses y macedonios. En la dispersión final del bando persa, los atenienses, encabezados por Aristides, desempeñaron un importante papel. Pero no he de describir aquí esta batalla. Sus efectos fueron librar a Grecia continental de todo peligro inmediato, y también aumentar en gran medida el prestigio de Esparta, pues fueron los espartanos quienes lucharon contra las mejores tropas persas. Después de haber estudiado la batalla, me inclino a creer que la dirección de estas tropas fue deficiente y pusilánime; pero su valor y tenacidad en el combate son encomiables.

Pocos días después recibimos noticias de otra victoria griega en una batalla que se libró el mismo día que la de Platea. Frente al cabo Micala, cerca de Mileto, la flota griega había reconquistado la libertad de Jonia. El espartano Leotíquides mandó las fuerzas, pero en Atenas, que había proporcionado la mayor parte de la flota, la victoria se atribuyó, desde luego, al padre de Pericles, Jantipo. Persia había perdido entonces el dominio no sólo de Grecia continental, sino también del mar Egeo. Lo que parecía imposible había ocurrido. Un reducido número de pequeños Estados habían rechazado al mayor imperio que nunca hubiera existido. Desde luego, los griegos se enorgullecieron de esta proeza, pero a menudo faltan a la verdad cuando hablan de ello. Dicen una y otra vez, por ejemplo, que en aquellos grandes días una Grecia unida derrotó, bajo la dirección de Esparta, al Gran Rey. Semejante afirmación no resiste prueba alguna. Desde luego, la dirección fue de Esparta. No hubiera podido pensarse en ninguna otra cosa. Pero Grecia no estaba unida. Con excepción de Atenas, todos los Estados importantes que no se hallaban en el Peloponeso se inclinaban, a veces de mala gana y otras con entusiasmo, a favor de los persas. En dos de las tres grandes victorias, tanto los jefes como los soldados y marineros atenienses habían desempeñado el papel principal; y hasta en Platea los atenienses tenían cierto derecho a considerarse artífices de la gran victoria. Y ahora, en el momento de la liberación, las divergencias entre las grandes potencias –Esparta, la conductora oficial, y Atenas, la promotora de la victoria– se tornaron agudísimas. La tendencia de Atenas era avanzar y expandirse; la de Esparta, retirarse y contraerse. Este hecho era evidente para Temístocles y era evidente para el joven Pericles.

Mucha gente, llevada por las ideas habitualmente aceptadas, no lo observó por entonces. Pero el que la mayor parte de la gente no vea lo que está ante sus ojos es un lugar común de la investigación filosófica.

CAPÍTULO III

ATENAS Y SUS ALIADAS

Después de las victorias, comenzamos, junto con el resto de la población de Atenas, a reconstruir la ciudad. La casa de Jantipo no había sufrido muchos daños porque, hasta el último momento, la había ocupado un oficial superior persa. Pero todos los templos y casi todas las casas más pobres habían quedado destruidos por completo. La gente deseaba ante todo hacer habitables los restos de sus viviendas antes que llegara el invierno, si bien había cientos de traficantes de oráculos que intentaban influir sobre la opinión pública en el sentido de que primero se emprendiera la reconstrucción de los templos. Entonces Temístocles tomó la iniciativa y una vez más mostró su ascendiente: indujo a los atenienses a optar por la grandeza antes que por la conveniencia. Persuadió no sólo al pueblo sino también a quienes habían sido sus opositores políticos de que, antes de que se realizara ninguna obra, habían de reconstruirse las fortificaciones de la ciudad. Esta medida debía tomarse a fin de que Atenas pudiera defenderse de otra invasión persa. Desde luego, no había peligro en el futuro cercano. A lo que Temístocles en realidad apuntaba era a independizar de una vez por todas a Atenas dentro de Grecia. Había adivinado sin duda los deseos y las probables acciones de Esparta y sabía que no había tiempo que perder. Por el momento, después del conocido autosacrificio y de las espléndidas acciones atenienses en la guerra, a Esparta le resultaría difícil intervenir. Sin

embargo, muchos espartanos estaban ya aterrados no sólo por el creciente poderío y el prestigio de Atenas, sino también por el espíritu de ésta, un espíritu de aventura y de firme democracia. Como siempre, Temístocles vio las cosas con criterio muy claro y distinto.

Poseía un misterioso don para vaticinar el futuro. Pero aun más notable era su habilidad para granjearse las simpatías de los atenienses que ya habían abrazado una política pro espartana. De modo que se comenzó la tarea de fortificar la ciudad, y pronto llegó una embajada de Esparta. Los enviados se comportaron cortésmente, pero intentaron adoptar una actitud de firmeza. Era innecesario, dijeron, que Atenas se fortificara. Si sobreviniera otra invasión, los atenienses serían bien recibidos en el Peloponeso, del otro lado del muro ya levantado a través del istmo. Por lo demás, y en interés nacional general, no era aconsejable que ninguna ciudad situada al norte de aquel punto se equipara con fortificaciones, puesto que tal ciudad, en el caso de caer en manos persas, constituiría una amenaza para el resto de Grecia.

Este mensaje es claro ejemplo de la hipocresía espartana. En realidad, como ya sabíamos, a los espartanos no los entusiasmaba la idea de continuar la guerra contra Persia. Después de la batalla de Micala, no sólo se habían incorporado a la Liga Griega las grandes islas de Samos, Lesbos y Quíos, sino que la mayor parte de las ciudades griegas de la costa asiática habían solicitado ser admitidas en ella. Pero Esparta se mostraba reacia a cualquier compromiso. Aconsejó a las ciudades costeras que se embarcaran y emigraran hacia el oeste. Sin embargo, Temístocles y muchos otros atenienses habían visto ya la perspectiva de un futuro brillante.

Podían imaginar un poderío naval lo suficientemente grande como para arrojar a Persia del Egeo y para garantizar la independencia no sólo de las islas, sino también de las ciudades del continente. Semejantes sueños de expansión estaban más allá de las posibilidades de los espartanos y, poco después de Micala, el almirante espartano hizo retroceder a sus navíos a las aguas de su patria. Entretanto, y por consejo de Temístocles, se impartieron instrucciones a Jantipo de que empleara el contingente ateniense de la flota para proseguir la guerra. Tales instrucciones, junto con la fortificación de Atenas, fueron, sin duda, sucesos decisivos para el futuro, y por ellas Temístocles merece encomio aun mayor que por haber mandado la flota en Salamina.

La historia de las fortificaciones es de sobra conocida. Todos, hombres, mujeres y niños, trabajamos en ellas, y aún hoy puede verse la prueba de nuestra prisa. Empleamos todo el material que hallábamos a nuestro alcance. Nos las arreglamos para incorporar en los muros fustes de columnas, y estos muros, si bien no están tan bellamente contruidos como los que después se erigieron en torno del Pireo, son aún muy resistentes. Entretanto, Temístocles se encontraba en Esparta, demorando las negociaciones. Cuando supo que los muros tenían la suficiente altura como para constituir una defensa, habló sin tapujos. Atenas, dijo, tenía derecho, y había mostrado capacidad para ello, de pensar y obrar por sí misma. Esto se proponía hacer en el futuro. Una Atenas fuerte, significaba una Grecia fuerte, como lo habían demostrado los últimos años.

Los espartanos, que no se esperaban semejante salida, hubieron de disimular sus sentimientos; pero nunca perdonaron a Temístocles y luego fueron instrumento de su ruina. Con todo, por lo menos por un breve período, Temístocles fue tan popular en Atenas como lo había sido después de Salamina. Sin demora se puso a trabajar con febril entusiasmo en su proyecto de fortificar el Pireo. Hasta se dijo que, de poder obrar con libertad, habría abandonado Atenas junto con sus santuarios de dioses consagrados por el tiempo y todo lo demás, y hubiera fundado en el Pireo una nueva ciudad junto al mar, donde, según su opinión, residían la grandeza y el futuro de Atenas.

Y en los años siguientes la política naval iniciada por Temístocles fue apoyada en gran medida hasta por sus enemigos y aun por el partido pro espartano. Al finalizar el año, y ya terminadas las fortificaciones, Jantipo retornó con la flota ateniense. Fue aquélla una ocasión espectacular y simbólica, pues Jantipo llevó consigo los grandes cables de lino y de papiro que se habían empleado para tender el puente sobre el Helesponto por donde el ejército de Jerjes había avanzado sobre Europa. Los atenienses ofrendaron estos cables al dios de Delfos, después de haberlos exhibido durante algún tiempo en Atenas. Nos parecía que Atenas había roto las cadenas con las cuales Persia había intentado subyugar a Europa. Tanto en el pueblo como en la flota, todos estaban entusiasmados con la idea de proseguir la guerra, con el mando o la cooperación de Esparta o sin ellos. Jantipo nos refirió cómo, después de la batalla de Micala, había zarpado hacia el Helesponto y había cercado la ciudad de Sestos, ocupada por una guarnición persa. Había sido un sitio duro y largo, pero al fin la ciudad había caído y el gobernador persa había sido capturado junto con gran número de sus soldados. Jantipo solía relatar con cierta satisfacción que Artactes, el gobernador persa, le había ofrecido una considerable suma de

dinero por su vida y la de su hijo, y que había rehusado el ofrecimiento. En lugar de ello, había conducido a Artactes a una eminencia que dominaba el lugar donde Jerjes había construido el puente. Allí había mandado que lo clavaran a una tabla y, mientras agonizaba, ordenó que lapidaran a su hijo ante sus ojos. Según recuerdo, Pericles solía escuchar con respeto y una especie de interés profesional los relatos de Jantipo acerca del sitio; pero le resultaba difícil, podía verlo, disimular su disgusto ante aquella prueba de salvajismo. Pienso que compartía sus sentimientos el subordinado más brillante y más digno de confianza de Jantipo, Cimón, a quien conocí por entonces.

Cimón era hijo del vencedor de Maratón, de aquel Milcíades a quien Jantipo había acusado más de diez años antes, y que, incapaz entonces de pagar la enorme multa que se le había impuesto, murió en la cárcel, después del juicio, cuando Cimón era un muchacho de unos dieciocho años. Durante algún tiempo había vivido en la mayor miseria con su hermana Elpinice. La gente decía que su relación con ella era incestuosa, pero no estoy en condiciones de afirmar la verdad de este rumor, si bien Cimón era en extremo aficionado a las mujeres y lo cierto es que Elpinice le fue muy devota durante toda su vida. Aunque carecía de dote, se casó con el hombre más rico de Atenas, quien no sólo saldó la deuda del padre de Cimón, sino que proveyó a éste de dinero. Desde entonces, durante muchos años tuvo una carrera brillante y de ininterrumpidos éxitos. La gente suele compararlo con su padre por su arte como estratega y con Temístocles por sus condiciones de mando. Y si la última comparación resulta excesiva, no deja de ser cierto que era un comandante al par intrépido y prudente. Era muy popular. Su generosidad, sus maneras llanas, el modo en que protegía a sus hombres, su valor y su fuerza lo convirtieron en héroe para el ejército y la flota. Su aspecto era también fascinante.

Era alto y le coronaba la cabeza una mata de cabellos rizados, y, aunque se vestía y comportaba como un caballero ateniense, había en él algo que parecía encantadoramente irresponsable, algo ingenuo y casi bárbaro, tal vez heredado de su madre, hija del rey tracio Obro. Cimón se había distinguido en la batalla de Salamina; era un hombre que se distinguió en todas las batallas. En el mismo año de Salamina se había casado con una mujer del clan de los Alcmeónidas. Su esposa, Isodice, era sobrina de Agarista, madre de Pendes. Sentía por ella extraordinaria devoción. Esto lo sé por mi amigo y discípulo, el ateniense Arquelao, distinguido estudioso de ciencias naturales que, según espero, continuará mi obra después de mi muerte. Arquelao fue quien, a petición de Cimón, compuso una elegía para Isodice, después de la muerte de ésta. Me dijo que Cimón estaba desconsolado, y recuerdo haberle señalado entonces que llamaba la atención el que también Pericles profesara un afecto casi insólito por una mujer. Sin embargo, y en todas las otras cosas, dejando a un lado el valor físico, no se parecía en modo alguno a Cimón. Esto, como recordé a Arquelao, constituía un interesante ejemplo de cómo, tanto en el espíritu humano como en la naturaleza, elementos del todo distintos, mezclados de modo distinto, pueden producir, desde ciertos puntos de vista, apariencias similares.

Jantipo, si bien había sido enemigo del padre de Cimón, hizo cuanto estuvo a su alcance para ayudar al joven en su carrera. Aplaudía siempre sus grandes cualidades, aunque a menudo consideraba que los sentimientos pro espartanos de Cimón eran un tanto exagerados. ‘Atenas y Esparta –solía decir Cimón con entusiasmo más bien encantador– son como un excelente tronco de caballos. Si corren juntas, ganarán todas las carreras.’ Esta, como Pendes veía al punto, era una comparación un tanto vulgar, que no arrojaba luz sobre nada. Por lo demás, se basaba en una serie de inexactitudes. Cimón optó por olvidan (y podemos decir, en forma un tanto necia pero también generosa) que Esparta no había hecho nada por ayudar a Atenas en Maratón, había luchado en Salamina a su pesar y sólo había avanzado hasta Platea después de que Atenas hubiera sido saqueada por segunda vez. Lo único que recordaba era la auténtica cualidad guerrera que los espartanos mostraban en la batalla. Pericles solía decirme después (era, desde luego, demasiado bien educado para intervenir en la conversación de los mayores) que si la idea de Cimón era juntar en un tronco un caballo con un toro, sorprendía que hubiera logrado alguna victoria; y en verdad había logrado sus victorias con caballos de carrera.

Y lo cierto es que en los años subsiguientes Cimón se vio forzado, por la lógica de los acontecimientos antes que por cualquier lógica suya (era deficiente en este respecto), a continuar logrando victorias con caballos de carrera y a seguir una política que había de tener resultados opuestos a los que él pretendía. Uno de los factores decisivos en esta situación era la mera existencia de Temístocles. Los enemigos de este gran hombre aún estaban unidos contra él y salieron airoso en su empeño de mantenerlo alejado de los puestos importantes. Pero no podían menos de seguir la política que él había iniciado, de modo tal que lo que se había concebido como una oposición a su influencia se trocó de hecho en una mera extensión de ésta. Dirigía la oposición (si es lícito semejarle

vocablo) Aristides, ese hombre a quien llamaban ‘el justo’. Y en lo que incumbía al dinero, merecía el apodo, aunque el que mereciera crédito moral por su integridad en el manejo de fondos es otra cuestión. El hecho es que no le interesaba esa clase de ostentación que no se puede hacer sin dinero; también halló que un comportamiento recto a los ojos del público le resultaba muy útil políticamente. Por ello hizo una suerte de profesión de honradez en cuestiones de dinero, pero en todo lo demás era tan astuto como un zorro. No tardó en ver que podía usar a Cimón para contrarrestar el poder de Temístocles, y, sobre todo por su influencia, el año que siguió al retorno de Jantipo de Sestos el joven fue designado general. Durante más de una década Cimón mandó siempre ejércitos y casi siempre salió victorioso. Un estudioso objetivo de la guerra quizá no pueda ponerlo en el mismo nivel que a Temístocles, puesto que carecía de la capacidad de éste para estimar el futuro y para ver hacia dónde encaminaba sus pasos. Pero éstas son cualidades raras. En mis días, sólo las poseyeron plenamente Temístocles y Pericles. Y sólo Pericles fue capaz de persuadir por largo tiempo a sus conciudadanos a que respetaran su superior inteligencia en lugar de resentirse de ella. En cuanto a Cimón, no tenía, ni pretendía tenerla, descollante capacidad intelectual. Triunfaba y era conservador, dos cualidades que atraen a los atenienses; y también, cosa que no ocurría con Temístocles, era modesto. No quiero decir que Temístocles mostrara una vulgar ostentación, pero lo cierto es que lo impacientaba la mediocridad y que tenía cabal conciencia de su propia brillantez. Y en aquellos días hasta los atenienses estaban alarmados ante la, al parecer, ilimitada extensión de sus ambiciones. Se proponía, según decía la gente, cubrir todo el mar con navíos atenienses. Pensaba que la guerra con Persia ya se había ganado y soñaba con la expansión de Atenas hacia el oeste y el sur y hacia los rincones más apartados de cualquier mar navegable. Era significativo que una de sus hijas se llamara Italia y la otra Asia. Pero, aunque Temístocles inspiraba a la mayor parte de las familias nobles disgusto y envidia, el pueblo ateniense, que hubiera podido ser su aliado, era incapaz de comprender sus altos designios y de seguir la rapidez de su pensamiento. En años posteriores, dirigido por Pericles, aplaudió precisamente esas mismas ideas y hasta hubo de prevenirse que no las exagerara. Pero entonces la novedad de semejante ambición lo alarmó. Era, como siempre, un pueblo emprendedor, aunque sólo en una dirección. Cimón, con su simple y valeroso mando, su modestia, su amistad con Esparta y su respeto por el pasado, era para ellos el hombre del momento. Cuando por entonces Temístocles pagó los gastos de representación, en el festival dramático de la primavera, de una pieza escrita por el anciano trágico Frínico sobre el tema de la batalla de Salamina, la gente se ofendió por lo que parecía ser un drama destinado a formular una advertencia. Según recuerdo, Pericles, que tenía unos dieciocho años, deploró el hecho de que Temístocles, a quien admiraba mucho, no hubiera empleado los servicios de Esquilo, dramaturgo muy superior. Me figuro, sin embargo, que Temístocles, que siempre apoyaba sus actos en buenas razones y que no ignoraba que Esquilo dominaba más que Frínico el arte escénico y poético, empleó al anciano poeta debido a que estaba relacionado con Jonia. La gente recordaba aún la historia de la tragedia de Frínico sobre el fracaso de la rebelión jónica. Y Temístocles deseaba ahora que el mismo autor celebrase la liberación de Jonia y, sin duda, que sugiriera al auditorio que él había sido su artífice.

La ocasión era oportuna y, apreciara o no el hecho la gente que asistió a las representaciones, era en verdad la política de Temístocles la que triunfaba en esos años en manos de sus enemigos. Pues en aquellos años Atenas asumió la dirección del mundo helénico, que antes había ejercido Esparta. Es probable, según creo, que Aristides, que se había adueñado para sus propios fines de muchos de los planes políticos de Temístocles, hubiera visto lo que ocurría y contribuyera a precipitar los acontecimientos. A pesar de su apasionado patriotismo ateniense, Cimón no hubiera nunca alejado deliberadamente a Esparta. Pero los factores principales, sin duda previstos por Temístocles, eran la necesidad y la arrogancia espartanas. Cabría añadir la irresolución espartana, porque se ha visto que los espartanos, cuando se hallan en circunstancias desconocidas, son tan poco adaptables que tienden a comportarse como cobardes, apresurándose, si pueden hacerlo, a volver a lo que les es conocido y a lo que no requiere pensar. Por todas estas razones, perdieron la dirección de la flota helénica.

Ante todo, sus oficiales no mostraban capacidad alguna para tratar con otros aliados griegos que no fueran del Peloponeso. No podían agravian a los atenienses, que habían proporcionado la mayor parte de la flota, pero trataban como esclavos a los jonios recién liberados. Lógicamente, estos jonios se acercaron a Aristides para pedirle que asumiera el mando en lugar de Esparta, y Aristides, después de rechazarlos, aclaró que, mientras los aliados obraran por sí mismos, él y los atenienses los apoyarían. Por esta época, el gobierno espartano había comenzado a sentir alarma, en parte a causa de que sus oficiales de ultramar mostraban cierta in-dependencia (y lo cierto es que Pausanias había adoptado el atavío persa e intrigaba con el Gran Rey), y en parte por el peligro de que algunos de sus

hombres se contaminaran de aquel nuevo espíritu de democracia y empresa de que estaban imbuidos los contingentes atenienses y jonios de la flota. Después de un vano intento de restablecer su autoridad, el gobierno retiró sus buques y dejó que los atenienses prosiguieran solos la guerra. De este modo llegó a su fin la gran alianza helénica bajo la dirección de Esparta. En ambos bandos se hicieron profesiones de amistad, pero lo cierto es que Grecia estaba, y continúa estando, dividida en dos: por un lado, los espartanos y sus aliados, y por otro, los atenienses y los suyos. Además, era seguro que ambos bandos se encaminarían en direcciones contrarias.

Así quedaba montada la escena para la vida de Pericles y, antes de su desaparición, una lucha a muerte se empeñó entre estas incompatibilidades. Esa lucha continúa.

CAPÍTULO IV

PRIMERA JUVENTUD

Jantipo intervino poco en las cuestiones de la nueva Liga Ateniense. Nunca se repuso de las penalidades padecidas en el sitio de Sestos y murió por la época en que el joven Pericles completaba su adiestramiento militar. Su muerte dejó a Pericles en situación desahogada, aunque no en posesión de una inmensa fortuna, y desde el momento en que se hizo cargo de los bienes familiares, los administró con gran prudencia, sin avaricia y sin dispendios. No era indiferente al dinero, como Aristides afectaba ser; tampoco lo despilfarraba, como hizo después su joven pupilo Alcibíades. Lo consideraba algo que había de emplearse tan sabiamente como fuera posible en interés de sus amigos, de sí mismo y de sus conciudadanos, y dispuso la administración de sus negocios del modo más eficiente, de manera que le ocupaban menos tiempo y trabajo que a cualquier otro. Aunque vivía una vida libre y fácil, resultaba obvio que tenía condiciones para cargos de responsabilidad muy por encima de la superintendencia de fincas o del curso ordinario del servicio militar.

Al entrar en la edad viril, su encanto personal era tan grande como siempre y su inteligencia resplandeció cada vez con mayor brillo. Se percibía un delicioso celo en el modo en que se expresaba, una suerte de mezcla entre la gravedad y el ingenio. Cantaba y tocaba la lira muy bien, aunque quizá no tan bien como su amigo Sófocles; pero cuando recitaba a Homero parecía mostrar un sentido del valor de las palabras superior aun al del propio Sófocles, que era ya un poeta del que la gente comenzaba a hablar con respeto. ¡Cuántos de aquel círculo de amigos fueron luego desterrados, como yo, o muertos en el campo de batalla! ¡Y con cuánta claridad lo; recuerdo hoy! Estaba Damón, el maestro de música de Pericles y uno de los hombres más ingeniosos e inteligentes que yo haya conocido. No sólo era hábil músico, hombre que hacía memorable cualquier velada cuando se lo persuadía a tocar y cantar, sino que era filósofo por naturaleza. Sus opiniones sobre teoría musical eran interesantes en extremo, pero parecía echarlas por la borda cuando improvisaba. Era capaz de formular teorías brillantes y originales sobre cualquier tema. Tal vez lo que más le entusiasmaba era disertar de política. Examinaba detenidamente la significación precisa de la palabra ‘democracia’ y, cuando discutíamos la cuestión, conveníamos en que ni siquiera en Atenas la democracia era una plena realidad. La pobreza impedía que los hombres desempeñaran papel cabal en los asuntos de la ciudad; las grandes familias ejercían aún una influencia que en modo alguno estaba en proporción con su número; y venerables instituciones como el Consejo del Areópago sustentaban todavía ideas que no eran las de la Asamblea del Pueblo ni las de los representantes elegidos por el pueblo. Según recuerdo, Damón desarrollaba sus ideas con mucha gracia y habilidad, como si estuviera componiendo música. Pero otros las adoptaban con entusiasmo casi salvaje. El más notable de éstos era Efilto, joven no mucho mayor que Pericles y que luego había de ser, por un breve período, su principal colaborador en cuestiones políticas. En verdad, había ocasiones en que Efilto, con su extraño fervor e impetuosa sinceridad, parecía tener ascendiente sobre el propio Pericles. Era muy violento en sus ataques a las familias nobles, y desde luego entonces resultaba más fácil que ahora señalar ejemplos de ciudadanos ricos y privilegiados que, a causa de enemistades o con la finalidad de obtener beneficios personales, habían obrado de modo deliberado y claro en contra de los intereses de la ciudad.

Efilto vaticinaba con frecuencia que esas grandes familias lograrían al fin destruir a Temístocles, el mejor estadista que Atenas había tenido nunca, y ridiculizaba a Cimón, a quien

consideraba el protegido necio y presuntuoso de los aristócratas. En esto, como Pendes y mucho; de nosotros comprendimos enseguida, iba demasiado lejos. Acaso no se haya comprendido bien la política de Cimón, pero era un hombre honrado y un brillante capitán. Además, gozaba del favor popular y solíamos preguntar a Efilto cómo podía conciliar su aparente creencia de que el pueblo tenía siempre razón con su aserción de que Cimón, el favorito del pueblo, estaba siempre equivocado. Estas preguntas solían irritarlo mucho. Nos llamaba entonces ‘sofistas’ (fue el primero, según creo, que empleó esta palabra como término peyorativo). En verdad, decía que el pueblo siempre tenía razón, pero sólo en último extremo. Había ocasiones, como la presente, en que podía ser lisonjeado o intimidado. Lo que se requería en política era una legislación que redujera hasta el mínimo las posibilidades de lisonja o intimidación. Los primeros pasos habían de ser privar al Consejo del Areópago de todo poder y limitar los poderes de las grandes familias, inclusive, añadía, la de Pericles. Entonces reía, pues Pericles le inspiraba gran admiración y sabía que a su vez compartía muchas de sus ideas políticas, si bien las expresaba con menos acritud. En cuanto a la acritud y violencia de Efilto, mucha gente las atribuyó al hecho de que procedía de una familia poco distinguida, de recursos sólo medianos; y es cierto que las personas de gran talento nacidas en estratos sociales inferiores, se inclinan a resentirse de lo que les parece una injusticia personal. Pero en Efilto no había nada de esta mezquindad. Nunca se comportaba con acritud en sus relaciones personales. Pericles solía ayudarlo económicamente y esta ayuda siempre le inspiraba gratitud, nunca resentimiento. Es cierto que si cualquiera de sus opositores políticos hubiera recibido semejante ayuda, la habría calificado de soborno. En cuanto a él, bastaba que él mismo tuviera por seguro que nadie podía sobornarlo. Por ello le resultaba natural y fácil aceptar con gratitud los dones de un amigo. De haber sido él rico y Pericles pobre, habría esperado que Pericles se comportara del mismo modo. ¡Cuántas veces admiré los hermosos cuerpos y las miradas brillantes de estos dos cuando luchaban uno contra otro! No eran amantes. Pericles, según dije, tenía, como Cimón, particular afición por las muchachas y las mujeres. Si bien su amistad con los muchachos y hombres era apasionada y sincera, no parecía sentir la necesidad de aquella intimidad física que la mayor parte de nosotros deseamos. Sófocles era, según creo, el miembro de nuestro círculo que más inclinación tenía por el amor de los muchachos. Lo he visto trémulo, desesperado de deseo; sin embargo, se comportaba siempre con cada uno de los objetos de su afecto con infinita gracia, encanto y consideración.

En cuanto a mis propios amores de aquel tiempo, los puedo recordar con claridad, pero sería impertinente que hablara aquí de ellos. Sin embargo, diré algo de la contribución que hube de hacer a aquel círculo de jóvenes brillantes, apasionados y hermosos. Tema unos años más que la mayor parte de ellos y no era ciudadano ateniense, si bien me interesaba la política de Atenas como a cualquiera de ellos. Me apreciaron, lo sé, pon mí mismo; pero me valoraron también por mis conocimientos y mi entusiasmo por la filosofía. En aquella época nunca fue difícil encontrar en Atenas un auditorio de gente ansiosa de aprender y discutir las teorías concebidas en Jonia, así como los descubrimientos allí realizados, durante las dos últimas generaciones. Según creo, yo era el primer jonio con conocimiento de esas cosas que residía en Atenas. Vi que, aunque mucha gente estaba familiarizada con las obras de Anaximandro y Anaxímenes, casi nadie había oído hablar de Heráclito de Éfeso. Su doctrina es, desde luego, oscura. A veces escribe como una suerte de profeta inteligente antes que como un verdadero científico de la naturaleza. Sin embargo, su obra es tan original como inspirada. En el desarrollo de mi propia filosofía, me ayudó mucho más que la de Empédocles de Sicilia (que hace la extraordinaria suposición de que es divino) y hasta más que la de Parménides, experto lógico como es. Sin embargo, por aquella época no se había oído hablar de Empédocles ni de Parménides, al paso que Heráclito había escrito antes de la batalla de Maratón. Aquellos jóvenes amigos míos atenienses querían que les hablara sobre todo de él. Ante todo, según creo, los impresionaba la intrepidez y vigor de su lenguaje. Aún puedo ver sus ojos encendidos cuando les citaba sentencias como estas: ‘Si no esperáis lo inesperado, no lo encontraréis’; ‘Lo opuesto es lo bueno para nosotros’; ‘La contienda es la justicia’.

Discutíamos durante horas las ideas que las palabras querían expresar, y observé entonces, como regla, que cada cual tendía a atribuirles el significado que mejor convenía a su propio carácter. Efilto, por ejemplo, citaba constantemente con complacencia la frase: ‘El pueblo ha de luchar por sus leyes como por sus muros’, al tiempo que no daba importancia alguna a otros dichos de Heráclito de carácter antidemocrático. Por otro lado, Pericles intentaba comprender el pensamiento de Heráclito en su totalidad y, si bien lo veía todo con gran claridad, todo lo veía dentro de amplios horizontes. Era el único político que consideraba la política como parte de una visión general de la vida, de la moral y del

universo. Y esta generalidad de su pensamiento no debilitaba la fuerte impresión que producía en el auditorio. Su visión del conjunto le prestaba fuerza y energía cuando encaraba el detalle.

Me agrada creer que en aquellos primeros años lo ayudé en cierto modo a descubrir y definir su visión de la totalidad. Por aquel entonces yo comenzaba a desarrollar mi sistema filosófico y, mientras lo hacía, creo que influí sobre Pericles de diversos modos. No es que aceptara como hechos probados ninguna de mis teorías sobre la naturaleza del universo. Yo mismo me resisto a aceptarlas como un conjunto ajustado. Lo que en realidad impresionó su pensamiento y su imaginación fue la magnitud del problema, el número y extensión de los mundos, limitados o ilimitados, y la necesidad de descubrir, o al menos de procurarlo, un principio de orden y discriminación en aquella infinita variedad de aparente caos y contradicción. No pudimos hallar tal principio en los escritos de Heráclito, si bien estos escritos nos parecían muy próximos a la verdad. Admirábamos la opinión de que el universo está basado en la tensión y oposición, pero deseábamos ir más adelante y hallábamos que, más allá del punto donde podíamos comprenderlo, Heráclito empleaba términos simbólicos más que concretos. Habla de ríos o del fuego; pero en realidad el universo no consiste en ríos o en el fuego, como tampoco consiste en aire o agua, como creyeron los primeros filósofos jónicos.

Sabéis que aún se me conoce con el apodo que me dio Pericles: 'Vieja Inteligencia'. Hasta hoy los chicos de Lampsaco lo profieren detrás de mí por las calles. Me place decir que lo pronuncian con mucho afecto y que siempre me tratan con la deferencia debida a mis años. Y por mi parte, los aprecio. Me recuerdan a los muchachos que conocía en Atenas cuando era joven; y si después de mi muerte hubiera de conferírseme algún honor, el honor que preferiría sería que mi aniversario fuese día de asueto escolar en mi ciudad. Pero esto no hace al caso. Aquí sólo nos interesa el apodo, y éste, aunque se empleaba entonces como ahora de un modo amable, se tomaba con la misma seriedad que ahora. Sería el último en jactarme de mis descubrimientos y el primero en admitir que son incompletos. Pero en verdad fui el primer filósofo que sugirió que en la inteligencia ha de hallarse el principio del movimiento, del cambio, del acaecer y de la creación del universo. Ella es lo más alto que conocemos, y parece natural que consideremos como causa suprema lo más alto antes que lo más bajo. Pero no discutiré aquí mi filosofía. Todo cuanto deseo decir ahora es que esta idea de la Inteligencia, considerada como fuerza conductora y creadora que sostiene y mantiene un mundo tras otro, produjo profunda impresión en Pericles. Y mientras iba desarrollando mi teoría, no tardó en percibir que esta Inteligencia, penetrando todo lo que existe, extrayendo la forma de lo amorfo, haciendo nacer la vida de lo inanimado, ha de ser algo que nunca reposa, algo siempre activo, algo que siempre avanza. Sin esta constante actividad, no sólo dejaría de existir toda vida, sino también toda distinción; no habría separación entre lo raro y lo denso, el frío y el calor, la luz y la oscuridad.

Ahora sugeriré (y lo sé con certeza) que Pericles compartía conmigo esta visión del mundo, y que esta opinión (o algo parecido a ella) no sólo prestó grandeza a sus discursos políticos sino que determinó en cierto modo su política. Ésta era siempre dinámica, nunca estática; y a menudo me preguntaba yo si de una manera deliberada se proponía que Atenas representara en el mundo civilizado esa misma Inteligencia que crea y mantiene el mundo de la naturaleza.

Quizá pueda decir también que, en parte debido a mi influencia, Pericles fue uno de los pocos estadistas de nuestra época interesados en las ciencias y libres en absoluto de superstición. En aquellos primeros años, yo realizaba numerosos experimentos.

No es que creyera que la prueba de nuestros sentidos sea final. Tal proposición es absurda. La estructura subyacente de las cosas está más allá del alcance de nuestros sentidos, y en el mejor de los casos sólo puede percibirse con el pensamiento puro. Sin embargo, la prueba de nuestros sentidos, si los empleamos en forma adecuada, es siempre útil y puede ser decisiva. Y hasta imagino que los poderes de nuestros sentidos pueden acrecentarse con el tiempo. Si, por ejemplo, fuese posible construir algún instrumento que aumentara en alto grado el poder del ojo, cabría demostrar de modo definitivo mi teoría (para la que ya hay, por ciento, muchas pruebas) de que los cuerpos celestes no son en modo alguno divinos, sino que están hechos de una materia semejante a la de la tierra en que vivimos. Y hay muchos y muy simples experimentos suficientes para refutar las extravagantes pretensiones de los adivinos. Recuerdo muy bien a uno de ellos. Ocurrió algunos años después de la época a la que acabo de referirme, cuando en Atenas tenía lugar una lucha muy enconada entre los partidos que dirigían Pentes, por un lado, y Tucídides, el hijo de Melesias, por otro.

Por entonces el administrador de una de las fincas de Pericles le envió la cabeza de un carnero que había nacido con un solo cuerno. La cabeza llegó en un momento en que Pericles conversaba conmigo y con el adivino Lampón, hombre pomposo y sin duda ridículo que no inspiraba a Pericles

mayor respeto; no obstante, lo hallaba útil en asuntos políticos, pues gozaba de gran reputación entre las supersticiosas masas atenienses y podía interpretar oráculos y adelantar profecías que convenían a los intereses de Pericles. Hace patente la necedad del hombre el hecho de que él mismo creía en esas profecías a las que debía su prosperidad. Y así, en aquella ocasión, apenas vio la cabeza del macho cabrío con un solo cuerno, se echó a brincar y, adoptando el tono de voz de encantamiento que debía sugerir que estaba inspirado por los dioses, anunció que éstos habían enviado el presagio y que su significado consistía en que, en lugar de dos partidos, en el Estado debía haber nada más que uno. El que el macho cabrío hubiera aparecido en tierra de Pericles, indicaba que el que había de sobrevivir era el dirigido por éste. Desde luego, Pericles escuchó estas cosas fingiendo que lo impresionaban y procuró que las palabras de Lampón se divulgaran lo más posible. Pero mostró un interés mucho más auténtico cuando le sugerí que disecáramos la cabeza del animal, y observó con mucha atención cuando realicé la operación. Yo podía, desde luego, demostrar que la aparición de un cuerno se debía a causas naturales. Se trataba de un concatenación de argumentos un tanto complicados, que Pericles siguió sin dificultad pero que estaba más allá de la comprensión de Lampón, que en ésta, como en otras ocasiones, me acusó de impiedad. Y el hecho de que tal profecía se cumpliera con el tiempo, lo confirmó sin duda en su superstición. Lampón constituía una fuente de diversión para Pericles y para mí, si bien en público Pericles daba siempre la impresión de tratar al hombre con toda seriedad, del mismo modo que en todas sus campañas militares y en los actos de la vida pública observaba las formas religiosas convencionales, aun cuando no creyera en su eficacia. No cabía calificar su actitud de hipócrita. En casi todas las creencias, según decía, se halla una parte de verdad y de satisfacción; y si una mente poderosa rechaza del modo más natural muchas ideas aceptadas por considerarlas faltas de valor, ello no quiere decir que para otras mentes, menos esclarecidas, las mismas ideas no puedan ser útiles y hasta, en cierto sentido, verdaderas.

En aquellos primeros años hablábamos mucho de religión, de ciencia y de filosofía. Pero estaba claro que a Pericles no le satisfacía la teoría. Su vida había de ser activa y comenzó a obrar en edad temprana. Con frecuencia estaba lejos de Atenas, sirviendo en las expediciones que por entonces partían todos los años, pon lo común bajo el mando de Cimón, para hacer incursiones en territorio persa o liberar aquellas ciudades griegas donde los persas aun mantenían guarniciones, y se granjeó considerable reputación por su valentía personal y su inteligente dirección. Por lo demás, cuando contaba veintidós años se hizo conocer por el público en general, cuando ofreció pagar los gastos de representación de cuatro dramas en el festival de la primavera. Fue un gesto característico y significativo. El hecho de que un hombre tan joven asumiera ese servicio público impresionó a la gente con la idea de su generosidad y de su patriotismo. Además, la representación fue insólitamente espléndida y merecía con toda justicia ganar el premio. El poeta de cuyo coro Pericles afrontó los gastos era Esquilo, y una de las tragedias que éste escribió para semejante ocasión fue la famosa *Los persas*. Como sabéis, se trata de un magnífico drama patriótico, y Esquilo era, con mucho, dramaturgo superior a Frínico, que antes había tratado el tema de Salamina. Asimismo, al apoyar económicamente una tragedia sobre tal tema, Pericles demostraba la dirección de sus simpatías políticas, pues es imposible pensar en Salamina sin pensar en Temístocles. Desde luego, Esquilo era un poeta demasiado grande para escribir un drama en que se pusiera demasiado énfasis en la propaganda política, y por su parte Pericles no intentó persuadirlo de que insertara un solo verso con tal propósito. Pero lo cierto es que Esquilo había luchado en Maratón y en Salamina. Para él, aquéllos seguían siendo todavía los grandes días y, si bien creo que le disgustaba Temístocles por motivos personales, era hombre demasiado íntegro para negarle grandeza. Por otro lado, en aquel momento era corriente hablar mal de Temístocles. Sus poderosos enemigos, entre los que figuraban muchos miembros de la propia familia de Pericles, habían logrado al fin, tal como había previsto Efilto, desembarazarse de él. A principios de aquel año se decretó contra él el ostracismo y marchó al destierro, por un periodo de diez años. Por la época en que se representó *Los persas*, vivía en Argos, ciudad que siempre había mantenido una incómoda rivalidad con Esparta, y ya corría el rumor de que su presencia allí causaba considerable ansiedad al gobierno espartano. Nunca había disimulado el desprecio que le merecía el estilo de vida espartano y, aunque debía sentir rencor hacia sus enemigos de Atenas, no pensaba más que en volver a ella. Y así, con su inquieta inteligencia y su gran habilidad diplomática, había comenzado a echar las bases de una alianza entre Argos y Atenas, dirigida contra Esparta. Y por la época en que *Los persas* se representaba en Atenas, había ya muchos atenienses que lamentaban haber votado su ostracismo.

De cualquier forma, la brillante carrera de Temístocles llegaba a su fin. En su generación se había hecho de muchos enemigos y de muy pocos amigos, y aquellos que lo apoyaban con entusiasmo

en la generación más joven, como Pericles y Efilto, carecían aun de influencia y autoridad suficientes. No hacía todavía un año que residía en Argos cuando el gobierno espartano envió representantes a Atenas, quienes lo acusaron de mantener una correspondencia secreta con el Gran Rey de Persia. El partido de Cimón, en el que figuraban la mayor parte de las familias nobles atenienses, recibió con alegría tales acusaciones y se propuso servirse de ellas.

Y uno de los Alcmeónidas (aunque no era un miembro muy distinguido del clan) acusó a Temístocles oficialmente de desarrollar actividades pro persas. Como a mí mismo en años posteriores se me imputó un cargo semejante con la misma falta de pruebas, es comprensible que sienta especial simpatía por aquel gran hombre que, como estaba en el exilio, ni siquiera pudo comparecer en persona para contestar a sus acusadores. Y de cualquier modo, los escritos en que se defendió de las llamadas pruebas contra él eran muy convincentes; pero no inspiró simpatías porque no se avino a adoptar aquella actitud de humildad que los atenienses ordinarios gustan ver en los que son llevados ante los tribunales democráticos. Y por entonces Cimón estaba en la cúspide de su popularidad. Ciertamente fue luego cuando conquistó sus grandes victorias, pero nunca se adueñó tan por completo de la imaginación de los atenienses como en el período siguiente al ostracismo de Temístocles. Fue entonces cuando ocupó la isla de Skyros, esclavizó a sus habitantes, piratas en su mayor parte, y fundó allí una colonia ateniense. Pero lo que sobre todo impresionó a sus compatriotas fue que en Skyros descubrió, o pretendió descubrir, los huesos del rey y héroe ateniense Teseo, que, conforme a una leyenda, había sido asesinado en forma traicionera y sepultado a escondidas en dicha isla. Cimón llevó esos huesos a Atenas, donde se inhumaron con solemnes ceremonias y enorme alborozo popular. Toda suerte de oráculos venían a revelar que el regreso de los huesos a Atenas indicaba algún favor especial de los dioses, que el período más glorioso de la historia ateniense estaba a punto de comenzar, y otros vaticinios por el estilo. Claro está, los hechos parecían apoyar a los traficantes de oráculos, pues en aquellos años las flotas de Atenas y de sus aliadas conquistaban el dominio del Egeo. En cuanto a los huesos, no pude, por desgracia, someterlos a una investigación científica. Funcionarios oficiales los guardaban con gran celo.

Pero tuve ocasión de hablar con uno de estos funcionarios, que había medido algunos de los huesos y que estaba en condiciones de ofrecerme descripciones de otros. Llegué a la conclusión de que la mayor parte de los huesos eran de animales vacunos, si bien entre ellos acaso hubiera algunos restos humanos. Pero es difícil creer que tuvieran alguna relación con Teseo.

Recuerdo que cuando mencioné mis opiniones sobre el particular a Efilto, éste se mostró ansioso por divulgarlas y por valerse de ellas como arma contra Cimón; pero Pericles y yo lo disuadimos de acto tan insensato. Cuando la gente desea creer algo, nada evitará que lo haga, por lo menos por algún tiempo. Si Efilto hubiera intervenido en este momento de júbilo general, habría perdido toda la popularidad de que gozaba. Y, sin duda alguna, a mí me hubieran desterrado mucho antes, por impiedad. Pero es posible que Cimón fuera sincero al creer en ese descubrimiento. Era un patriota y no un anatomista.

Por estos años su popularidad se debió en gran parte a la desgracia final de Temístocles. No es que Cimón fuera vengativo. Le hubiera agradado, según pienso, que a Temístocles no se lo molestará hasta que acabase su período de exilio. Pero era incapaz de resistir a cualquier insinuación que le hicieran los espartanos y, si bien acaso no haya creído en la afirmación de éstos de que Temístocles mantenía una correspondencia secreta con el Gran Rey, poseía suficiente sentido político para ver que Temístocles en Argos constituía una real amenaza a Esparta y a la alianza espartano-ateniense. De modo que el destino de Temístocles era inevitable. Sus viejos amigos habían muerto o carecían de autoridad; sus nuevos amigos, como Efilto y Pericles, no tenían aún influencia política. El resto de la historia es de sobra conocido. Al fin, y perseguido tanto por Atenas como por Esparta, Temístocles se vio impulsado a hacer aquello de lo que se lo había acusado y que nunca había hecho. Abandonó Grecia y apareció con gran dignidad, según se me dijo, como suplicante ante el Gran Rey. Al parecer, pronto adoptó las costumbres persas y hasta aprendió el idioma en el breve espacio de un año. Luego se hizo amigo y consejero del rey.

Murió en Persia, rodeado de más honores que los que había recibido en Atenas, cosa que con frecuencia señalaba Efilto cuando atacaba la política pro espartana de Cimón y su partido.

Pues en aquella época, cuando Pericles contaba entre veinticinco y treinta años, Efilto se convirtió en figura importante. Acusaba sin descanso, con o sin éxito y con cargos que a veces eran válidos y a menudo absurdos, a miembros del Consejo del Areópago. Se hizo de muchos enemigos, pero mostró profunda inteligencia política. Pues el pueblo ateniense comenzaba a la larga (uno puede

decirlo cuando echa una mirada retrospectiva) a cobrar conciencia de su poderío. Le inspiraba resentimiento la posición privilegiada del Areópago y comenzaban a impacientarlo las continuas referencias de Cimón a Esparta. 'Los espartanos nunca harían esto', decía, como si éste fuese argumento suficiente contra alguna medida a la que se oponía; y Efilto a menudo se ganaba aplausos al poner rápidamente en ridículo semejantes frases. Casi parecía que todo cuanto éste necesitaba para convertirse en un poder en verdad formidable en el Estado era cierto aire de respetabilidad, deficiencia que se borró cuando Pericles pronunció su primer discurso ante la Asamblea, defendiendo con firmeza lo que a muchos pareció la política revolucionaria de Efilto.

CAPITULO V

LA LUCHA POR EL PODER

Recuerdo muy bien el año en que Pericles, que contaba veintiséis de edad, pronunció su primer discurso en la Asamblea. Otros sucesos interesantes ocurrieron también ese año, entre ellos uno de la mayor importancia científica. Pues aquél fue el año en que un gran cuerpo meteórico cayó en el Río de la Cabra. Se me informó de este acontecimiento poco después de que hubiera tenido lugar, y tuve ocasión de inspeccionar el cuerpo celeste dentro de los primeros quince días posteriores a su caída. Desde luego, puede verse aun hoy y constituye (me atrevería a decirlo) una prueba decisiva de algunas de mis teorías. Es duro y metálico. Cuando caía, se lo vio resplandecer. Está compuesto, según creo, de la misma sustancia que las estrellas y el mismo sol, que, en mi opinión, es por lo menos tan grande como todo el Peloponeso. Y a menos que ande muy errado, la fuente de irradiación del sol es simplemente el calor. Por su parte, la luna debe su luz al reflejo del sol. Pero estoy haciendo digresiones. Sólo quiero dejar sentado que llevo aquel año grabado particularmente claro en la memoria.

Hubo también otros acontecimientos de interés no ya científico sino literario y político. En aquel año, nuestro amigo Sófocles ganó por primera vez el premio en el festival dramático. Reinaba tal excitación entre el auditorio que los organizadores del festival invitaron a Cimón y a sus nueve colegas de la junta de generales a ocupar el lugar de los jueces. Otorgaron el premio a Sófocles antes que a Esquilo, aunque no por alguna razón política, sino simplemente por la admiración que les inspiró el extraordinario talento del joven y, posiblemente, porque estaban cansados de ver que Esquilo ganaba siempre el premio. Esquilo (aunque sin duda se consideraba dramaturgo superior a Sófocles) soportó bien su derrota; y en verdad, ni siquiera Esquilo podía encolerizarse con Sófocles o sentirse ofendido por la preferencia que a éste se le había dispensado, pues las maneras del joven poeta eran siempre gentiles y su actitud hacia los poetas de más edad era, sin excepción, deferente. Para nosotros, esta victoria de Sófocles pareció señalar el fin de una época. Una nueva claridad había aparecido en el teatro, del mismo modo que una nueva claridad estaba apareciendo en las artes (Fidias ya había comenzado a trabajar) y en las discusiones públicas.

Asimismo, aquel año murió Aristides. Éste, ahora que Temístocles estaba en el exilio, había sido el último de los grandes dirigentes de la resistencia a la invasión persa que aún llevaba vida política activa, de modo que su muerte pareció señalar también un nuevo giro de la historia. Ahora sólo Cimón encabezaba el partido de lo que podría llamarse autoridad establecida y conservadora, y el extravagante respeto que le inspiraba Esparta, no compartido por Aristides, lo hizo vulnerable, a pesar de sus éxitos militares y su popularidad personal. Sin disputa, continuaba siendo el jefe supremo. Pero a los atenienses no les agrada que nadie mantenga esa posición durante demasiado tiempo, y Efilto, con su evidente sinceridad y su agudo ingenio, comenzaba a ganarse ya cierto apoyo en la Asamblea por la época en que Pericles habló ante ella por primera vez.

Tal como puedo recordar, se había preocupado a más no poder en preparar su primer discurso, a pesar de que estaba muy bien dotado para la oratoria. También estaba nervioso, sí bien no le faltaba resolución ni confianza en sí mismo. Ensayó varias veces el discurso ante mí y otros amigos, y tomó del modo más serio nuestras críticas, aunque en verdad era muy poco lo que había que criticar. Supongo que en esa ocasión lo que más nos admiró fue la dignidad de su continente; esperábamos de él talento y brillantez, pero lo que nos sorprendió fue el aire de autoridad que, para ser tan joven,

exhibía con tanta desenvoltura. Y en general, cabe decir que el auditorio de la Asamblea quedó tan sorprendido y complacido como nosotros, sus amigos íntimos. Antes nunca, se decía, hombre tan joven había sido escuchado con tanto respeto. Pues no había nada de irresponsable o de pomposo en su desenvoltura ni en sus palabras. Lo que decía era al tiempo sabio e inesperado, y era esto, precisamente, lo que siempre ocurría con él. Tenía por costumbre no hablar a menudo (por cada cinco discursos que pronunciaba Efialto, Pericles decía uno), y a lo largo de toda su vida, aun en aquellas pocas ocasiones en que se tomó impopular, el pueblo estaba pendiente de sus palabras. Acaso esto se debiera a que decía lo que ellos mismos hubieran deseado decir, de haber tenido la inteligencia necesaria. Y en cierto sentido se identificaba con ellos, con toda la masa del pueblo antes que con un sector particular de éste. Sin embargo, no era un intérprete o vocero de opiniones ajenas, ni tampoco un simulador; siempre fue un conductor. Nunca se aprovechó de ningún estado anímico colectivo, creaba estos estados y se ponía a la cabeza de ellos. Al oírlo, los hombres se sentían sorprendidos ante su propia inteligencia y resolución; raras veces comprendían que éstas eran cualidades de Pendes y no de ellos, porque Pericles los presentaba ante sí mismos no como eran, sino como hubieran deseado ser. Y así, los transformó en realidad.

Estos hechos, desde luego, se conocen en relación con su edad madura y los años subsiguientes, cuando ejercía un ascendiente sin parangón sobre aquella difícil democracia. Pero aún más notable es que desde el mismo comienzo haya mostrado estas cualidades, que le confirieron tal ascendiente, y que desde entonces se las hayan reconocido. Como dije, no hablaba con frecuencia, y, al principio, no pretendió ninguna clase de jefatura. Si cabe emplear la palabra ‘jefe’, habríamos de decir que Efialto era el jefe del partido y Pericles, su subordinado. No obstante, desde el principio y por todos los respectos, Pericles inspiró extraordinaria consideración. Esto no procedía del hecho de que, como distinguido miembro de una de las familias más nobles de Atenas, hubiera adoptado una especie de línea revolucionaria en política. Otros miembros de la misma familia se habían comportado así en ocasiones anteriores. Lo más probable es que la gente admirara a Pericles por sí mismo. Era capaz de decir las cosas más sorprendentes de modo tal que resultaban evidentes. Compartía su superioridad con sus inferiores. Desde luego, los amaba.

A pesar de todo el respeto que imponía, podía parecer que él y Efialto defendían una causa perdida. La posición de Cimón era muy fuerte y era imposible que los demócratas avanzados no lo apoyaran en casi todas sus actividades. Estaba, por ejemplo, la cuestión de la isla de Naxos, poderosa plaza que poseía una armada considerable y una numerosa fuerza de hoplitas. Después de haberse sacudido el yugo persa, Naxos decidió que su futuro estaba afianzado. Por lo tanto, se separó de la alianza ateniense alegando que, como ya se había logrado el propósito principal de la Liga, ella y las otras aliadas no estaban ya obligadas a nada. Era aquél un momento crítico. De haberse permitido a Naxos obrar como lo deseaba, otras aliadas seguirían su ejemplo y retirarían también sus contribuciones en navíos o dinero a la Liga, y así toda la base del poder marítimo ateniense corría peligro de desmoronarse. Además, las reclamaciones de los de Naxos no eran irrazonables, y las apoyaba, aunque no de manera muy abierta, Esparta, a cuyo gobierno alarmaba ya el crecimiento de la influencia y prestigio atenienses. El propio Cimón debió de haber advertido el sentimiento de Esparta sobre el particular, pero ésta fue acaso la única vez en su vida que consideró equivocados a los espartanos. Mandó una expedición que sometió a Naxos, y se asoció con aquellos que calificaban de ‘revuelta’ la acción de la isla. Efialto y Pericles no podían censurar esta conducta. Ambos estaban dispuestos a apoyar, aun más que Cimón, una Liga Ateniense que, desde aquel momento, iba convirtiéndose en imperio. Y poco después, Cimón obtuvo la más grande victoria de toda su carrera cuando, en el río Eunimedón, en Asia suroriental, aniquiló en un solo día a un gran ejército y a una enorme flota persas. Los enemigos de Cimón podían alegar, como en efecto hizo Efialto, que los doscientos trirremes atenienses que participaron en la expedición habían sido construidos y aparejados por orden de Temístocles; pero nadie podía poner en duda el que en esta espectacular victoria, en que se capturaron doscientos buques enemigos, la intrepidez y la eficiencia de Cimón habían sido decisivas.

Temístocles, después de haber buscado en vano refugio en varios Estados griegos a los que su genio había salvado, se vio forzado a pedir merced al Gran Rey. Era éste un momento en que todo hacía creer que se había consolidado el poder de Cimón y de su partido, y que los ataques que contra éstos lanzaran Efialto y Pendes no serían más eficaces que los ladridos de perros a hombres armados. Pero como observe en otra parte, el cambio puede no ser sólo gradual sino también catastrófico. A los pocos años de esta su mayor victoria, Cimón estaba en el exilio y toda su política había sido revocada.

Su caída se debió en parte a la oposición de Efilto y Pericles, pero esta oposición jamás habría tenido éxito de no haber mediado la política celosa y miope de Esparta, el Estado al que Cimón más reverenciaba.

Como la mayor parte de los hombres, los atenienses adoran el éxito; pero habrían perdonado a Cimón cualquier fracaso, salvo si éste hería su orgullo e implicaba una suerte de triunfo de Esparta. Y lo cierto es que en los años que siguieron a las victorias de Eunimedón, los atenienses sufrieron algunos reveses militares. Según recuerdo, por entonces se discutía mucho acerca de cómo debían emplearse las fuerzas de la Liga, ahora que el poderío persa había quedado quebrantado de manera definitiva. Algunos se inclinaban por liberar a Chipre, y ésta hubiera sido desde luego una acción patriótica en consonancia con la política declarada de la Liga. Pero esas fuerzas se emplearon lisa y llanamente en interés de Atenas, y una vez más surgieron discusiones dentro de la Liga. Atenas dominaba ya las rutas marítimas que llevaban al mar Negro; y ahora deseaba también dominar las rutas terrestres por las que había marchado Jerjes y, al mismo tiempo, asegurarse la posesión de las minas de oro de Tracia, así como el comercio, sumamente provechoso, con el interior. Se trataba de uno de esos planes caros a los atenienses, pues las posibilidades parecían casi ilimitadas. Y el plan parecía estar bien concebido. Primero se establecería una colonia en el río Estrimón, en el paraje denominado Nueve Caminos (lugar conocido hoy con el nombre de Anfípolis), y desde esta excelente posición estratégica el poderío y la influencia de Atenas se extenderían a través de Tracia y Macedonia. Ni Efilto ni Pericles hallaban nada que objetar a este plan.

Sin embargo, el plan se malogró. En primer lugar, se le opuso el pueblo de Thasos, que por entonces era una rica y poderosa isla que contribuía con una importante flota, tripulada por sus propios ciudadanos, a la alianza ateniense. Thasos fue la segunda aliada que se separó de la Liga, y Cimón se vio forzado a distraer parte de su potente ejército para habérselas con lo que entonces se calificaba de ‘rebelión’. Por lo demás, los thasianos obraron con habilidad y resolución. Como podía esperarse, retiraron su flota del mar, pero antes echaron a pique treinta y tres naves de guerra atenienses. Esta fue la mayor, y por cierto la única, pérdida que Atenas había sufrido desde Salamina, y ni siquiera después de su derrota naval los thasianos se rindieron. Poseían buenas fortificaciones y se habían equipado a fin de soportar un largo asedio. Los atenienses reaccionaron como lo hacían siempre en tales emergencias; enviaron más buques y más hombres; pero el ejército original de Cimón estaba aún debilitado y, si bien los colonos se hallaban al abrigo en Nueve Caminos, su poderío militar no era tan considerable como debió haber sido.

Pero lo que revistió la mayor importancia para el futuro fue que el pueblo de Thasos apeló a Esparta y, por primera vez, calificó a Atenas de ‘ciudad tiránica’. El propósito de la Liga, según decían, consistía en liberar a los griegos, pero la verdad es que se la empleaba para esclavizarlos. Y pidieron la ayuda de Esparta, como reconocida potencia dirigente del mundo griego, a fin de que defendiera la causa de la libertad. ¡Extraña petición, amigos míos! No es que la libertad no sea importante, sólo que se trata de una palabra susceptible de gran variedad de significaciones. Hoy, por ejemplo, tanto Atenas como Esparta pretenden luchar por la libertad; pero lo cierto es que no pueden luchar por la misma cosa, y no es imposible que el resultado final de la contienda prive a cada Estado de la libertad que hoy posee. Pero lo verdaderamente notable en estas reclamaciones de los thasianos, así como en las últimas reclamaciones que condujeron a la presente guerra, es que nadie podía pensar que a Esparta le interesara cualquier clase de libertad. Según creo, hemos de considerar aquí un empleo del todo incorrecto de las palabras, muy común en política pero que sería fatal para cualquier investigación filosófica o histórica. Lo que distinguía a mi amigo Pericles de todos los demás estadistas era su extremada aversión al empleo inadecuado de las palabras. Sabía con perfecta claridad cuál era la diferencia entre la ‘libertad’ espartana y la ateniense: la primera, negativa y defensiva; la segunda, positiva y, dentro de ciertos límites, agresiva. Sabía que los atenienses gozaban en su patria de una libertad mayor que la que nunca hubiera existido en la historia civilizada, y sostenía que, aun en sus aventuras imperialistas, Atenas daba más de lo que recibía.

También solía decir que, puesto que el ciudadano espartano no disfrutaba de libertad en su patria, había de manifestarse, como en efecto lo había hecho, intolerante y opresor fuera de ella. Un espartano, para valerme de un término de mi propia filosofía, es un ser sin inteligencia; no le interesa un poder que crea ni una organización que se expande.

Pero, en cambio, sí le interesa impedir que otros pueblos desarrollen las potencias de que él carece, y, si bien por lo común tiene aversión a intervenir en los asuntos extranjeros, lo hará cuando juzgue que ello no implica ningún riesgo. Y por el tiempo en que los embajadores thasianos llegaron a

Esparta, recibieron allí noticias de las que se desprendía que la intervención espartana podría llevarse adelante sin peligro. Según tales mensajes, mientras Cimón avanzaba dentro de Macedonia, los colonos atenienses de Nueve Caminos habían decidido con toda imprudencia llevar a cabo por cuenta propia una expedición militar contra las vecinas tribus tracias. Estas tribus suelen unirse cuando las amenaza un peligro común, y así lo hicieron en esta ocasión. Rodearon a las fuerzas atenienses y las destruyeron casi por completo. Se dice que murieron no menos de diez mil hombres. Las autoridades espartanas juzgaron que Atenas no se recobraría pronto de semejante desastre. En consecuencia, alentaron a los tracios a oponer resistencia y les prometieron ayudarlos. Es probable que las promesas espartanas fueran vagas, pero sin duda (como se descubrió más tarde) los thasianos supusieron que Esparta invadiría Ática la primavera siguiente. Por mi parte, creo que lo hubieran hecho de no haber tenido que afrontar una situación más difícil y peligrosa en su propia patria.

Ante todo, hubo un terremoto en Esparta; con propósitos científicos, hice cuanto pude por investigarlo cabalmente, y creo que fue el terremoto más espantoso ocurrido en el continente griego de que tengamos memoria. Carece de importancia el que la ciudad de Esparta haya quedado destruida casi por entero; no había allí, ni los hay, edificios dignos de admiración. Pero la pérdida de vidas fue tremenda. Hubo por lo menos veinte mil víctimas y, entre éstas, considerable número de aquellos espartanos adiestrados pertenecientes a la clase de oficiales, de la que depende la seguridad del Estado. Y como el poder espartano se funda en la lealtad de unos pocos y en el sometimiento del resto, no fue extraño el que los sometidos aprovecharan la oportunidad y se sublevaran. Pronto Esparta se vio luchando por su vida, y fue en estas circunstancias cuando, en el ámbito de la política ateniense, comenzó la lucha final entre Efialto y Cimón.

El mismo año del terremoto se eligió a Efialto y a Pericles para integrar la junta de generales. Para Pericles, ésta fue una particular distinción. Sólo contaba treinta años y, si bien había servido en numerosas campañas, era mucho menos conocido que Efialto como orador en la Asamblea. En política, aparecía aún como subordinado de Efialto, aunque abrigo mis dudas de que hubiera continuado por mucho tiempo en esta condición. Recuerdo que por esta época se mostraba un tanto reacio a unirse a Efialto en los violentos ataques que éste lanzaba contra Cimón; sin embargo, tenía perfecta conciencia de que Cimón era el principal obstáculo en el camino de la política democrática y antiespartana que él y Efialto habían abrazado. Y ahora cabía sostener, por primera vez, que Cimón no había salido airoso. Thasos estaba aún bloqueada y al fin había de verse obligada a rendirse. Pero la colonia establecida en Nueve Caminos había sido barrida y la campaña de Macedonia había quedado interrumpida antes de que se hubiese ganado nada con ella. Efialto resolvió acusar a Cimón de ineficiencia militar y de haber recibido un soborno del rey de Macedonia. Parecía un paso temerario, aun cuando lo diera Efialto, a quien se conocía por no respetar a las personas, pero cuando el pueblo se enteró de que Pericles se uniría a él en la acusación, los miembros del partido de Cimón no sólo se sintieron ofendidos sino que también se alarmaron. Elpinice, hermana mayor de Cimón, violó todas las reglas de la modestia ateniense cuando fue sola a casa de Pericles a fin de rogarle que no enjuiciara a su hermano. Fue un acto que sorprendió a Pericles y a todos; pero Pericles trató a aquella mujer impulsiva y resuelta con suma cortesía y deferencia. Al parecer, la saludó con estas palabras: 'Querida Elpinice, ¿buscas una aventura amorosa a tu edad?', y, si bien se negó a apartarse de Efialto, la convenció de que no tenía, ni pretendía tenerla, ninguna animosidad personal contra Cimón. En muchas expediciones militares había servido bajo su mando y, aunque consideraba su política espartana peligrosa y errada, no tenía duda de sus excelentes cualidades como general. Y cuando llegó el día del juicio, se comportó, en efecto, tal como lo había prometido. Su discurso estuvo desprovisto de acritud, pero no por ello fue menos enérgico. En verdad, nadie podía creer que Cimón hubiera recibido un soborno, pero tanto Efialto, con su estilo grandilocuente y emotivo, como Pericles, con su exposición ordenada y sobria, hicieron graves cargos contra la conducción de la campaña. En particular, manifestaron tener pruebas de que Esparta proyectaba apoyar a los rebeldes de Thasos. Cimón lo negó con toda convicción y, una vez más, subrayó su creencia de que la seguridad de Grecia dependía en forma fundamental de la alianza con Esparta. Pero esta parte de su discurso dejó indiferente al auditorio. Acerca de este punto, las opiniones de Efialto y Pericles comenzaban a ganar terreno. Sólo cuando Cimón comenzó a hablar de sus hazañas en la guerra y de la munificencia que había mostrado para embellecer la ciudad de Atenas, el auditorio se conmovió profundamente. Pudo también, en el curso del juicio, jactarse de cómo, al fin, había conquistado Thasos, destruido sus fortificaciones, capturado su flota y adquirido para Atenas las valiosas minas de oro del territorio continental. Había aún algunos que deploraban que a una aliada se la hubiera hecho objeto de

semejante trato, pero ni Efilto ni Pericles figuraban entre ellos. Habían apoyado la campaña desde el principio y habían esperado que las conquistas fueran aún mayores que las logradas por Cimón. En fin, Cimón fue absuelto, pero su prestigio quedó disminuido.

Prosiguió la lucha entre los partidos. Poco después de la absolución de Cimón, hubo otro debate sobre su política espartana. Pues a Esparta le resultaba desfavorable la guerra que venía librando con los rebeldes. Vastas zonas de su territorio se hallaban bajo el dominio rebelde y casi no había zona que no estuviera amenazada por incursiones de guerrilleros. En particular, los espartanos eran incapaces de reducir los baluartes rebeldes de las montañas. En una batalla campal la infantería espartana es incomparable, pero en otras operaciones militares, donde se requiere cierta versatilidad de inteligencia, resulta ineficaz. De modo que Esparta recurrió a sus aliadas en busca de ayuda y, en primer lugar, a Atenas, cuyas tropas tenían mucha experiencia en la guerra de asedio y cuyos ingenieros militares eran los mejores de Grecia. Desde luego, Cimón apoyó la petición espartana, pero el debate sobre la cuestión fue muy enconado. Efilto habló en esta ocasión con extraordinaria pasión y elocuencia. Consideró con menosprecio todas las exhortaciones hechas por Cimón en favor de la unidad de Grecia y de la lealtad a sus aliadas. Éstas, según dijo, eran nociones abstractas y, en aquel caso, casi faltas de toda significación. No podía haber unidad entre la democracia ateniense y una tiranía. Los siervos espartanos no eran esclavos, pero a menudo se los trataba peor que a los esclavos. Eran griegos libres que luchaban por la misma libertad ganada por los atenienses cuando, antes de Maratón, arrojaron de la ciudad a los tiranos. Y en cuanto a la lealtad, ¿cuándo había mostrado Esparta lealtad a Atenas? Los aliados de Atenas no eran esclavos; estaban ligados a ella por contratos legales que habían concertado mediante el libre juego de la voluntad. Pero cuando una de estas aliadas había violado el contrato rebelándose, Esparta, lejos de ayudar a Atenas, había alentado la revuelta.

Cimón negó todo esto. También él pronunció uno de los mejores discursos de su carrera y, al fin, logró inclinar de su lado a la Asamblea. Enviaron a Esparta cuatro mil hoplitas atenienses, bajo su mando. Y en mi opinión, esta medida se tomó no tanto porque los atenienses sintieran afecto o lealtad hacia los espartanos, sino porque los halagaba que el Estado más poderoso de Grecia les pidiera ayuda. Los atenienses tienen un sentido del honor más acendrado que cualquier otro pueblo. Consideraban la perspectiva de poder decir que ellos, con su experiencia e inteligencia superiores, no sólo habían salvado a Grecia en las guerras contra los persas, sino también a Esparta en esta ocasión. Pero la mayor parte de los jefes militares, y también de los soldados, habían oído las argumentaciones de Efilto y habían quedado bastante impresionados por ellas. Y así, ésta fue la primera vez que Cimón mandaba una fuerza que no pensaba lo mismo que él.

Pareció que el propio pueblo ateniense, dejando a un lado el número cada vez menor de los partidarios de Cimón, lamentó la decisión tomada una vez que el ejército se hubo puesto en marcha. Efilto y Pericles intensificaron los ataques al status privilegiado del Consejo del Areópago, y esta vez sus ataques tuvieron éxito. Volvió a iniciarse un debate enconadísimo, pues sí bien los argumentos de Efilto y de Pericles eran, desde un punto de vista democrático, decisivos, los atenienses, como dije, combinan la más cabal modernidad con un profundo sentido de la tradición. Si bien parecía justo hacerlo, parecía también impío restringir los poderes de aquel venerable cuerpo. Recuerdo que el poeta Esquilo se expresó con profundo sentimiento sobre el particular. No obstante, Efilto ganó el debate. Despojaron al Areópago de todo poder político y de todo derecho a la censura moral. En el futuro, su única función consistió en actuar como una corte suprema en casos de homicidio. En cuestiones legales y constitucionales, no había ahora ninguna clase privilegiada en el Estado. La voluntad de la Asamblea era suprema, y tal siguió siéndolo desde entonces.

Cimón, según dicen, se horrorizó cuando tuvo conocimiento de esta decisión y prometió a sus adictos que, cuando volviera de Esparta, intentaría que se revocara. Y hasta es posible que, de haber vuelto, lo hubiera logrado, como era su costumbre, con una espléndida victoria. Pero lo arruinaron aquellos a quienes más había admirado toda su vida.

Al parecer, los soldados del ejército ateniense, una vez que unieron sus fuerzas con los espartanos, hallaron que sus aliados eran tal y como Efilto había dicho. Admiraron la disciplina espartana, así como su destreza en el manejo de las armas, pero también observaron una lentitud mental y una suerte de brutalidad que provocaron su odio y desprecio. Se jactaban de sus realizaciones políticas y las comparaban con la torpe, rígida monotonía de la vida espartana. Muchos de ellos simpatizaron con los rebeldes, quienes les parecieron ser más semejantes a los griegos que sus propios aliados, y hallaron que la lucha que libraban por su libertad estaba justificada.

No sin razón, las autoridades espartanas se alarmaron. Siempre se alarman ante el menor signo de espíritu revolucionario, y esto es comprensible apenas se considere que constituyen en su patria una minoría muy pequeña, cuya existencia depende del sometimiento de otros en mucho mayor número que ellos. Ahora veían, entre ellos, un ejército eficiente y numeroso de aliados que, a diferencia de los otros aliados de Esparta, no sólo no reverenciaban los ideales espartanos sino que lisa y llanamente los despreciaban. Ciertamente mandaba este ejército un hombre que había mostrado invariable lealtad hacia Esparta y que, a pesar de ser el general más distinguido del mundo griego, estaba dispuesto a subordinarse al alto mando espartano. Pero los espartanos no son generosos ni aceptan de buena gana la generosidad de los otros. Se resentieron de la distinción de Cimón, que estaba bien aconsejado por sus hombres, y temieron su popularidad, aun cuando él la empleara para defender los intereses espartanos. Al fin le pidieron que se marchara con su ejército. Estaban en condiciones, dijeron, de acabar la guerra por sí mismos.

Fue un gesto de necedad casi increíble, y Efilto y Pericles explotaron sus consecuencias en Atenas. Los atenienses pueden soportar cualquier injusticia excepto un insulto. Hallan intolerable la afrenta y, cuando se los hace objeto de ella, adoptan medidas que no guardan ya proporción con la causa. Y eso fue lo que ocurrió entonces. La Asamblea revocó la alianza con Esparta y procedió a formar nuevas alianzas con las enemigas de Esparta, Argos y Tesalia, Estados que habían sido neutrales o pro persas en el período de la invasión. Se trataba de un rompimiento completo con el pasado, que provocó los más agrios antagonismos personales y políticos. A su retorno, Cimón hizo cuanto estuvo a su alcance para modificar el nuevo estado de cosas creado en su ausencia. Estaba desacreditado, pero aún era grande y lo apoyaba una vasta opinión que temía la política aventurera de Efilto y a la que había indignado la reforma introducida por éste en el Areópago. En verdad, por esta época los sentimientos partidarios eran en Atenas mucho más intensos que nunca. Por suerte, los atenienses podían apelar al recurso del ostracismo, pues estaba claro que el Estado no podía existir con aquella división en su seno. O Cimón o Efilto habrían de ir al destierro. Pero no había muchas dudas acerca del resultado, y a Cimón le alcanzó entonces el mismo destino que a Temístocles y fue desterrado por diez años. Efilto había logrado la posición que ambicionara desde sus años juveniles. Era el primer hombre del Estado, y su amigo Pericles, que por entonces contaba treinta y cinco años, no le iba muy a la zaga.

CAPITULO VI

ÉXITO

Antes de que finalizara el año, Efilto había sido asesinado. Su asesino no era ateniense y no tenía motivos personales o políticos de queja contra él. Se trataba de un hombre del tipo criminal, con fuerte acento beocio y que sólo había estado en Atenas unos pocos días. Evidentemente había sido pagado para cometer el crimen y hasta es posible que no supiera quiénes eran sus empleadores. Y por ciento, nunca se los descubrió. Se supuso que eran miembros de uno de aquellos grupos políticos o sociedades secretas, tan numerosos en Atenas, constituidos por miembros de las familias más acaudaladas que temen el creciente poder de la democracia, o son incapaces —o no quieren hacerlo— de expresar sus opiniones en la Asamblea. En general, tales organizaciones no entrañan peligro alguno para el Estado. Sus miembros se contentan con celebrar orgías en las que desahogan en privado sus resentimientos y temores, o ceremonias religiosas, a menudo de características anticuadas. A veces reclaman, en el calor del vino, la adopción de medidas violentas, pero nunca las ponen en práctica. En Atenas, hacia tiempo que la democracia se había afianzado, y la mayor parte de los aristócratas capaces, cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas, estaban dispuestos a trabajar dentro de ella. En este sentido, no sólo Pericles era demócrata, sino también Cimón.

Es natural que el pueblo de Atenas se sintiera agraviado por el asesinato de Efilto y pidiera clamorosamente algún acto de venganza. Como el crimen había tenido lugar muy poco después del ostracismo de Cimón, resultaba fácil y conveniente relacionar ambos sucesos. Por algunos días, los partidarios de Cimón vivieron aterrados. El sentimiento del pueblo era tal que, si alguno de ellos hubiera sido juzgado sobre la base de una mínima sospecha, no era probable que se le hiciera justicia.

Por supuesto, todos miraban a Pericles como sucesor de Efilto, y muchos de sus partidarios le aconsejaron que aprovechara aquella situación para desembarazarse de sus opositores más poderosos.

En esta ocasión, como en tantas otras, Pericles mostró sabiduría, coraje, justicia, moderación y patriotismo. Conocía las leyes de la naturaleza y las de la justicia humana; sabía de los peligros de una disensión dentro del Estado; los planes que había concebido para el futuro junto con Efilto exigían, por encima de todo, unidad. Tenía la certidumbre (como todos aquellos que, en el calor de la emoción, no dejaban de pensar) de que Cimón era del todo incapaz de haber instigado un asesinato político. De modo que por esta época fue Pericles, más que ningún otro, quien apaciguó el temor y la cólera del pueblo, quien lo guió hacia la cordura y el apropiado uso de la inteligencia natural. Pues los atenienses son los hombres más inteligentes del mundo y tienen plena conciencia de ello. También son volubles y ardorosos. A menudo pasiones súbitas ofuscan su inteligencia, pero, cuando esto ocurre, luego siempre lo lamentan y censuran con amargura a sus dirigentes y a sí mismos por haber obrado de un modo indigno de ellos. Pericles, sereno, firme y a veces indulgente, los trataba como si fueran mejores de lo que eran. Después de la muerte de Efilto, no hubo represalias políticas. Pericles surgió de esta crisis respetado por sus amigos y merecedor de la gratitud de sus enemigos. El Estado, libre ahora del miedo, estaba resuelto a embarcarse en una nueva política de increíble alcance y osadía. Durante los seis años siguientes, Atenas pareció operar siempre mucho más allá de los límites de sus recursos y de su seguridad. Sin embargo, Pericles no era temerario; evaluaba los riesgos, confiaba (en la medida en que puede hacerlo un hombre) en la fortuna y afrontaba el peligro con ojos abiertos.

La nueva política puede describirse como un retorno a la política de Temístocles, aunque bajo condiciones distintas. En asuntos internos, el pueblo representado por la Asamblea, por los magistrados o por los jurados de los tribunales, había de tener una participación más y más grande en el gobierno y organización del Estado. Se robustecería y se aumentaría el poderío marítimo ateniense, no sólo con la construcción de más navíos y fortificaciones, sino también con la adquisición de bases navales en cualquier parte del mundo donde resultaran útiles o deseables. Se proseguiría con energía la guerra contra los persas. Y, sobre todo, Atenas arrebataría a Esparta la dirección del mundo griego. Era ya independiente; había de consolidar primero su seguridad para pasar luego a una posición dominante. En este respecto (y también en los asuntos internos), la política de Pericles difirió de la de Cimón. No anticipó la guerra con Esparta. Esparta estaba aún por completo ocupada por la rebelión de sus súbditos. Pero en el ínterin Pendes determinó que Atenas fuese tan segura por tierra como lo era ya por mar.

Durante aquellos seis años Pericles fue a menudo, aunque no siempre, miembro de la junta de diez generales que, si bien dependen jerárquicamente de la Asamblea y han de someterse a un examen de su conducta durante los períodos en que ejercen el cargo, gozan de poder casi ilimitado cuando dirigen una campaña y de gran autoridad en la conducción de la política. Y durante estos años no fue Pericles quien logró las victorias más espectaculares, sino otros, Mirónides, por ejemplo, que cuando joven había ejercido un mando en la guerra contra los persas, y Tólmides, hombre de poco más o menos la edad de Pericles y a quien por su audacia e impetuosidad solía compararse con Cimón. Pero aunque en aquellos años Pericles no representó el papel principal en el campo de batalla, fue él quien, más que ningún otro, concibió y hasta dirigió el gran plan de conquista y expansión.

En esto, como en cualquier otra esfera de la vida, Pericles pensó con lógica y exactitud. La meta era la grandeza de Atenas; los obstáculos que se interponían en el camino eran Persia en el exterior, y en Grecia, Esparta y la Liga del Peloponeso. Por el momento, poco había que temer de Persia. Sus flotas se habían retirado del Egeo y nadie creía posible otra invasión como la de Jerjes. A la luz de los sucesos posteriores, cabe argüir que, con respecto a Persia, la acción ateniense era demasiado ambiciosa, y que los intereses del Estado se habrían servido mejor concentrando todas las fuerzas contra el Peloponeso. Pero este argumento no tiene en cuenta las realidades de la época. La guerra con Persia era para los atenienses una preciada herencia de sus padres.

En virtud de aquella guerra había nacido la alianza ateniense, la cual existía aun, al menos oficialmente, para proseguirla, si bien, como en el caso de Thasos, se había vuelto ya contra los Estados que la integraban. Pericles y su partido habían apoyado la guerra con no menos entusiasmo que Cimón. Además, aún había que liberar algunas ciudades griegas, sobre todo en Chipre. Estas ciudades eran ricas y prósperas. Si se unían a la alianza ateniense, Atenas se fortalecería con navíos, contingentes humanos y riquezas. Nadie se opuso por entonces a la decisión de enviar a Chipre una gran flota de doscientos trirremes.

Pronto se presentó una oportunidad aún más espléndida y prometedora. En el Bajo Egipto, un príncipe nativo de nombre mano encabezó una rebelión contra el gobierno persa y requirió la ayuda de Atenas, prometiéndole toda suerte de ventajas en el país una vez que los persas hubiesen sido arrojados de él. Era obvio que tales ventajas serían muy considerables. Podrían establecerse factorías y ciudades atenienses en la costa y en las orillas del Nilo y, como Egipto es un país rico, semejantes relaciones comerciales serían de la mayor importancia para la economía ateniense. Además, las flotas persas se componían en su casi totalidad de buques fenicios y egipcios. Una vez que Egipto se separara de Persia para aliarse con Atenas, el poderío ateniense sería irresistible en cualquier parte del mundo. Perspectivas como éstas son la sangre misma de un ateniense y había pocas dudas sobre cómo se comportaría la Asamblea. Impartieron órdenes a los generales atenienses de la gran flota aliada que operaba frente a Chipre de zarpar hacia el Nilo, y todos aguardaron en Atenas con verdadera impaciencia las noticias de la esperada victoria; pues los atenienses no esperan la derrota.

Las noticias no tardaron en llegar. Los aliados habían alcanzado la boca del Nilo, donde atacaron y derrotaron a una gran flota fenicia, de la que hundieron o capturaron cincuenta naves. Luego remontaron el Nilo, se unieron a las fuerzas de mano y libraron una gran batalla terrestre. En esta batalla los hoplitas griegos, que habían sido desembarcados, volvieron a probar su superioridad sobre todos los otros tipos de infantería. El ejército persa fue aniquilado, y fue muerto su comandante, un hermano de Jerjes, y los griegos ocuparon Menfis, capital de Egipto. Sólo quedaba un centro de resistencia, la ciudadela de la misma Menfis, un lugar conocido con el nombre de Castillo Blanco, al cual habían huido los restos del ejército y de la guarnición persas. Las tropas griegas y egipcias sitiaron la plaza, mientras gran parte de la flota aliada navegaba sin hallar resistencia a lo largo de las costas de Fenicia, incendiando puertos, hundiendo o capturando navíos enemigos y realizando incursiones por ciudades con acceso al mar. Las victorias parecieron tan grandes y tan decisivas como las del Eunimedón. En Atenas, hasta los adictos más leales de Cimón hubieron de reconocer que otros generales podían mostrar la misma intrepidez y rapidez de acción que su jefe. Esperábamos enterarnos pronto de que la campaña había finalizado y de que Egipto quedaba abierto al espíritu de empresa ateniense. Esperamos seis años, pero las noticias que llegaron fueron desastrosas.

Entretanto, y aun antes de que zarpara la expedición a Egipto, Atenas había contraído compromisos para llevar adelante su política antiespartana, que era la de Efilto y Pericles y había sido la de Temístocles. La meta fundamental de esta política era afianzar la seguridad de Atenas contra cualquier invasión terrestre. La ciudad ya estaba protegida por sus fortificaciones, pero nunca podría haber perfecta seguridad mientras fuesen vulnerables sus comunicaciones con el gran puerto del Pireo. Por moción de Pericles, los atenienses comenzaron entonces a erigir sus famosas Murallas Largas, la más extensa de las cuales tenía ocho kilómetros de longitud, y la más corta cinco, y que proporcionaban un corredor fortificado entre la ciudad y el mar. Como toda edificación acometida por Pericles, la obra resultó espléndida. Cualquiera que con- temple hoy estas fortificaciones, las considerará no sólo inexpugnables sino también magníficas. Habían sido concebidas para proporcionar a Atenas todas las ventajas de una isla y Pericles solía decir que aun cuando Atenas perdiera todo lo que poseía en tierra firme, seguiría siendo, con sólo la ciudad, el Pireo y las posesiones de ultramar protegidas por una armada irresistible, la potencia más grande de Grecia.

Pero Atenas no sólo apuntaba a fortalecerse sino también a debilitar a sus enemigas; la alianza con Argos era ya un importante paso en esa dirección. Esparta había quedado paralizada no sólo por las bajas que había sufrido durante la rebelión de los siervos, sino también por la presencia de una potencia hostil en sus fronteras orientales. Poco más o menos por esta época, acabó la rebelión, aunque no de modo satisfactorio para los espartanos que, después de años de esfuerzo, habían probado ser incapaces de tomar en las montañas de Mesenia el baluarte rebelde de Itomo. Comenzaban a menoscabarse su seguridad y su reputación militar y, al fin, se contentaron con considerar una victoria lo que en realidad no era más que una transacción. Los mesenios que ocupaban Itomo, buenos guerreros inveteradamente hostiles a Esparta, rindieron su baluarte a condición de que se les suministrara un salvoconducto para salir del Peloponeso. En los días de Cimón, ningún Estado se hubiera atrevido a recibirlos, pero Atenas los acogió en ese momento para servirse luego de ellos de modo muy útil.

Poco más o menos por entonces, el pueblo de Megara se separó de la alianza espartana y solicitó la protección de Atenas.

Eran las sempiternas víctimas de los ataques del Estado vecino de Corinto, situado al sur, y los indignaba el que Esparta no hubiera hecho nada por contener a sus aliados corintios. Esta petición

de los megarenses halagó el orgullo ateniense, pero lo que más interesaba a Pericles eran las enormes ventajas estratégicas de que goza Megara. Tal ciudad no había sido, por muchos años, una potencia importante. Está encerrada entre Atenas y Corinto; pero su territorio se extiende desde el golfo Sarónico hasta el de Corinto. Posee puertos marítimos en cada uno de estos golfos, y ocupa así una posición desde la cual puede aislarse por el norte a todo el Peloponeso. Pericles tampoco encontró dificultades en esta ocasión para persuadir al pueblo de que aprobara sus planes de largo alcance. Se enviaron al punto guarniciones atenienses a los puertos de Nisea, en el golfo Sarónico, y de Page, en el golfo de Corinto. Se construyeron largas murallas para unir la ciudad interior de Megara con Nisea, y bloquear de este modo el camino costero que lleva de Corinto al Ática. Al mismo tiempo, se alzaron puestos fortificados para defender la faja más estrecha de tierra que se extiende entre Megara y Page, por el norte. Y acaso fuera la ocupación de Page lo que excitó a los atenienses más que cualquier otra cosa. Con una base en el golfo de Corinto, contaban ahora, por primera vez en la historia, con una salida al oeste, y, desde allí, sus imaginaciones veían horizontes ilimitados. Ahora ambas costas del golfo corintio eran vulnerables a su poder marítimo; podían circunnavegar con seguridad todo el Peloponeso; más allá del golfo, se encontraban los Estados aún semibárbaros de Grecia septentrional y, más allá de éstos, Italia y Sicilia; aún más allá, estaban Cartago y la fabulosa riqueza de España. Nosotros, los jonios, acaso podamos jactarnos de poseer la imaginación más vivaz y el talento más penetrante de todos los hombres, y en este aspecto Atenas puede decir con derecho que es nuestra ciudad madre. Pero los atenienses poseen otras cualidades que les son peculiares; si imaginan que algo es apetecible, se ponen inmediatamente a la tarea de conseguirlo, y creen que todo lo que imaginan puede alcanzarse.

Sin duda la alianza con Megara significaba la guerra con Corinto. Y los corintios no sólo estaban enfurecidos sino atónitos ante la temeridad de la acción ateniense. Habían creído que, mientras la gran flota de la alianza ateniense estuviera ocupada en Egipto, Atenas vacilaría en arriesgar su existencia, enfrentándose al poder marítimo corintio, que era aun considerable. De modo que se lanzaron al mar sin ningún temor con toda su flota, y fueron derrotados por las pocas escuadras de navíos atenienses que habían quedado para defender las aguas territoriales.

Sólo una posición enemiga más o menos poderosa subsistía a poca distancia del territorio y de las fronteras marítimas de Ática.

Se trataba de la isla de Egina. Su largo contorno y su montaña cónica son visibles desde el Pireo, así como toda la línea costera hasta Sunion. En un discurso tras otro, Pericles se había referido a esta isla como a 'la visión ofensiva para el Pireo'; por lo demás, se había librado una guerra intermitente entre Egina y Atenas desde antes de la guerra contra Persia. Hasta entonces, ni Corinto ni las otras ciudades dóricas del Peloponeso habían prestado ninguna clase de ayuda a Egina. Ésta era una importante rival comercial de Corinto, y los corintios alentaban la esperanza de que tanto Atenas como Egina se agotaran en la lucha. Pero ahora Corinto y todos los demás Estados del Peloponeso que podían proporcionar navíos unieron sus fuerzas con Egina. Atenas aceptó el reto sin vacilar. Estaba reforzada por contingentes navales aliados y pertrechó otros de los suyos propios. Una de las mayores batallas que jamás se libraron entre los griegos tuvo lugar frente a la costa de Egina. Era una batalla de jonios contra dorios. Atenas empleaba menos de la mitad de la fuerza naval de que podía disponer, contra la totalidad de las fuerzas marítimas de sus enemigos. El resultado fue decisivo. Los atenienses y sus aliados capturaron setenta barcos, desembarcaron hoplitas en la isla y procedieron a alzar obras de asedio en torno a la ciudad de Egina. Casi todos los hombres en edad militar estaban ahora empeñados en la guerra, sea en Egipto, sea en la fortificación de Megánida, sea en esta expedición. A muchos atenienses, y por ciento a todos los enemigos de Atenas, les parecía que esfuerzo realizado en tamaña escala no podía durar mucho ni podía incrementarse. Corinto actuó de un modo imprudente basándose en esta suposición y, con un gran ejército terrestre, marchó contra Megara. Era una campaña que parecía bien concebida y a la que no podía dejar de coronar cierto éxito.

Atenas tendría que abandonar Megara, o de lo contrario retirar su ejército de Egina, a fin de defender las fortificaciones aun no acabadas. Y en la misma Atenas cundió la alarma cuando llegaron las primeras noticias de la invasión. No obstante, el entusiasmo prevaleció sobre la confusión. En uno de aquellos discursos en que combinaba una extrema claridad lógica con el más alto fervor emocional, Pericles explicó qué había de hacerse. Atenas, dijo, no abandonaría en ningún momento sus conquistas ni a sus aliados. En esa ocasión aquellos a quienes se tenía por demasiado jóvenes para combatir podían mostrar de lo que eran capaces, y aquellos a quienes se consideraba demasiado viejos podían añadir una proeza más a su glorioso historial guerrero. Los jóvenes habían oído hablar de sobra de las

guerras persas, y ahora tendrían la posibilidad de ver con sus propios ojos cómo sus padres se habían batido en ellas. Era el momento en que los hijos debían demostrar que eran dignos de sus padres, y en que los padres debían desafiar la emulación de sus hijos.

Raras veces vi en Atenas un día de entusiasmo tan general como aquel en que el nuevo ejército, constituido por las últimas reservas humanas del Estado, fue llamado a la acción. Era un ejército formado por muchachos de dieciocho y diecinueve años y por hombres comprendidos entre los cincuenta y sesenta; y había muchos, cuyas edades estaban por arriba o por debajo de las de estos grupos, que procuraban hallar lugar en las filas. Se confió el mando del ejército al avezado general Mirónides; la nueva fuerza partió sin demora a fin de unirse con las guarniciones destacadas en Megara. Después de que el ejército hubo partido, reinó ansiedad en Atenas, pero la esperanza era mayor que la ansiedad y, cuando llegaron noticias, eran las esperadas. Mirónides había chocado con todo el ejército de Corinto y sus aliadas y lo había obligado a abandonar el terreno; habían recogido sus muertos y retrocedido hacia Corinto; los atenienses erigieron un trofeo en el campo de batalla.

Quince días después, se recibieron noticias de una victoria aún más gloriosa en este frente. Al parecer, el ejército corintio, constituido por hombres en la flor de la edad, no pudo soportar los reproches que en Corinto les hicieran sus padres y hermanos menores por haber retrocedido ante una fuerza de muchachos y abuelos atenienses. Intentaron explicar que, a pesar de su retirada, habían llevado la mejor parte en la batalla; y, hasta tal punto es capaz el hombre de creer lo que encuentra conveniente creer, acaso se hayan convencido de que decían la verdad. Partieron, pues, de Corinto y comenzaron a erigir un trofeo cerca del lugar en que los atenienses habían alzado antes el suyo. Esta vez su derrota fue decisiva. Un gran sector de su ejército fue cercado y exterminado. Hasta entonces, ningún ejército ni armada corintios había entrado en acción como no fuese con el apoyo y bajo el mando de los espartanos.

Todos estos acontecimientos habían tenido lugar en el término de dos años y, el año siguiente, Atenas hubo de combatir de nuevo y con más desesperación que nunca para retener las posiciones que había ganado.

Los espartanos se mueven con pesadez y son muy reacios a emprender campañas fuera del Peloponeso. Esta lentitud suya se debe en parte a falta de imaginación, y en parte a arrogancia. Raras veces comprenden que están en peligro, como no sea en el último momento, y creen que en cualquier acción militar son irresistibles. Sus experiencias recientes durante la revolución de los siervos no alteraron su manera de pensar. La mayor parte de los espartanos son incapaces de pensar, como no sea en términos de táctica militar, tema que han aprendido cabalmente y de memoria. Aun en medio de la batalla, se comportan con extrema cautela y se cuidan de cualquier ataque de índole heterodoxa. Sólo se hallan cómodos cuando están formados en orden de batalla contra un ejército enemigo. En tales condiciones, creen, y no sin razón, que son irresistibles.

Por algún tiempo las aliadas de Esparta, Egina y Corinto, habían venido instándola a obrar. Y ahora, al fin, Esparta decidió hacerlo. Obraron, como siempre, de modo muy tortuoso. No declararon la guerra a Atenas. El pretexto para llevar un ejército al norte del istmo lo hallaron en una disputa menor entre dos Estados de Grecia central, uno de los cuales, Dóride, pretendía ser la madre patria de los espartanos. Pero el ejército que se reunió en el Peloponeso era mucho más considerable que el que requería asunto tan trivial. Al enterarse del poderío de este ejército, los atenienses fortalecieron sus defensas en Megánida y dieron a entender de modo claro que no permitirían a ninguna fuerza armada pasar por el territorio que estaba bajo su dominio. Pero los espartanos no tenían intenciones de librar una batalla en terreno montañoso ni en una posición elegida por los atenienses. Trasladaron por mar su ejército a la costa septentrional del golfo de Corinto, solucionaron sin dilación las cuestiones de Dóride y luego avanzaron hacia el este para llegar al vasto y populoso territorio de Beocia, que se extiende a lo largo de la frontera septentrional de Atenas. Alistaron allí más soldados e instalaron en las ciudades gobiernos que les eran favorables. En particular, robustecieron la autoridad de Tebas, ciudad que había colaborado con los persas, y pronto, disponiendo ya de un gran ejército, estuvieron en condiciones de invadir Atenas desde el norte, y si la acción había de ser eficaz, tenía que ser rápida. Estaban casi terminadas las Murallas Largas. Egina soportaba un severo sitio y era evidente que no podría resistir mucho.

Atenas obró con la intrepidez y la resolución habituales. Pericles era uno de los generales en esta campaña y oí de sus labios una relación completa de ella. Se decidió no suavizar el asedio de Egina, pero se retiraron muchas de las tropas destacadas en Megánida, a fin de fortalecer el ejército del frente septentrional. De los nuevos aliados, Argos envió un millar de hoplitas y Tesalia proporcionó

una excelente fuerza de caballería. Sólo la infantería pesada ascendía a catorce mil hombres. Era ésta la más considerable fuerza terrestre que Atenas hubiera reunido nunca, y al mismo tiempo se envió al golfo de Corinto una escuadra de cincuenta navíos, fuerza que se estimó suficiente para impedir que los del Peloponeso se retiraran por mar.

Los atenienses prefieren siempre el ataque a la defensa. Y así, en esta ocasión no quisieron limitarse a custodiar los pasos septentrionales. Avanzaron hasta Beocia y tomaron posiciones cerca de la ciudad fronteriza de Tanagra. Allí entraron en contacto con el gran ejército de los espartanos y sus aliados.

La víspera de la batalla, los generales se hallaron frente a un difícil problema personal y político. Durante aquellos últimos años, el desterrado Cimón había vivido en Eubea. Ahora pasó al territorio continental y, manteniendo en secreto su identidad pues deseaba evitar toda apariencia de ilegalidad, procuró entrevistarse con los generales. Pericles me describió a menudo los confusos sentimientos –sorpresa, temor y admiración– que experimentaron los generales atenienses al ver, después de tanto tiempo, al gran comandante, con sus conocidas maneras enérgicas, su pelo rizado que se estaba volviendo gris, aquella expresión de resolución que todos ellos habían visto tantas veces en sus ojos la víspera de una acción bélica. Había ido para rogarles que le permitiesen combatir en las filas como soldado raso. Sabía, dijo, que a él y a su partido se los había acusado con frecuencia de sacrificar los intereses de Atenas a los de Esparta. Había gente que creía, o pretendía creer, que él había alentado la presente invasión espartana y que proyectaba recobrar el poder con ayuda de Esparta y al precio del desmantelamiento de las Murallas Largas y de las defensas de Megánida. Ahora quería dejar bien sentado que estaba dispuesto a morir por Atenas cuando ésta combatía contra Esparta, como se había mostrado dispuesto a morir en una batalla tras otra contra los persas.

Ni Pericles ni ninguno de los otros generales dudaron de la sinceridad de Cimón. Nunca habían dado crédito al malicioso rumor de que se hallaba en comunicación con el enemigo. Por otro lado, había pruebas de que algunos atenienses, la pandilla de reaccionarios que organizaron el asesinato de Efilto, habían establecido contacto con el mando espartano y, con toda probabilidad, habían utilizado el nombre de Cimón a fin de llevar adelante sus planes de, avasallamiento de la democracia. No faltaban tampoco consideraciones políticas. En el caso de una victoria, el prestigio de Cimón crecería en forma imprevisible y, en el caso de una derrota, acusarían a los generales de haber permitido a un desterrado, en contra de la ley, combatir en un ejército ateniense. Hasta podían ser juzgados por colusión con el enemigo. Los atenienses profesan por naturaleza gran respeto por la ley; ella sustenta toda la estructura del Estado. Y la mayor parte de los generales atenienses no sólo respetan la ley sino que la temen. Saben que el pueblo espera siempre el éxito y que está dispuesto, con frecuencia irrazonablemente, a causar la desgracia de cualquier comandante que no lo haya alcanzado. Durante todo el tiempo que viví en Atenas, sólo conocí a dos hombres a quienes el pueblo no inspiraba temor.

Uno de ellos era Pericles, y el otro Cimón.

De modo que en aquella ocasión los generales rechazaron el ruego de Cimón. Pericles fue el único que lo apoyó. Amargado, defraudado, Cimón volvió a retirarse al exilio, si bien antes envió un mensaje a sus amigos del ejército, en que les pedía que al día siguiente combatieran como si él estuviera junto a ellos.

Y esto es lo que hicieron. En la larga batalla, más de un centenar de ellos perdieron la vida y se reconoció que todos, como cuerpo, lucharon aquel día con gran valor. Pericles fue también uno de aquellos de quienes después de la batalla se habló con una especie de espanto. Gozaba ya, desde luego, de gran reputación como soldado y como comandante, pero al parecer aquel día se batió con tal ferocidad que asombró aun a quienes mejor lo conocían, buscando el peligro antes que eludiéndolo. Acaso hubiera resuelto demostrar que no sólo los amigos de Cimón podían considerar con indiferencia la propia vida. O tal vez su arrojo fuese resultado de una pasión que se enseñoreó de su imaginación al ver la posibilidad de derrotar, por primera vez en la historia, a un ejército espartano en tierra. Cuando luego le hice preguntas sobre el particular, sonreía y restaba importancia a sus hazañas. Ningún hombre del ejército, dijo, había corrido riesgos indebidos.

La lucha prosiguió todo el día y en ambos bandos se registraron importantes bajas. Al atardecer, ningún ejército podía atribuirse la victoria. No fueron las proezas militares las que determinaron el desenlace de la batalla, sino la traición. Hacia el fin del día, toda la caballería tesalia abandonó a los atenienses para pasarse al enemigo. Sin duda, este movimiento estaba concertado de antemano, pero los tesalios lo habían retrasado por temor a que una acción demasiado precipitada los

colocara en el bando perdedor. Estos tesalios se hallan, si los comparamos con los atenienses y los habitantes de otras ciudades jónicas, en un estadio aún rudimentario de desarrollo político. Sus jefes y magistrados no se designan por elección; son simplemente grandes terratenientes acostumbrados a la sociedad de sus iguales y a la servidumbre de sus vasallos. En este sentido más bien primitivo, constituyen una aristocracia y, alarmados y asustados por el espíritu del todo distinto que reina en un ejército ateniense, consideraron que tanto sus intereses como su naturaleza eran más afines a los de Esparta que a los de Atenas. En esto se equivocaban, pues los atenienses son capaces de mostrar flexibilidad y comprensión en sus relaciones con otros; los espartanos se asombran ante los atenienses, pero desprecian a casi todos los otros pueblos.

La defección de la caballería tesalia y el subsiguiente ataque que lanzó contra los carros de pertrechos de los atenienses, obligaron a éstos a retroceder a nuevas posiciones, no sin haber sufrido, ellos y sus aliados, numerosas bajas durante la retirada. Esta, sin embargo, se realizó ordenadamente, y aunque los espartanos pretendieron haber logrado una victoria táctica, no se sintieron lo bastante fuertes para explotarla. Los atenienses esperaban un ataque inmediato contra las Murallas Largas o contra la misma Atenas. Por ello, hicieron retroceder a su ejército hasta una posición desde donde pudieran defender la ciudad. Pero los espartanos no querían correr más riesgos. Sin haber alcanzado ninguno de los objetivos de su campaña, consideraron que su honor estaba satisfecho, retrocedieron sin perder tiempo a través de Megánida, que aun no estaba custodiada, y se dispersaron hacia sus hogares. Los atenienses habían conquistado, en verdad, una victoria estratégica, pero acostumbrados como estaban a éxitos resonantes, la consideraron una derrota. Se reclamó una acción más vasta y decisiva, petición que pronto se satisfizo. Pero antes, sin embargo, Pericles ejecutó un acto de generosidad personal y sabiduría política que fortaleció tanto la resolución como los recursos del Estado. Propuso en este momento de emergencia que Cimón, cuyos amigos habían demostrado de sobra su patriotismo en el campo de batalla, fuese llamado del exilio. Recordó al auditorio que a su propio padre, Jantipo, lo habían llamado del destierro durante la crisis de la invasión persa. El decreto se aprobó con muy poca oposición y Cimón retornó a Atenas no ya como enemigo, sino como amigo de la nueva democracia. Enseguida se le encomendó negociar con Esparta, y los espartanos, aliviados al ver que habían de discutir con él y no con Pericles, convinieron en concertar un tratado ignominioso que decidía una tregua de cuatro meses. En tal tratado no se hizo mención de Egina, de Megara ni de las nuevas aliadas de Esparta en el norte. Tal vez los espartanos imaginasen que Atenas estaba agotada y que no emprendería ninguna campaña hasta la primavera siguiente. En tal caso, estaban del todo equivocados. A los dos meses de la batalla de Tanagra, Mirónides condujo el ejército por segunda vez hacia el norte. Chocó con el gran ejército beocio en el paraje llamado 'Los Parrales', no lejos del escenario de la primera batalla. Su victoria fue completa y decisiva, y luego procedió con energía. Disolvió la Liga Beocia que, bajo la dirección de Tebas, había sido organizada por los espartanos, e instaló en todas las ciudades gobiernos democráticos leales a Atenas. El pueblo de Fócida, en Grecia central, al que había encolerizado la intervención espartana en Dóride, se incorporó también a la alianza ateniense. Lo mismo hicieron los locrenses, establecidos en la costa oriental. De modo que a los tres meses de la derrota de Tanagra, Atenas había logrado el dominio de toda Grecia oriental y central, hasta el desfiladero de las Termópilas por el norte. Hacia fines de año, había finalizado la construcción de las Murallas Largas, y Egina se vio forzada a rendirse. Atenas se adueñó de su flota, se demolieron sus fortificaciones y ya no volvieron a emitirse sus celebradas monedas. Se vio en la necesidad de unirse a la Liga Ateniense y de pagar una contribución anual excepcionalmente elevada al tesoro de Delos. Así fue como Atenas reaccionó ante una derrota.

CAPITULO VII

HOGAR Y AMIGOS

Durante todos estos años y a lo largo del resto de su vida, Pericles trabajó en forma continuada desde el amanecer hasta bien entrada la noche y, a menudo, hasta altas horas de la madrugada. Cuando no mandaba ejércitos y flotas, se ocupaba de política en Atenas.

Sólo por su capacidad de trabajo merece la fama, y resulta sorprendente comprobar cuántas cosas lograron en tan breve tiempo él y la democracia ateniense. En verdad, la rapidez y la ambición eran las cualidades descolantes del periodo. La erección de las Murallas Largas y, luego, las gloriosas construcciones del Partenón y los Propileos se realizaron con una celeridad y perfección que parecían increíbles a la mayor parte de los griegos, y aun a los mismos atenienses. Pericles era autor y supervisor de casi todos estos grandes planes. Además, como dije, mandaba a menudo tropas en tierra o en el mar, estudiaba nuevas leyes para transformar la organización de la democracia, dirigía la política, recibía enviados del exterior. Con tanto trabajo, es notable que, además, hallara tiempo para sus amigos o para cualquier tipo de vida privada.

Había organizado la administración de sus fincas de un modo del que no se apartó en su vida. En esto mostró la misma precisión lógica que mostraba en política, y en todos y cada uno de sus actos. La organización estaba destinada desde luego a proveer seguridad, pero la finalidad primordial era ahorrar tiempo. Todo estaba en manos de un esclavo digno de confianza, Euángelo. El propio Pericles, después de haber trazado las líneas con arreglo a las cuales habían de administrarse sus bienes, nada tenía que hacer como no fuese verificar de cuando en cuando las cuentas de su siervo. Contrariamente a los métodos de los demás terratenientes, no desperdiciaba tiempo en especulaciones o en la obtención de beneficios desmedidos. Cada año vendía a los más altos postores toda la producción de sus tierras, por sumas globales. Una vez concertadas las ventas, quedaba libre de toda preocupación y de toda inspección de sus fincas. Los compradores de la producción anual se encargaban de ésta. Euángelo compraba día a día en el mercado cuanto se requería para la atención de la casa. Este arreglo no agradaba a la mujer de Pericles y, luego, fue desaprobado por sus hijos. Veían que otros, poseyendo menos tierras que Pericles, obtenían beneficios más considerables y vivían de manera más ostentosa. Pericles hacía oídos sordos a tales críticas.

Por esta época, desde luego, sus hijos Jantipo y Paralo estaban aún en la infancia y él los veía poco. Su casamiento había sido dictado por el deber. Su mujer era una prima suya que, como no tenía hermanos, había heredado la fortuna del padre. En tales casos la ley ateniense ordena que la heredera debe casarse con el pariente más cercano, siendo el objeto de esta cláusula conservar el dinero en la familia. De modo que, de conformidad con la ley, Pericles se casó con su prima, la cual hubo de divorciarse de Hipónico, el marido que entonces tenía. En mi opinión, ésta no es una buena costumbre y me parece que la sucesión de la propiedad podría disponerse de algún modo distinto. He realizado muchas observaciones de niños nacidos de padres que son parientes cercanos y mi conclusión quizá sea sorprendente. Mientras que es cierto que en el caso de los caballos de carrera y otros animales resulta ventajoso para la descendencia el que no se mezclen las razas, la misma regla no parece aplicarse a los seres humanos. Admito que algunos de los hijos de estos matrimonios consanguíneos son por excepción brillantes, pero hasta éstos exhiben a menudo una extraña inestabilidad, mientras que en muchos más casos los niños son sin discusión posible deficientes en cuanto a capacidad, o las capacidades que poseen no guardan la debida proporción entre sí. Supongo que un caballo no es un animal tan bien constituido como un hombre. No sólo carece de inteligencia racional sino que es incapaz de valerse de sus miembros de modo constructivo. Las simientes con las que se compuso su naturaleza están mezcladas en proporciones diferentes de las del hombre y son menos susceptibles de cierta variedad de combinaciones. Así, cuando los elementos generativos de estos animales se combinan para procrear, hay escasas posibilidades de error. Las cualidades deseadas son pocas (en un caballo de carrera se trata sólo de la velocidad), y dos criaturas emparentadas, distinguidas ya por una sola cualidad, es probable que se acoplen con éxito. Pero en el hombre la combinación de elementos es mucho más sutil y oscura. Un espécimen de físico perfecto puede estar moral o intelectualmente corrompido, y hasta en un hombre bueno hay impulsos malos, que él reprime por hábito o por prudencia. Aun cuando reine el orden y se trate de hombres educados, no siempre reprime uno un natural salvajismo y, en periodos de revolución o desastre, lo cobarde, repugnante, cruel y depravado parece prevalecer sobre las cualidades más nobles. La excelencia sólo se obtiene por el esfuerzo, y sólo somos capaces de cierta cantidad de esfuerzo. Parecería lógico suponer que en los matrimonios consanguíneos las cualidades de los antepasados (cuya naturaleza debe participar de las mismas simientes) se acentuarán en la prole, de modo tal que de cualquier forma lo bueno equilibrará lo malo, lo saludable lo enfermo, y así sucesivamente. Pero, como expliqué en otra parte, la naturaleza no obra según las reglas de una simple aritmética. Hay una constitución mucho más excelsa y mucho más delicada en lo que es bueno y en lo que es racional que en lo que es irracional o depravado. Dos

excelentes organizaciones, aun cuando sean similares, no se mezclarán por vía rigurosa, al paso que lo que es malo siempre se acrecentará por la adición de lo que es también malo.

Pero, amigos míos, he incurrido en una digresión y, en todo caso, mis opiniones sobre el particular se hallan en mis libros. Me movió a hacer esta digresión el deseo de explicar el hecho de que los dos hijos que tuvo Pericles de su mujer legítima mostraron cualidades sumamente desafortunadas que no aparecían en su padre ni en su madre (si bien ésta no era mujer, según creo, de gran distinción). Supongo, como habréis observado, que dentro de una familia las simientes generativas son todas semejantes. Las diferencias de carácter y apariencia dentro de una familia pueden explicarse por el modo variable en extremo en que cabe que se dispongan tales simientes. Y también supongo que, mientras que los defectos pueden acentuarse por un proceso de simple adición, las cualidades más nobles no se transmiten ni se aumentan con tanta facilidad.

Mencioné estas opiniones mías a Pericles en la época de su matrimonio, pero no lo afectaron en modo alguno. Consideraba que su deber consistía en criar hijos y obedecer la ley. Una vez que los hijos alcanzaron la adolescencia, se divorció de su mujer, de modo que ésta pudo volver junto a Hipónico. Sólo vi a su mujer, la madre de sus hijos, en una o dos ocasiones, y no creo que el propio Pericles la tratara mucho. Estaba poco dotada para la conversación intelectual y en este aspecto difería mucho de la famosa Aspasia, que unía un gran encanto personal a la más alta inteligencia. Peno de ella hablaré luego.

A pesar de todas sus actividades, Pericles hallaba tiempo para departir con sus amigos. Estrechaba amistades sin tener en cuenta para nada el rango o la fortuna, y todos sus amigos eran hombres distinguidos. En tal círculo figurábamos todos los de antes, excepto Efilto. Sófocles ocupaba ahora el primer lugar entre los dramaturgos atenienses y muchos de nosotros preferíamos su obra aun a la de Esquilo. Es más capaz, según creo, que Esquilo de dominar la pasión, y ésta es una cualidad de la mayor importancia en una obra de arte que debe encarnar más bien que expresar la pasión. Sé que su pensamiento es tan agudo y trascendente como el de Esquilo, pero lo expresa con mayor economía y precisión.

En una palabra, creo que lo que está concentrado y sujeto a dominio es más eficaz que lo poderoso, majestuoso y difuso. No es que quiera rebajar los méritos de Esquilo. Era ahora un hombre anciano, como todos los que habían combatido en Maratón, pero, lejos de mostrar signo alguno de decadencia intelectual, se veía estimulado a realizar esfuerzos mas y más grandes, en parte llevado por su propio genio, y en parte por emulación con Sófocles. Pues, admirable como era en muchos sentidos, no era modesto y no alcanzaba a comprender cómo los jueces del festival dramático podían conceder el primer premio a otro que no fuera él. Recuerdo con precisión y admiración la última vez que se le confirió este honor. La primavera del año en que Mirónides logró sus grandes victorias en Megara, Esquilo produjo la trilogía de Orestes, que, en mi opinión, es la mejor de sus obras. Sus análisis de los problemas del crimen y el castigo y de los que nos parecen ser consejos divididos o inconciliables de los dioses, son muy conmovedores, y en estas tragedias hay una caracterización más vivida que en cualquier otra del mismo autor. En esta ocasión Esquilo no sólo desplegó la grandeza de su genio, sino que utilizó también todos los recursos de la técnica teatral, por lo que es, con justicia, famoso. Los adictos de Pericles aplaudieron con entusiasmo las referencias al reciente tratado con Argos; y en la escena final, la grave y equilibrada apreciación de la justicia ateniense y de la santidad del Areópago fue recibida bien por todos los partidos, tal fue el tacto con que escribió. Esquilo era conservador y debe de haber deplorado la reforma de aquel cuerpo, que acababa de consumarse primero por obra de Efilto y luego de Pericles; pero la aceptaba imbuido del patriótico espíritu de unidad ateniense, y sólo instaba a sus conciudadanos a que no olvidaran, en su celo innovador, lo que había sido bueno y digno en la vieja tradición. Es éste un concepto que casi siempre halla eco en los sentimientos atenienses.

Por lo demás, quienes admiraban a Esquilo por sus audaces innovaciones en el vestuario y la escenografía, vieron satisfechos todos sus deseos. A la primera aparición del coro de Furias, con sus cabelleras ondulantes, sus gestos salvajes y sus rostros horrendamente pintados, vastos sectores del auditorio fueron presa del pánico e intentaron abalanzarse hacia las salidas del teatro. Pronto se restableció el orden y aquella gente sencilla, una vez convencida de la irracionalidad de sus temores, siguió el espectáculo con creciente placer. Desde todo punto de vista, fue un gran triunfo personal de Esquilo. Poco después marchó a Sicilia, en cuyas ciudades griegas sus tragedias alcanzaban inmenso éxito. Murió pocos años después. Es común decir que ocasiono su muerte una tortuga que desde gran altura fue soltada por un águila, la cual tomó la cabeza calva del poeta por una roca apropiada para que

se rompiera en ella el caparazón de la tortuga. Esta historia no me parece creíble. En primer término, el águila, como se sabe, es, de todos los seres vivos, el de vista más aguda. Además, sus garras, aunque poderosas, no son lo bastante largas para retener en el aire un gran carapacho.

Después de la muerte de Esquilo, Sófocles se convirtió –y para la mayor parte de la gente goza aún de tal preeminencia– en el más grande trágico ateniense. En cuanto a mí, aunque admiro a Sófocles, creía ya por aquella época que el joven poeta Eurípides poseía cualidades particulares que le permitirían igualar, y en cierto sentido superar, a los otros dos grandes trágicos. En sus coros muestra el más exquisito oído métrico y musical, y su diálogo, aunque menos majestuoso, es más natural que el de Esquilo o el de Sófocles. Sobre todo, es filósofo, y fue su interés por la filosofía lo que me proporcionó la oportunidad de conocerlo y gozar de su amistad. Tiene pocos amigos, pues es amante de la soledad, y, como muchos hombres tímidos, a veces habla en demasía y a veces demasiado poco. Su familia poseía una finca en Salamina, y Eurípides había descubierto una caverna, con una hermosa vista al mar, a la que solía retirarse durante meses a fin de estudiar y escribir. Fue uno de los primeros que adquirió una excelente biblioteca para su uso personal. Era diez años menor que Pericles y sólo contaba veintinueve, según creo, cuando murió Esquilo. Sus primeras tragedias se representaron el año siguiente y, como muchas de sus obras, solo lograron el tercer premio. Desde luego, ahora es mucho más popular, pero aun en aquellos días contaba con un reducido pero entusiasta círculo de admiradores. Entre éstos figuraban casi todos los jóvenes a quienes interesaba la filosofía, y de modo particular aquellas de sus ramas que se relacionan con la vida política. Me parece que la filosofía, tal como la entendemos, comenzó en Jonia y que su origen fue la pura curiosidad. La primera pregunta era: ¿Cuál es la naturaleza del mundo en que vivimos? ¿Está todo hecho de una sustancia, o hay dos o más sustancias? ¿Cuáles son los principios que determinan la mezcla, el cambio y el movimiento? El solo hecho de que se formularan semejantes preguntas debió de ser un reto a la visión convencional de las cosas. Si, por ejemplo, nos parece razonable concluir que el sol es un objeto muy grande compuesto poco más o menos del mismo material que la tierra, no podemos creer al mismo tiempo que es un dios, y menos aun que es algo arrastrado por caballos a través de los cielos. Acaso en relación con estas absurdas teorías de los mitógrafos, la filosofía comenzó a ejercer, por primera vez, lo que puede denominarse un efecto político. Pronto siguieron otras preguntas. Se supone que los dioses son buenos. ¿Cómo es posible, entonces, que muchos actos suyos de que se guarda memoria puedan considerarse vergonzosos entre nosotros? ¿Están en verdad sancionadas nuestras ideas de lo bueno y lo malo por algo distinto de la convención o la conveniencia? ¿Tiene siempre razón el poderoso?

Preguntas por el estilo resultaban por lo menos tan perturbadoras para la visión tradicional como cualquier escepticismo acerca de los dioses, y por entonces en Atenas se formulaban todos los días tales preguntas. A veces se formulaban de conformidad con el puro espíritu de la filosofía jónica, es decir, por curiosidad y el intenso deseo de descubrir la verdad. Otras veces se formulaban con indiferencia o con interés egoísta. A los jóvenes les resultaba divertido desconcertar a los mayores con argumentos al parecer irrefutables. Y era en extremo útil en cualquier clase de debate político o judicial el plantear el propio caso con claridad y precisión lógica, pero también con un agradable estilo de modernidad y osadía. El mismo Pericles debía gran parte de su influencia y reputación al hecho de poseer estas facultades, y hombres hábiles pero superficiales no tomaban en cuenta el papel que desempeñaban sus otras cualidades de integridad y magnanimidad. Lo mismo cabe decir de Eurípides. Sus brillantes paradojas, su aparente escepticismo, la destreza con que expresa sin vacilaciones los dos aspectos de un caso, su evidente conocimiento de tesis las ideas nuevas, le conquistaron admiración y aplauso, pero muchos admiradores eran ciegos al hecho de que las principales aspiraciones de ese poeta eran descubrir la verdad y mejorar a sus conciudadanos. Pericles era admirador de Eurípides, sí bien prefería la obra de Sófocles, y en ciertas ocasiones tuve oportunidad de hacer que ambos hombres discutieran, pues por algunos años Eurípides fue discípulo mío. En tales pláticas Eurípides solía hablar pero, si bien se expresaba con elocuencia cuando abordaba temas relacionados con su arte; y a Pericles, desde luego, le interesaban la poesía y la práctica de todas las artes. Pienso que, dejando a un lado su natural timidez, Eurípides se sentía un tanto alarmado ante Pericles y, aunque los dos tuvieran mucho en común, Pericles desconfiaba en cierto modo de Eurípides. Tales actitudes no son muy fáciles de explicar; pues ambos hombres admiraban por igual la penetración intelectual, el talento y el descubrimiento; ambos hombres estaban consagrados al esplendor de Atenas. Me siento inclinado a pensar que Pericles veía en Eurípides no sólo muchas de sus propias cualidades, sino también una cualidad diferente, que le inspiraba recelo. Era una cualidad que se le aparecía como un indiferencia antinatural. Y por su parte, Eurípides observaba en Pericles una sinceridad de propósitos, algo casi

implacable que a le faltaba y que, acaso cuando se hallaba en ciertos estados de animo, envidiaba. Pues Eurípides, al contrario de Sófocles, que podía actuar con gracia y distinción en cualquier esfera de actividad, nunca desempeñó un papel descollante ni influyente en los asuntos públicos. Claro está, como otros ciudadanos bien dotados desde el punto de vista físico, había prestado servicio militar, pero sus reacciones ante él, como descubrí en muchas conversaciones que sostuvimos, eran muy peculiares. Desde luego, no carecía de coraje ni de patriotismo. Como a cualquier otro hombre, lo enorgullecía la victoria y lo avergonzaba la derrota. Tampoco era lo bastante insensato para imaginar (y pocos atenienses lo son) que las victorias puedan lograrse sin derramamiento de sangre y sin sacrificio. Pero miraba estas necesarias concomitancias de la guerra con extraordinaria angustia. Cuando me describía una batalla, se detenía en la impresión que le habían producido los rostros de los heridos o los muertos más que en los temas normales, como las dificultades estratégicas, el peligro arrojado y el júbilo por el triunfo. El que fuera soldado eficiente a despecho de su sensibilidad anormal frente al sufrimiento, acredita, desde luego, su valentía. Pero su intelecto es tan poderoso que no puede sentir nada con mayor o menor intensidad, sin investigar con toda minucia tal sentimiento, así como su verdadero origen. Y no sería del todo ilegítimo sugerir que lo conmovía más el sufrimiento que la situación que servía de escenario a ese sufrimiento. Lo ofendía que el sufrimiento pareciera ser una necesidad de la naturaleza, y no hay duda alguna de que esta actitud suya, tanto como cualquier otra consideración filosófica, afectó sus ideas acerca de los dioses. Pero también afectó sus opiniones políticas. Si bien admiraba a Pericles y reconocía su supremo talento y su perfecta integridad, abrigaba sin embargo cierta duda, una pizca de desconfianza. Se preguntaba, creo, si las grandes aspiraciones de Pericles eran dignas de los sacrificios que implicaban. Durante toda su vida Esquilo sintió orgullo por haber combatido en Maratón. En la flor de su belleza, Sófocles había dirigido el coro de jóvenes que celebró la victoria de Salamina. Pero lo que Eurípides, como todos los niños, vio y lo impresiono con mas vivacidad, fue el sudario de humo que pendía en el aire cuando los persas quemaron la ciudad. Había ocasiones en que Eurípides le parecía que la vida no era más que una trampa que los dioses habían tendido al hombre.

Cierto que tanto Sófocles como Pericles habrían simpatizado con buena parte de esta actitud. Ambos tenían la más aguda conciencia del dolor e injusticia de la condición humana. Sus caracteres eran profundos y se movían a compasión con facilidad. El propio Pericles, a diferencia de muchos comandantes que ante todo piensan en su gloria, nunca hubiera arriesgado la vida de un solo ateniense a menos que considerara el riesgo justificado, y la profundidad de su admiración por los que caían en la batalla era indicio de que conocía a la perfección que aquellos hombres habían hecho por su ciudad un sacrificio de supremo valor. Pero él, como la mayor parte de nosotros, no podía concebir la vida sin la ciudad. En la ciudad, según solía decir, se le brinda a cada cual la oportunidad de ejercitar toda suerte de destrezas, y caben en ella todos los caracteres, excepto uno, y éste es el tipo de hombre que se describe a sí mismo como ‘ocupado en sus propios asuntos’.

Tales gentes le parecían despreciables e inútiles porque no estaban sólo semidesarrolladas sino que eran incapaces de toda evolución.

Desde luego, no hubiera clasificado a Eurípides entre esta gente.

Pues Eurípides, tal como conviene a un dramaturgo, estaba profundamente interesado en los asuntos de la ciudad y él mismo constituía una gloria de ella. Sin embargo, pienso que percibió en Eurípides una pequeña pero peligrosa divergencia respecto de su ideal total, cosa que le inspiraba desconfianza, pues conocía de sobra que los grandes resultados a menudo brotan de comienzos aparentemente insignificantes. Y esto inclina a creer que tenía razón, si bien es difícil ver con precisión dónde nació tal divergencia. Pericles nunca habría compartido la opinión de aquellos críticos conservadores que censuraban el extremo intelectualismo de Eurípides y su simpatía por gente que no pertenecía al orden heroico (como los esclavos y las mujeres), así como su vana preocupación por comprender y revelar sus problemas. Pericles era, como dije, la encarnación del intelectualismo; era tan piadoso como cualquier hombre que yo haya conocido y ningún problema humano lo dejaba indiferente. Creo que lo confundía y perturbaba (si bien quizá él mismo no haya tenido conciencia de esto) una cualidad de Eurípides que tal vez pueda denominarse pesimismo. Pues hay ocasiones en que Eurípides nos sugiere que nuestra situación es desesperanzada, que el mundo está hecho de modo tal que el hombre nunca puede realizar sus aspiraciones, que son mas frecuentes las veces que erramos el blanco que las que acertamos, que, en una palabra, la felicidad es inalcanzable. Y a menudo, después de ponernos frente a estas conclusiones, Eurípides suele dejar a un lado la argumentación y, en uno de sus coros exquisitamente escritos, suaviza nuestros sentimientos transportándonos a otro mundo, un

mundo de encantamiento y extrema belleza pero remotísimo del nuestro en el tiempo y la naturaleza. A veces desea, al parecer, evadirse de nuestro mundo para entrar en otro, del mismo modo que, para emplear ejemplos más populares, los adoradores de Dionisios hallan alivio, en sus orgías nocturnas, de las exigencias de la realidad, y los adeptos de los cultos órficos y otros misterios creen de firme que, cualquiera que sea su miseria presente, recibirán ciertos beneficios después de la muerte. Pero al paso que tales creencias religiosas, sean verdaderas o falsas, son en cierto sentido ennoblecedoras (puesto que es habitual suponer que después de la muerte el bueno será premiado y el malo castigado), y al paso que las orgías báquicas ejercen, sin duda alguna, en muchos casos una influencia curativa en el espíritu, resulta difícil ver qué bien social o efecto político pueda originarse en un estado anímico de desesperación tan completa que en él llega a rechazarse la misma posibilidad del bien. Todos nosotros, que poseemos cierta sensibilidad, hemos conocido estos estados de ánimo y, cuando los observamos en otros, nos sentimos movidos, conforme a las circunstancias, a compadecerlos o deplorar el hecho. Con frecuencia, las circunstancias que provocan tal desesperación son trágicas; pero en sí misma, la emoción no es trágica; se trata de un quebrantamiento de los nervios.

Ahora bien, la organización política desarrollada por Pericles es la más noble que haya concebido el hombre. Confiere los más grandes beneficios a los ciudadanos y les formula extraordinarias exigencias. Es natural que en semejante democracia donde cada hombre ejerce poder, resulte necesario que cada hombre sea, por lo menos en cierta medida, prudente, bueno y valeroso. La acusación que en general se hace a la democracia ateniense consiste en que, puesto que la naturaleza humana es lo que es, resulta imposible la existencia de semejante estado de cosas; y lo que dejó atónito al mundo es el hecho de que esta argumentación se reveló falsa. Es posible, sin embargo, que tal estado de cosas no persista.

Alguna calamidad natural (un terremoto o una peste), la derrota en la guerra, o una violenta lucha intestina pueden, por lo menos desde el punto de vista teórico, perturbar de modo fatal el debido equilibrio en que reposa toda organización. Pero hasta en tales circunstancias ha de admitirse que Atenas se mostró, en grado casi increíble, invulnerable. Ante la derrota, reaccionó con la celeridad del rayo, y al punto conquistó la victoria; disensiones internas, aun las provocadas por el enfrentamiento de figuras tan poderosas como Pericles y Cimón, se resolvieron en paz y amistad; hasta puede decirse que ninguna calamidad natural azotó con más dureza a una ciudad que la peste en la que el propio Pericles perdió la vida; sin embargo, como podemos ver, Atenas se recobró de la peste. Y cuando intento buscar la razón de esta extraordinaria fuerza, vigor y capacidad de recuperación de la democracia ateniense, la hallo en parte (como Pericles solía indicarme) en la misma constitución, pero también la encuentro en una magnífica confianza en sí misma, que a menudo parece irracional a los otros.

Para Pericles esta confianza era totalmente racional; la experiencia había probado su validez; y admitía, según pienso, que brota de una confianza en la misma vida, de una creencia ferviente y creadora de que el hombre es capaz de transformar la naturaleza, por azaroso y difícil que pueda ser semejante proceso. Y, mientras el hombre conserve esta creencia, no puedo concebir una organización más perfecta de la sociedad humana que la que vi desmoronarse en Atenas. Pero ningún designio humano es tan perfecto que sea indestructible. Como filósofo, me veo forzado a admitir que, si por cualquier razón llegara a perderse esta soberbia confianza en la vida, se desmoronará todo el edificio de la Atenas de Pericles, y con él, mucho de lo que llamamos civilización. Pues si los hombres no ven el futuro, ni siquiera podrán habérselas con el presente. En semejante estado, la gente, en lugar de buscar responsabilidades, las declinará o evitará. Delegarán o rendirán el poder a otros y, con ello, quedarán mutiladas sus propias naturalezas. En tal situación, cabrá considerarlos como esclavos o, en el mejor de los casos, bárbaros. Desaparecerá la organización de la ciudad y la reemplazarán grandes imperios, como el de Persia, o autocracias semisalvajes, como la de Macedonia. Se ejercerán las funciones del gobierno en forma personal por un monarca, o invisiblemente por una pequeña minoría de expertos. Los hombres buenos, en el caso de que aún queden algunos, no desempeñarán ningún cargo público. Los soldados se convertirán en proscritos o mercenarios.

Los filósofos y poetas no tendrán amigos, como no sea en su propio círculo. Desesperando de la sociedad y del mundo, cultivarán sus personalidades sólo para sí mismos y haciendo abstracción de su entorno. Desde luego, reinará la superstición, puesto que, sin esperanza, el hombre no halla incentivo para descubrir la razón de las cosas. Aquellos que consientan aceptar una convención impuesta serán los más felices, y los que reciban más honores serán los ricos y quienes, por el ejercicio de algún talento, sean capaces de entretener a las masas con algún sustitutivo del placer.

Es ésta, lo confieso, una perspectiva casi demasiado pavorosa para contemplarla; pero es mi deber como filósofo afirmar que no es inconcebible. Por lo demás, esta discusión no está del todo fuera de lugar. Me llevó a ella el intento de explicarme qué era lo que en Eurípides parecía a veces confundir a Pericles. Creo que era esto: que Eurípides, a pesar de todas sus excelentes cualidades, estaba dispuesto, de algún modo profundo y oculto, a abandonar la esperanza, y que Pericles tenía conciencia de que en su sociedad ideal había sitio para cualquier emoción, salvo la desesperación. Procederé ahora, en la medida de mis fuerzas, a describir algunas de nuestras discusiones acerca de los fines y medios de la política, discusiones en las que, como dije, Eurípides nunca desempeñó papel importante.

CAPITULO VIII

TEORÍAS Y HECHOS

Damón solía decir que, si uno infringía las leyes de la música, perturbaba la estructura del universo. Pienso que Pericles sentía poco más o menos lo mismo respecto de la democracia. Daba a la palabra su plena significación. Todo el pueblo debía ejercer el poder. Pero no era uno de esos demagogos que arrastran a la mayoría de los pobres, a la masa no privilegiada, contra la minoría de los ricos y los privilegiados. Ciertamente al comienzo de su carrera, cuando, junto con Efilto, atacaba al Areópago, se lo consideró a menudo el campeón de las masas contra los pocos, y el mismo Efilto, en sus vehementes discursos y en persecución de sus propios intereses, inflamó con frecuencia a los pobres contra los ricos. El asesinato de Efilto brindó a Pericles la oportunidad de aplastar por largo tiempo cualquier posible oposición de quienes, como muy bien sabía, eran sus enemigos. No aprovechó semejante oportunidad, en parte porque odiaba la injusticia y en parte porque confiaba en la validez de su teoría política. Creyendo como creía que cada ciudadano ha de desempeñar su papel, no deseaba que nadie, y por ninguna razón como no fuese la cobardía o la traición, quedara cívicamente incapacitado. El ser pobre no entrañaba ninguna desgracia, solía decir, y nada había de admirable en ser rico. La única desgracia consistía en no realizar ningún esfuerzo para huir de la pobreza, o en emplear de manera poco digna las riquezas. Ahora bien, los argumentos contra esta democracia total, que Pendes no sólo imaginó sino que desarrolló en la práctica, son muchos y merecen consideración. Discutimos infinidad de veces estos argumentos y no los hallamos convincentes.

Con frecuencia se dice, por ejemplo, que el gobierno, como cualquier otra actividad humana, es un arte. No está al alcance del talento de cualquiera, lo mismo que no todos pueden escribir poesía. Si deseamos construir un templo o un buque, recurrimos a un competente arquitecto o armador, y no al primer hombre con quien nos topamos en la calle. Del mismo modo, el gobierno es asunto de expertos. No sólo requiere inteligencia poco común, sino también experiencia y ocio. Por ello, es preferible que el gobierno se confíe a la minoría que, por nacimiento y experiencia, está preparada para desempeñar esta difícil tarea y cuya situación económica es lo bastante desahogada como para que haga del arte de gobernar ocupación principal de su vida. Se admite que la historia pasada mostró que el gobierno de las oligarquías condujo a menudo a la corrupción y hasta a la tiranía. Pero en Atenas hay salvaguardias. Cualquier flagrante acto de injusticia será llevado ante la Asamblea del pueblo. Conforme a la naturaleza de las cosas, han de verificarse irregularidades menores, puesto que no es posible someter a cada funcionario a la investigación de todos sus actos, y no todos los hombres de cualquier clase son siempre honestos. Sin embargo, es más probable hallar la honestidad entre aquellos que por tradición se enorgullecen de las realizaciones políticas, que hacen de ellas punto de honor y que no tienen mayores necesidades de acrecentar su fortuna a expensas de los otros. En todo caso, ha de aceptarse este riesgo insignificante. La alternativa es poner el gobierno en manos de muchos que, por su naturaleza y sus ocupaciones, no están capacitados para ello. Y lo que es de suprema importancia en el gobierno, así como en la construcción de barcos, la arquitectura o cualquier otra actividad que requiera pericia, es la eficiencia.

Mucha gente discute el gobierno esbozado más arriba de los modos siguientes. Admiten la mayor parte de las premisas, así como que una amplia difusión del poder ha de conducir a juntas divididas y a cierto grado de ineficiencia. Dentro de lo ideal, un pequeño comité de los mejores hombres, o hasta un solo hombre de extraordinaria capacidad, puede gobernar los asuntos de un Estado

con más justicia y eficiencia que lo que pueda hacerlo una democracia. Pero no es esto lo que ocurre en la práctica. Las enseñanzas de la historia, sobre ese punto en particular, son en extremo claras. Siempre vino a descubrirse que, cuando un poder se concentra en unas pocas manos, está destinado a corromperse. El gobierno de los llamados 'expertos' no perduró nunca más de una generación sin degenerar en tiranía. En Atenas, el tirano Pisístrato llevó a cabo, sin discusión posible, grandes obras, y, hasta donde sabemos, se comportó con moderación y respeto para con los ciudadanos. Pero sus hijos procedieron de modo muy distinto, y los asesinos de éstos, Harmodio y Aristógiton, merecen aún justas honras como liberadores. La libertad de un hombre es más valiosa para él que cualquier otra cosa. Ninguna eficiencia del gobierno puede compensar su pérdida. En la democracia, como en todas las cosas, hay algunos fallos. Sus procedimientos pueden ser lentos y engorrosos; pueden tomarse decisiones equivocadas bajo la influencia de alguna súbita tormenta emocional, en la que no se presta oído a los mejores. Éstas son deficiencias inherentes a la naturaleza de la democracia; pero son mucho menos serias que los peligros que entraña el conferir poderes sin restricción a una minoría. Ningún sistema de gobierno es perfecto y, dado que el hombre es lo que es, ninguno puede serlo. Pero la democracia posee la inestimable ventaja de garantizar la libertad, al paso que todas las demás formas de gobierno, por eficientes que sean, tienden hacia la dirección contraria. Por lo tanto, la democracia, con todos sus defectos, es el menos malo de todos los sistemas de gobierno hasta ahora concebidos por el hombre.

Pendes habría considerado con menosprecio esta argumentación. Miraba la democracia no como un mal menor, sino como un bien positivo, y su teoría de la democracia, cuyas bases había hallado hacía mucho tiempo en sus conversaciones con Efialto, Damón y conmigo mismo, continuó desarrollándose. Para Damón, como dije, la política venía a ser casi una rama de la música. Según él, cada ciudadano poseía algo del valor de una cierta nota o de una cierta tensión de las cuerdas de la lira. Cada uno era importante porque cada uno de ellos contribuía a formar la melodía. Y yo, en mi condición de científico natural, encaraba el problema desde el punto de vista de mi filosofía. Creo, como es sabido, que en todas las cosas hay elementos o partículas de todas las otras; la fuerza de la inteligencia es la que ha engendrado la cualidad y la distinción mediante la separación y combinación de elementos que de otro modo no se hubieran distinguido ni cabría distinguir. De modo que podemos decir legítimamente que semejante fuerza es creadora. No es que produzca algo de la nada, puesto que la nada no puede existir; si no que crea la cualidad, sólo por la cual juzgamos a las cosas, a partir de aquello que no posee ninguna cualidad. Pericles estaba en un todo familiarizado con estas ideas. Lo que añadía a las abstracciones de nuestras teorías era una cálida, vigorosa y confiada humanidad. Podemos decir que todos y cada uno le merecían la más alta opinión posible. Y en esto difería de los demás políticos teóricos.

Ahora bien, todos los hombres civilizados deben, desde luego, aspirar a la perfección de sus ciudades. Hay ciertas consideraciones esenciales que resultan obvias. Una ciudad ha de poder defenderse de sus enemigos; ha de contar con recursos para alimentar y vestir a sus ciudadanos; ha de poseer leyes con arreglo a las cuales se regule la conducta; y ha de ser de tal índole que sus ciudadanos se enorgullecen de ella. La mayor parte de los teóricos, al intentar satisfacer tales condiciones, han recomendado, y sobre la base de lo existente, una diferenciación y especialización de funciones, y como regla (aunque no en Esparta) esta diferenciación se funda en la posesión privada de la propiedad. Durante mucho tiempo, en Atenas los magistrados principales procedieron sólo de las clases más ricas que, como estaban en condiciones de mantener un caballo, formaban también la caballería. El ejército de hoplitas estaba compuesto en forma casi exclusiva por las clases medias, que por entonces sumaban unos cien mil hombres, frente a menos de cuatro mil que constituían las clases superiores. La clase inferior era también numerosa y quizá llegara a totalizar sesenta mil hombres, y en ella reclutaba la flota sus remeros y pilotos.

Desde el punto de vista militar, no era poco lo que cabía decir en favor de tal sistema y, en este aspecto, Pericles no intentó introducir reforma alguna. Convenía en que en la guerra es necesario cierto grado de especialización. Pero disentía en lo relativo al poder y la responsabilidad políticos. Pues opinaba que cada ciudadano (aparte de los criminales y los imbéciles) no sólo tenía el derecho sino el deber de participar en el gobierno y la organización del Estado. Muchas reformas enderezadas a tal fin las introdujo, desde luego, antes de Pericles, y sobre todo en el periodo anterior a las guerras con Persia, el tío abuelo de Pericles, el Alcmeónida Clístenes. Pero Pericles se singulariza por haber llevado la teoría de la democracia hasta los límites extremos que parecen posibles.

Su originalidad y su extraordinaria fe en la naturaleza humana, o por lo menos en la ateniense, se muestran en su creencia de que, si se le brinda la oportunidad, todo hombre es capaz de hacer cualquier cosa. Sostenía con apasionada convicción que un hombre con variedad de conocimientos y autodisciplinado no es sólo una criatura más excelsa sino también más fuerte que otro que sea meramente un especialista y acepte una disciplina que se le impone. No es éste el lugar de describir en todos sus detalles el funcionamiento de la constitución ateniense. Es sabido que la soberanía suprema reside en la Asamblea del pueblo; que los asuntos cotidianos de la administración los atiende el Consejo de los Quinientos, cuyos miembros se eligen cada año por sorteo; que seis mil jurados, organizados en varios tribunales, prestan funciones durante un año, y que también hay casi mil quinientos magistrados en Atenas, o en las posesiones de ultramar, que desempeñan toda clase de cargos religiosos, financieros o administrativos. La mayor parte de ellos son elegidos también por sorteo y abandonan el cargo después de un año. Los únicos magistrados que se eligen en forma directa, y no por el azar del sorteo, son los diez generales. Éstos, a diferencia de otros magistrados, pueden ser reelegidos después del año de su ministerio, si bien, como todos los otros magistrados, han de rendir cuentas al finalizar cada periodo de los pormenores de su conducta ante los tribunales o un comité del Consejo.

El mérito de Pericles consiste en haber desarrollado el sistema existente hasta sus últimas consecuencias posibles, más que en haberlo modificado. Desde la época en que él y Efilto lanzaron el ataque, coronado por el éxito, contra los poderes del Areópago, nada había en la constitución ateniense que recordara a la oligarquía, como no fuera un reducido número de políticos, raras veces bien organizados, que temían el futuro y sentían nostalgia por el pasado. Pronto cesaron de existir los pocos vestigios de privilegio.

Por moción de Pericles, los miembros de la tercera clase de propietarios quedaron habilitados para desempeñar todas las magistraturas y, en la práctica, cualquier miembro de la cuarta clase que así lo deseara podía también presentarse a la elección. Más importante era el sistema, concebido por Pericles, en virtud del cual habían de pagarse los servicios de los jurados adscritos a los tribunales. Hasta entonces, estos tribunales, con su inmenso poder sobre casi todas las funciones del Estado, habían tendido a ser coto de los ricos o de las personas de situación poco más o menos desahogada, puesto que sólo ellos disponían de tiempo libre. Pero en opinión de Pericles, la ciudad necesitaba de todos y de cada uno de sus hombres, y cada hombre necesitaba de la ciudad. La introducción de una paga a los jurados significaba que nadie quedaría excluido, por razones de edad o de pobreza, de este derecho ni exento de este deber. A menudo se critico semejante medida. Muchos acusaron a Pericles de sobornar al pueblo, y en particular, a las clases bajas, con el único fin de hacerse popular y para asegurarse una mayoría permanente en la Asamblea. Era un ardid deshonesto, se decía, para compensar la popularidad de Cimón que, después de haber concertado una tregua de cinco años con Esparta, volvía a constituirse en una fuerza en el Estado. Y, desde luego, Pericles era un político demasiado sagaz para no prever que esos serian precisamente los resultados de su política. Pero los consideraba incidentales. Si hubiera deseado sobornar a los ciudadanos para su propio beneficio y a expensas de la ciudad, habría extendido la ciudadanía en lugar de restringirla, como hizo algunos años después. Además, durante aquellos años trabajó, en términos generales, en colaboración con Cimón y no en contra de él.

Hasta Cimón había comenzado a sentirse un tanto defraudado por Esparta. Su principal interés era aún la guerra con Persia, y Pendes lo apoyaba en esto, comprendiendo sin duda que, en asuntos de política interna, Cimón apoyaría por lo menos su propia política. Nunca la teoría ni la práctica políticas de Pericles mostraron algo de fragmentario u oportunista. Desde el principio sus metas eran claras, y se tornaron aún más claras con el transcurso del tiempo. Imaginaba una ciudad en la que cada hombre se bastara a sí mismo y en la que todos los hombres fuesen independientes. Esta ciudad era ya la más grande de Grecia, pero su poderío y valor no estribaban en las meras dimensiones. En esto, como en todas las cosas, la belleza y la eficiencia dependen de la proporción. Una ciudad en la cual cada hombre no puede participar activamente en el gobierno ni conocer a su vecino, ha perdido, por sus mismas dimensiones, la calidad de ciudad. En realidad, una ciudad tal se convierte en una colección desorganizada de seres humanos, donde la libertad es imposible y donde las energías no pueden hallar adecuado cauce.

Esta opinión es, por lo menos en cierta medida, común a todos los griegos civilizados. Todos convendríamos en que una ciudad ha de estar organizada para constituir una unidad. Pero Pericles iba mucho más lejos. Conocía los principios de la organización en la naturaleza, en la arquitectura, en la

música y en los asuntos humanos. En nuestras pláticas filosóficas, en reiteradas ocasiones consideramos el hecho de que a menudo sólo es necesaria una pequeña alteración de su estructura para que una cosa se transforme en otra. De modo que cuando Cimón argüía que Atenas y Esparta eran, en lo esencial, semejantes y que las únicas diferencias estribaban en que ciertos elementos de la estructura política aparecían más o menos acentuados, Pericles veía la falacia de tal argumento. Para él, Atenas y Esparta eran la antítesis una con respecto a la otra. Cada una estaba organizada para producir un tipo diferente de ser humano, y Pericles no admitía ni siquiera comparar el valor de los dos tipos.

Desde el comienzo de su carrera, supo que estos tipos eran in conciliables y su apreciación de las necesidades de la seguridad ateniense influyó por necesidad en buena parte de su política, o hasta la modeló. En este particular, sus ideas se desarrollaron de acuerdo a un ordenamiento lógico y preciso. En primer término, el crecimiento de la democracia ateniense hubiera sido imposible si Atenas se veía sometida, como lo había estado en el pasado, a la injerencia espartana. Temístocles había dado los primeros pasos para brindar a Atenas la completa independencia, que le era absolutamente necesaria, mediante la fortificación de la ciudad y el robustecimiento del poderío marítimo. Jantipo, Aristides y Cimón (si bien Cimón apenas comprendía qué estaba haciendo) habían llevado el proceso aún más adelante, y, al organizar la Confederación Ateniense, lograron en pocos años duplicar o triplicar los recursos de Atenas en soldados, dinero y navíos. Desde la época en que Pericles comenzó a ejercer su larga y predominante influencia en los asuntos públicos, procedió, con más conciencia que cual quiera de los estadistas que lo habían precedido, a fortificar a Atenas haciéndola invulnerable y después a superar a Esparta.

Durante la época a que me refiero, el primer objetivo se logró y el segundo no parecía inalcanzable. Había algunos (sobre todo el joven general Tólmides) que creían llegado el momento de desafiar a Esparta en el Peloponeso. Ya antes, en el año que siguió a Tanagra, había circunnavegado la costa del Peloponeso con una gran flota y había desembarcado tropas donde le pareció mejor.

Había incendiado los arsenales espartanos de Guition para continuar avanzando y encontrar nuevos aliados en las islas occidentales, demostrar la supremacía ateniense y fortificar nuevas bases navales en el golfo de Corinto. Creía que había llegado el momento de acabar de una vez por todas con Esparta, por medio de invasiones por mar combinadas con Argos y hasta con la ayuda de la población sierva de la misma Esparta. Pericles veía, tan bien como Tólmides, las posibilidades de semejante plan, y de haber considerado necesario el derramamiento de sangre, sin duda lo habría apoyado. Pero era al par más cauto y más confiado que Tólmides. Creía, y no sin razón, que por el momento Atenas nada tenía que temer de Esparta y confiaba en que, mientras Atenas conservara su sistema de alianza y mantuviera a sus aliadas, se tornaría más poderosa, al paso que Esparta se debilitaría con cada año que transcurriera. En particular, era reacio a que se perdieran vidas atenienses. Cimón y Tólmides solían alentar a sus hombres recordándoles la gloria de morir en la batalla. Pericles, que tenía tanta conciencia como ellos de la gloria de morir por la patria y que inspiraba igual lealtad y entusiasmo, solía decir a sus hombres:

‘Mando hombres libres y atenienses. Sabéis que, si de mí dependiera, cada uno de vosotros sería inmortal’. Tenía razón para creer que el tiempo, y hasta cabría decir la historia, estaba del lado de Atenas. Esparta se recogía sobre sí misma, mientras que Atenas se expandía en todas direcciones. Se concertaron nuevas alianzas tan lejos como en la occidental Sicilia; se establecieron nuevas colonias en puntos estratégica o comercialmente ventajosos de todo el Egeo. Estas colonias robustecían la posición de Atenas en el exterior y proporcionaban empleo útil y provechoso al excedente de la población interna.

Durante esta época, se hallaba en Esparta un agente persa, que gastaba enormes sumas de dinero intentando sobornar a las autoridades a fin de que los espartanos invadieran de nuevo Ática. El hecho de que Pericles apreciaba en su justa medida la situación lo demuestra el que los espartanos, si bien tomaron los sobornos, no emprendieron ninguna acción. No podían permitirse otra batalla como Tanagra; temían a sus propios súbditos; y los dejaba perplejos el espíritu emprendedor de Atenas.

Cabría añadir que Pericles, como Temístocles, a pesar de estar dispuesto a afrontar riesgos cuando éstos eran necesarios, tenía cabal conciencia del papel que desempeña en los asuntos humanos lo imprevisible. Y pronto se hizo patente que su relativa cautela estaba del todo justificada, pues, mientras Tólmides realizaba incursiones por el Peloponeso, llegaron noticias de un inesperado desastre en Egipto, que a muchos les pareció irreparable.

CAPÍTULO IX

EL DESASTRE EGIPCIO Y CONTRAMEDIDAS ATENIENSES

Desde los días de las victorias de Cimón en el Furimedón, el poderío marítimo persa parecía insignificante y su poderío terrestre, incapaz de concentración. El mismo hecho de que el Gran Rey hubiera intentado asegurarse la intervención de Esparta parecía indicio de su debilidad. Fue natural, entonces, que cuando llegaron a Atenas noticias de que toda la flota y el ejército atenienses habían sido destruidos, la gente no pudiera creerlo primero y luego, cuando al fin se convenció de ello, quedara atónita por la enormidad del desastre.

Un gran ejército persa encabezado por un comandante muy hábil había invadido Egipto, y había aniquilado en una batalla a los rebeldes egipcios, para marchar luego, sin hallar resistencia y remontando el Nilo, hasta Menfis. Habían vuelto a ocupar la ciudad y liberado del asedio, que alcanzaba ya seis años, al Castillo Blanco. Los atenienses y sus aliados, con sus fuerzas terrestres y marítimas intactas, se habían retirado a una posición defensiva en una isla del Nilo. Estaban preparados para soportar a su vez un sitio, y si bien su posición había empeorado, no parecía en modo alguno desesperada. Pero no advirtieron el peligro que entrañaban aquellas tierras bajas, con su sistema de conductos de agua y canales. Antes de que los atenienses tuvieran tiempo de construir defensas adecuadas, los persas habían desviado la corriente principal del río. Los buques quedaron varados en seco y el ejército, atacado y cercado por fuerzas muy superiores en número, fue destruido.

Muy pocos lograron abrirse camino, y muchos de éstos murieron de sed o agotamiento en la marcha por el desierto, que al fin les ofreció refugio en la ciudad griega de Cirene. Entretanto, otra fuerza ateniense de cincuenta buques había remontado uno de los brazos del Nilo con la intención de acudir en socorro de los camaradas que desde hacía tanto tiempo combatían en Menfis. Nada sabían de la batalla, ni del subsiguiente desastre, ni de la presencia de una gran flota fenicia, que los persiguió entonces río arriba, quitándoles toda posibilidad de retirada, pues el ejército persa ocupaba ambas orillas del Nilo. También fueron destruidos y capturados estos navíos, y la tripulación y soldados que iban a bordo fueron muertos o hechos prisioneros. De modo que en pocos días Atenas había perdido doscientos navíos (número equivalente a toda la flota que había combatido en Salamina), unos treinta mil marineros y alrededor de ocho mil soldados. Ciertamente que más de la mitad de estas pérdidas correspondieron a los contingentes navales y terrestres de los aliados, pero esto no fue motivo de consuelo para los atenienses, como no fuera por cierta disminución de las pérdidas de personal. Muchas de las potencias aliadas se habían mostrado ya reacias a cumplir sus compromisos navales y financieros, y las noticias de las enormes pérdidas sufridas en Egipto alentarían a aquellos que sólo esperaban una oportunidad para separarse de la alianza. Y en efecto, al mes llegaron noticias de que, en Mileto, el partido antiateniense había dado muerte a los miembros del gobierno democrático, a lo que siguió la proclamación de un estado independiente.

En Atenas, el sentimiento dominante era de desconcierto y angustia. Jamás había sufrido desastre comparable. Aun cuando los persas ocuparon la misma Atenas, la flota había permanecido intacta, las bajas en el campo de batalla no habían sido considerables y, cuando la guerra finalizó, Atenas se encontraba en una posición mucho más fuerte que cuando había empezado. Ahora todo parecía indicar que el trabajo de tantos años no había servido de nada. No sólo se desvanecía el poderío ateniense, sino también su seguridad. Con su disminuido contingente guerrero, Atenas no estaba en condiciones de volver a hacer frente a un ejército espartano, y parecía dudoso que sus recursos navales fueran lo bastante fuertes como para sofocar una previsible rebelión de sus aliadas. Algunos se pronunciaban en favor de la paz, bajo cualquier condición, con Esparta o con Persia, o con ambas. Otros censuraban a los generales por su política excesivamente ambiciosa; pero éstos eran pocos, porque los atenienses nunca consideran por mucho tiempo la ambición como un crimen; tales descontentos tampoco tenían jefe, pues Cimón se había comprometido más que cualquier otro en la guerra contra Persia.

El hecho de que en aquel pavoroso momento el pueblo volviera la mirada casi unánimemente hacia Pericles para tranquilizarse y para hallar un guía es, según pienso, uno de los más notables ejemplos del extraordinario coraje e inteligencia de los atenienses. Pues Pericles se había granjeado ya

la reputación de que había de gozar el resto de su vida. Se sabía que no hablaría de un modo calculado para agradar, que no restaría importancia a las dificultades, que acaso pidiera sacrificios y no ofreciera soluciones fáciles de los difíciles problemas. Pero también se sabía que hablaría con la seguridad de quien ha estudiado el tema bajo todos los aspectos y que ha tomado una decisión acerca de lo que conviene hacer primero, qué inmediatamente después, qué, en fin, en último término; que se expresaría con esa lógica que hace aparecer claro lo confuso; que en lo que diría no habría interés egoísta, puesto que su única aspiración era la conservación y la gloria de Atenas. En semejantes ocasiones el pueblo miraba a Pericles casi como a un dios, pero lo que más habla en favor de ellos es que esperaban encontrar en él cualidades que no siempre son aparentes en la divinidad. Esperaban que Pericles sosegara sus mentes no ya por obra de un milagro o de la emoción sino por la persuasión de la razón y el ejemplo de una firme resolución.

Pendes no los defraudó. Habló con reverencia y profundo sentimiento de aquellos que habían dado la vida por Atenas, para proseguir diciendo que, como no fuese bajo la más extremada compulsión, sería desdichado permitir que hubieran ofrendado en vano su vida. La paz no era ahora honrosa, ni prudente, ni necesaria. En aquel momento, los enemigos de Atenas la creían más débil de lo que estaba. Por ello pedirían más de lo que tenían el derecho o la posibilidad de tomar. Atenas había sufrido un revés, pero continuaba siendo aún la ciudad más grande de Grecia. Debía mostrarse como tal. Sus defensas terrestres eran inexpugnables; su flota, aun después de las pérdidas sufridas en Egipto, era todavía la más poderosa y mejor adiestrada del mundo. Contaba con recursos y con habilidad para construir en pocos años el doble del número de barcos que se habían perdido. En cuanto a los peligros del momento actual, no había que disminuirlos ni exagerarlos. El pueblo se sentía inclinado a pensar que los mayores motivos de temor eran Persia y Esparta. Semejante opinión era equivocada. Los persas habían podido concentrar un gran ejército y una poderosa flota fenicia en Egipto. Pero mientras Atenas retuviera todas y cada una de las importantes bases navales del Egeo, aquellas fuerzas no podrían avanzar hacia el norte más allá de Chipre. En cuanto a Esparta, cierto que haría estragos si invadía; pero el riesgo sería muy grande para ella y nunca se había mostrado deseosa de afrontar riesgos. Atenas poseía ahora bases en el golfo de Corinto y barcos suficientes para impedir una invasión por mar y asimismo contaba con defensas terrestres frente a las cuales cualquier invasión de cualquier índole resultaría bastante azarosa.

Además, Esparta tenía tan buenas razones como Atenas para conservar su contingente guerrero. En Tanagra había perdido tantos hombres como Atenas y luego quedó debilitada por el terremoto y la rebelión de los siervos.

Los peligros que amenazaban a Atenas no procedían de Esparta ni de Persia. Había otros peligros mucho más considerables, y el principal de éstos era la posibilidad de que los aliados se enemistaran entre sí. Era éste el peligro que había de afrontarse primero. Había que someter sin pérdida de tiempo a Mileto y debía castigarse a quienes habían asesinado a los amigos de Atenas. En ninguna parte del imperio había de producirse un relajamiento. Se establecerían nuevas colonias y se lograrían nuevos aliados. Para obtener una mayor eficacia, el tesoro de la Liga se trasladaría de Delos a Atenas. Este era, en cualquier caso, un paso deseable que podía justificarse ante los ojos de los aliados por la posibilidad (en verdad remota) de que la flota fenicia atacara por sorpresa a Delos.

Los atenienses aceptaron casi por unanimidad el análisis de la situación ofrecido por Pericles. Enviaron inmediatamente una expedición a Mileto, y pronto la ciudad se vio obligada a rendirse, a pagar un acrecido tributo y a aceptar un gobierno amigo de Atenas y dependiente de ésta. Al mismo tiempo, el propio Pericles zarpó desde Page, en el golfo de Corinto, con una flota y un ejército. Su objeto era demostrar la existencia y renovación del poderío ateniense, así como de su espíritu emprendedor. Remontando el golfo sin hallar resistencia, desembarcó donde deseó, alistó más tropas de los aliados de la orilla meridional, fortaleció los puestos atenienses en el norte y avanzó hasta las colonias corintias establecidas más allá del golfo, hacia el noroeste. Todas sus operaciones tuvieron éxito y las llevó a cabo sin sufrir casi ninguna pérdida. Esta campaña, realizada en aquel momento, hizo más que cualquier otra cosa por restaurar la confianza ateniense y por desalentar a aquellos de sus enemigos que la creían, después del desastre egipcio, incapaz de rápida recuperación.

Una vez alcanzado este importante objetivo, Pericles se consagró por entero a la reorganización del imperio y a la reconstrucción del poderío ateniense. Por entonces, los únicos miembros de la alianza que proporcionaron buques fueron las grandes islas de Quíos, Lesbos y Samos. El resto suministró sumas de dinero.

Se enviaron comisionados atenienses para que pactaran las sumas que cada uno de los Estados debía pagar, y en muchos casos el tributo se redujo. Pero, a cambio de estas concesiones, se esperaba que las ciudades hicieran algunos sacrificios en interés de la eficacia económica y militar de todo el imperio. En estos años se introdujeron en todos los Estados que constituían la alianza ateniense el uso de la moneda, y los pesos y medidas atenienses. Desde el punto de vista del interés general, fue un paso muy sabio. Pero, como sabemos, toda ciudad es celosa de su propia individualidad y no fueron pocas las que, a pesar de las ventajas económicas que esto les representaba, se resentieron por la pérdida de sus particulares sistemas monetarios y de medidas, por anticuados e incómodos que fueran. Más impopular aún fue la política iniciada por Pericles de implantar en puntos estratégicos establecimientos de ciudadanos atenienses llamados ‘socios’. Tólmides fundó una de estas colonias, para la que destinó las mejores tierras de la isla de Naxos. Otras se instalaron a lo largo de la ruta vital al mar Negro, en Andros y Eubea, y el propio Pericles fundó, del otro lado del mar, la colonia de Lampsaco, en los angostos estrechos que llevan al Propóntide, en el país otrora gobernado por Milcíades, padre de Cimón. También hubo ahora mayor injerencia política que antes en los asuntos de las ciudades. Sería falso decir que en todas partes había gobiernos democráticos, pero la tendencia iba en esa dirección. En la mayoría de las ciudades era el partido de los menos antes que el de los más el que se resentía por la extensión del dominio ateniense, y era perfectamente natural que Atenas apoyara a sus amigos antes que a sus enemigos.

Ahora bien, debido a estas medidas políticas y a otras semejantes, Pericles fue atacado por sus enemigos en Atenas y en el exterior; las críticas se intensificaron pocos años después, cuando inició la gran construcción de la Acrópolis y empleó para estas obras, que son hoy, y lo seguirán siendo, maravilla del mundo, dinero proporcionado por los aliados para lo que originariamente era un fondo de defensa mutua contra los persas. Y en la hora actual, en que la guerra entre Atenas y Esparta se desarrolla en gran escala, los espartanos justifican su acción sosteniendo que libran la guerra para liberar a Grecia de una tiranía impuesta por Pericles a súbditos descontentos.

Es sin duda absurdo que Esparta esgrima este argumento. Los espartanos jamás se interesaron por la libertad de nadie, como no sea por la de una pequeña minoría de sus conciudadanos, y hasta esta minoría recibe una educación demasiado estrecha y demasiado mecánica para admitir el espíritu de empresa, el pensamiento o la imaginación, sin los cuales la palabra ‘libertad’ no tiene casi significación. Los espartanos luchan por su supervivencia.

Pero el que un argumento se emplee en forma hipócrita no quiere decir que sea falso; y nadie que desee, como yo lo deseo, presentar a Pericles tal como era, puede evitar considerarlo. Se trata de un argumento cuya fuerza comprendía el propio Pericles. Si intentamos seguir el curso de su pensamiento sobre el particular, creo que encontraremos pruebas del más agudo poder intelectual aplicado con objetividad y moderación a la consideración práctica de lo que es deseable y de lo que es posible.

Tras todo lo que Pericles decía y hacía estaba su apasionada y razonada fe en el genio del pueblo ateniense y en que la única expresión de éste consistía en la democracia ateniense. Si decidimos que se equivocaba, por una razón u otra, al sustentar esta fe, no podremos defender buena parte de su pensamiento ni de su acción. Pero en cuanto a mí, me resulta difícil dejar de reconocer que Atenas ha sido y continúa siendo lo que Pericles decía: ‘una enseñanza para Grecia’. En primer término, hemos de juzgarla por sus realizaciones. Luego se podría indagar si tales realizaciones hubieran podido lograrse por medios diferentes o mejores que los empleados por Pericles.

Ahora, y de modo muy breve, y asimismo sin exageración, cabría afirmar que el espíritu de empresa ateniense y su capacidad fueron factores decisivos para ganar la guerra contra Persia y para liberar no sólo a nuestras ciudades de la costa asiática y de las islas, sino a toda Grecia. En la democracia ateniense, a cada hombre se le brindan mayores oportunidades de desarrollar su capacidad que en cualquier otra organización política. Resultado de ello es un espíritu de fortaleza, iniciativa y adaptabilidad que es en sí mismo único y que se mostró en todas las esferas de la actividad humana – militar, política, artística e intelectual – superior a todo cuanto haya existido. Nadie pondrá en tela de juicio el hecho de que los más grandes artistas y científicos de que tenemos noticia nacieron en Atenas o residieron en ella en el actual siglo.

Ésta era la Atenas amada por Pericles, la Atenas en que creía. Pero asimismo creía en otras cosas, sobre todo en aquellos principios de justicia y moderación de que dependen toda estructura, supervivencia y desarrollo. Para él, Atenas era la mejor de todas las cosas. Debía sobrevivir y crecer, pero tanto su supervivencia como su crecimiento debían derivar de su propia naturaleza, cuya

necesaria expansión había de ser regulada, como las mismas estrechas, por la justicia. Cualquiera que considere a Pericles como a alguien que perseguía el poder por el poder mismo o que deseaba ejercer un poder basado en la perdurable sujeción de otros, no piensa en el Pericles a quien conocí.

Es imposible negar que Pericles se haya valido de la compulsión para lograr fines que estimaba necesarios, y quienes adopten puntos de vista extremos dirán que esto es por sí mismo prueba de que no respetó las libertades de otros. Pericles no habría aceptado nunca argumentación tan alejada del contexto real de la existencia humana. Si toda compulsión hubiera de considerarse una infracción a la libertad y toda infracción a la libertad un crimen, los hombres estarían por encima del nivel de los dioses o por debajo del de las bestias. Por principio, es necesaria en toda organización cierta restricción, cierta compulsión. Cabría considerar esto como ley general a la que todos obedecemos. Pero Pericles difiere de otros políticos en que las restricciones que recomendaba o introducía no estaban destinadas a disminuir la libertad, sino a difundirla.

Y baste esto para el punto de vista general; permítaseme repetir que lo que confería a Pericles su extraordinario ascendente era que el pueblo reconocía que siempre, y con la mayor precisión, examinaba lo particular a la luz de lo general. Creía que al fin todo el mundo griego aceptaría la dirección de Atenas y que cada ciudad tendería a imitar la constitución ateniense. Esto, en su opinión, era el mejor medio y, desde luego, el único práctico, de afianzar la seguridad frente a la amenaza de Persia, así como el libre desarrollo de la vida individual; y en último término, creía que los Estados aceptarían de buen grado tal solución, influidos por la extensión del poderío de Atenas, por la brillantez del ejemplo ateniense y los claros beneficios de la paz y la prosperidad dentro del mundo griego. Por la época en que Aristides y Jantipo organizaban la Liga original, las ciudades se habían apresurado a ser cada cual la primera en incorporarse a ella, y, al hacerlo, conocían que obraban en defensa de sus propios intereses. Desde entonces, la situación no se había modificado, como no fuese en el sentido de que la Liga disponía de mayor poderío y podía asegurar mayores beneficios. Un Estado que deseara separarse de ella no sólo debilitaría toda la organización sino que también, lo reconociera o no, obraría en contra de su propio interés. El caso era igual al del soldado que desea desertar. Sea la cobardía el motivo que lo impulsa o que imagine obtener con ello algún beneficio personal, tal soldado, si está dotado del poder de madura reflexión, se sentirá feliz, porque así preservará su buen nombre y su seguridad real, si se le impide que incurra en semejante error. Del mismo modo, en su propio interés y en el de otros, Atenas tenía el derecho y el deber de impedir que su alianza se desintegrara.

La felicidad, solía decir Pericles, es imposible sin la libertad, y la única forma de conquistar la libertad y afianzarla es por medio del valor, del espíritu de empresa y del esfuerzo. Comprendía que, en las actuales condiciones, la libertad de Atenas siempre se vería amenazada. El peligro que entrañaba Persia era evidente. Ya antes los persas habían pegado fuego dos veces a la ciudad. Mientras existiera la posibilidad de una guerra con Persia, Pericles convenía en términos generales con la política de Cimón, política para la cual se había creado, en sus orígenes, la Liga, si bien disentía en lo relativo a la necesaria extensión y duración de esta guerra. Creyéndola un gran esfuerzo patriótico, Cimón habría deseado pro- seguirla indefinidamente. Hasta imaginaba la posibilidad de una gran expedición terrestre y marítima, bajo la dirección de Atenas y Esparta, que llevaría la guerra hasta Fenicia y el interior de Asia.

Los objetivos de Pericles eran más limitados. Como Temístocles, pensaba primero en el poder marítimo. Mientras el poderío marítimo persa quedara neutralizado y afianzada la seguridad de las ciudades e islas de la alianza ateniense, estaba dispuesto, por lo menos durante un cierto lapso, a pactar la paz con Persia, si bien por el momento era necesario dejar bien sentado que Atenas, a pesar del desastre egipcio, era invulnerable en sus propias aguas.

Y, desde luego, en lo que difería de Cimón era en su apreciación de Esparta. Sabía que Esparta miraba y seguiría mirando siempre a Atenas con extremo temor, desconfianza y celos; esto le parecía natural e inevitable, puesto que todo el espíritu y genio de Atenas se oponía del modo más absoluto a la tradición de Esparta, y Esparta, por la naturaleza de su organización, era incapaz de dejar de ser lo que era. El que Atenas y Esparta cooperaran en la dirección de Grecia, le parecía un absurdo político y hasta lógico. Los hechos lo favorecían. Aun en el momento en que estuvo en mayor peligro, Esparta había preferido ofender a un ejército ateniense mandado por su más grande amigo ateniense a correr el riesgo de que las tropas de dicha ciudad la contaminaran políticamente.

Pues la democracia era una amenaza para la existencia de Esparta y, cuanto más airosa se mostrara esta democracia en la acción, mayor sería el peligro. Pericles estaba convencido de que los

sistemas espartano y ateniense no podrían coexistir ni florecer ambos en el mismo mundo. Y como, desde todos los puntos de vista, consideraba superior el sistema ateniense, estaba decidido a resistir todos y cada uno de los intentos que Esparta pudiera hacer para intervenir en los asuntos atenienses. Es probable que considerara inevitable una final confrontación de fuerzas, si bien esperaba que para cuando los lentos espartanos hubieran quedado enervados por el continuo esfuerzo, la celeridad y el espíritu de empresa atenienses los habrían superado en forma definitiva. Con esta meta a la vista, creía que su política era necesaria. Hasta habría dicho que no era sólo necesaria sino justa. La injusticia, como solía decir, no consiste en el uso sino en el abuso del poder, y Atenas era el único Estado en la historia que daba a sus súbditos más de lo que recibía de ellos.

En los cuatro o cinco años que siguieron al desastre egipcio, Esparta pudo en verdad hacer mucho en perjuicio de Atenas. Era cierto, como había señalado Pericles, que las defensas terrestres de Atenas resultaban inexpugnables y que, mientras poseyera su flota, nunca podría ser derrotada en forma definitiva. Pero tanto su flota como su ejército habían quedado debilitados. En mi opinión (y creo que también en la de Pericles), si los espartanos hubieran avanzado por Megánida, habrían obtenido victorias que, si no concluyentes, hubieran sido importantes. Durante este período crítico, Pericles se las ingenió para mantener a Esparta inactiva, primero por su audaz iniciativa por mar y, en segundo término, ofreciendo a Argos toda la ayuda posible. Se libró, sí, una batalla inconclusa entre los espartanos y un ejército argivo que había sido reforzado por un contingente de tropas atenienses. Pero Pericles consideraba todas estas operaciones preventivas antes que agresivas. Su interés fundamental consistía en fortalecer la organización del imperio. Estaba dispuesto a concertar en cualquier momento la paz con Esparta, a condición de que ésta no exigiera concesiones, pues sabía que en tiempo de paz el poderío y los recursos de Atenas continuaban incrementándose al paso que los de Esparta permanecían poco más o menos estáticos. Había calculado con acierto que también Esparta sentiría el efecto de las pérdidas de Tanagra y titubearía en abrazar su oportunidad mientras aún hubiera tiempo para aprovecharla al máximo. Pero el orgullo espartano era tan poderoso como la cautela espartana y, además, es peculiarmente susceptible a la opinión de otros. Pactar una paz que reconociera el dominio ateniense sobre Egina, Megánida, Beocia y ambos márgenes del golfo de Corinto, sería considerado por los aliados de Esparta nada menos que una abyecta rendición. Habla muy en favor de la resolución de Pericles el que al fin, y con sólo una concesión de Atenas, se produjo esta rendición. Después de casi cinco años, Cimón, que siempre abogó por la paz, logró llegar a un acuerdo con las autoridades espartanas. La paz era por un período limitado de cinco años, pero Cimón abrigaba la esperanza de que en tal intervalo pudiera firmarse un tratado más duradero. Esparta no había formulado contra Atenas reclamación territorial de ninguna índole. Cuanta logró fue una cesación de las incursiones atenienses, una calma en sus fronteras orientales; pues Atenas prometió no hacer objeciones a un tratado de paz de treinta años entre Argos y Esparta. En Atenas se creía, y no sin razón, que el arreglo negociado por Cimón era de tal índole que cinco años antes Esparta no lo habría firmado sin avergonzarse, y aun quienes apoyaban con más entusiasmo la política de amistad con Esparta estaban dispuestos a admitir que en este gran éxito diplomático la resolución y la audacia de Pericles habían desempeñado por lo menos papel tan importante como los buenos oficios de Cimón.

Tan pronto como se firmó la paz, los atenienses y sus aliados, dueños otra vez de una flota de doscientos navíos, zarparon hacia Chipre y Fenicia. Cimón mandaba la expedición. Así de rápido se recobró Atenas del mayor desastre que registra su historia.

CAPITULO X

PAZ CON PERSIA Y CON ESPARTA

Durante un brevísimo período, Pericles y Cimón cooperaron estrechamente. No era secreto el que disintían acerca de Esparta, y Pericles estaba más dispuesto que Cimón a concertar una paz honrosa y segura con Persia. Había gran diferencia de edad entre ambos hombres; Pericles contaba entonces cuarenta y cinco años y Cimón, cerca de sesenta. Por lo demás, entre ellos no había acuerdo fundamental en lo concerniente a política interna. Cimón miraba con nostalgia los días en que todos los jefes políticos, salvo Temístocles, procedían de familias nobles, y aunque Pericles no era excepción a

esta regla, su jefatura, en opinión de Cimón, había lanzado a Atenas en la dirección opuesta. Pero Cimón aceptaba por lo menos algunos hechos. Comprendía que, a pesar y en contra de lo que había esperado, el efecto general de la política de Pericles había sido robustecer en vez de debilitar la moral de las fuerzas combatientes y, en términos generales, aprobaba los planes de Pendes para incrementar la eficiencia militar y económica del imperio. Abridaba más que una embarazosa sospecha de que, en cuestiones de política interna, estaba menos capacitado que los hombres jóvenes, y, puesto que durante toda su vida su esfuerzo y su ambición capitales se habían centrado en la guerra con Persia, no deseaba nada mejor que abandonar los asuntos internos a Pericles mientras a él se le confiara lo que le parecía la más importante de las misiones.

Para llegar a este acuerdo, no fue poco lo que hicieron la hermana mayor de Cimón, Elpinice, y el marido de ésta, aun más anciano, Calias, que no era sólo el hombre más rico de Atenas sino también el más respetado. Era uno de los pocos estadistas prominentes que habían combatido en Maratón y que aun vivían; había ganado la carrera de carros en Olímpia en tres ocasiones; con su dinero e influencia, había rescatado a Cimón de la pobreza y le había brindado aquellas oportunidades de que el general había hecho tan brillante uso. En el pasado, Calias había abrazado, como era natural, la política de Cimón y, como muchos de su clase, se había opuesto a las aspiraciones y métodos de Efilto y Pericles. Pero, al contrario de la mayor parte de los ricos, Calias poseía un espíritu inteligente y flexible. Le agradara o no, veía que la política de Pericles se había revelado en extremo eficaz. Como Cimón, estaba en favor de la paz con Esparta, pero reconocía que sólo gracias a la resolución mostrada por Pericles se había pactado esa paz en términos muy favorables para Atenas. También podía, según pienso, comprender que Pericles, una vez que sintiera a Atenas segura en el Egeo, estaba dispuesto a negociar una paz con Persia, y, si bien sabía que su cuñado se opondría a semejante paso, convenía, junto con Pericles, en que Atenas, mientras estuviera preparada para la guerra, extendería su poderío e influencia con mayor rapidez y facilidad en un periodo de paz.

Y así, al paso que Cimón partía para el este, Pericles continuaba dedicándose a la organización del imperio y de la democracia. Una medida por él adoptada provocó entonces ciertas críticas desde distintos puntos de vida. Se trataba de la proposición de limitar la ciudadanía a aquellos nacidos de padres atenienses por ambas ramas. Algunos censuraron a Pericles por tal medida, sosteniendo que era un paso extraño a la larga tradición ateniense de alentar la inmigración a la ciudad y de utilizar toda la energía humana que a ella llegara; otros lo acusaron de irresponsable demagogia. Sobornó una vez más, dijeron, a sus adictos; primero había distribuido con largueza sumas de dinero público entre las clases más pobres, y ahora estaba granjeándose mayor popularidad al confirmar a tales clases en su posición privilegiada; otros objetaron que aquella discriminación entre los ciudadanos de Atenas y los miembros de la alianza provocaría descontento entre los aliados.

Me parece que ninguna de estas críticas es justificada. De haber deseado Pericles más adictos, los habría ganado más extendiendo que restringiendo la ciudadanía. Por lo demás, su popularidad era ya muy considerable. Como todas las medidas que tomó en esta época, ésta fue determinada por las necesidades de la eficiencia. Se trataba de limitar el número de ciudadanos elegibles para los cargos estatales remunerados, a fin de que la maquinaria gubernamental pudiera funcionar suave y económicamente. Tal remuneración había de afrontarse con impuestos y, en opinión de Pendes, los impuestos que pesaban sobre los aliados eran ya bastante altos. No tenía deseo alguno de restringir la afluencia de extranjeros a Atenas, y siempre hablaba de que lo enorgullecía el hecho de que Atenas podía ofrecer a los residentes extranjeros más seguridad, provecho y placer que cualquier otro Estado. Atenas había de dirigir el mundo no sólo merced a su poderío económico y a todas las manifestaciones del intelecto, sino también por su estilo de vida liberal. Siempre hablaba con menosprecio del sistema espartano de deportación periódica de extranjeros, haciéndolo contrastar con la actitud amistosa con que Atenas acogía a cualquier extraño.

De modo que la mayor parte de las críticas que se hicieron a tal medida parecen proceder de ideas erróneas acerca de sus motivos y sus efectos. Y el hecho es que, desde que se aprobó, mas extranjeros que nunca fueron a radicarse a Atenas, donde encontraron trabajo y felicidad. Los quince años siguientes pueden considerarse la era de construcción más grande que haya visto el mundo. Existen, lo sé, obras considerables en Egipto y en Babilonia, pero las pirámides egipcias las construyeron varias generaciones de hombres y, en mi opinión, hay algo de pesado y de falta de gracia en la arquitectura de Babilonia. Por su parte, Atenas pareció durante aquellos pocos años crecer en gracia y esplendor, día tras día. No sólo en la Acrópolis sino en todos los barrios de la ciudad se veían nuevos edificios en todo grado de construcción, nuevas pinturas y esculturas deleitaban la vista. Se

desarrollaba una actividad interminable y feliz en la que participaban todos los habitantes de la ciudad: ciudadanos, extranjeros y esclavos. Y el Pireo se mostraba tan activo como la misma Atenas. La obra que había comenzado Temístocles y continuado Cimón llegaba a su consumación con Pericles.

Esta obra no sólo era cara a su intelecto e imaginación sino que servía para dar trabajo a todo género de comerciantes y de artistas. Y había una real necesidad de ocupación, pues por entonces sobrevino un breve período de paz completa y la ciudad estaba poblada de soldados y marinos que habían quedado libres de sus deberes militares. La larga carrera de Cimón había acabado, y, por primera vez en cuarenta años, ninguna flota ateniense operaba contra Persia. En su última campaña, Cimón parece haber mostrado toda su pericia y audacia, pero hubo de hacer frente a un gran ejército persa y a una flota mandados por el general persa que en Egipto había aniquilado a las fuerzas atenienses. Cimón participó en las acciones preliminares de la campaña e impartió las órdenes que la llevaron a su conclusión. Una vez más, como en el Eunimedón, los atenienses derrotaron en tierra a un gran ejército persa y en el mar a una gran flota persa. La acción tuvo lugar en Salamina, en Chipre, pero Cimón murió antes de que se iniciara la batalla. Desde hacía algunas semanas la fiebre lo tenía postrado. Sabiendo que no viviría, dio orden de que su muerte se mantuviera en secreto hasta que la batalla se hubiera ganado o perdido. Cabe decir que sirvió igualmente bien a Atenas con su muerte y con su victoria. Su victoria hizo patente que el poderío ateniense era tan formidable como siempre; su muerte alejó el último obstáculo que se oponía a la paz.

Pronto se aprovechó la oportunidad. La flota y el ejército volvieron a Atenas con el cadáver del gran general. La gente recordaba la época, muchos años antes, en que Cimón, en su primera y brillante juventud, había retornado llevando (o pretendiendo llevar) los huesos de Teseo desde Skyros, y ahora lo honraban casi como a un segundo Teseo. Fue éste un buen fin para Cimón, sí bien él no hubiera aprobado el partido que se sacó de su última victoria. Después de los funerales, Calias encabezó una embajada a la corte de Persia y, tras brevísimas negociaciones, pactó una paz que aún hoy se mantiene. Según los términos del tratado, Atenas renunciaba a sus pretensiones sobre Chipre y Egipto (donde los persas ya habían aplastado casi toda resistencia), y el Gran Rey reconocía la posición dominante de Atenas en el Egeo. Convino en no enviar buques de guerra a lo que ahora era un mar dominado por Atenas y sus aliadas, y en no movilizar fuerzas en un territorio equivalente a tres días de marcha desde la costa asiática. Las condiciones de esta paz parecían indicar que todos o casi todos los fines por los que se había fundado la Liga Ateniense habían sido alcanzados. Persia había aceptado de modo definitivo no sólo retirarse de Europa sino también de la costa marítima griega del Asia y de la ruta al mar Negro. Es dudoso que Jantipo y Arístides hubieran esperado nunca lograr tanto. Pero aun cuando los atenienses lo poseían todo, tendían a querer más, y por entonces había muchos de ellos que, a pesar de las pérdidas sufridas en Egipto, pensaban aún que el rey de Persia había sido favorecido por las negociaciones. De haber vivido, Cimón habría figurado entre éstos, y ahora muchos de sus amigos deploraban lo que calificaban de abandono de los derechos griegos en Chipre. Algunos de ellos sostenían aún las opiniones de Cimón acerca de lo deseable de una cooperación con Esparta y tenían conciencia de que Pericles se proponía utilizar la paz con Persia para robustecer la posición de Atenas en Grecia y convertir así a Esparta en potencia secundaria. Pero, en términos generales, la paz, si no fue bien acogida, fue aceptada. Los atenienses no se jactaron de ello, pero los contentó disfrutar de la paz.

Respecto de las aliadas, el problema era distinto y más difícil.

Cabía sostener que, como ya nada había que temer de Persia, nada se ganaría con una organización de Estados independientes fundada con el propósito único de defender y liberar a los griegos de la agresión persa. Las aliadas habían sufrido casi tantas bajas como Atenas, y aquellas que no proporcionaron buques y hombres, contribuyeron con dinero. Por lo tanto, era natural que muchos entre las clases más ricas de los Estados aliados, hayan pensado que aquel dinero sería mejor utilizado si iba a parar a sus propias manos. Y en Atenas quienes se oponían a Pericles, ya porque temieran la cualidad expansiva de la democracia, ya porque simpatizaran con Esparta, ya por ambas razones a la vez, parecían ahora tener buenos motivos morales para apartarse de los peligros y penalidades inherentes al espíritu de empresa.

Pendes, como ya expliqué, se oponía con tenacidad a tales puntos de vista. Defendía la continuación de la alianza por otros motivos: primero, porque era necesaria, y segundo, porque era deseable en interés tanto de Atenas como de sus aliadas. Y por infinidad de razones (algunas sabias y otras egoístas), todas las clases le brindaron un apoyo abrumador, y en especial la gran mayoría de quienes sólo ahora tenían conciencia del poder de que disponían y de los horizontes abiertos ante ellos.

A fin de alentar a estos adictos, de desarmar la crítica y, al mismo tiempo, de insinuar sus aspiraciones últimas, Pericles propuso que se despacharan enviados a todos los Estados de Grecia para celebrar en Atenas una conferencia panhelénica. Tal conferencia había de señalar el fin de la guerra con Persia y los temas que en ella se discutirían eran la reconstrucción de los templos incendiados por los persas, el pago de los sacrificios que, durante la lucha, se habían prometido a los dioses, así como la cuestión del uso y libertad de los mares. Ha de haber resultado claro a todos que cualesquiera que fuesen las ventajas o desventajas de tal conferencia, se invitaba a Grecia a confirmar mediante su asentimiento la excepcional posición de Atenas. Los únicos templos de categoría quemados durante la guerra habían sido los de Atenas; en la misma guerra y en la liberación de las ciudades griegas el papel más importante había sido desempeñado por los atenienses; el dominio de los mares estaba ya en manos de Atenas; y como si Atenas hubiera de ser reconocida centro y dirección de Grecia, la conferencia se reuniría en Atenas. La propuesta constituía de hecho un abierto desafío a la posición de que gozaba Esparta. Al formularla, Pericles podía alegar que no hacía más que enunciar los hechos de la situación reinante. Declaraba su voluntad de paz, una paz afianzada y garantizada por las flotas atenienses y la organización ateniense. Y si (como sin duda esperaba) Esparta y sus aliadas rechazaban la proposición, por lo menos habría obtenido alguna ventaja porque el rechazo de semejante plan general de paz y seguridad daría títulos a Atenas, a los ojos de amigos y enemigos, para emprender las acciones que juzgara necesarias con el fin de afianzar su propia seguridad. Y como era Atenas y sólo Atenas la que se hallaba en ese momento en condiciones de garantizar la seguridad de las aliadas, era razonable esperar que las aliadas continuaran desempeñando su papel.

Y, en efecto, así ocurrió. Los espartanos se negaron en forma rotunda a participar en la propuesta conferencia y persuadieron a sus aliados del Peloponeso de que imitaran su ejemplo. Por moción de Clainias, miembro de una familia noble y emparentado por casamiento con Pericles, los atenienses confirmaron y fortalecieron su alianza y concertaron nuevos acuerdos para la percepción del tributo. Fue por entonces cuando se pidió por primera vez a las ciudades que cada cuatro años enviaran a Atenas ofrendas y bestias de sacrificio para el gran festival de la Panatenea, que pronto eclipsaría en esplendor a todos los festivales hasta entonces celebrados en Grecia.

En general, las aliadas aceptaron de buena gana los nuevos acuerdos, si bien era cierto que en la mayor parte de los Estados había, como aún los hay hoy, partidos antidemocráticos opuestos tanto a sus propios gobiernos como al de Atenas. Desde luego, estos partidos miraban hacia Esparta, pero hasta entonces no habían recibido de ésta ninguna ayuda práctica. Los espartanos hablaban, lo mismo que hoy, de la tiranía de Atenas, pero, teniendo como tenían una tan vasta población sometida, hallaban difícil hablar con gran convicción. Había habido, desde luego, sublevaciones en la alianza ateniense, algunas de ellas serias, pero lo que me parece significativo es que tales revueltas hayan sido casi siempre aisladas; no hubo ningún intento concertado de eludir las obligaciones impuestas por Atenas. Y lo cierto es que Atenas, pocos años después, se vio en grandes dificultades para sofocar la de Samos, y de haberse unido a Samos otros Estados, las dificultades hubieran sido mayores, puesto que Esparta habría intervenido con toda seguridad. La guerra actual hubiera comenzado mucho antes y en una época en que Atenas era menos fuerte que hoy. En Esparta había un fuerte partido que favorecía la guerra y no hay duda de que, de haber existido alguna posibilidad de revuelta general en la alianza ateniense, este partido habría hallado algún pretexto para romper la tregua y actuar. El que nada de esto haya acontecido me parece prueba de que la gran mayoría de los aliados continuaba asociando su felicidad y su prosperidad a las de Atenas.

Pendes se mantenía siempre alerta a cualquier peligro que pudiera proceder de Esparta. En esto, como en otros aspectos, su política era consecuente. No toleraba ningún tipo de intervención de Esparta en nada que incumbiera a Atenas, pero prefería la paz a la guerra, confiando en que la paz brindaría a Atenas, de modo más seguro y cierto que la guerra, la supremacía que ya había comenzado a reclamar. Y en esta oportunidad obró con cautela poco habitual. Sabía que la posición ateniense, si bien segura en los aspectos esenciales (en las fortificaciones, la flota y la alianza), estaba lejos de serlo en Grecia central y septentrional. Los tesalios se habían ya mostrado indignos de confianza, y en Megara y Beocia, que nunca habían estado unidas a Atenas por ningún sentimiento de parentesco o un obvio interés propio, había fuertes partidos que se oponían con tenacidad a las ideas de democracia y a la infiltración de lo que les parecía un estilo de vida extranjero y peligroso. Pericles creía que semejantes sentimientos se modificarían a su debido tiempo, pero sabía que antes habían de pasar años. De modo que hizo saber a Esparta que estaba dispuesto a negociar en cualquier momento un largo tratado de paz, que reemplazara a la tregua de cinco años. Pero los espartanos se sentían ya humillados

por las condiciones de esta tregua; con Cimón, habían perdido al único ateniense en quien confiaban, y se sentían afrentados por las pretensiones de Atenas de representar a Grecia. Pocos de ellos (sobre todo uno de los reyes, Arquidamo, que conocía a Pericles y lo respetaba) estaban a favor de un relajamiento de la tensión. Ar– guían que Esparta era un mundo para sí misma; siempre podría defenderse y siempre sería respetada; las aventuras y enredos extranjeros eran contrarios a la tradición espartana y peligrosos para el carácter espartano. Semejante opinión es, desde luego, característica de la arrogancia espartana. Y la misma arrogancia expresaba la opinión de la mayoría, que pedía que se humillara a Atenas con un solo gesto espartano de superioridad. No veo pruebas de que ningún espartano comprendiera la complejidad de toda la situación helénica, como la comprendían no sólo Pericles sino muchos otros atenienses.

Y pronto Esparta realizó el gesto que parecía pedirle. Fue también característico el que emprendiera la acción con un pretexto religioso: la devolución de la administración del santuario de Delfos a los ciudadanos de Delfos. El propósito real era demostrar la autoridad espartana en Grecia central, al proclamar a Delfos independiente de los focenses. Delfos se hallaba en el territorio de Fócida; pero Fócida estaba aliada con Atenas. Un ejército, demasiado poderoso para ese fin, fue transportado a través del golfo de Corinto, y Atenas, respetando la tregua, no intervino. Los espartanos marcharon hacia Delfos, instalaron a sus amigos en la administración del templo y del santuario y, en la frente del lobo de bronce que se ve en la fachada del templo, grabaron una inscripción conmemorativa de la acción piadosa, así como los términos del decreto aprobado por los hombres de Delfos mediante el cual concedían precedencia a las embajadas espartanas en la consulta del oráculo. Luego regresaron al Peloponeso y se dispersaron. Tan pronto como se hubieron ido, Pericles envió un reducido ejército a Delfos, desplazó a los guardianes del templo designados por los espartanos, colocó en su lugar a los focenses que antes habían desempeñado esas funciones y, sin tocar la inscripción espartana, mandó grabar otra, en el flanco del mismo lobo, en que se reproducían los términos de un segundo decreto mediante el que se concedían a Atenas todos los derechos de precedencia. El prestigio espartano quedó menoscabado antes que realzado de resultas de este incidente.

Al año siguiente Atenas sufrió un serio revés, aunque no a manos de los espartanos. Hacia el norte de Ática, el partido antidemocrático de Beocia se había mostrado activo desde hacía un tiempo. Lo que resultaba más alarmante era que recibía ayuda y provisiones de los elementos descontentos de la isla de Eubea, hecho que parecía indicar que la misma Eubea estaba a punto de rebelarse. Como bien recuerdo, Pericles consideraba fundamental el dominio de esta isla. El principio general de su estrategia consistía en que Atenas estaba segura mientras mantuviera sus fortificaciones, sus navíos y su imperio de ultramar. El resto era, en relación, de menor importancia. Con su poder marítimo, los atenienses podían transportar a la ciudad recursos naturales desde todas partes. Y así, si bien las alianzas con Beocia, Fócida y otros Estados continentales, resultaban útiles, no eran esenciales. Y en todo el imperio pocos lugares eran tan importantes como Eubea, que no sólo proporcionaba a Atenas buena parte de sus suministros agrícolas sino que dominaba la ruta marítima hacia el norte.

Fueron éstas las consideraciones que más pesaron en su mente cuando, a fines de otoño, se tuvo conocimiento de que una gran banda de antidemócratas de Beocia, de exiliados de Eubea y de cierto número de aventureros de los Estados vecinos, habían tomado las ciudades de Orcomeno y Queronea, en el extremo septentrional de Beocia, y proyectaban avanzar hacia el sur con el propósito de derrocar la democracia en Tebas.

En Atenas se recibieron las noticias con asombro y cólera. Se exigió una acción inmediata y el general Tólmides propuso encabezar al punto una fuerza de voluntarios para dar cuenta de los rebeldes. Lo que Mirónides había hecho en Megara, él, disponiendo de mejores fuerzas, estaba convencido, lo podría realizar fácilmente en Beocia. Pero para sorpresa de todos, Pericles se opuso a Tólmides y pidió que se le diera tiempo. La sorpresa no era lógica pues, mientras Pericles, como había mostrado de sobra, estaba dispuesto a correr peligros cuando se hallaba comprometido algún punto vital, veía siempre más allá de la situación particular. Opinaba que una expedición como la propuesta por Tólmides no había de llevarse a cabo a menos que se tuviera la absoluta certeza de que la coronaría el éxito. El éxito sería algo valioso, desde luego, pero el fracaso implicaba perder más que lo que se hubiera ganado con el éxito. Y si bien Pericles convenía en que el éxito era probable, no podía afirmar que era seguro. Por aquella época del año, no podía movilizarse de la noche a la mañana un gran ejército, y se desconocía el poderío de los rebeldes; y aun podían desbaratar los mejores planes tácticos circunstancias, como tempranas nevadas o inundaciones, que no cabía dominar. Por ello pidió una dilación, y viendo que esta vez el pueblo se mostraba reacio a oírlo, dijo: ‘Podéis no aprobar el consejo

de Pericles, pero el tiempo es el mejor consejero y sería insensato que no lo reconocierais'. Pero ni Pericles ni el tiempo guiarían al pueblo. La política de Tólmides recibió un apoyo abrumador y, a los pocos días, el general partió con una fuerza de sólo mil atenienses y algunos contingentes aliados. Todos los atenienses eran voluntarios, y muchos de ellos jóvenes pertenecientes a las familias principales, si bien algunos (Clainias, por ejemplo) eran distinguidos veteranos. Fue aquella una de las pocas ocasiones en que la Asamblea votó contra Pericles, y al principio pareció que su decisión había sido acertada. Tólmides avanzó a manchas forzadas a través de Beocia, recogiendo más tropas en el camino. Tomó la ciudad de Queronea y castigó a los habitantes de modo severísimo. No sólo a Eurípides, lo recuerdo, sino a muchos otros indignó la noticia de que todos los prisioneros se venderían como esclavos. En realidad, esta acción inmoderada parece haber fortalecido la resistencia más que haberla minado. Como si se rendían no veían perspectiva de clemencia, los rebeldes decidieron luchar. Tólmides no logró tomar la fortaleza de Orcomeno y, hallando dificultades para alimentar a sus hombres, decidió volver a Atenas. Parece que procedió con muy poca precaución en la marcha por aquel territorio montañoso y escarpado. Le tendieron una emboscada y lo cercaron en las inmediaciones de Cononea; sus aliados huyeron, la mitad de los atenienses perecieron en el combate y el resto se vio forzado a rendirse. Entre los muertos figuraban el propio Tólmides y también Clainias, que designó a Pericles, en su condición de pariente más próximo, tutor de su joven hijo Alcibiades.

Con una sola acción, los rebeldes beocios lo habían ganado todo. En Atenas era deseo unánime rescatar a los prisioneros y, a cambio de ellos, se convino en que se abandonaría toda pretensión de fiscalizar Beocia. Los partidarios exiliados que habían marchado al destierro recobraron el poder en las ciudades. Atenas les inspiraba recelo y, aunque eran demasiado débiles para convertirse en enemigos declarados, evitarían cualquier tipo de acuerdo que pudiera contribuir a restaurar los gobiernos democráticos que ellos habían suprimido. En el caso de una guerra, lo mejor que Atenas podía esperar era que Beocia se mantuviera neutral.

Fue un grave golpe para el orgullo ateniense; pero lo que alarmaba sobre todo a Pericles era aun el peligro de una rebelión en Eubea. Este peligro había aumentado a causa de la derrota de Coronea. Además, la tregua de cinco años con Esparta llegaba ya a su fin y hasta entonces los espartanos no habían mostrado deseo alguno de renovarla. Y era del todo improbable que consintieran ahora en hacerlo.

Pronto se justificaron las peores aprensiones. En primer término, estalló en Eubea la esperada revuelta. Encabezando un numeroso ejército, el propio Pericles pasó a la isla. Sus fuerzas habrían sido más considerables si no hubiera debido dejar atrás un importante ejército para defender las posiciones de Megánida, para el caso de que se produjera una invasión espartana, cosa que, desde luego, esperaban los rebeldes de Eubea. El plan de Pericles consistía en actuar con la mayor celeridad y someter a Eubea antes de que los espartanos, cuya lentitud de movimientos era notoria, pudieran concentrar sus fuerzas. Pero en esta ocasión los espartanos aprovecharon la oportunidad con insólita prontitud. Apenas Pericles había comenzado las operaciones en Eubea cuando le llegaron noticias de que Megara se había sublevado. La guarnición ateniense había sido exterminada y el gran ejército encabezado por el general Andócides quedó aislado de Atenas. Con sus aliados del Peloponeso, los espartanos habían cruzado el istmo y habían llegado ya a la frontera ateniense.

Pendes adoptó inmediatamente una decisión. Abandonando Eubea, regresó con todas sus fuerzas a Atenas. Entretanto, Andócides, a manchas forzadas por rutas difíciles, había logrado romper el cerco y pudo así unirse a Pericles. No obstante, las fuerzas combinadas eran aún inferiores en número al gran ejército de Esparta y sus aliadas. Atenas podía ser defendida y, con el transcurso del tiempo, era posible que los espartanos se retiraran. Pero lo que Pericles necesitaba era tiempo. No pasarían muchas semanas sin que toda Eubea se levantara en armas.

En Atenas reinaba el desconcierto, pero no el pánico. Ahora reconocían que Pericles había tenido razón al oponerse a la mal concebida aventura de Tólmides, y el pueblo estaba ansioso de confiar absolutamente en él en la presente situación, mucho más difícil. Estaban dispuestos a defender sus muros o a hacer una salida y librar una batalla campal. Harían lo que él les pidiera. Entre tanto, el ejército del Peloponeso continuaba avanzando. Alcanzó Eleusis, a un día de marcha de Atenas, y comenzó a avanzar a lo largo de la Vía Sacra hacia las últimas serranías que se alcanzan antes de la ciudad, el lugar desde donde Jerjes había contemplado, en su trono de oro, la batalla de Salamina. Es costumbre espartana el que su ejército esté mandado por uno de los dos reyes, y en esta ocasión el rey que lo encabezó fue Pleistoanax, hombre muy joven a quien, de hecho, guiaba en todo un distinguido y maduro oficial espartano, Cleádnidas, que ya había mostrado en aquella campaña habilidad y energía

excepcionales. Pericles conocía algo a este hombre, y no poco del carácter espartano en general. Tenía ideas muy claras de cuáles eran los intereses esenciales de Atenas y estaba dispuesto, si era necesario, a sacrificar mucho a fin de salvaguardarlos. Y ahora, sobre todo, necesitaba tiempo para reducir a Eubea. Sabía también que los espartanos, posiblemente debido a la extrema rigidez de su código moral –o a despecho de ella–, son vulnerables al soborno. Por ello, estableció contactos secretos con Cleándnidas, le explicó que Atenas estaba dispuesta a hacer grandes concesiones por la causa de la paz, pero que, si había de librarse la guerra, estaba muy bien preparada para ella y podría desembarcar hombres en cualquier lugar que eligiera de la costa del Peloponeso. Y, para hacer más fáciles las cosas, ofreció pagar en persona a Cleándnidas una elevada suma de dinero, tan pronto como éste retirara su ejército más allá del istmo. Nadie, salvo el propio Pericles y unos pocos más, sabía de tales negociaciones. Por ello fue tanta la sorpresa como el alivio que se sintió en Atenas cuando un grupo de exploradores fue a informar que el gran ejército enemigo había abandonado el campo y se retiraba por el mismo camino por el que antes había avanzado.

En Esparta, la sorpresa igualó a la cólera. El joven rey fue juzgado y se decretó su destierro. Cleándnidas prefirió no aguardar el juicio. Huyó al extranjero y se lo condenó a muerte en ausencia. Mucho después, tuvo una distinguida carrera como general en Italia y, al aparecer, fue uno de los pocos espartanos a quienes no corrompió el disponer de dinero en abundancia.

En Atenas la gente estaba desconcertada por lo que había ocurrido, hasta que, hacia fines de año, Pericles, al presentar la rendición de cuentas a la respectiva comisión, incluyó una partida de diez talentos, pagados, según dijo, ‘por razones necesarias’. Como era de sobra conocida la escrupulosidad con que Pericles manejaba el dinero, nadie tuvo duda acerca de cómo se había gastado esa suma, y a todos divirtió la forma en que reveló el hecho.

Tan pronto como los espartanos se hubieron retirado, Pericles volvió a zarpar para Eubea con cincuenta navíos y cinco mil hombres. Fue una campaña breve y brillante. En cosa de meses, toda la isla fue reducida. Una ciudad cuyos habitantes habían capturado un barco ateniense y exterminado a toda la tripulación, fue tratada con severidad: se expulsó del territorio a toda la población; no hubo otras represalias, si bien se adoptó la precaución de establecer otra gran colonia ateniense en el norte de la isla. Durante el invierno, Pericles, acompañado de Calias y Andócides, fue a Esparta para negociar la paz. Pericles estaba dispuesto, como había prometido, a hacer grandes concesiones, aunque no a conceder nada que le pareciera vital y, después de sus victorias en Eubea, se hallaba en buena posición para resistir a las inevitables exigencias espartanas, como la retirada de Atenas de Egina y del golfo de Corinto. Siempre había fijado la vista en el mar y, para él, las posiciones esenciales eran Egina y la ciudad de Naupacta, en el golfo, donde había una guarnición de aquellos mecenas con cuya lealtad se podía contar sin la menor desconfianza. No obstante, convino en retirar las fuerzas atenienses del Peloponeso y de Megara, con sus dos puertos. Sobre esta base se suscribió un tratado de paz de treinta años, paz que en realidad duró sólo quince. Era ésta la primera oportunidad, desde Salamina, en que Atenas no se veía envuelta en una o dos grandes guerras.

CAPÍTULO XI

ACTIVIDAD EN EL OCIO

El año siguiente vi a Pericles y a sus allegados con más frecuencia que antes. Esto se debía a que Pericles disponía de más tiempo libre de lo común, pues fue uno de los pocos años en que no lo eligieron para integrar la junta de generales. Había previsto con todo acierto que una vez se conocieran las condiciones de paz, su popularidad declinaría, pero sólo para volver pronto a afianzarse. Pues los atenienses no siempre son lógicos. A la mayor parte de ellos los contentaba el disfrutar de la paz, y muchos de ellos tenían conciencia de que, al pactarla, Pericles había ganado mucho y perdido poco. Sin embargo, les resultaba intolerable retirarse de cualquier posición que hubieran ocupado antes. De modo que, por un breve período, Pericles cayó en desfavor, si bien hacia el final del año el pueblo lo escuchaba con la misma ansiedad y atención que antes cada vez que hablaba en la Asamblea.

En la vida privada sufrió algunos desengaños y, dejando a un lado a sus amigos, tuvo un gran consuelo y deleite. No podía enorgullecerse de sus dos hijos, Panalo y Jantipo, pues ambos eran

extravagantes y uno de ellos rudo, torpe y de temperamento violento. Era evidente que ninguno de los dos poseía condiciones para ocupar una posición distinguida. Por sus hábitos económicos, su padre les inspiraba antipatía y nada esperaban de él como no fuese dinero. Eran del todo incapaces de seguir su pensamiento o comprender su carácter. Sus dos pupilos, los hijos de Clainias, que había muerto con Tólmides en Coronea, no resultaban más satisfactorios. Uno de estos muchachos, llamado como su padre, era casi imbécil. El otro, Alcibiades, desplegaba todo el encanto, la brillantez y la energía de los Alcmeónidas. Era apuesto, fuerte, ambicioso y notablemente inteligente. Era también despiadado, extravagante, consentido y vicioso. Trataba siempre de distinguirse, aspiración que no es mala si se persigue con virtud y humanidad. Pero Alcibiades quería ser, por cualquier medio, el primero en todo. Dicen que en cierta ocasión, cuando luchaba con un muchacho más fuerte que él, corría peligro de que su contendiente lo derribara y, para evitar la derrota, mordió el brazo del otro muchacho, cosa que a éste le desagradó y dejó estupefacto.

–Alcibiades –dijo–, muerdes como una niña.

–No –dijo Alcibiades–. Como un león.

En mi opinión, si Alcibiades hubiese sido capaz de sentir simpatía por su tutor, habría llegado, con todas sus excelentes cualidades (tanto las físicas como las intelectuales), a ser un hombre de quien Pericles se hubiese enorgullecido. Su patriotismo es tan grande como el de Pericles, y sus potencias intelectuales no muy inferiores. Pero mientras que Pericles estaba absorbido por Atenas, pienso que Alcibiades hubiera deseado absorber en sí mismo a Atenas. Es como uno de esos amantes que prefieren destruir antes que penden el objeto de sus afectos. Tales amantes se califican a sí mismos de devotos, pero están consagrados a sus propias pasiones más que al objeto que las excita.

Muy diferente era el amor que Pericles sentía por Atenas y por sus hombres y mujeres. Y su amor por una mujer sería suficiente para distinguir a cualquier hombre. Igualmente notable es el hecho de que Aspasia no sólo correspondió a este afecto, sino que lo mereció. Más o menos por entonces fue a vivir con él, y fue su compañera de toda la vida. Es, naturalmente, una Jonia de Mileto, y no hacía mucho que residía en Atenas cuando atrajo la atención de Pericles. Era por entonces una mujer joven, de alrededor de veinte años, y pertenecía a la clase que en Atenas se denomina de las ‘hetairai’. Estas mujeres son muy distintas de las prostitutas comunes, si bien también ellas solucionan sus necesidades ofreciendo a los hombres los placeres de su compañía. Pero en su caso, los placeres que brindan no son del todo, y ni siquiera principalmente, físicos. La mayor parte de ellas son inteligentes, están habituadas a la sociedad de los hombres y su conversación es discreta y hasta brillante. Por estas razones, la ordinaria ama de casa ateniense dice menospreciarías, pero la verdad es que las envidia.

En particular, Aspasia provocaba la cólera de estas mujeres por– que no tenía ninguno de los defectos que ellas atribuyen, sin pensarlo, a su clase. Guardó fidelidad a un hombre (y esto no cabe decirlo de la mayor parte de las amas de casa) y, como Pericles era conocido por su estilo de vida moderado, no podía acusársela de haberlo buscado por el dinero. Más fácil resultaba hacer bromas a expensas del propio Pericles y decir que él, que por entonces contaba cincuenta años, cedía por debilidad a una pasión, inapropiada para su edad y experiencia, y que se comportaba como el gran Hércules cuando Onfalia lo esclavizó, o como el propio Zeus, a quien arrullaba el hechizo de los atractivos de Hena cuando hubiera debido mostrarse activo.

Algunos hasta sugirieron que, si podía mostrar devoción tan extraordinaria por una mujer, debía sentir la misma devoción por muchas más y ser un secreto libertino que perseguía sin descanso a las mujeres de otros hombres. Estas habladurías resultan por lo general inofensivas en Atenas. Nada place tanto a los atenienses como hallar lo que imaginan ser un punto débil en uno de los jefes a quienes más admiran. Pero, como bien sé por experiencia propia, hay momentos en Atenas en que el pueblo queda dominado por los prejuicios y, en tales ocasiones, crearán en cualquier escándalo, por estúpido o por falso que éste sea. Yo mismo y muchos otros, inclusive Aspasia, padecemos estos estallidos de malicia y sinrazón.

Me parece que, en su conducta con Aspasia, Pericles estableció una norma que, como todas sus normas, era poco común por lo elevada y merecedora de imitación. Tenía la costumbre de saludarla con un beso toda vez que salía de la casa y toda vez que retornaba a ella. La gente consideraba esto como un rasgo en extremo raro, pero en mi opinión, nada extraño puede haber en demostraciones de afecto que son al par graciosas y sinceras. Es sin duda raro que un hombre no se canse pronto de una mujer, pero es imposible sostener que todo lo raro sea indeseable. Creo que Pericles y Aspasia gozaban de mayor satisfacción en la mutua compañía y que cada cual extraía de ella beneficios más auténticos que cualquier otra pareja de seres humanos pertenecientes a sexos opuestos

que yo haya conocido. Y opino que si semejante condición de gozo y comprensión mutuos estuviera mas generalizada, de ello resultarían mayores ventajas no sólo para los padres sino para los hijos. Y por cierto, el niño que nació de la unión de Pericles y Aspasia era en todos sentidos un carácter muy superior al de Jantipo o Paralo.

Nosotros, los jonios, nos complacemos en pensar (y no sin razón) que nuestras mujeres descuellan por la gracia de sus maneras y de su persona, por sus profundos afectos y su placentera vivacidad. Aspasia poseía todas estas cualidades en grado sumo, así como cualidades intelectuales que serían excepcionales en uno u otro sexo o en cualquier país. Su inteligencia era de pon si pronta y poseía muchos conocimientos; ni estaba satisfecha, como lo está a menudo gente mucho menos informada que ella, con los conocimientos ya adquiridos. Solía discutir de filosofía conmigo tan atinadamente como de poesía con Sófocles o de política con Pericles, y su conversación sobre estos temas resultaba por lo menos tan estimulante para nosotros como, con toda probabilidad, la nuestra para ella. ¡No es de maravillarse que sintiéramos placer en su compañía!

Por esta época era huésped habitual de Pericles el escultor Fidias, hombre que, dejando a un lado su extraordinario genio para trabajar el bronce, el mármol, el oro y el marfil, estaba dotado de una mente original y profunda. Era mayor que Pericles y no mucho más joven que yo, pero sólo entonces comenzaba a conquistar fama. Se lo conocía sobre todo por la gran estatua de bronce de Palas Atenea, que había terminado hacia poco tiempo. Todos los que hayáis visitado Atenas habréis visto esta estatua, famosa no sólo por sus dimensiones (tiene por lo menos treinta pies de altura) sino por el esplendor de su concepción. Sus estatuas posteriores de oro y marfil de Atenea en el Partenón y de Zeus en Olimpia son, desde luego, conocidas y admiradas en todo el mundo. Se las considera con justicia las más excelsas representaciones de la divinidad que haya producido el hombre. A muchos les parece extraño, pues Fidias, como yo mismo, fue juzgado por impiedad, y sólo en un sentido un tanto especial cabe decir que ambos hayamos creído en los dioses. Pues los dioses no son objetos que puedan ser investigados. No he conocido a ningún hombre que haya visto a un dios, como no sea en sueños, y parece obvio que Jenófanes tiene razón cuando dice que las cualidades que atribuimos a los dioses no pueden ser otras que las que conocemos en nosotros mismos. Si los caballos tuvieran dioses, estos dioses participarían de la naturaleza del caballo. Por ello es erróneo suponer que los dioses posean rostros y miembros como los nuestros, que sean machos o hembras, o que hablen griego. Sobre la base de tales consideraciones, mucha gente concluyó que los dioses no existen o que, si existen, han de ser incomprensibles para nosotros; pero ninguna de estas conclusiones me parece legítima. Aparte del hombre, reconocemos en la naturaleza muchas otras existencias, que comprendemos en grados variables. Ningún hombre, ni nada que se parezca a un hombre, rige los movimientos de la luna y las estrellas o el proceso mediante el cual un estado del ser se transforma en otro. Los sucesos de la vida humana tampoco se adaptan del todo a un módulo de razón o de justicia. La mayor parte de los hombres se desasosiegan cuando observan semejantes hechos, y los de mente más simple atribuyen lo incomprensible a acciones, benévolas, malévolas o caprichosas, de diversas deidades. Pero esto sólo añade un problema a otro; pues, si hemos de creer en los dioses, debemos creerlos más sabios y mejores que los hombres. Como sabéis, he enunciado la teoría de una fuerza crea—dora, que llamo Inteligencia y que, según supongo, crea el orden a partir del desorden, la justicia a partir de la injusticia, fuerza que es principio, en varias modificaciones, del cambio y el movimiento. Dada la naturaleza de las cosas, no podemos estar seguros de que exista semejante entidad, pero un hombre bueno no se equivocará, a menos que pueda hallar una explicación mejor de las cosas, si cree que en lo que digo hay algo de verdad.

Pendes, Fidias, Damón y Eurípides (entre otros) se interesaron profundamente en mis opiniones y todos ellos fueron acusados de ateísmo por los ignorantes. En realidad, buscamos principios más elevados y coherentes que los que se hallan en las contradicciones y la crudeza de la mitología, y la consecuencia de nuestras especulaciones será purificar y no degradar la religión popular. Pues no cabe imaginar ningún tipo de dios capaz de aprobar a un hombre que crea en lo que el raciocinio pueda revelar que es falso.

Sin embargo, por la fuerza de la inteligencia, hasta el error puede encaminarse hacia la verdad, y Fidias, tanto como cualquier hombre, salió airoso en este empeño. Sabe tan bien como yo que los dioses no poseen brazos ni piernas, cabellos ni ojos; pero asimismo es cierto que en la naturaleza existen cualidades a las que con razón consideramos superiores a otras, como por ejemplo la belleza, la inteligencia, la bondad y la serenidad. Pintar a un dios en cualquier forma —humana, animal, vegetal o mineral no es, desde luego, legítimo; pero en la medida en que tal forma esté dotada de las

cualidades que acabo de mencionar, provocará una especie de reverencia, y el resultado será, desde un punto de vista humano, agradable y útil, y, desde un punto de vista filosófico, no sería necesariamente equivocado. Si uno desea ilustrar la variedad y contradicción del universo, con sus alternancias de bien y mal, belleza y desfiguración, ser y no ser, sería más apropiado proceder como los egipcios y producir imágenes de hombres con cabezas de cocodrilos, perros y gatos. Y de los antiguos templos de la Acrópolis destruidos por los persas sobreviven aún fragmentos de monstruos esculpidos que no carecen de significación. Más significativas y más útiles son aquellas obras que subrayan las fuerzas de visión, creación y estabilidad que las que por toda finalidad expresan la fuerza y el terror de lo que el hombre no puede dominar y, por lo mismo que es desordenado, de lo salvaje. Tal es, al menos, la opinión de un jonio y de un griego y, como lo demuestra la inmensa reputación de que goza Fidias, se trata de una opinión muy generalizada.

Consideraciones como las apuntadas constituían a menudo el tema de nuestras pláticas por aquella época, pues fue entonces, en los años de paz, cuando comenzaron y con tanta celeridad se remataron aquellos grandes proyectos de edificación, escultura, decoración y amenidad que convirtieron a Atenas, sin disputa alguna, en la ciudad más bella del mundo. Fidias era el inspector general de todas aquellas obras y debió esta espléndida oportunidad a su amistad con Pericles, quien discutía con él todos los detalles, lo ayudaba en todas las ramas de la administración a fin de que no le faltaran los materiales y defendía entusiasmado en la Asamblea el ambicioso plan total contra sus opositores políticos, que se quejaban del gasto de dinero y de la injustificada desviación del tributo de los aliados para la glorificación de Atenas.

Es natural que en aquellos años conversáramos no poco de problemas de arquitectura, escultura y pintura. Estos problemas son interesantes por si mismos, pero lo asombroso y excitante era verlos resueltos con tanta rapidez y perfección. Yo mismo hallaba tales conversaciones muy interesantes desde un punto de vista filosófico, pues siempre me pareció que los principios del arte son los mismos que los principios de la naturaleza. Lo que vemos depende de lo invisible y un estado de perfección es un estado de equilibrada contradicción, de síntesis de los opuestos, de tensión que acaba por resolverse en la paz. En el Partenón, por ejemplo, el tremendo peso de la estructura, que resulta patente si uno lo examina limitando la propia visión a un sector o calcula la cantidad de mármol que se ha empleado, posee, cuando se lo contempla como un todo, una cualidad de sobrenatural levedad. Las líneas parecen remontarse hacia el cielo para desaparecer una vez alcanzado un límite superior; sin embargo, no hay en toda la construcción ni una línea recta y apenas cabe decir que haya un límite, puesto que esta obra de arte está realizada de una manera portentosa, en armonía con sus contornos naturales: el mar, el cielo, las montañas y la llanura. Pero caigo una vez más en la digresión. Los que hayáis estado en Atenas conoceréis estas producciones y las habréis admirado. Se trata de obras sólo posibles por la más exacta aplicación de la matemática, por obra de la más aguda y más humana inteligencia. Fidias era el maestro, y Calicrates, Ictino y Mnesicles eran arquitectos de la más extraordinaria brillantez, sutileza, profundidad e imaginación. La inspiración era de Pericles, pero la fuerza e ímpetu correspondían a la dirigida energía y al entusiasmo del pueblo ateniense. Si algo en la tierra puede ser inmortal, con seguridad lo serán estas construcciones hechas con carne, sangre e inteligencia.

Aquellas obras se hicieron una vez y se hicieron para siempre. Si las consideramos en debida forma, nos pueden llevar a una especulación acerca de la naturaleza del tiempo y del movimiento, y espero decir antes de mi muerte algo de lo que tuve ocasión de pensar e imaginar sobre estos temas de tanta importancia. El recuerdo de aquel tiempo me llena aún de maravilla, si bien por entonces me ocupaba en investigaciones muy distintas y, según ahora se me aparecen, de segunda categoría. No es que los estudios que realizaba sobre la rarefacción y condensación del aire sean insignificantes. Sin discusión posible, son de la mayor importancia. La diferencia entre un griego y un bárbaro estriba, aparte del idioma, en el hecho de que un griego quiere saber y hallar explicaciones. Y en cuanto al conocimiento, para él son necesarias tanto la observación como la experimentación. Pero, en el conocimiento y más allá del conocimiento, cuando se llega al acto final de la explicación, la mente debe, por decirlo de algún modo, saltar hacia la oscuridad para hallar allí un lugar luminoso donde reposar. Fidias, en sus grandes obras, y asimismo Sófocles y Pericles, parecen haber hecho algo semejante. Con el fermento, energía y contradicción de la vida, construyeron formas intelectuales de belleza, contento y verdad.

Yo mismo había trabajado algunos años en colaboración con mi amigo, el ateniense Arquelao, a quien conocéis. Personas que no pertenecían a nuestro viejo círculo acudían con frecuencia a tomar

parte en nuestras discusiones e investigaciones filosóficas. Entre los jóvenes que solían visitarnos con cierta regularidad, recuerdo a uno en particular, puesto que él, casi del mismo modo que los artistas que he mencionado, parece combinar una gran fuerza intelectual con una singular frescura e intrepidez de espíritu. Su nombre es Sócrates y no me sorprendería que acabara siendo mucho más conocido de lo que es hoy. Cuando lo vi por primera vez, pensé que veía al hombre más feo del mundo. No sólo parece tan fuerte como un oso, sino que en verdad se asemeja a este animal. Pero basta que uno hable con él unos pocos minutos para que se sienta asombrado y deleitado por su talento, su encanto, su gentil consideración para con los otros y su inteligencia extraordinariamente aguda. Había participado en la reciente campaña de Andócides en Megánida, cuando apartamos grandes peligros gracias a los esfuerzos casi increíbles de aquel ejército. Incluso en éste había asombrado a sus compañeros por su aparente y total indiferencia por el calor, el frío, el peligro o la fatiga. Al parecer, no intentaba, como la mayor parte de los soldados jóvenes, granjearse una reputación de coraje y resistencia; según se dijo, se trataba nada más de que nunca se le ocurría pensar en la cobardía o el cansancio. Sócrates solía replicar que, si así era, no merecía encomio alguno; era imposible conocer una cualidad o experiencia, una sensación, sin conocer también las que le son opuestas; un hombre que nada conoce de la cobardía, nada puede conocer del coraje; y si su conducta había sido en verdad tal como se describía, había de tratárselo con conmiseración más bien que con honor, pues no cabe llamar virtuoso a quien es tan tonto e insensible para no poder distinguir el bien del mal.

Pero vuelvo a incurrir en una digresión, me apartan de mi camino los muchos y felices recuerdos de aquella época. Ahora Pericles está muerto, Fidias, Damón y yo estamos en el exilio, Sócrates, por lo que se me alcanza, ha muerto en el campo de batalla o a causa de la peste. Sin embargo, estén unos muertos y estemos otros desterrados, permanece el hecho de que en aquel tiempo vivimos en Atenas y que ese solo hecho nos hacía felices. Ahora Sófocles y Eurípides continúan produciendo sus tragedias y, cuando las leo, considero que escriben con mayor arte y sabiduría que nunca; no obstante, hallo que falta algún elemento que siempre estaba presente en aquellos días. Se me impone el recuerdo de una frase que Pericles empleó en cierta ocasión en uno de los discursos oficiales pronunciados en honor de los muertos en el campo de batalla. ‘La primavera –dijo– ha desaparecido de nuestro año.’ Las flotas de Atenas dominan aún el mar; el pueblo reacciona aun ante el desastre con resolución, y cuando se presenta la oportunidad se muestran ambiciosos. Sin embargo, me parece descubrir una cierta apariencia febril en sus empresas, una falta de calma en su confianza. Sin duda, también Atenas, en la medida en que es una organización de hombres, está sujeta a las leyes generales del crecimiento y la decadencia. De cualquier modo, en cierto sentido cabe decir que ya ha trascendido tales leyes. Como otros Estados, fue culpable de crímenes e injusticias. Pero a diferencia de cualquier otro Estado, ha aspirado a una excelencia que acaso se revele allende los poderes de la naturaleza humana, y, como quiera que termine el proceso, su éxito ha sido más que parcial. A quienes la conocemos, sus defectos nos parecen, aunque lamentables, incidentales. Lo que amamos en ella es algo que, por ser intachable, debe revelarse eterno.

CAPITULO XII

LA ÚLTIMA OPOSICIÓN

Pasado un año, como dije, Pericles fue reelegido para integrar la junta de generales, y se lo continuó eligiendo año tras año durante el resto de su vida. Al principio hubo de hacer frente a cierta oposición. Ésta procedía en gran parte de los restos del viejo partido de Cimón, encabezado ahora por un joven pariente suyo, Tucídides, el hijo de Melesias. Si bien logró algunos éxitos, esta oposición no tuvo ningún efecto real sobre la política de Pericles, la cual continuó desarrollándose hasta el fin en forma lógica y consecuente y recibió apoyo popular cada vez más abrumador. Es significativo que otro pariente, aun mucho más joven, de Cimón, llamado también Tucídides, llegara a ser uno de los más fervientes admiradores de Pericles que yo haya conocido. Es un joven de inteligencia notable y, con toda probabilidad, alcanzará renombre. Ha sido lo bastante amable como para enviarme hace poco desde Atenas unas notas tomadas por él de algunos de los últimos discursos pronunciados por Pericles.

Ha captado bien el estilo y, lo que es más importante, ha visto por debajo del estilo la ferviente pasión de aquel hombre, pasión que sin duda comparte también el joven Tucídides.

Creo que su pariente de más edad, Tucídides, el hijo de Melesias, era hombre honrado y generoso y que su oposición a Pericles era, como la de Cimón, política más que personal. Combatió, por así decirlo, en la última trinchera por aquella vieja y desacreditada política de amistad con Esparta y, en asuntos de política interna, por un retorno a aquellas antiguas y simples normas aristocráticas que existían antes de que Atenas dependiera del mar para su vida y sus empresas. En cierto modo, era más reaccionario que Cimón y fijaba la vista en un pasado que sólo le parecía estacionario porque no lo había conocido. Cimón había vivido con los hombres de la flota y si bien lo fastidiaba lo que le parecían extravagantes exigencias políticas de quienes servían con él, no por ello dejaba de respetarlos como hombres y camaradas. Además, y acaso en forma un tanto irreflexiva, había abrazado una causa que no era la del imperio ateniense. Su ideal hubiera sido liberar a todos los griegos, excepción hecha de los que estaban sometidos a Esparta. Tucídides era, sí bien menos humano, más lógico. Consideraba que el viejo prestigio y autoridad de las familias antiguas y de la aristocracia terrateniente en general iban quedando poco a poco sumergidos por gente de nuevas y distintas ideas y estilos de vida, gente cuyos intereses estaban en el mar, en el imperio y en la política antes que en sus fincas, ‘una chusma de marineros y estibadores’, según solía denominarlos en la conversación privada. Miraba el Pireo como el enemigo de Atenas y consideraba los grandes y nuevos edificios y las bien diseñadas vías públicas, mercados, depósitos y arsenales que por entonces, bajo la dirección de Pericles, convertían al Pireo en el mayor y mejor organizado puerto marítimo del mundo, una amenaza y un desafío a la misma ciudad. En su opinión, el apoyo de aquella ‘chusma de marineros’ permitió a Efilto y Pericles despojar al Consejo del Areópago de sus viejos poderes e instaurar un sistema bajo el cual casi todos los miembros del Estado eran elegibles no sólo para desempeñar cargos de responsabilidad sino puestos pagados o sostenidos por un subsidio. La verdadera tradición de Atenas, porfiaba, era la de Milciades, Jantipo, Aristides y Cimón, y no la de Temístocles y Pericles.

Ha de admitirse que aceptaba muchas de las consecuencias lógicas, sí bien impopulares, de tales puntos de vista. Comprendía tan bien como Pericles que la estructura de la democracia dependía, para su expansión, y aun para su mantenimiento, de los recursos del imperio, y que para preservar el imperio era indispensable que Atenas contara con superioridad naval en todos los mares. Por ello, y puesto que su aspiración principal era impedir la expansión de la democracia, estaba dispuesto a abandonar el imperio. La amistad con Esparta le parecía digna de este precio, y desde luego pudo valerse de algunos argumentos que parecían poseer fuerza moral. Pon ejemplo, no se cansaba de proclamar que Pendes procedía en forma deshonesto al destinar al embellecimiento de Atenas el dinero allegado por las aliadas para constituir un fondo de defensa. Pero semejantes argumentos resultaban raras veces eficaces, en parte porque las grandes obras públicas proporcionaban ocupación a muchos y satisfacían intereses de otros, y en parte porque Pericles representaba en verdad el espíritu de empresa y la ambición de la época. Tanto Pericles como Tucídides eran hábiles polemistas, pero Pericles tenía una ventaja de la que carecía su antagonista. Como he dicho a menudo, apelaba a la razón siempre y del modo más notable, pero al hacerlo su continente imponía tanto respeto como su argumentación, tal era la calma y convicción con que hablaba. Parecía imposible creer que estuviera equivocado. De ahí, supongo, su apodo de ‘el Olímpico’. No es que se considerara superior a otros hombres; mas bien se trataba de que no podía evitar el aparecer como tal. Tucídides solía decir: ‘Es como un luchador imbatible. Cuando lo hago caer mediante una argumentación, se pone en pie al instante, pretende que nunca ha sido derribado y convence a los espectadores de que está diciendo la verdad’.

Es casi seguro que la más eficaz táctica política que discurrió Tucídides fue agrupar a los miembros de su partido en un cuerpo que siempre se sentaba en el mismo lugar en las reuniones de la Asamblea y cuyos integrantes aplaudían a la vez; en general, daba una impresión de unanimidad y entusiasmo mayor acaso que lo que estaba justificado. Entre el resto de la Asamblea había algunos pequeños granjeros que, viendo a tantos hombres pertenecientes a la clase rica y distinguida –gente a la que estaban acostumbrados a respetar– reunidos en un grupo de aparente cohesión, llegaron a creer que lo que aquéllos decían tenía algún sentido. Y Tucídides era un político lo bastante hábil como para no decir lo que en realidad quería significar. Sabía que sería imposible encontrar en la Asamblea una mayoría deseosa de modificar la constitución en cualquier sentido reaccionario, o de hacer a Esparta más concesiones de las que pudieran evitarse. En verdad, la única razón por la que, por breve período, al pueblo no le agradó la política de Pericles, fue que no hizo concesión de ninguna índole. Sin embargo, salvo en épocas de éxitos del todo extraordinarios y sin precedentes, la gente se siente

siempre inclinada a comparan desfavorablemente el presente con el pasado. Olvidan pronto lo que era malo en el pasado y lleva tiempo comprender lo que hay de bueno en el presente. En particular, los atenienses apenas parecen vivir en el presente. Viven en el pasado o en el futuro. Pericles conocía de sobra este hecho y, más que cualquier otro estadista, combinaba la más profunda reverencia por el pasado con una esclarecida y dinámica conducción que apuntaba hacia el futuro. Tucídides estaba, por necesidad, reducido al pasado, pero en Atenas siempre le resulta posible a cualquiera que tenga suficiente habilidad impresionar a un auditorio con reflexiones acerca de ‘los buenos días de antes’, días en que se supone, en especial por parte de los ancianos, que el pueblo era más feliz y más virtuoso que hoy. Un método para desacreditar a Pericles consistía en sugerir que, desde un punto de vista moral o religioso, no era ortodoxo y que, por ello, no inspiraba confianza en política. Pero era difícil lanzar tales ataques, por convincentes que fueran, si se dirigían contra Pericles. Todos sabían de sobra que, en contraste con muchos de sus opositores, era abstemio, cortés, honrado y patriótico. Su gran devoción por Aspasia había sorprendido a mucha gente y chocado a algunos, pero nadie tomaba en serio, si bien muchos se divertían con ellas, las historias de que era un seductor de mujeres nobles y de que Fidias, al representar a estas damas en las nuevas obras de escultura y de arquitectura, era empleado en realidad por Pericles como alcahuete. Hasta se decía que aquellos especímenes de esa rara y hermosa ave, el pavo real, que acababan de introducirse por primera vez en Atenas, habían sido especialmente importados por Pendes, quien obsequiaba o sobornaba con ellos a sus queridas.

En los casos (y no eran muchos) en que el principal antagonista era invulnerable, resultaba normal procuran desacreditarlo lanzando ataques contra sus amigos. Un hombre bueno posee buenos amigos; pero siempre cabe atacar al bueno mientras éste sea desconocido o su conducta sea susceptible de tergiversación. Muchos de los amigos de Pericles eran conocidos y admirados de todos, como por ejemplo Sófocles. Pero había otros, entre ellos yo mismo, a quienes se conocía de oídas y, en parte por esta razón, eran objeto de sospecha. Puede decirse con verdad que éramos heterodoxos en algunas de nuestras opiniones, y podía suponerse sin mucha justicia que semejantes opiniones tendían a subvertir el orden social. Yo mismo me alarmé cuando un traficante de oráculos medio loco, llamado Diófito, logró excitar a la Asamblea, a la que instó a aprobar un decreto que condenara a quienes no creen en los dioses y a quienes enseñan cosas acerca de los cuerpos celestes. Comprendí que si se me hacía comparecer acusado de impiedad ante un tribunal, me resultaría difícil explicar a un jurado lleno de prejuicios los argumentos que me habían llevado a afirmar que el sol está hecho de roca fundida y es mucho más grande de lo que parece ser, así como de que mis opiniones sobre los dioses sólo son inteligibles para hombres que hayan reflexionado mucho y bien sobre el tema. Pero en esta ocasión se me hizo gracia, en parte porque Pericles reconquistó muy pronto su ascendiente, y en parte porque sus enemigos perseguían a otros más importantes dentro de la política que yo. Durante los años que siguieron a la paz, hubo varios intentos de aplicar el ostracismo a ciudadanos a quienes se sabían simpatizantes de la política de Pericles; pero sí Tucídides y sus consejeros esperaban desembarazarse mediante ese recurso de Pericles, los hechos probaron que estaban equivocados y no pasó mucho tiempo sin que se emplearan contra ellos sus propios métodos. Apenas hubo un solo voto contra Pericles; sin embargo, sus amigos no fueron tan afortunados y uno de los más viejos, Damón, se vio forzado, por el resultado de una de aquellas votaciones, a marchar al exilio. Fue un trago amargo para Pendes y para muchos de nosotros. Fue también un abuso del ostracismo que, en mi opinión, sólo es recurso político válido en épocas en que en el Estado contienden con encono dos políticas, una de las cuales ha de adoptarse necesariamente; y en tales casos, es de desear que el hombre que ha de marchar al exilio sea uno u otro de los jefes de los dos partidos. Pero Tucídides no tenía una política positiva, o más bien no se aventuraba a revelarla; y Damón, aunque era amigo íntimo de Pericles, apenas había participado en la política activa. De modo que la votación contra Damón no sirvió a ningún propósito político útil. La mayor parte de quienes inscribieron su nombre en las tablillas de barro cocido que se empleaban para la votación obraron impelidos por sentimientos mezquinos, como el deseo de agravian y por malicia. Luego muchos de ellos se avergonzaron de tales sentimientos y, para salvar sus conciencias, volvieron contra Tucídides el resentimiento que en realidad experimentaban contra sí mismos.

La derrota final de Tucídides se produjo, y estuvo en parte enlazada con ella, cuando se fundó la importante colonia de Sibaris en Italia meridional. Era un proyecto que el propio Pericles había apoyado y de cuya organización había sido él principal artífice. Merece, según creo, algo más que una mención al pasar, puesto que para él representaba no sólo una extensión de la influencia ateniense en el oeste, sino también un ejemplo de cómo Atenas podía cooperar con otros Estados en una arriesgada

empresa que era helénica antes que nacional. Se proponía, desde luego, que en esto como en otras cosas contrastara la actitud de Atenas con la de Esparta, pues cuando, unos pocos años antes, había llegado desde Italia una delegación para pedir a Esparta y a Atenas ayuda a fin de fundar la nueva colonia, Esparta había rechazado de plano la proposición. La delegación estaba integrada por descendientes de la antigua ciudad de Sibaris que, en su tiempo, había sido proverbial por su riqueza y lujo. Hacia casi sesenta años que la gran ciudad había sido destruida por las fuerzas de la hermandad pitagórica que dominaba la cercana ciudad de Crotón. Y aquí, si se me permite una digresión, me agrada enunciar la opinión de que aquellos pitagóricos, que se habían constituido en una organización política con la intención expresa de obligar a otros hombres a adoptar sus extrañas nociones de pureza y rectitud, actuaban de un modo por completo impropio de filósofos. Y me temo que alguna responsabilidad alcance al propio Pitágoras que, si bien cuando vivía en Samos parecía ser hombre sensato, después de establecerse en Italia se dice que creía en su divinidad. Algo semejante suele ocurrirles a los jonios y otros griegos que marchan al oeste. Empédocles de Sicilia, por ejemplo, se imagina que es un dios, y Parménides da la impresión de que sustenta la misma creencia sobre sí mismo. No es que quiera restar importancia a los méritos reales e importantes descubrimientos de Pitágoras en matemática y en teoría musical. Pero el éxito de tales descubrimientos parece haberlo inducido a la extravagancia. Creía que todo el universo era matemático y musical; despreciaba la observación y convertía a los números en dioses. Pero nosotros, los jonios, hemos intentado, desde la época de Tales, explicar el universo por medio de algún principio general; desde luego, hemos observado que la apariencia no es lo mismo que la realidad; pero nunca hemos dado el paso absurdo de negar que la apariencia existe. Como yo mismo lo expresé, 'lo que aparece es una visión de lo invisible'. Pero Pitágoras parece creer que sólo lo invisible existe. Tal modo de pensar ha de acabar de modo ineludible en una actitud inhumana. Declara que 'el cuerpo es una tumba', queriendo significar con ello que sólo el alma posee existencia real y valedera. Esta frase me parece falta de sentido y, por consiguiente, ha de llevar a toda clase de contradicciones filosóficas. Pero aquí me interesan más bien las peligrosas consecuencias políticas y morales de este pensamiento. Pues si uno niega el cuerpo, es preciso que vuelva la espalda no sólo a la evidencia de nuestros sentidos sino a toda vida humana tal como en general se vive. Y los secuaces de Pitágoras declararán que nada tiene importancia, excepción hecha de la purificación del alma. Es ésta una doctrina muy distinta de nuestra suposición normal de que un hombre debe tender a la excelencia, pues en nuestra idea de excelencia incluimos la belleza, la inteligencia, la fuerza, la justicia y muchas otras cualidades sociales, físicas e intelectuales. Pero los pitagóricos, preocupados de manera exclusiva por la purificación de su alma, no han de entrar, si son consecuentes, en la esfera de la acción en la cual las virtudes se desarrollan y ejemplifican. Consideran tal acción como una suerte de polución de su verdadera naturaleza, que es matemática o musical, o ambas a la vez, y, según ellos, divina. Por ello uno se siente inclinado a imaginar que un pitagórico no participará en los asuntos humanos, o participará en ellos lo menos posible, dado que toda acción que no sea musical o matemática es impura. Y al parecer, ésa fue la doctrina original. Se concibió un estilo de vida que apartara al creyente de la sociedad humana ordinaria. Se impusieron estrictas reglas de austeridad, así como cierto número de peculiares prohibiciones concernientes a la carne, las habas, la ropa de cama y los gallos blancos.

Pero lo cierto es que, cuando se la reprime, la naturaleza humana tiende a afirmarse. Es natural que un ser humano entre en relaciones políticas y sociales con otros; no sólo natural sino bueno, y en una democracia como en la que viví en Atenas, las relaciones personales son tan libres y llanas como sea posible. Sé que hasta en Atenas cabe hallar inconsecuencias. Damón padeció por entonces, yo padecí después y, sin duda, otros padecerán más adelante una súbita tormenta de estupidez e intolerancia. Pero en general los atenienses se enorgullecen sobre todo de su libertad y, para salvaguardarla, toman más precauciones que cualquier otro pueblo. Y lo hacen a la vez por instinto y por raciocinio. Escuchaban a Pericles como a un amigo y un oráculo cuando les explicaba que la felicidad era imposible sin la libertad, puesto que sólo en el seno de la libertad podía el hombre desarrollar y acentuar sus numerosas posibilidades hasta el punto de llegar a ser un deleite y un beneficio para sí mismo y para los otros. Y esto es, en última instancia, lo que distingue a los atenienses de los espartanos y, en verdad, de todos los otros pueblos. A una persona falta de modestia le resultará imposible comprender o poner en práctica esta noción de libertad. A despecho de sus dotes superiores, Pericles sólo imponía su voluntad a los atenienses por medio de la persuasión, pues creía que cada uno de ellos era importante tanto individualmente como para el bien general. En fin, me he sentido llevado a escribir tanto de estos pitagóricos establecidos en Italia no porque merezcan

mucha atención pon si mismos sino porque parecen ilustrar un estilo de pensamiento del todo diferente y con mucho inferior al de Pericles.

Para empezar, eran inconsecuentes y Pericles fue siempre coherente. En vez de retirarse del mundo y en un lugar apartado cultivar sus 'almas', que deseaban ver separadas de sus cuerpos, acometieron la empresa de reformar el mundo sin tener para nada en cuenta otras opiniones y deseos que no fueran los propios. En las ciudades italianas se constituyeron en cerradas aristocracias de piedad que dominaban las grandes masas de ciudadanos en los diversos Estados que llegaron a gobernar. Justificaban una conducta que de acuerdo a un criterio normal se calificaría de injusta con la teoría de que conviene hacer el bien al pueblo, aun contra su voluntad. Por lógica, Pericles no creía que tal cosa fuese posible. El hombre no puede ser bueno sin libertad. Así podía emplean las palabras en su sentido normal. En las ocasiones en que se valía de la coerción, jamás pretendía que la coerción fuese buena, sólo que era necesaria. Optaba, según decía, por un mal menor, pero tenía conciencia de que se trataba de un mal. Los pitagóricos hacían el mal creyendo equivocadamente que hacían el bien. Y así, poco tardaron en incurrir en todos los crímenes y exageraciones de una tiranía que, a medida que se tornaba más hipócrita, se volvía mas violenta. Una de sus acciones fue, como dije, la destrucción de la gran ciudad de Sibaris que, amante del placer y democrática, parecía amenazan no sólo sus intereses materiales sino su modo de vida. Este acto de barbarie fue una de sus últimas hazañas. No pasó mucho tiempo sin que, como era de esperar, estallaran revoluciones en todos los Estados que se hallaban bajo su dominio.

Muchos de los pitagóricos fueron muertos, y muchos arrojados al exilio. Los supervivientes hicieron entonces lo que, de haber sido lógicos, debieron haber hecho en primer lugar, y consagraron toda su atención a la filosofía. A partir de entonces han realizado estudios útiles de matemática. Pero no me sorprendería que, en un tiempo futuro, intentaran recobrar el poderío político y autocrático. Esto es lo que siempre ocurre a los grupos de hombres que no toleran la diversidad.

Pendes, a quien se debe en gran parte la cordial acogida que se brindó en Atenas a la delegación de sibaritas y la fundación de la nueva ciudad en Italia, mostró un espíritu del todo distinto y, en verdad, sorprendió mucho a sus antagonistas políticos. Se lo había acusado de anteponer a todo los intereses de Atenas a expensas de otros, en particular de los aliados. Hacía poco había hablado en favor de alianzas con las ciudades sicilianas de Leontini y Segesta, y Tucídides había protestado que aquél era otro paso más que aumentaría en forma peligrosa los compromisos atenienses en el oeste. Pero ahora, con respecto a esta nueva colonia, mostró su disposición de conciliar a los enemigos y de ejercer la influencia de Atenas por medio de la generosidad más que por la compulsión. Los dos jefes de los colonos eran atenienses, pero colonos de todas las partes de Grecia, incluso de los Estados dóricos del Peloponeso, fueron invitados a unirse a la expedición. El propio Tucídides había de acompañarla y permanecería allí hasta que el poblado hubiera quedado establecido de modo definitivo. En la nueva aventura los atenienses no disfrutarían de derechos exclusivos, sino sólo del prestigio de la dirección y la concepción de los planes. No hay, desde luego, duda alguna de que Pericles esperaba que al fin el resto aceptara de buen grado los métodos atenienses de gobierno y administración, y de que la nueva colonia sería aliada de Atenas; pero lo significativo es que no intentó asegurar tal resultado por ninguna suerte de compulsión y que, cuando sus esperanzas se vieron defraudadas, no procuró modificar el curso de los sucesos. Considero esto una prueba pública de lo que yo y muchos otros conocemos en privado: que allí donde estaban comprometidos los intereses vitales de la seguridad ateniense, Pericles era inflexible, pero que cuando pensaba en el futuro, lo hacía en términos de una generosa cooperación entre los griegos. Creía que bajo tales condiciones se aceptaría a los atenienses como conductores, pero deseaba que tal dirección se fundara, como la suya propia en Atenas, en la habilidad y la persuasión antes que en la afirmación de la fuerza armada.

Estoy bien informado acerca de esta colonia, pues muchos de mis amigos figuraban entre los colonos. Algunos eran hombres muy distinguidos, como por ejemplo Hipodamo de Mileto, el diseñador de la ciudad que, en consulta con Pericles, había dirigido las nuevas construcciones del Pireo. Fue uno de los primeros que reconoció las evidentes ventajas, desde el punto de vista de la fiscalización del tránsito, de las anchas vías rectas que se entrecruzan en ángulos rectos. Como resultado de su obra, uno puede recorrer en el Pireo el doble de la distancia que recorrería en Atenas durante el mismo tiempo. Había también otro jonio, Herodoto de Halicarnaso, uno de los hombres de espíritu más agudo y de mayor erudición que yo haya conocido, y gran viajero. Era ya amigo de Pericles, y Sófocles había escrito un poema en su honor; esto fue antes de que completara su gran Historia. A Pericles lo habían impresionado mucho las partes de la Historia que había leído y luego su

influencia fue decisiva para que se otorgara a Herodoto el premio literario mayor, por la suma de dinero, que se hubiera conferido nunca a un griego. Y ello no se debió a que Herodoto era su amigo, ni tampoco a que en su Historia subrayaba con razón el importante papel desempeñado por Atenas en las guerras contra Persia. Se debió a que la obra era excelente, original, y en la medida en que esto sea posible en historia, verídica. Pericles creía que era deber y privilegio de Atenas apoyar y alentar todo lo excelente.

Otro de los colonos fue Protágoras de Abdera, también hombre de inmenso saber, si bien no podría calificarlo de filósofo. Como la mayor parte de los conocidos con el nombre de ‘sofistas’, le interesaba más adquirir y emplear el conocimiento para propósitos de política práctica que investigar la naturaleza fundamental del universo. Muchos de estos sofistas declararán que el descubrimiento de la verdad es imposible o que, si fuese posible, tal conocimiento jamás podría comunicarse a otros. Encontrareis aun a mucha gente que cita la sentencia de Protágoras ‘El hombre es la medida de todas las cosas’ para justificar su egoísmo, su letargo, su falta de curiosidad y su ignorancia. En realidad, esta sentencia tan difundida sólo puede significar algo muy evidente o algo falso sin la menor duda. Pero Protágoras es un hombre bueno cuyas opiniones sobre cuestiones prácticas son dignas de atención. Se le encomendó redactar la constitución de la nueva colonia y, según se me dijo, realizó la tarea de modo encomiable, aunque defraudó a los sibaritas originarios, que esperaban, sin ninguna buena razón que los apoyase, ocupan una posición de particular privilegio. De hecho, surgieron, como acaece con frecuencia, muchas dificultades y desacuerdos antes de que la ciudad tomara forma final en Turia, cerca de donde estaba emplazada la antigua Sibaris. El propio Tucídides se vio envuelto en una de esas disputas y, cuando regresó a Atenas, le entabló querrela judicial uno de los dos fundadores atenienses. Se presentaron también dificultades con algunas de las ciudades italianas de las cercanías, y el pueblo de Turia tuvo la fortuna de asegurarse los servicios del exiliado espartano Cleádnidas, excelente soldado aunque, como descubrió Pericles, fácil de sobornar. Hoy Turia es una rica y próspera ciudad. Después de otra estancia en Atenas, Herodoto volvió allí, donde vive honrado como uno de sus ciudadanos principales. Es uno de esos lugares que lleva la marca de Atenas sin depender de Atenas, y esto es lo que deseaba Pericles.

Y ocurrió (esto a causa, desde luego, de un puro accidente) que la aventura de Turia redundó en beneficio político de Pericles. Después de haber sido juzgado por sucesos relacionados con la expedición, Tucídides se tomó, con razón o sin ella, extremadamente impopular. En el pasado reciente había intentado desacreditar a Pericles atacando a sus amigos y, sin éxito ninguno, desembarazarse de Pericles por medio del ostracismo. Ahora le tocó el destino que había proyectado para otros. Se votó su ostracismo y Tucídides se vio obligado a ir al exilio por diez años. Durante el resto de la vida de Pericles no hubo ya una oposición resuelta o importante a su jefatura.

CAPITULO XIII

LA GUERRA CON SAMOS

Un notable ejemplo del absoluto ascendiente que Pericles había conquistado sobre el pueblo ateniense puede hallarse en la guerra con Samos, que estalló poco después del ostracismo de Tucídides. En esta guerra los atenienses perdieron muchas vidas y, durante un breve período, corrieron gran peligro. Los restos del partido de Tucídides, que afirmaba que Atenas actuaba con total menosprecio de la justicia y de su seguridad, se opuso en forma terminante a la guerra. Los apoyaban algunos de los poetas cómicos que hacían lo posible por ridiculizar a Pericles porfiando en su supuesta mezquindad y en su pasión por Aspasia. Por la época en que estalló esta guerra, Samos era con mucho la más poderosa de las aliadas. Su larga tradición naval se remontaba a los tiempos del tirano Polícrates que, según se dice, concibió los primeros navíos de guerra modernos y convirtió la ciudad de Samos, antes de la conquista persa, en una de las más ricas y brillantes del mundo. Los samios pretenden, no sin cierta razón, que en aquellos días descollaban no sólo en la construcción de navíos, sino en arquitectura, ingeniería y poesía. Entre sus filósofos podían nombrar a Pitágoras, sobre quien ya he emitido mi opinión. Samos poseía una poderosa flota y, junto con las otras grandes islas de Quíos y Lesbos, proporcionaba naves más que dinero como contribución a la alianza ateniense. Como

resultado de ello, estaba habituada a considerarse independiente. Los atenienses no habían intentado modelar o dominar su gobierno, como lo habían hecho en el caso de la gran ciudad continental de Mileto.

La guerra estalló a causa de una disputa con Mileto, que había sido rival de Samos durante largo tiempo y podía jactarse de un pasado también distinguido (mucho más distinguido desde el punto de vista filosófico), sí bien, en mi opinión, nanas veces pueden considerarse las ocasiones que precipitan las guerras como sus verdaderas causas. En Samos existía un fuerte partido antidemocrático que se sentía amenazado por el creciente prestigio de las democracias que, desde luego, estaban apoyadas por Atenas. Pero el nacionalismo puede ser una fuerza tan poderosa como la democracia, y hasta parecía posible que sus antagonistas políticos se unieran en un común esfuerzo por asegurarse una completa independencia, la cual, si se conquistaba, los consolidaría en el poder. En tal situación la guerra era probable, sino inevitable. Lo mismo cabe decir de la presente guerra, cuyo estallido no dependió de ninguna disputa particular sino del simple hecho de que los espartanos comprendieron que, mientras creciera el poder de Atenas, su propia situación se iría debilitando, sin remedio.

De modo que, con relación a esta guerra con Samos, los sucesos que la provocaron revisten sólo importancia incidental. No es que sea del todo exacto decir que la causa real de la guerra residía en los intereses en pugna de la democracia y un sistema en cuya virtud asumían de un modo natural el poder los ricos y las familias nobles. Esta explicación se acerca a la verdad, pero confunde la cuestión el hecho de que la democracia ateniense, modelo de todas las democracias, era también, y por necesidad, un imperio. Era posible y casi razonable que un samio demócrata considerara cualquier intervención ateniense en sus asuntos como un ataque a su libertad. Sin duda, Pericles conocía esta actitud y podía simpatizar con ella. Pero su grandeza estriba en que era hombre realista tanto como teórico. Lo vital había de defenderse a cualquier precio; y, en su opinión, la misma Atenas, dirigente y ejemplo de toda libertad y de toda brillante esperanza, dependía para su existencia y supervivencia del mantenimiento de su imperio. Para él, la libertad era más que una palabra o que una sensación de irresponsabilidad. La concebía como el resultado de la seguridad, de la iniciativa, y como una integración de la delicadeza y la fuerza. Podía ser implacable, pero no podía ser inhumano, sentimental o hipócrita. A diferencia de otros estadistas, comprendía todas las consecuencias de cualquier decisión que tomara, pero no por ello dejaba de adoptar con toda rapidez una decisión.

Sabía que la intervención en Samos podía significar la guerra, y estaba dispuesto a librarla si ello era inevitable. Acompañaban a los representantes de Mileto que se dirigieron a Atenas para pedir ayuda con motivo de la disputa fronteriza con Samos, ciento número de demócratas samios, quienes declararon que el gobierno de su isla proyectaba separarse de la alianza e instaron a Pericles a reemplazarlo por una democracia, medida que requeriría el empleo de la fuerza. Por moción de Pericles, los atenienses apoyaron la reclamación de Mileto y enviaron cuarenta naves a Samos. La operación fue demasiado repentina como para que pudiera oponérsele resistencia. Los atenienses capturaron a un centenar de rehenes, en su mayor parte niños y muchachos de las familias principales, y los dejaron bajo custodia en la isla de Lemnos. En Samos instalaron un gobierno democrático, y zarparon después de dejar allí un delegado ateniense al mando de una pequeña guarnición. Pero no habían apreciado bien el poderío y resolución del partido antidemocrático. Muchos de sus miembros habían escapado al continente tan pronto como se avistó la flota ateniense, habían marchado tierra adentro hasta llegar ante el gobernador persa Pisutnes y hallaron que éste tenía disposición de ayudarlos. Como Persia y Atenas no estaban en guerra, no podía ponerse de una manera franca del lado de los antidemócratas, pero les proporcionó una efectiva ayuda. Puso a su disposición alrededor de setecientos mercenarios y con esta fuerza retornaron a Samos de noche, y después de exterminar a la guarnición ateniense, mataron o arrestaron a la mayor parte de sus antagonistas políticos y luego, obrando con suma celeridad, desembarcaron en Lemnos y liberaron a los rehenes. Entregaron sus prisioneros atenienses a los persas, no sin antes haberlos marcado a fuego en la frente con el emblema ateniense de la lechuza. Este acto de salvajismo originó, como suelen hacerlo semejantes actos, una represalia igualmente salvaje, y así, en el combate subsiguiente, los atenienses marcaron a fuego a sus prisioneros samios con la figura del samaena, una especie de navío de guerra que, según se supone, fue diseñado por Policrates y que solía aparecer en las monedas samias del mismo modo que la lechuza en las de Atenas. El que los samios hubieran obrado de este modo parece indicar que se sentían demasiado fuertes para ser atacados. Esperaban asimismo que otros miembros de la alianza ateniense aprovecharan la oportunidad para sublevarse, de modo que si Atenas se decidía a obrar, se vería obligada a dispersar sus fuerzas en varios frentes y no sería en realidad efectiva en ninguno de ellos. Y

de hecho la importante ciudad de Bizancio, que sin duda estaba en connivencia con los samios, cerro sus puertos a los navíos atenienses y se negó a entregar su contribución al tesoro ateniense.

El sentimiento dominante en Atenas era de cólera más que de alarma, aunque había razones para alarmarse. Hasta entonces, el pueblo había festejado chistes en el sentido de que el único motivo de Pericles para apadrinar la causa de Mileto había sido su pasión por Aspasia, que era, como es sabido, nativa de esa ciudad. Creían que después de haber aplastado la revuelta de Eubea, no había motivos de intranquilidad y, al verse ahora defraudados, reaccionaron con su habitual violencia. Estaban dispuestos a dar a Pendes cuanto pidiera, y Pericles no pidió nada menos que el empleo de toda la fuerza del Estado. Veía más claramente que el resto el peligro real de la situación y sabía que cada día que pasara sin que se emprendiera una acción el peligro aumentaría. Al menos algo aparecía ahora claro e innegable: no se podía contar con Persia ni con Esparta para mantener la paz. Pisutnes apoyaba ya a los rebeldes y una delegación de éstos estaba camino de Esparta. La lealtad de Quíos y Lesbos inspiraba particular ansiedad, puesto que si sus flotas se unían a Samos y las apoyaba la flota fenicia que se hallaba bajo el dominio persa, Atenas se vería superada en número en su propio elemento, el mar.

Se pidió a los diez generales atenienses que sirvieran en esta campaña. El propio Pericles marchó inmediatamente con los sesenta navíos de que se podía disponer en ese momento, volviendo a correr así una vez más un riesgo deliberado, pues los samios poseían una flota de por lo menos setenta navíos y a Pericles le era indispensable deshacerse de algunos, para obligar a Quíos y Lesbos a enviar sus contingentes y para vigilar cualquier posible movimiento de los fenicios. Pero los atenienses se creían con razón los mejores marinos del mundo y en todas las batallas navales les había inspirado indiferencia la desigualdad numérica. Ésta fue una de las tantas ocasiones en que los atenienses fueron llamados a filas y en que los navíos se aparejaron para zarpar en medio de una fiebre de prisa, impaciencia y entusiasmo. Muchos de los que sirvieron en esta expedición eran amigos míos. Sófocles era uno de los generales. Mi antiguo discípulo Arquelao formaba en la infantería, lo mismo que el joven Sócrates.

No hay duda de que la celeridad e intrepidez de la acción de Pendes sorprendió a los samios. Habían imaginado que Atenas no haría nada o que le llevaría cierto tiempo reunir sus fuerzas, y habían decidido emplear lo que les parecía un intervalo para ajustar sus cuentas con Mileto. Pero hubieron de volver precipitadamente de Mileto, llamados por señales de humo que anunciaban la llegada de la flota ateniense.

Pendes había despachado ya algunos buques a Quíos y Lesbos, de modo que cuando se enfrentó a la flota enemiga, compuesta de unos setenta trirremes, él sólo contaba con cuarenta y cuatro. Empezó batalla sin dilación, derrotó a los samios y los obligó a retirarse al puerto. Sin embargo, carecía aún de suficiente poderío naval y militar para establecer un bloqueo regular. Unos pocos navíos samios lograron salir del puerto y navegaron hacia el sur para entrar en contacto con Pisutnes y exhortarlo a que les proporcionara la flota fenicia. Fue éste un peligro que Pericles analizó con mucha prudencia. La flota fenicia no entraría en acción sin una orden del Gran Rey, pero Pisutnes ya había roto la paz con Atenas y no había medios de saber con certeza si aquél aprobaría o desaprobaba tal decisión.

En esta ocasión, la mera posibilidad de la ayuda persa hizo tanto bien a los samios como lo hubiera hecho la misma ayuda, en el caso de que alguna vez llegara. Pericles vio pronto reforzados sus efectivos por veinticinco navíos procedentes de Quíos y Lesbos, y otros sesenta, junto con un poderoso ejército, procedentes de Atenas. Estaba ahora en condiciones de desembarcar tropas en número suficiente como para emprender operaciones, y procedió a erigir fortificaciones a fin de bloquear la ciudad de Samos. Pero antes de que las fortificaciones estuvieran terminadas, llegaron noticias de que la flota fenicia había zarpado de Tiro y navegaba hacia el norte. Para hacerle frente, Pericles zarpó con sesenta naves. Dejaba tras de sí sesenta y cinco navíos, fuerza bastante poderosa como para contener a la flota samia y, por lo demás, las fortificaciones parecían ya capaces de resistir cualquier ataque. Sus cálculos estaban justificados por todas las circunstancias y, por otra parte, resulta difícil ver cómo hubiera podido actuar de modo distinto. Si permitía que una gran flota fenicia entrara en contacto con los samios, las dificultades aumentarían en forma incalculable para los atenienses.

A los samios se les brindó una oportunidad de acción, si bien leve, y la aprovecharon con habilidad y audacia. Hicieron sus preparativos con mucho sigilo, equiparon sus navíos con notable rapidez y atacaron por sorpresa, con todo ímpetu, a los pocos buques atenienses que vigilaban el puerto; echaron a pique a muchos de ellos y obligaron a huir al resto. Lo que quedaba de la flota

ateniense entró pronto en acción y sufrió una derrota, si bien las pérdidas no fueron considerables. Asimismo, se lanzó un ataque contra el campamento ateniense y allí los samios hicieron muchos prisioneros. Los atenienses mantenían aún las fortificaciones principales, pero ahora estaban a la defensiva y, durante un par de semanas, los samios dominaron el mar. Emplearon este periodo para llevar a la ciudad provisiones y pertrechos bélicos, así como para enviar a Esparta otra delegación, la cual exageró la victoria e instó a los espartanos a actuar antes de que fuera demasiado tarde.

Toda la operación había sido brillantemente concebida y realizada. Es interesante observar que suele atribuirse a un filósofo el mérito de ella. Era Meliso, que mandó las fuerzas samias durante el asedio y por cuyas cualidades militares Pericles mostraba gran consideración. Y lo cierto es que Meliso merece gran alabanza como general. Como filósofo resulta interesante pero, en mi opinión, es superficial. Desarrolla con gran sutileza la doctrina de Parménides de que el Todo es Uno. Esta doctrina procura mostrar, entre otras cosas, que todo movimiento, todo cambio, todo acontecer, todo llegar a ser y todo dejar de ser, toda diversidad, son ilusorios, y siempre me pareció curioso que un general conocido por su rapidez de acción creyera que el movimiento es imposible.

Después de unos quince días, Pericles retornó con el cuerpo principal de la flota. No se habían descubierto rastros de la flota fenicia y no se había entonado de la acción consumada con éxito por Meliso. Sófocles me declaró que fue ésa la única ocasión en que halló a Pericles impaciente y casi resentido. Se censuro a sí mismo su larga ausencia, si bien no cabe imaginar cómo hubiera podido evitarla, y recriminó a los otros generales su falta de previsión y energía. De modo característico, nunca hacía reproches a las tropas o tripulaciones de los buques, pues creía que los hombres que estaban bajo su mando siempre combatirían con todo entusiasmo si tenían una dirección adecuada. Hasta reprendió a Sófocles, que intentando divertirlo, le contó cómo, en un banquete, había quedado fascinado por la apariencia de un hermoso mancebo que escanciaba el vino y cómo, después de un diestro intercambio de palabras, había inducido al muchacho a ofrecerle el, rostro para que él lo besara. ‘Y después de eso –había concluido Sófocles–, pretendes que no soy estratega.’ Pero lejos de mostrarse divertido, Pericles había replicado: ‘En la guerra, un general ha de mantener limpios no sólo sus manos sino también sus ojos’.

La observación era hiriente para Sófocles que, en realidad, era un general eficiente, e insólita en Pericles, que siempre se mostraba indulgente con sus amigos y casi nunca reprendía a nadie. El que hubiera procedido así indica el estado de extraordinaria tensión en que entonces se hallaba su espíritu. Pues veía con más claridad que otros el extremo peligro de la situación y, acostumbrado como estaba a estimar las posibilidades del futuro, tenía conciencia de que la obra de toda su vida se veía ahora comprometida. Los samios eran fuertes y confiaban en sí mismos. Les faltaba, en verdad, poderío para enfrentarse a todas las fuerzas de Atenas, pero, si sus éxitos inducían a Esparta a invadir por tierra y a otros Estados de la importancia estratégica de Bizancio a sublevarse, Atenas no podría ya concentrar su poder y, si perdía algo, lo perdería todo. Creo que Pericles consideraba la situación entonces más seria que cualquier otra en que se hubiera hallado, más peligrosa que la surgida después del desastre egipcio o que cuando tuvo lugar la revuelta de Eubea. Aun en el momento mismo del estallido de la guerra presente, no perdió en modo alguno la confianza, pues lo asistían todas las razones para creer que mientras Atenas se atuviera a la política que él le dictara, saldría victoriosa.

No podía ver semejante certidumbre ahora que en Samos se había creado una situación distinta, y éste, según creo, fue el único período de su vida en que obró con una impaciencia que le era impropia. Por ejemplo, la Asamblea de Atenas aprobó un decreto en extremo singular, el cual, si bien no fue apoyado por Pericles (no estaba en Atenas por entonces), al menos no tropezó con su oposición. Se había prohibido a los poetas cómicos criticar por dos años, en la escena, la conducción de la guerra. En muchos Estados semejante medida hubiera sido normal y esperada en tiempos de crisis, pero en Atenas era algo que no tenía precedentes. Pues en Atenas, si bien existen las prescripciones más estrictas para asegurar la observancia de la cortesía en la vida privada, una vieja tradición permitía a los poetas cómicos gozar en la escena de completa licencia para lanzar ataques contra individuos, por prominentes que éstos fuesen. En verdad, sorprenderá a muchos que semejante licencia sea tolerada por un pueblo que, en la vida ordinaria, considera que un insulto deliberado es más ofensivo que cualquier otra cosa. Los tribunales pueden imponer castigo hasta por una palabra ofensiva y el que golpea a un hombre, sea éste ciudadano, extranjero o esclavo, se hace merecedor de las más severas penas legales. Sin embargo, nadie piensa que se pueda injuriar a un general o a un político en la escena. Puede ser acusado de peculado, cobardía o inmoralidad, y se espera que el propio aludido se una a la carcajada general. Por cierto, hacia tiempo que Pericles estaba acostumbrado a las bromas

corrientes sobre su amor por Aspasia, su austeridad en la vida privada, los pavos reales comprados para sus queridas, la extraña forma de su cabeza, su extravagancia en lo tocante a entretenimientos musicales y procesiones estatales, y muchas otras cosas por el estilo. Para mí, la incoherencia de esta actitud de los atenienses es más aparente que real. Siempre se mostraron muy sensibles a la injusticia personal, de modo particular si afecta a los débiles e indefensos. Pon consiguiente, todos los hombres, y sobre todo aquellos que no están en condiciones de defenderse, son protegidos por la ley, que no tolera que sean objeto de un trato afrentoso e insolente por parte de aquellos que son agresivos por naturaleza, o que, a causa de un concepto equivocado o insensible de su propia riqueza o poder, se consideran superiores a sus semejantes. Pero el hombre a quien los votos de su pueblo reconocen como excepcional y merecedor del poder parece buen blanco para la crítica. Tal crítica deleita a los oyentes y no puede hacer serio daño a un hombre cuya posición es reconocida, en cualquier caso, como superior. Y en verdad, los más supersticiosos consideran que tales ataques públicos resultan más bien beneficiosos, pues pueden desarman lo que, según se supone, es la envidia que sienten los dioses por los grandes hombres (noción que, a mi parecer, muestra un concepto bastante mezquino de la divinidad); al paso que otros, más nacionales, consideran que no deja de ser útil recordar a los grandes hombres que ellos también son humanos.

Pendes no sólo conocía esta tradición, sino que la aprobaba. Mientras la dignidad de los otros le inspiraba el más tierno respeto y decía a menudo que, puesto que hasta una mirada puede ofender, no menos que palabras y actos insolentes, y que pon lo tanto los hombres injustos y engreídos habían de ser castigados por la 'ley, nunca se sintió herido por las críticas que se le hacían y se manifestaba indiferente ante una falta de consideración para con él. En cierta ocasión, según recuerdo, un hombre excéntrico y tosco, que imaginaba tener motivos de queja contra Pericles, lo siguió a lo largo de toda Atenas gritándole denuestos. Pericles no le prestó ninguna atención hasta que llegó a la puerta de su casa, cuando ya oscurecía. Llamó entonces a Aspasia y después de haberla besado como era su costumbre, dijo: 'Me agradecería que pidieras a un sirviente que traiga una antorcha y que le alumbré el camino a mí amigo, que regresa a su casa'.

Por lo tanto, es natural que mucha gente hallara casi increíble que, en una época en que Pericles gozaba de semejante autoridad en Atenas, se aprobara un decreto que limitara de algún modo la tan encomiada libertad de palabra ateniense. Pon mi parte, no se hasta qué punto Pericles se pronuncio en favor de esta medida que, de cualquier modo, sólo estuvo en vigor durante dos sesiones dramáticas; pero no me parece que por entonces se opusiera a ella, y considero este hecho prueba decisiva de que miraba la situación reinante en Samos como la más crítica y peligrosa de todas las que hubo de afrontar.

Se me dijo que durante los meses siguientes apenas si durmió.

Cuando no estaba dedicado en persona a las acciones militares y navales, enviaba mensaje tras mensaje a Atenas y a las aliadas leales con el objeto de concentrar la mayor fuerza posible en el menor intervalo de tiempo. Apenas llegó al escenario de los sucesos, hizo entrar en acción a su flota contra Meliso y la flota samia. Corrió allí un riesgo calculado. Otra derrota habría resultado desastrosa, pero, según su opinión, habría sido igualmente desastrosa cualquier vacilación en pos de la victoria. Sus cálculos quedaron justificados por el resultado. Los samios fueron derrotados y se vieron obligados a refugiarse una vez más en el puerto. No obstante, permanecía el peligro de la intervención espartana y de la extensión de la revuelta. Antes de que ninguna de estas amenazas se convirtiera en realidad, Pericles proyectó lanzar todos los recursos del Estado contra Samos. En el verano llegaron desde Atenas generales recién elegidos con otra flota de sesenta navíos. Quíos y Lesbos proporcionaron otros treinta. Pericles disponía ahora de una flota de doscientos barcos y de un ejército de cuarenta mil hombres, lo cual constituía una fuerza mayor que las que se habían empleado contra Egipto o, en la última campaña de Cimón, contra Persia. Los generales eran también los más eficientes, experimentados y brillantes que hubieran podido elegirse. Entre ellos figuraba Hagnon, viejo amigo de Pericles a quien éste consideraba el comandante más prudente y digno de confianza.

También estaba el joven Formion, que por entonces comenzaba su brillante carrera. Hoy se lo conoce, de resultas de sus recientes victorias, como uno de los más grandes comandantes navales que hayan servido a Atenas, y Pericles tenía conciencia de su capacidad y de la promesa que entrañaba.

El propio Pericles dirigió las operaciones terrestres y, ahora que tenía sitiada la ciudad, obró con suma prudencia y cautela, que defraudaron a no pocos de sus hombres, impacientes por cobrarse venganza y que de buena gana hubieran corrido el riesgo de una ofensiva general contra las fortificaciones. Pero Pericles era el de siempre. Estaba resuelto a que ni un ateniense perdiera la vida, a

menos que tal sacrificio fuese necesario. Aun así, se perdieron muchas vidas, pues las defensas organizadas por Meliso eran poderosas e ingeniosas, y los samios, bien provistos de alimentos y esperando aún la ayuda de afuera, combatieron al principio con confianza y, luego, con la temeridad nacida de la desesperación. Se me dijo que Pericles mostró el más profundo interés por el desarrollo de nuevas técnicas en la guerra de asedio. Para esto empleó los servicios de un conciudadano mío, Artemón de Clazomene, que es, según supongo, el más grande ingeniero mecánico viviente. Artemón me dijo que el conocimiento mostrado por Pericles de los principios de ese arte era sorprendente, pero esto a mí no me sorprendió. Pericles había descubierto con Fidias la inmensa complicación de peso, fuerza y tensión que implicaba la construcción del Partenón, y yo conocía, por la experiencia de nuestros años juveniles, cuando él y yo pasábamos juntos horas y horas dedicados a experimentaciones científicas, que era una de esas personas excepcionalmente dotadas en que se combinan la más profunda penetración teórica con la paciencia y destreza prácticas. Añadiré que también a Artemón impresionó el ingenio de las defensas, las cuales estaban bajo la dirección del filósofo Meliso.

Pronto resultó evidente que, a menos que llegara ayuda de afuera, la posición de Samos era, a pesar de la intrépida resolución de sus defensores, desesperada. Tal ayuda nunca llegó. Ninguna ciudad de la alianza ateniense siguió el ejemplo de Bizancio, y la misma Bizancia se vio pronto envuelta en dificultades. El Gran Rey estaba satisfecho con la paz de Calias y no tenía deseo alguno de renovar las hostilidades con Atenas. Prefería que los griegos combatieran entre ellos a que se unieran una vez más contra él. Los samios habían cifrado sus esperanzas sobre todo en Esparta, y ésta los defraudó sin escrúpulos.

De haber invadido Esparta durante la primera primavera, la posición de Atenas se hubiera tornado en extremo difícil, y el temor de que ello ocurriera había inducido a Pericles a movilizar con tal celeridad fuerzas tan considerables. Pero los espartanos perdieron esta oportunidad discutiendo. Su cautela habitual los llevó a aguardar el curso de los acontecimientos; podían justificar esta cautela apelando a la legalidad, puesto que la invasión de Ática significaría la ruptura del tratado de paz y, después de todo, los samios parecían arreglárselas muy bien solos. En el verano, cuando se recogen las cosechas, se muestran siempre reacios a entrar en acción; en el invierno muchos caminos son intransitables; y la primavera siguiente, Samos se había rendido. Los espartanos se contentaron con deplorar la tiranía de Atenas y se congratularon por el hecho de que el estricto cumplimiento del deber en el plano de las relaciones internacionales les había impedido transgredir las condiciones de la paz. Samos se vio forzada a capitular, se desmantelaron sus fortificaciones, toda su flota pasó a manos de Atenas y durante muchos años destinó la mayor parte de sus ingresos públicos al pago de los gastos de guerra. Se reorganizó el gobierno y, desde luego, los atenienses tomaron rehenes; pero no hubo salvajes represalias. Me satisface decir que Meliso prosigue aún el estudio de la filosofía.

Como era de esperar, las noticias de la rendición de Samos provocaron en Atenas un estallido de gozo. Se oía a la gente comparar a Pericles, en un sentido favorable, con Agamenón, el comandante de la expedición griega contra Troya. Decían que mientras a Agamenón le había llevado diez años conquistar, con toda la fuerza unida de Grecia, una ciudad no muy importante de Asia, Pendes, sólo con los atenienses, había reducido en nueve meses la isla más grande y más orgullosa del Egeo. Ante cumplidos semejantes, Pericles permanecía del todo indiferente, y hasta parecía que lo fastidiaban. Se me antojaba que algún cambio, difícil de definir, había sobrevenido en él en el transcurso de aquel año. Desde luego, comenzaba a envejecer, pero de ningún modo mostraba agotamiento o decadencia. Era por lo menos tan activo como lo había sido Cimón a su edad. Sus opiniones y sus resoluciones no se modificaron, y su mente era tan rápida e incisiva como siempre.

Pero si bien no eludía ninguna fatiga ni ninguna responsabilidad, cabía advertir a veces una especie de triste resignación en sus ojos. Estaba en la cúspide de su gloria, pero la gloria nunca había significado mucho para él. Y ahora no parecía significar nada en absoluto. En su edad madura su máxima aspiración era la grandeza de Atenas, pero la larga experiencia le había enseñado que no es posible asegurar de modo permanente ninguna grandeza. Sabía también que conforme a la naturaleza de las cosas, su vida se acercaba a su fin, y conociendo con cuánta frecuencia su intervención personal había preservado y extendido el poderío de aquella ciudad a la que había entregado el corazón, acaso haya imaginado con ansiedad un futuro que él sería impotente para dirigir. Pero sí, a medida que envejecía, cambió su modo de ser, no cambió, como ocurre a menudo, en el control de la severidad o la dureza. La intensidad y la ternura de sus afectos se hicieron más patentes que nunca. Lo sé por experiencia propia, y quizá se me pueda perdonar que recuerde algunos sucesos personales que, aunque puedan decir muy poco a mi favor, ilustran la bondad y la comprensión de mi amigo.

CAPITULO XIV

EL FIN DE LA PRIMAVERA

He observado con frecuencia que los períodos más peligrosos y difíciles de nuestra vida, tanto desde el punto de vista físico como desde el psicológico, son aquellas épocas de transición entre la infancia y la pubertad, la pubertad y la primera juventud, la juventud y la edad madura, la edad madura y el comienzo de la vejez. En tales períodos los jóvenes de ambos sexos, los hombres y las mujeres son proclives a dolencias corporales y a extrañas perturbaciones del alma. Estamos habituados a hablar del salvajismo e irresponsabilidad de la juventud, pero en esto, según creo, exageramos o distorsionamos, porque es casi seguro que deseamos convencernos de que ahora somos mejores que antes. Pero en general no es así. No pocos jóvenes, hombres y mujeres, son a los veinte años más capaces e inteligentes que lo que serán luego, y está muy lejos de ser cierto que el salvajismo y la irresponsabilidad se limiten a aquellos años de juventud. Los peores crímenes y excesos, los extremos de la desesperación, los más manifiestos absurdos de la conducta, suelen verificarse en la edad madura, o después de ella.

Todos conocemos casos de hombres de avanzada edad, en apariencia sobrios y respetuosos de la ley, que sin que quepa preverlo se vuelven viciosos o enloquecen, caen en el letargo, la lujuria o en una sorda desesperación, se prendan de un modo ridículo de muchachos o muchachos. Lo mismo puede decirse de las mujeres. Respetables y ancianas matronas se revelan incapaces por completo de refrenar su concupiscencia, tema que Eurípides ha tratado con gran talento en su reciente tragedia Hipólito. En mi opinión, nuestra vida tiende a seguir una pauta de relativa calma y crecimiento colocada entre breves interludios de desorden, y los últimos interludios de transición son, en contra de la creencia general, los más peligrosos. La gente acepta con frecuencia este diagnóstico en el caso de las mujeres, cuya estructura física y cuyas funciones orgánicas se modifican sin duda posible con el paso de los años. Pero los hombres están compuestos de los mismos materiales básicos que las mujeres, y hemos de suponer también en los hombres una constante modificación, una desaparición y reemplazo de las simientes o elementos que, en sus diversas combinaciones, modelan y dirigen todo el ser. En esto, como en todo lo demás, es sólo la Inteligencia la que puede imponer y preservar el orden y, en la sociedad humana, cabe robustecer y reforzar esta Inteligencia por medio de las costumbres, las leyes, el ejemplo y las convenciones. Pero aun en las mejores condiciones, el dominio que ejerce el hombre sobre sí mismo es precario y, en épocas de desastre, terror o inseguridad, suele resultar inoperante por completo. Muy pocos hombres (y creo que Pericles era uno de ellos) son capaces de vivir con cordura toda su vida.

Según creo, Pericles atravesaba por el último de estos períodos difíciles, que pueden caracterizarse como cambios del modo de vivir, por la época de la guerra con Samos, y ya he dado algunos ejemplos de la insólita tensión que en él se manifestaba. Su carácter no se asemejaba, como dije, al que había exhibido durante los demás períodos de transición a través de los que lo había visto pasar desde la infancia.

Me temo que de mí no pueda decirse lo mismo. También yo tenía conciencia en esta época de que avanzaba en edad y si bien había observado con frecuencia las locuras, miserias y errores de otros que se hallaban en la misma situación, me faltaba la necesaria fuerza intelectual para imponer orden y resolución en el caos y desintegración de mi espíritu. En una palabra, caí en un estado de completa desesperación y resolví, en un momento de debilidad, poner fin a mi vida. Algunos factores extraños contribuyeron a hacerme adoptar esta insana resolución. Pero ninguno de ellos era importante y sólo la desorganización de mi naturaleza me impulsó, contra mi mejor juicio, a exagerarlos fuera de toda medida.

Me veía privado, por ejemplo, de la sociedad de mis amigos, todos los cuales servían en el ejército de Samos. Me hallaba en una abyecta pobreza, pues había tolerado como un necio que se me despojara del poco dinero que poseía. Y así, viví algunas semanas casi sin alimento, de resultas de lo cual sufrí constantes vértigos y desfallecimientos y largos períodos de total agotamiento. En verdad, podría haberme acercado a Aspasia o a cualquier miembro de la casa de Pericles, quienes hubieran

satisfecho sin demora mis necesidades. El orgullo y la desesperación me impidieron dar paso tan lógico, pues al mismo tiempo me sentía descontento de todo el esfuerzo y empeño de mi vida. Me parecía que en mi larga búsqueda de la verdad desde la época en que, siendo niño, había contemplado en Clazomene los colores cambiantes del cielo y del mar, admirando la naturaleza e indagando las causas del movimiento y del cambio, no había descubierto nada que fuese en verdad verificable, nada, en verdad, que tuviese alguna importancia. Mucha gente cae de vez en cuando en semejantes estados anímicos sombríos y, con razón y valor, puede superarlos. Pero mi razón y mi valor estaban minados por la inanición, y me dispuse a morir. Era ésta una decisión indigna, que aún me avergüenza. Que ninguno de vosotros, amigos míos, sospeche que he de caer de nuevo en tal estado, deshonrándome a mí mismo y a vuestra hospitalaria ciudad con mi suicidio. He recobrado el dominio de mí mismo que, en aquellos días y pon razones tanto intelectuales como físicas, había perdido.

Recuerdo que cuando me encerré en mi cuarto, me arrebujé en la capa y, sumido en una especie de letargo, esperé la muerte, no sentí impaciencia por su dilación ni aprensión por su llegada.

Apenas pensaba, y los pensamientos que tenía pueden caracterizarse como agradables más que como penosos. Surgían de una cesación de todo esfuerzo y de una absoluta resignación. Percibía el regocijado alboroto de las calles, que señalaba el retorno del ejército desde Samos, pero no me conmovía y apenas si me preguntaba qué suerte habrían corrido mis amigos. Sería interesante investigar más a fondo este estado anímico, estado más animal, según creo, que humano. Pero no es tal el propósito de este recuerdo.

Tengo vaguísima conciencia de que en determinado momento alguien, tal vez un sirviente, tal vez un conocido, entró en mi cuarto y me habló. Ignoro si le respondí o no, pero, si algo dije entonces, sin duda habrá sido para rogar que me dejaran solo; quería morir en la paz que imaginaba haber ganado.

Este solitario testigo de mi condición parece haber corrido en busca de Pericles para informarle que yo no sólo me estaba muriendo sino que parecía querer morir. Luego recuerdo haber visto a Pericles en mi cuarto; me tomaba de los hombros, me quitaba la capa de la cabeza y me obligaba a volver el rostro hacia él. Me parecía verlo desde una gran distancia y, con su cabello gris y su expresión cansada, apenas lo reconocía. Tras el rostro visible veía el rostro del muchacho a quien había conocido en Salamina, y me confundían tanto la diferencia como la semejanza. Durante algún tiempo no pude comprender el sentido de sus palabras. Observe con desmayado sentimiento de sorpresa que sus ojos estaban arrasados de lágrimas y que se esforzaba por contener una emoción cuya causa no podía entender. Poco a poco, comencé a escucharlo comprendiendo a duras penas lo que decía. Aferraba mi mano entre las suyas en un apretón que era a la vez firme y suave, y su voz casi se quebró cuando pronunciaba estas palabras: ‘Anaxágoras, viejo amigo, compadécete de ti mismo, compadécete de mí y de todos nosotros. ¿Qué necesitas? ¿Quién te ha hecho dafio?’.

Sacudí la cabeza y no contesté, pero sus maneras empezaron a conmovirme, si bien todo aquello seguía apareciéndoseme tan extraño que me resultaba incomprendible. Lo oí con desgana mientras continuaba hablando de la gran felicidad que uno y otro habíamos hallado en nuestra recíproca compañía, del afecto de mis amigos, de mis descubrimientos científicos, de mis deberes para con la amistad y para conmigo mismo. La voz parecía proceder de un remoto pasado, pero, mientras seguía oyéndola, tal pasado comenzó de algún modo a acercarse y a convertirse en realidad. De repente y no sin cierta conmoción, tuve conciencia de la situación: yacía en mi cuarto a punto de morir y Pericles, mi amigo, se comportaba como siempre y deseaba salvar mi vida. Me di cuenta de que sonreía: ‘Pendes –dije con un hilo de voz–, hasta una lámpara se extingue si no se le pone aceite’.

Pendes se puso en pie de un salto y entonces pude comprender las confusas emociones que se reflejaban en su rostro. Lo alborozaba el que al fin yo hubiera hablado y lo horrorizaba el pensamiento de que, hasta ese momento, no había comprendido que por lo menos una de las causas de mi postración era la falta de alimento. Hizo ademán de abandonar el cuarto, y yo, ahora que segundo tras segundo recobraba mi vitalidad, sentí pavor ante la perspectiva de quedar solo. Pero Pericles no me abandonó. Llamó a un sirviente, le impartí rápidas instrucciones y volvió a sentarse en mi cama. Su felicidad y alivio eran tan manifiestos que yo también rompí a llorar. Eran lágrimas no sólo de vergüenza sino de alegría. Deseaba encontrar palabras para darle las gracias pero, dada mi condición, no me permitió hablar. En lugar de ello, me abrumó de afectuosos reproches. ¿Por qué no había informado a Aspasia de mi estado? ¿Había dudado de su buena disposición? ¿Me avergonzaba, contra toda razón, de complacer a mis amigos pidiéndoles ayuda?

En cuanto a mí, recuperé la cordura y casi la salud aun antes de haber probado los alimentos que Pericles había ordenado llevar. En cuanto estuve en condiciones de moverme, me llevó a su casa y me mantuvo allí varias semanas, hasta que me hallé del todo repuesto. Me visitaba todos los días y, cuando estaba ausente, me acompañaba Aspasia o algún otro amigo; pues Pericles había instado a todos los miembros de nuestro círculo a mostrar por mí el afecto que él sentía. No intentaré describir mis profundas emociones de gratitud y de vergüenza. Sólo mencioné el incidente para ilustrar, en alguna medida, un aspecto del carácter de Pericles, conocido de sobra por sus amigos pero con el que no están familiarizados aquellos que piensan de él sólo como un general, un estadista y un administrador.

A principios del invierno, me repuse del todo y a Pericles le contentó el que no recayera en el mísero estado del que él me había salvado. Aquel invierno asistí al funeral público celebrado en memoria de los que habían perdido la vida en la guerra con Samos. Tales funerales públicos son una peculiar y, según mi parecer, admirable institución ateniense. La ceremonia completa ocupa dos días. Se juntan los huesos de los muertos y durante un día permanecen en una tienda. Entonces los amigos y parientes acuden para hacer a sus muertos las ofrendas que juzguen más adecuadas. El día siguiente desfila una larga procesión a la que todos pueden incorporarse, los ciudadanos, los extranjeros y las mujeres que lloran a los hijos, a los padres y hermanos que han perdido. La procesión cruza Atenas, bordeando el Ágora y los edificios públicos para trasponer al fin la gran puerta nueva que da al barrio del cementerio, más allá de los muros de la ciudad, en uno de sus arrabales más hermosos. Todos los atenienses caldos en acciones bélicas están sepultados allí, excepto los que murieron combatiendo contra los persas en Maratón. Éstos fueron sepultados en el mismo campo de batalla, donde el gran túmulo que cubre sus huesos es un mojón que con seguridad perdurará por milenios. En la procesión, los carros transportan ataúdes de madera de ciprés. Hay un ataúd para cada tribu, y un ataúd vacío en recuerdo de aquellos cuyos huesos no se recobraron del mar o del campo de batalla. Cuando la procesión llega al cementerio, los ataúdes se depositan con gran solemnidad en tierra, mientras las mujeres dan rienda suelta a sus lamentaciones y profieren sus plegarias. Al fin, un hombre famoso, elegido ex profeso por sus condiciones oratorias, sube a una tribuna y pronuncia un discurso en alabanza de los muertos ante la multitud reunida, la cual se dispersa en silencio una vez acabada la oración fúnebre. De este modo los atenienses rinden el más grande honor ciudadano a quienes murieron por ellos. Asimismo, asisten con fondos públicos a los hijos de los muertos hasta la mayoría de edad.

En muchas ocasiones anteriores se había elegido a Pericles para pronunciar la oración fúnebre, y era natural que también en aquella ocasión se lo eligiese. Era, sin disputa, el orador más elocuente que yo hubiera oído, pero en estos discursos fúnebres conmovía aún más que en los políticos. Ello no se debía tanto a su habilidad como a su honda sinceridad. Valoraba la vida más que cualquier otro hombre y honraba más que cualquier otro hombre a quienes habían dado la vida por Atenas. Había en sus palabras esplendor y tristeza, y quienes lo oían se marchaban felices, pues había expresado y compartido la pena común, al paso que había dado a todos razones verdaderas y válidas para enorgullecerse del pasado y para mirar con resolución el futuro. Cuando yo escuchaba la oración fúnebre que pronunció después de la guerra con Samos, me pareció que había en su expresión y en la elección de sus palabras una tristeza más profunda que la habitual. Fue entonces cuando empleó la frase a la que ya he aludido: ‘Nos parece que la primavera ha desaparecido de nuestro año’, y, en ese momento, imaginé que sobre él se abatía una especie de cansancio cuando echaba una mirada retrospectiva a tantos años de lucha sin cuartel: las glorias de la guerra contra Persia, las confiadas campañas marítimas de su primera juventud, las victorias y la intrepidez de Cimón, Mirónides y Tólmides, el desastre egipcio y los esfuerzos sobrehumanos hechos para superarlo, Megara, Tanagra, Coronea, Eubea, campaña tras campaña, peligro tras peligro, hazaña tras hazaña. Entonces me pareció semejante a un brillante auriga forzado a dirigir para siempre sus fogosos caballos dando vueltas y más vueltas por una huella cruel. ¿Nunca acabaría ja carrera? ¿No tropezarían los caballos o se debilitarían sus rodillas?

No creo que tales ideas se le ocurrieran a Pericles, si bien le inspiraban particular simpatía las debilidades de los otros, y así, rendía los mayores honores a aquellos que lograban superar sus deficiencias.

Cuando bajó de la tribuna, lo saludó una de las mayores demostraciones de afecto de que yo haya sido testigo. Los hombres se apiñaban en torno de él para estrecharle la mano o tocar sus vestidos. Las mujeres lo cubrían de guirnaldas, como si fuese un atleta victorioso. La única voz

disidente fue la de la anciana Elpinice, hermana de Cimón. Su marido Calias había muerto poco después de la paz con Persia y, aunque había tenido y criado hijos propios, parecía interesada sobre todo en los hechos de su hermano. La lealtad que le profesaba hablaba en su favor, pero la desvirtuaba en cierto modo por su exageración, su terquedad y su falta de justicia. Había censurado con amargura la paz negociada por Calias. Vituperó a Pericles por el ostracismo de Cimón y no le agradeció el que hubiera aprobado el decreto en cuya virtud se lo llamó del exilio y se le dio su último mando. Se abrió entonces camino entre la multitud y, como era una dama formidable y respetada, logró hacerse oír. ‘¡Hermosa cosa, Pericles –exclamó a gritos–, que te coronen con guirnaldas! Estos bravos hombres perdieron la vida luchando contra una ciudad griega y aliada. Cimón nunca dirigió un ejército como no fuese contra los persas, los fenicios y los bárbaros.’

La muchedumbre comenzó a encolerizarse e impacientarse con la anciana, pero Pericles sonrió y le habló con dulzura. No le recordó que su apreciación de los hechos era, en todo caso, inexacta. Cimón había sido el primero que dirigió un ejército ateniense contra un aliado que se había sublevado. Se limitó a poner la mano sobre su brazo y dijo: ‘Querida Elpinice, ¿no recuerdas el verso de Arquíloco? ‘Este cabello gris no necesita perfume ni guirnaldas’’. Acaso supiera que siempre se sentía irritada por la actitud juguetona que acostumbraba adoptar con ella.

Ahora, cuando echo una mirada a aquella época y a las épocas anteriores, cuando éramos jóvenes, veo con mucha más claridad que entonces la significación de las palabras ‘la primavera ha desaparecido de nuestro año’, si bien recuerdo también que sólo teníamos conciencia de un espléndido verano. El año siguiente se completó la construcción del Partenón y, en la gran celebración de la Panatenea, las multitudes eran más nutridas y se mostraban más entusiastas que cualesquiera otras que se hubieran visto en Atenas. Como sabéis, el festival es el más espléndido de Grecia. Incluye carreras de caballos y pedestres, contiendas musicales y poéticas, y se otorgan más de un centenar de premios a los ganadores de los diversos certámenes. No sólo los atenienses sino también los demás miembros de la alianza participan en el festival y los sacrificios. También los residentes extranjeros, ataviados todos con capas rojas, tienen su lugar en la gran procesión hacia la Acrópolis, con la que concluyen las ceremonias. En esta procesión, el manto especialmente recamado para la diosa, tejido y decorado durante todo el año por muchas atenienses de la más alta cuna y de la mejor reputación, se conduce a través de las calles, desplegado como la vela de una nave capitana, para recordar quizá a los atenienses y al mundo que en el mar se conquistó y afianzó la grandeza de la ciudad. Representantes de toda la población escoltan la sagrada vestidura. Grupos de muchachas llevan en cestos los utensilios para los sacrificios, se ve a muchachos con cántaros, a ancianos con ramas de olivo en las manos, carros y, finalmente, un destacamento de jóvenes de caballería, los más apuestos de su edad, montados en los mejores caballos. Aquel año el espectáculo provocaba más alegría y excitación que nunca, pues el manto estaba destinado a la nueva estatua de Atenea, de marfil y oro, que era la gran obra de Fidias. Es una figura de cuarenta pies de alto y en el santuario sumido en la penumbra parece arder y resplandecer con luz propia. Las facciones son radiantes y severas. Parece divina, pero también ateniense, y en ese templo el pueblo de Atenas parece confundirse con los dioses y ser casi inseparable de ellos. En el friso esculpido están representados los muchachos y las muchachas, los jóvenes y los ancianos de Atenas, y todos ellos se mueven con la gracia, la dignidad y la libertad de los dioses. No conozco ningún otro templo donde los mortales tengan semejantes lugares de honor. La mitad del pueblo, hombres libres y esclavos, había participado en la construcción de esta obra. El júbilo que les infundió el haberla concluido era indescriptible, y también grande era la admiración de los atenienses y extranjeros, todos los cuales se formulaban la misma pregunta: ‘¿Qué otra ciudad del mundo puede exhibir algo tan espléndido?’.

La grandeza provoca envidia, pero sin embargo, durante los días de la celebración y la ofrenda tal sentimiento estuvo ausente. Todo era alegría, triunfo y generosa admiración. Aquel estado de ánimo no podía durar mucho. Pronto comenzaron a oírse de nuevo las antiguas quejas de que Pericles había despilfarrado los recursos de los aliados en un ostentoso despliegue con el que él mismo se favorecía. Pero tales críticas mezquinas y solapadas no produjeron efecto alguno. La posición de Pericles estaba más afianzada y era más invulnerable que la de cualquier otro estadista que hubiera dirigido los destinos de Atenas. Como había ocurrido antes, quienes querían atacarlo habían de desviar los ataques hacia sus amigos. La víctima elegida fue Fidias y el instrumento de que se valieron, un artista pendenciero, vano y porfiado, llamado Menón, que había trabajado bajo la dirección de Fidias en la decoración del templo y que se consideraba un gran escultor cuyos méritos no se habían reconocido en medida suficiente. Menón adoptó en el mercado público la actitud de suplicante y,

cuando la gente le hacía preguntas, decía que estaba en condiciones de formular cargos contra Fidias, pero que temía acusar a alguien que poseía amigos tan poderosos y que no lo haría a menos que se le garantizaran su seguridad y su inmunidad. Era una hábil maniobra, pues la curiosidad de los atenienses es tan grande que antes perdonarían un crimen que verse privados de cualquier información escandalosa que el criminal pueda dar. Se le ofrecieron a Menón garantías y entonces acusó a Fidias de haber distraído para su propio uso parte del oro que había sido votado para la construcción de la estatua. Tanto Fidias como Pericles acogieron con menosprecio e indiferencia semejante acusación. En verdad, el oro se había aplicado de modo tal que cabía desprenderlo fácilmente de la estatua. Esto fue lo que se hizo y el peso del oro fue con toda exactitud el que debía ser. Ello habría sido suficiente para desacreditar a Menón, quien sin embargo encontró auditorio para su segundo cargo.

Acusó a Fidias de impiedad y sacrilegio. Señaló que en el escudo de la diosa, adornado con esculturas alusivas a la batalla contra las amazonas, podían verse semejanzas con Pericles y con el propio Fidias. Y lo cierto es que Fidias había dado en divertirse de este modo. Se había representado a sí mismo como un anciano calvo que se esfuerza por levantar con ambas manos una roca, y también había incluido un retrato de Pericles como un joven empuñado en lucha con una amazona. Aquí la semejanza podía discutirse, pues un brazo en alto cubría el rostro de la figura, pero el carácter general y la apariencia de la figura eran sin duda los de Pericles. A cualquier hombre inteligente esta travesura de Fidias le hubiera parecido del todo inocente, pero, como tengo razones de sobra para saber, la sola mención de la palabra 'impiedad' suele afectar a gran parte de los atenienses de modo irracional. No había duda alguna de que haría comparecer a Fidias ante los tribunales. Pericles estaba deseoso de defenderlo, pero ni siquiera él podía tener la certidumbre de que el prejuicio y la envidia no fuesen demasiado grandes para afrontarlos victoriosamente. En cuanto al mismo Fidias, había terminado su obra en Atenas y, de cualquier modo, ansiaba aceptar un pedido de Olímpia, donde se le había encargado construir otra gran estatua de oro y marfil, esta vez de Zeus. Rehusó por ello la ayuda de Pericles como abogado y, prudentemente, según pienso, se limitó a pedirle que lo ayudara a escapar de Atenas antes de que se fijara el día del juicio, cosa que se concertó sin dificultad, de modo que Fidias llegó sano y salvo a Olímpia. Murió allí en los primeros años de la presente guerra, no sin antes concluir la estatua de Zeus, que muchos consideraban su obra más grande.

Los ataques de Menón no produjeron ningún efecto sobre Pericles. Tan pronto como Fidias desapareció, se olvidó todo el asunto. No se realizó ningún esfuerzo por modificar las semejanzas que aparecían en el escudo de la diosa, ni por quitar las figuras. Todavía hoy puede vérselas. Pero a Pericles y a mí nos entristeció este incidente. Primero Damón y después Fidias habían sido tratados con injusticia. Tampoco satisfizo a Pericles su propia inmunidad. Le parecía deshonesto que un enemigo atacara a sus amigos y se abstuviera de atacarlo a él.

CAPITULO XV

ANTES DE LA GUERRA

Pienso que por aquella época nadie (y ni siquiera Pericles) imaginaba que la paz apenas duraría cinco años. Me parecía que la larga obra de toda la vida de Pericles se mostraba triunfante y estaba afianzada en forma tan sólida como puede estarlo cualquier organización humana. La administración del imperio funcionaba como sobre ruedas; los impuestos se habían fijado sobre una base más equitativa; no parecía existir la probabilidad de una sublevación como la de Samos. En Atenas, continuaba el gran programa de edificaciones. Apenas se hubo terminado el Partenón, Mnesicles comenzó a trabajar en el gran pórtico de los Propileos, obra arquitectónica todavía no rematada pero que aun ahora puede compararse, por su esplendor y audacia, con el mismo Partenón. La autoridad de Pericles estaba más consolidada que nunca. Año tras año le elegían general y casi siempre tenía por colega a su amigo Hagnon. Bajo la guía de ambos, el poderío y la influencia de Atenas fueron creciendo sin cesar, pero semejante expansión no se alcanzó infringiendo alguna de las cláusulas del tratado con Esparta de treinta años de paz. Como Pericles había previsto, fuera del Peloponeso se ofrecían inmensos horizontes al espíritu de empresa ateniense. Las consecuencias de semejante expansión modificarían a la larga el equilibrio de fuerzas existente, pero tal modificación

sobrevendría, como esperaba, en forma pacífica y, por así decirlo, natural. Las zonas señaladas para tal expansión fueron el norte, el nordeste y el oeste. En cada una de estas zonas se desarrollaron diferentes políticas, y en todas ellas se vieron coronadas por el éxito.

El año en que comenzó la edificación de los Propileos, Pericles zarpó al frente de una gran flota con destino al mar Negro. Se enorgulleció mucho de esta expedición, pues la llevó a cabo sufriendo pérdidas insignificantes. En aquellas distantes aguas apareció no sólo como un general ateniense al mando de una flota invencible, sino también como campeón de todos los griegos contra sus enemigos bárbaros y sus opresores. Como sabéis, hay gran número de ciudades griegas en la costa septentrional y meridional del mar Negro, y muchas de ellas son objeto de constante presión por parte de las tribus del interior, los tracios, los escitas y otros.

Pendes mostró que una flota ateniense podía navegar por cualquier mar sin hallar resistencia y que Atenas estaba en condiciones de prestar protección a todos aquellos que la necesitaran. Gran parte de las importaciones atenienses –en particular cereales, pescado seco y hierro– procede de estos puertos del mar Negro, y en el curso de su viaje Pericles robusteció los vínculos políticos y económicos que unen sus intereses con los de Atenas. En la importante ciudad de Sinope, intervino en una guerra librada por el pueblo de la ciudad contra su gobernante, que se había declarado dictador. La intervención ateniense bastó para inclinar la balanza y, en señal de gratitud, el pueblo de Sinope percibió de buena gana una colonia de seiscientos atenienses, a quienes otorgó plenos derechos de ciudadanía. También en el lejano este, en Amisos, y también por invitación de la población local, se estableció otra colonia ateniense, la que recibió el nombre de Pireo. Estas eran, como Pericles decía con orgullo, realizaciones panhelénicas. Atenas empleaba ahora su poderío, como había ocurrido al principio, no para subyugar a otros sino para acrecentar y mantener la libertad de sus aliados.

El año siguiente, Hagnon desarrolló la misma política y, al frente de un gran ejército, llegó a Tracia para fundar, en el paraje conocido con el nombre de Nueve Caminos, la gran ciudad de Anfípolis. Habían pasado casi treinta años desde aquel desastre en que diez mil colonos atenienses habían sido exterminados en aquel lugar y, como era natural, en Atenas se saludó con fervor patriótico el éxito de la expedición de Hagnon. La posición estratégica de la colonia es de gran importancia y, al parecer, Hagnon construyó y fortificó la ciudad de modo tal que resulta inexpugnable. Domina la ruta principal que une Macedonia con Tracia y, como me informó el joven Tucídides, que es dueño de propiedades en esa zona, se trata de un centro muy valioso desde donde se pueden explotar los grandes recursos naturales de la comarca y la excelente madera para construir buques que las aguas desde el interior arrastran río abajo. Aquí también, como en Turia, la política que se desarrolló en relación con la nueva ciudad puede caracterizarse como panhelénica más que ateniense.

Hagnon fue el fundador, pero se invitó a colonos procedentes de todas partes y, entre éstos, los atenienses constituyen una minoría.

Todas estas operaciones se llevaron a cabo en lugares del mundo griego sobre los cuales ni Esparta ni ninguna de sus aliadas podían pretender derecho alguno. Hablando con justicia, lo mismo cabe decir de las operaciones realizadas en el oeste bajo la brillante dirección de Formion, si bien es cierto que algunas de las aliadas de Esparta, y en particular Corinto, se mostraron afectadas por toda acción de los atenienses en el mar occidental. Al responder a una petición de ayuda de los acarnanios, establecidos en la comarca septentrional de la boca del golfo de Corinto, Atenas no infringía ningún tratado preexistente, ni tampoco nadie sospechaba, como ahora sospechan algunos, que tuviera el designio de ocupar las islas del mar Jónico y ni siquiera las ciudades de Italia y Sicilia. Pericles había concertado alianzas con algunas de aquellas ciudades, pero tales alianzas no eran más que defensivas. En el caso de la fundación de Turia había mostrado ya con claridad meridiana que no tenía ambiciones de conquista en el Oeste. Y la fundación de Anfípolis dio nuevas pruebas de que la influencia ateniense se extendería en forma pacífica e imbuida de un espíritu liberal.

De modo que desde un punto de vista legal no puede sostenerse que durante aquellos años Pericles planeaba recurrir a la guerra en forma premeditada. No obstante, sería necio negar que tenía conciencia de que podía verse amenazado por la guerra en cualquier momento. Por lo demás, poseía mucha experiencia e inteligencia para abrigar ilusiones sobre el particular. Conocía la lentitud de la mentalidad de los espartanos, así como su extraordinaria arrogancia, por la cual se convencer a sí mismos de que deben ser, en todas las circunstancias, irresistibles. Sabía también que entre ellos había algunos que no eran del todo lerdos ni negados.

Éstos sólo tenían que abrir los ojos para ver que, mientras crecieran el poder y el prestigio de Atenas, admitiéndose o no el hecho, la influencia de Esparta en el ámbito internacional disminuiría. Penses esperaba que al fin se reconociera y aceptara este hecho.

Después de todo, los espartanos se enorgullecen de sus miras limitadas y han mostrado poca inclinación y ninguna capacidad para trascender las limitaciones que se impusieron a sí mismos. Era posible que, mientras nadie los molestara en el Peloponeso, no advirtieran, hasta que fuese demasiado tarde, que el Peloponeso se había convertido, de hecho y a los ojos de todo el mundo griego, en algo pasado de moda y carente de importancia. Pero si bien ésta era una solución posible, no podía considerarse obligada. La única certidumbre era que Esparta, si deseaba mantener lo que aún consideraba su posición dominante en Grecia, había de declarar la guerra tarde o temprano. Cabía sostener con toda razón que el adoptar esa decisión no favorecería sus mejores intereses, pero los hombres no siempre actúan siguiendo aquéllos. Con frecuencia el miedo y el orgullo exceden a la razón. Por ello, Pericles, aunque decidido a respetar las condiciones de la paz, estaba preparado para la guerra. Creía que, en la medida en que cabía confiar en cualquier vaticinio o cálculo, si estallaba la guerra Atenas vencería con certeza, y no haría la menor concesión a Esparta en ninguna cuestión que, a sus ojos, fuese vital para Atenas. Pero sabía que no se puede predecir el curso de ninguna guerra. Se producen hechos que están más allá de todo cálculo y aun los más sabios pueden incurrir en errores que acaso se revelen, gradual o inmediatamente, fatales. Confiaba, según creo, en que, mientras él viviera y gobernara la política, no se cometerían tales errores; pero sabía que tanto su ascendiente como su experiencia eran únicos y no le inspiraban confianza algunos de los nuevos políticos que, escudados en la palabra democracia, comenzaban ya a vulgarizar y deformar la precisión y justicia de sus ideas. Siguiendo a Temístocles y a Efilto, Pericles había promovido en forma coherente una política destinada a hacer de Atenas un Estado independiente y poderoso.

Sus antagonistas habían sido aquellos hombres reacios a la expansión por miedo a Esparta, a la democracia, o a ambas. Contra estos opositores, Pericles había desarrollado argumentos para mostrar que, sin imperio, Atenas nunca podría ser independiente y que, para conquistar y conservar el imperio, era necesario que todo el pueblo tuviera responsabilidades y estuviera educado para afrontarlas. Pero tras estos argumentos yacían sus ponderadas opiniones acerca de la naturaleza y de la vida humana. El imperio no era un fin en sí mismo; era el único medio posible para llevar a la realidad las potencias que veía ocultas en la naturaleza humana y en la ateniense. Había, sí, de ejercerse el poder, pero no por el poder mismo. La libertad, la justicia, la generosidad y el florecimiento de la personalidad y el genio eran los fines últimos. Su aversión a Esparta y su menosprecio por ella derivaban de la convicción de que, cualesquiera que fuesen los méritos de los espartanos, les habían sido impuestos por necesidad y disciplina en vez de haberlos desarrollado por propia determinación y en mérito al verdadero valor capaz de hacer frente a cualquier riesgo que se presente. Sus opiniones, podría decir, eran las de un filósofo que reconoce y admira la variedad y que, al imponer el orden, permitirá que existan el cambio, el crecimiento y el movimiento.

Aun en aquella época, en Atenas eran pocos los que comprendían cabalmente estas opiniones de Pericles, si bien algunos se habían visto estimulados y ennoblecidos por una vislumbre o comprensión parcial de ellas. Según me parece, nadie las comprendió mejor ni las admiró más fervientemente que el joven Tucídides, el pariente de Cimón, con quien mantengo ocasional correspondencia. Pero había ya otros que, apropiándose de alguna frase o argumento de Pericles, deformaban por completo su significación al sacarla de su contexto y, al despojarla de su complejidad, la reducían a algo falso. Pon ejemplo, Cleón, rico propietario de una curtiduría que pretende ser hombre del pueblo y que, según se me ha dicho, goza ahora de más influencia que entonces, si bien tampoco entonces le faltaban algunos adictos. Su autoridad, desde luego, no podía compararse en modo alguno con la de Pericles, pero lo significativo y peligroso de aquella pequeña autoridad de que disfrutaba era que la había conquistado diciendo que perseguía, con mayor energía y realismo, una política que en el pasado había quedado asociada a la de Pericles. No sólo favorecía la expansión del poderío y la influencia atenienses sino que quería extenderlos de modo extravagante y por cualquier medio. No sólo deseaba fiscalizar las actividades de los aliados sino que pedía sin ambages que fueran sometidos. Apoyaba la violencia de sus opiniones valiéndose de los sofismas más comunes y vulgares, en los que parecía creer. No interpretaba la democracia como un estado de cosas en que cada hombre tiene el derecho y la oportunidad de desarrollar sus potencias y virtudes, sino como uno en que nadie tiene el derecho de ser más capaz y virtuoso que cualquier otro. A pesar de ello, al mismo tiempo declaraba que era ley de la naturaleza el que el poderoso tuviera siempre el derecho de imponer su

voluntad, cualquiera que fuera ésta, sobre el débil. Para él, la generosidad era flojedad de ánimo, una juiciosa consideración por la debilidad de los otros y una pérdida de tiempo. Se jactaba de ser obtuso y simple, un realista activo antes que un intelectual vacilante, y no advertía que su ‘realismo’ consistía en una incapacidad de ver algo más que una fracción de la realidad, ni que su ‘simplicidad’ derivaba de su incapacidad de razonar. Cabe imaginar que semejante personaje, si bien puede conquistar algún apoyo de aquella minoría que por costumbre envidia la superioridad de los Otros y se resiente de ella, no podía gozar de considerable influencia entre gente de mentalidad tan cultivada y dúctil como los atenienses; y la gente se sentía inclinada a reírse de él antes que a tomarlo en serio. Sin embargo, a pesar de todos sus defectos, posee ciertas cualidades que podrían volverlo peligroso y eficaz. Su energía es ilimitada y exhibe la enorme confianza en sí mismo que suelen tener las personas irreflexivas, así como una especie de instintiva agudeza que le permite explotar cualquier aparente debilidad de un opositor y exagerar hasta el frenesí cualquier estado anímico transitorio o cualquier prejuicio de sus oyentes. Para Pericles resultaba una experiencia nueva el que se le opusiera alguien que pretendía ser más demócrata que él mismo y, aunque consideraba esta parodia vulgar con el mayor menoscabo, tenía plena conciencia de que, si bien su posición personal nunca sería socavada por un hombre como Cleon, no siempre podía estar presente para contraatacarlo, y de que podía crearse una situación en la cual, debido a la desesperación, al desengaño o al exceso de confianza, la violencia y la brutalidad, si se expresaba con suficiente convicción y verosimilitud, podían prevalecer sobre el sentido común. Él mismo había conocido semejantes estados de ánimo colectivos y había podido dominarlos, pero reconocía el peligro que entrañaban. ‘No temo –solía decir– nada que un enemigo pueda intentar contra nosotros. Sólo temo nuestros propios errores.’ Por ello, acaso Pericles, teniendo presente a figuras como Cleón, hubiera preferido librar una guerra, suponiendo que ésta fuese inevitable, en un momento en que él y quienes depositaban confianza en él estuviesen en condiciones de dirigirla. Pero no creo que considerase la guerra inevitable, aunque tenía más conciencia que la mayor parte de nosotros de su posibilidad.

Y en verdad, cuando echo una mirada retrospectiva a los sucesos que, según se dice, provocaron la guerra, no puedo ver que alguno de ellos, y ni siquiera todos ellos tomados en conjunto, tuvieran suficiente peso para explicarlo. La guerra no se libra a causa de Corcira, Potidea o Megara. Sus motivos son mucho más profundos. Se trata de una lucha entre dos estilos de vida inconciliables. A la larga, los espartanos reconocieron lo que Pericles siempre había sabido, esto es, que Atenas y el modo de vida ateniense habían de dirigir y moldear el futuro a menos que Atenas fuera destruida. Cabe hablar de los celos y del temor espartanos, y sin duda estas emociones desempeñaron su papel. Pero la verdadera causa es algo más profundo y ha de buscarse en la naturaleza del hombre y del universo. Es algo que, según me parece, fue reconocido por Heráclito cuando escribió: ‘La contienda es la justicia’, lo cual creo que significa que toda vida y toda creación, si han de persistir, deben avanzar sin detenerse hacia el cambio, es decir, que en cierto sentido, el futuro siempre estará en guerra con el presente y con el pasado. Por otra parte, algo del pasado ha de conservarse y perdurar de algún modo aun en el cambio. De otro modo, la existencia sería una serie de sucesos discontinuos que no guardan relación entre sí y a los que no cabría percibir ni comprender. Existe, por lo tanto, una necesaria tensión entre dos fuerzas, una adhesión a la permanencia y un impulso hacia lo desconocido, el reposo y el movimiento, la paz y la guerra. La naturaleza de los minerales consiste en resistirse al movimiento y en negar el crecimiento. Los vegetales que echan raíces en el mismo lugar son capaces de una variedad de transformaciones; los animales no sólo modifican y renuevan sus estructuras sino que se desplazan con entera libertad por el mar, el aire y la tierra. Pero de todos los seres, el hombre es el que parece tener más aptitudes para elaborar e inventar. Es el único que puede crear y que puede elegir, dentro de ciertos límites, caminos nuevos e inexplorados. No obstante, también el hombre ha de poseer algunas de las cualidades de la piedra para asegurarse su continuidad. El recuerdo lo enlaza con el pasado, la tradición es base necesaria de la innovación. Y siendo más consciente que una piedra, un vegetal o un animal, siendo más sensible al placer y al dolor, experimenta con particular severidad la tensión de las dos fuerzas de cuya oposición depende su existencia. Encontrará tanto deleite como desasosiego en la innovación, y en el letargo hallará tanto la paz como el descontento. La creación implica ruptura; persistir ha de ser equivalente a reprimir. Esta verdad la encontramos expresada hasta en nuestra mitología, por ejemplo en la historia de Prometeo, que Esquilo, ya anciano, trató de modo eminentemente filosófico. Pues Prometeo representa la creación, la libertad, la transformación; eleva a los hombres desde el estado mineral y vegetal a la condición humana y divina; de resultados de ello, entra en conflicto con un dios que domina lo que es y se opone con toda su crueldad a lo que ha de venir.

¿Quién es justo? ¿Prometeo o Zeus? Como Esquilo reconoce con mucha sabiduría, tanto Prometeo como Zeus son necesarios, y en su tragedia procura una reconciliación entre ellos. Pero el que ambos sean necesarios no quiere decir que ambos sean buenos por igual. Cualquiera hombre esclarecido simpatizará con Prometeo, su liberador, antes que con Zeus, su opresor; e incluso la historia mitológica insiste en el valor superior, si bien no es siempre el poder superior, de la innovación sobre la estabilidad forzada. Pues el propio Zeus no sólo conquistó su poder supremo por medio de la violencia y del cambio, sino que tiene la certeza de que lo perderá a menos que pueda adaptarse a un movimiento continuo.

Hallamos, pues, en la naturaleza y en todos los asuntos humanos una base de necesaria contradicción, pero de ello no hemos de concluir que cada opuesto tenga un valor igual. Lo que es capaz de movimiento y creación ha de juzgarse superior a lo que no es capaz de ello. Pero lo que no es estará siempre en oposición con lo que es.

Si tenemos presentes estas verdades generales, comprenderemos mejor las causas de la guerra actual y lo que en ella se juega. Atenas y Esparta son organizaciones de seres humanos y, como tales, han de depender de la tradición y deben crecer por obra de la innovación. La existencia de cada una de ellas está determinada por este antagonismo interno. Pero ambas organizaciones no son en modo alguno similares. Cada una de ellas, es cierto, posee un profundo sentido de la tradición, es decir, un fondo de inercia; pero aquí acaba toda semejanza, porque en Atenas el elemento creador y revolucionario es mucho más poderoso y está más difundido que en Esparta, de modo que si bien en realidad ninguna organización de seres humanos puede ser estática, uno se siente casi inclinado a comparar a Esparta con una piedra y a Atenas con alguna criatura alada. En esto la desproporción es tan considerable que resulta imposible que ambos sistemas se mezclen. De cualquier forma, sería mejor y más noble, de ser esto posible, que una piedra se convirtiera en pájaro que un pájaro se convirtiera en piedra.

Por consiguiente, y dejando a un lado la lealtad personal, en esta guerra estoy de parte de Atenas y, si bien vacilaría en vaticinar su desenlace, sé que las cualidades prometeicas de Atenas han de extenderse, ya salga victoriosa o derrotada, hacia el futuro, para moldearlo, al paso que la inercia espartana no puede ofrecer más que una cierta estabilidad que, al carecer en el grado necesario de la posibilidad de variación, no puede alcanzar desarrollo y, por lo tanto, está condenada a la decadencia o a la desaparición.

Desde luego, los pretextos para declarar la guerra, aunque distintos de sus causas reales, poseen cierta importancia. Cabe apuntar que si Atenas no se hubiera aliado con Corcira o si se hubiera derogado el decreto megarense, la guerra no habría estallado, y puede decirse que, puesto que la paz favorecía más que la guerra los intereses de Atenas, ésta incurrió en serios errores. No era tal la opinión de Pericles. Según él, el modo más probable de evitar o posponer la guerra era afirmar que, bajo ninguna circunstancia, Atenas renunciaría a ninguno de sus derechos ni haría concesiones frente a una amenaza. Observaría estrictamente las condiciones de la paz y estaría dispuesta a aceptar un arbitraje sobre cualquier punto en que pudiera discutirse la interpretación de tales condiciones. En todos los otros asuntos, insistiría en su completa libertad de acción. Al adoptar esta línea de conducta, contaba sin duda con el hecho de que los espartanos profesan ser, y en cierto sentido lo son, irreductibles en materia de legalidad y en extremo cautos cuando en un conflicto dan el primer paso. Pero sabía que al fin Esparta actuaría, dentro de la legalidad o no, con arreglo a lo que consideraba sus intereses, y creyó, con mucha razón, que el mejor modo de dilatar esta acción era continuar aplicando la política que había desarrollado durante toda su vida.

Dudo que ni siquiera sospechara que la batalla naval empeñada en los mares septentrionales entre las flotas de Corinto y Corcira, batalla que tuvo lugar el año siguiente al de su triunfal expedición al mar Negro, pudiera tener consecuencia alguna, de un modo u otro, para el futuro de Atenas. Por su parte, a las autoridades de Esparta no les interesaba esta batalla y se contentaban con haber hecho lo posible por impedirla. En Atenas se recibió con cierta indiferencia la noticia de que una flota de setenta y cinco barcos corintios había sido destruida por una flota de ochenta buques de Corcira. Los atenienses no profesan mayor afecto a los corintios, con quienes estuvieron en guerra varias veces durante esta generación, pero como los corintios habían sido siempre derrotados, los atenienses, y éste es uno de sus rasgos característicos, no alimentaban resentimientos contra ellos. Tampoco les interesaba mayormente Corcira. Esta isla constituía una considerable potencia marítima, capaz de aparejar y pertrechar ciento veinte naves, pero a los atenienses jamás les inspiró temor tal poderío y ni siquiera deseaban tenerlo como aliado.

Podría decirse, por consiguiente, que casi nadie previó los sucesos que siguieron a aquella batalla. Además, no parecía que hubiera habido una razón suficiente para librarla. El motivo fue una disputa entre Corinto y Corcira concerniente a sus respectivos derechos a una colonia, Epidamno, que habían fundado conjuntamente en la costa de Iliria. En su condición de ciudad fundadora de la misma Corcira, Corinto reclamaba una autoridad que Corcira, que desde hacía tiempo era independiente, le negaba. Desoyendo el consejo de Esparta, Corinto había rehusado el arbitraje, equipó lo que para ella era una flota excepcional por lo numerosa, la cual fue aniquilada, y perdió así todo poder sobre Epidamno. Se esperaba que allí terminaría todo.

Pero en realidad, aquello no fue más que el comienzo. Pues durante los dos años siguientes los corintios consagraron todas sus energías a la construcción de una gran flota, a alistar contingentes de sus aliados y a contratar avezados pilotos y remeros procedentes de todas las partes de Grecia. Ofrecieron considerables sumas de dinero, y muchos de esos remeros acudieron de distintas ciudades de la alianza ateniense. Atenas no hizo nada por evitar que se alistaran. Tampoco Esparta intervino de ningún modo. Ni alentaba ni desalentaba a Corinto cuando ésta se preparaba a una guerra ciega venganza.

Es natural que el pueblo de Corcira se alarmase. Corinto construía una flota más grande y más eficiente que la suya propia; asimismo, recibía ayuda de muchos Estados del Peloponeso, aunque no de Esparta. Por su parte, Corcira sólo dependía de sus propios recursos. Si bien tenía sólo una enemiga, no tenía amigas. Y así, antes de que se completaran los dos años de los preparativos corintios, envió una embajada a Atenas para solicitar ser admitida en la alianza ateniense. Los corintios enviaron también una embajada para oponerse a tal solicitud.

Hubo un debate en la Asamblea ateniense sobre el particular que duró dos días. Los argumentos de mayor peso nada tenían que ver con la legalidad o la ilegalidad de una alianza ateniense con Corcira, si bien ambos bandos hablaron mucho sobre esto. En realidad, la cuestión era muy clara. No se hizo mención alguna de Corcira, conforme a las condiciones del tratado de paz, y tanto a Atenas como a los Estados del Peloponeso les asistían derechos legítimos para concertar alianzas con cualquier Estado que no estuviese incluido, de manera explícita, en aquellas condiciones. El verdadero problema era muy distinto. Se trataba de optar entre dos riesgos: el peligro de malquistarse con Corinto y, a través de ella, con Esparta, y el peligro de permitir que Corinto, después de someter a Corcira, uniera la flota de Corcira a la suya propia y se convirtiera así en una considerable potencia marítima, capaz de desafiar a Atenas en los mares occidentales. Había, desde luego, otras consideraciones, pero ésta era la única decisiva.

Como es sabido, Pericles recomendó que se concertara una alianza nada más que defensiva con Corcira, y la Asamblea, como solía hacerlo en todas las cuestiones de importancia, siguió su consejo. Desde entonces, he oído decir a menudo que mediante esta acción, Pericles precipitaba con premeditación la guerra. Semejante opinión, estoy convencido de ello, es errónea, y esto puede demostrarse sin dificultad. Si Pericles hubiera deseado precipitar la guerra, habría buscado desencadenarla con una ventaja inicial, y tal ventaja podía lograrse con absoluta certidumbre si la alianza hecha con Corcira hubiera sido al par ofensiva y defensiva. Una combinación de las flotas de Atenas y Corcira hubiera destruido sin disputa el poderío marítimo de Corinto, por lo menos por una generación. Pero Pericles, en su deseo de paz y llevado por el natural disgusto que le inspiraba la injusticia (puesto que un ataque a Corinto constituía una clara violación del tratado), rechazó esta solución. Por otro lado, como dije, tenía más conciencia que cualquier otro de la posibilidad de la guerra, y no podía correr el riesgo de lo que, en fin de cuentas, bien podía ser una combinación de Corinto y Corcira contra Atenas. Le resultaba del todo imposible evitar los dos peligros, entre los cuales había de elegir. Apuntaba a disminuirlos en la medida de lo posible. Si se abstenía de toda acción agresiva contra Corinto, respetaba las condiciones del tratado; y si garantizaba la independencia de Corcira, evitaba la ocupación de la isla y que un enemigo en potencia capturara su flota.

En mi opinión, esta política era prudente y los resultados la justificaron. En primer lugar, sólo diez buques atenienses fueron enviados para unirse a la flota de Corcira, y los mandó el hijo de Cimón, a quien su padre había puesto por nombre 'Lacedemonio' o 'Espartano' y que era proclive a compartir las simpatías de su padre. Luego se comprendió que esta fuerza más bien simbólica era demasiado reducida para tener algún peso, y se enviaron otros veinte buques. Todos tenían instrucciones de evitar la batalla con los corintios, salvo en caso de que éstos amenazaran, en verdad, desembarcar tropas en Corcira.

En realidad, cuando en el otoño tuvo lugar la esperada batalla naval, sólo estuvieron presentes en ella los diez buques atenienses. Por las cifras, fue la mayor batalla naval librada entre Estados griegos. Los corintios poseían una flota de ciento cincuenta naves, y los de Corcira, una de ciento diez. La acción se libró cerca de la costa de Corcira y los atenienses que estuvieron presentes manifestaron que, si bien el combate fue duro, se desarrolló utilizando métodos anticuados. Ninguno de los bandos parecía conocer nada de la moderna táctica naval ni poseer mucha pericia en el mando. En la batalla, los atenienses obedecieron sus órdenes. Acudieron en apoyo de los buques de Corcira que se hallaban en peligro, pero se abstuvieron de lanzarse contra ningún buque enemigo hasta que, en las últimas horas del día, se hizo evidente que los corintios triunfaban y que se disponían a desembarcar en la isla. Por entonces, setenta de los navíos de Corcira habían sido echados a pique, muchos de sus hombres habían sido tomados prisioneros y, por lo demás, hubo muchos muertos en uno y otro bando. Sólo en tales circunstancias los atenienses participaron activamente en la lucha y cuando caía el día, junto con el resto de la flota de Corcira, se disponían a oponer resistencia al desembarco del enemigo. Los victoriosos corintios habían entonado ya su himno de batalla y avanzaban para entrar en acción cuando de repente comenzaron a retroceder, a virar en redondo y a perder todo contacto con el enemigo. La razón de esta conducta sorprendente era que habían avistado en el horizonte los veinte buques que Atenas había enviado para reforzar la flotilla de Lacedemonio. Así, la lejana presencia de una escuadra ateniense bastó para que la confianza se trocara en temor.

Los atenienses entraron en el puerto de Corcira sin hallar resistencia y el día siguiente, con todos los buques que encontraron a su disposición, zarparon hacia la base corintia. Los corintios enviaron un mensajero, quien presentó una protesta oficial; pidió que los atenienses se retiraran, aduciendo que estaban violando el tratado de paz. Los atenienses replicaron que los corintios podían desembarcar en cualquier parte, excepto en el territorio de una aliada de Atenas. Entonces los corintios retornaron a su Estado. Los resultados de esta acción fueron que tanto Corinto como Corcira quedaron seriamente debilitadas, que había fracasado el intento de ocupar Corcira, que Atenas había ganado mucho en prestigio sin sufrir una sola baja y que, desde un punto de vista legal, no cabía decir que había violado las condiciones del tratado de paz. En mi opinión, tales resultados bastan para justificar la política de Pericles, y habrían sido suficientes para impedir la guerra, si no se hubieran presentado otras circunstancias.

CAPITULO XVI

SE DECLARA LA GUERRA

En verdad, los sucesos de Corcira aclararon más que modificaron la situación existente. Ciertamente Atenas había ganado en poderío, pero desde hacía años venía haciéndolo. Por lo tanto, lo ocurrido en Corcira reviste particular significación porque allí se subrayó tal hecho, de modo que Esparta y los Estados del Peloponeso comenzaron a verlo con mayor claridad y a alarmarse ante él.

Era natural que los corintios, después del ignominioso fracaso de su gran expedición naval, intentaran hacer cuanto estuviera a su alcance para desquitarse, pero sabían que no podían emprender nada efectivo sin la ayuda de los espartanos, y por algún tiempo en Esparta las opiniones estuvieron divididas. Un fuerte partido reclamaba la guerra inmediata, pero muchos de los ancianos que recordaban cómo en las campañas del pasado, Atenas no había sufrido daños irreparables y había surgido de cada una de ellas tan fuerte o más que antes, aconsejaban cautela. El jefe de este partido era el viejo rey Arquidamo, amigo personal de Pericles por quien éste tenía cierta consideración. Estaba dispuesto a admitir que, en cierto momento, los intereses de Esparta podían exigir la guerra, pero comprendía el valor del poderío marítimo ateniense e instaba a que, antes de adoptarse una decisión irrevocable, Esparta se equipara con un poder naval suficiente que demostrara su capacidad para custodiar sus costas y dispuesto a intervenir en ayuda de cualquier aliada ateniense que pudiera ser inducida a la rebelión. Parecía imposible decir cuál de los dos partidos prevalecería en Esparta, pero en general en Atenas se reconocía que había peligro de guerra, y la posición de Pericles, que desde hacía tiempo había previsto tal posibilidad y desde hacía tiempo se había preparado para afrontarla, se tomó, si ello es posible, aun más fuerte que antes. No es que no tuviera oposición. Había algunos (y a estos

antagonistas los consideraba peligrosos) que proponían que se tomara la iniciativa sin dilaciones. Y algunos de ellos hasta hablaban de invadir el Peloponeso antes de que los espartanos pudieran movilizarse; otros proponían que se extendiese el imperio hacia el oeste para incorporar a la alianza ateniense el poderío naval y los contingentes humanos de las ciudades italianas y sicilianas. Pericles se oponía en forma clara y terminante a semejantes aventuras.

Hacia tiempo que había decidido su estrategia. En su opinión, Atenas contaba ya con recursos suficientes como para asegurarse la victoria. Sólo podía ser derrotada si disipaba su energía en zonas que no fueran vitales o arriesgaba sus contingentes humanos en una batalla campal contra un enemigo igual o superior en número. Pero tenía conciencia de la importancia del oeste y, por entonces, renovó las alianzas entre Atenas y algunas de las ciudades sicilianas. Consideraba que esto sería suficiente para que ninguna de las otras ciudades que simpatizaban con Esparta decidiera enviar buques u hombres para luchar contra Atenas.

Como dije, Pericles temía sobre todo la precipitación de quienes querían hacer demasiado en muy poco tiempo, y, sin duda, sabía que en la Asamblea él y sólo él poseía autoridad e influencia para frenarlos. Había gente como Cleón que, a fin de ganar prominencia, exageraba toda política; y había muchos hombres jóvenes, como por ejemplo Alcibiades, que, con escasa experiencia de la guerra, estaban ansiosos de adquirir fama y dispuestos a afrontar cualquier riesgo. Cuando, como en el caso del joven Alcibiades, esta gente no sólo era ambiciosa, sino también capaz e inteligente, resultaba, si no se la vigilaba, tanto más peligrosa a causa de su evidente talento.

Había también, desde luego, un reducido número que, llevados por el odio a la democracia o al propio Pericles, habrían acogido la paz con beneplácito y a cualquier precio, para disfrutar con seguridad de sus posesiones. Eran, por lo general, miembros de aquella pequeña minoría que en el pasado había intentado perjudicar a Pericles persiguiendo a sus amigos. Por entonces, lanzaron contra él algunos ataques. Fueron de una índole particularmente cobarde y aunque no lo perjudicaron en modo alguno, le provocaron gran ansiedad y angustia. Tales ataques parecen haber sido originados nada más que por el despecho. Ningún fin político podía tener el acusar a Aspasia de impiedad ni el repetir las viejas historias, que nadie creía, sobre aventuras de Pericles con mujeres casadas. En este caso, el acusador fue el poeta cómico Hermipo.

Había gozado de cierto éxito en la escena y acaso con esta acusación estuviera tan ansioso de ganar popularidad como de injuriar a quienes atacaba. El cargo de impiedad se basaba en el rumor de que Aspasia había organizado una reunión en la que las muchachas presentes estaban vestidas como las Nueve Musas y se las nombraba como a éstas. En el curso de la acusación, se refirieron las habituales historias acerca de la inmoralidad de Aspasia y de las propensiones amorosas de Pericles. Hermipo aprovechó esta coyuntura con su acostumbrada vulgaridad. Pero más desdichada todavía fue la conducta de Jantipo, hijo de Pericles, que hacía poco tiempo había disputado con su padre, como siempre lo hacía, por cuestiones de dinero. En esta ocasión, lo ofendió el que Pericles se negara a dar su nombre como garantía para que él obtuviese un préstamo bajo falsos pretextos. Apareció entonces en escena Jantipo y acusó a Pericles de haber seducido a su mujer.

Con este acto esperaba vengarse tanto de su padre como de su mujer, a quien, y ello no puede extrañar a nadie, inspiraba repulsión.

Como era mujer y además extranjera, Aspasia no compareció, desde luego, ante los tribunales. Pericles habló en su defensa y se me dijo que ésa fue la única ocasión en que se dejó ganar en público por sus emociones. Ignoro si fue el pesar o la ira lo que le hizo derramar lágrimas, pero el efecto de éstas sobre el jurado, así como el de su discurso, fueron indudables. Aspasia fue absuelta y desde entonces Hermipo dejó de atacarla en la escena. Todo este asunto aumentó aún más el prestigio de Pericles. En cuanto a su hijo, nunca aludió a su comportamiento y nunca volvió a hablarle.

Menciono esta historia no porque sea importante en sí misma sino para señalar cuán débil era por entonces cualquier oposición que pudiera organizarse contra Pericles. Pocos años después, cuando yo mismo fui objeto de ataque, la situación había cambiado, pero, en el período inmediatamente anterior al estallido de la guerra, se aceptó su política y su único temor era que se pretendiera exagerarla. Había poco de lo que podría llamarse fiebre bélica, pero no había disposición a hacer concesión alguna. Y así la gran mayoría de los atenienses había llegado, por lo menos en aquella época, a adoptar los puntos de vista precisamente sustentados por Pericles.

Si antes de la época del debate sobre Corcira se había pensado poco en la guerra, ahora se hizo evidente que la posibilidad de la guerra aumentaba de día en día. Por supuesto, la gente consideraba tal perspectiva con sentimientos distintos, pero no observé signo alguno de miedo o de

ansiedad. Por entonces, no hay duda de que la mayor parte de los jóvenes la esperaban con impaciencia. Alcibiades, por ejemplo, que contaba unos dieciocho o diecinueve años, se mostraba dondequiera con una armadura nueva y particularmente brillante. Su conducta era tan descontrolada y extravagante como siempre, pero ahora, por primera vez en su vida, veía la oportunidad de distinguirse por el arrojo en la batalla antes que por su belleza, sus borracheras o sus actitudes afrentosas. A su amigo Sócrates lo deleitaba el cambio que se había operado en él. Era uno de los pocos que siempre habían sostenido que Alcibiades era capaz de excepcionales virtudes y nobleza, y en presencia de Sócrates, el joven se comportaba con toda corrección. Podría decirse que Sócrates es el único hombre a quien Alcibiades respeta en verdad; y lo ama tanto como lo teme.

La actitud de Sócrates frente a la guerra era característica de este hombre. Era del todo indiferente a la gloria militar, pero nunca consideró la posibilidad de rehuir el sacrificio de su vida si así lo requería la ciudad. Él y Alcibiades participaron en la campaña de Potidea y compartieron la misma tienda. En la primera batalla ambos se distinguieron, y cuando Alcibiades, que se había expuesto de modo temerario en la lucha, cayó herido, Sócrates permaneció junto a él y parecía, según dicen, una osa protegiendo a su cachorro; rechazó todos los ataques hasta que Alcibiades pudo ser retirado del campo de batalla. Luego, cuando se planteó la cuestión de quién debía recibir el premio al valor, Sócrates propuso que se le concediera a Alcibiades, y éste estaba dispuesto a rechazarlo para que se le otorgara a Sócrates. Teniendo presente la popularidad de Alcibiades entre los jóvenes y sus nobles relaciones en Atenas, los generales se felicitaron de contar con el apoyo de Sócrates, para conferir el premio al muchacho, y Sócrates se sintió feliz por el hecho de que la pasión de su amigo por el honor y el verdadero mérito obtuviera tan rápida recompensa, pues él era indiferente a todos los honores. Me refirieron luego esta historia Pericles y otros. No vi a Sócrates ni a Alcibiades desde que participaron en esta campaña.

La batalla de Potidea se libró, desde luego, antes de la declaración de guerra. Por sí misma, no hizo inevitable la guerra, pero, como todos los sucesos de aquel tiempo, era un paso más en esa dirección. En esto Atenas actuaba, como siempre, estrictamente dentro de sus derechos pues Potidea, aunque colonia de Corinto, es aliada de Atenas y a ella debe pagar tributo. El lugar es, como sabéis, de gran importancia estratégica en la zona de Tracia, y era inevitable que Atenas estuviera decidida a conservar allí su dominio. De modo que, cuando se hizo patente que los corintios residentes en la ciudad intrigaban con el rey de Macedonia y con otras ciudades y tribus de las inmediaciones, con el propósito de organizar una sublevación general, sólo se esperaba que los atenienses exigieran la expulsión de los magistrados corintios y el desmantelamiento de parte de las fortificaciones. Pero los corintios reunieron una fuerza de llamados ‘voluntarios’ y la introdujeron en la ciudad. Así, la rebelión de una aliada ateniense fue organizada por Corinto, ciudad que, según se suponía, estaba en paz con Atenas. Volvió a haber lucha, esta vez mucho más seria que la habida en Concina, entre los atenienses y los corintios. En la batalla, los corintios fueron derrotados, pero aún ocupaban la ciudad y Atenas se vio obligada a un asedio prolongado, difícil y costoso.

Y sólo muy recientemente capituló Potidea. Aun antes de esta batalla, sin embargo, los corintios habían pedido ayuda a Esparta, y parece cierto que por lo menos algunos de los gobernantes espartanos habían prometido invadir Ática a menos que los atenienses se retiraran de Potidea.

Otros Estados apoyaron a los corintios. Megara envió una delegación a Esparta. Y lo mismo hizo, de modo no oficial, Egina. Los megarenses se quejaron de la reciente disposición ateniense según la cual se les prohibía vender sus mercancías en Atenas y en todos los mercados de la alianza ateniense. El fin de este ‘decreto megarense’, propuesto por Pericles, era mostrar lo peligroso que resultaba para los pequeños Estados emprender cualquier acción contra Atenas. Los megarenses habían suministrado en Corcira un contingente a la flota corintia. Habían dado asilo a esclavos escapados de Atenas y se habían unido a los corintios para apoyar en Egina al partido antiateniense. Sin duda, los atenienses recordaban también la época en que los megarenses habían dado muerte mediante una traición a muchos de los hombres que formaban las guarniciones atenienses en ciudades del territorio de Megara.

El partido que en Esparta quería la guerra aprovechó todos estos motivos de queja. Poco después del sitio de Potidea, se celebró un congreso al que fueron invitadas todas las aliadas de Esparta.

Pendes comprendió al punto que tal congreso sería decisivo para la paz o la guerra y se las arregló para tener en Esparta algunos enviados atenienses, en apariencia ocupados en otros negocios pero instruidos por él, en persona, para decir lo que debían decir si lograban hacerse escuchar por la

Asamblea espartana. Los discursos que pronunciaron en este congreso las aliadas de Esparta fueron tales como podía esperarse. Los corintios, que, sin ayuda, perderían con certeza el ejército de Potidea, lanzaron los ataques más furibundos y enérgicos contra Atenas. La mayor parte de los Estados marítimos del Peloponeso los apoyaron, y algunos de los de las tierras interiores, que no se sentían en modo alguno amenazados, aconsejaron prudencia. Al fin, los atenienses pidieron la palabra y se los invitó a que usaran de ella. Pericles les había dado instrucciones de que dejaran aclarada en forma bien explícita la posición ateniense, de modo que no hubiera ninguna posibilidad de equívoco. En su opinión, el peligro de guerra aumentarla en vez de disminuir si los espartanos imaginaban que podían lograr sus objetivos, ya fuera por medio de amenazas o por un empleo limitado de la fuerza. Consideraba más probable contenerlos por el pensamiento de que, si emprendían cualquier acción contra Atenas, se verían comprometidos, sin alternativa posible, en una guerra mucho más arriesgada que cualquiera otra que hubieran experimentado antes.

Los atenienses hablaron ajustándose a las instrucciones recibidas. Defendieron la conquista y el mantenimiento del imperio ateniense con palabras que el propio Pericles hubiera empleado. Lo habían ganado a causa de su superior patriotismo en una época en que Esparta había declinado responsabilidades; lo mantenían por razones de seguridad; por su estructura y su sistema político, era más liberal que cualquier otro imperio que hubiera existido, y ofrecía un contraste favorable con la dominación ejercida por Esparta sobre sus súbditos griegos. Atenas no reconocería de ningún modo que un congreso de Esparta y sus aliadas tuviera derecho para fiscalizar y ni siquiera criticar su política. Como Esparta, Atenas era un Estado independiente. Si surgían disputas entre ellas, debían zanjarse por arbitraje, como lo estipulaban las condiciones del tratado existente. Atenas estaba dispuesta a someterse a arbitraje. Si Esparta no lo estaba, a ella correspondería toda responsabilidad por la guerra. Si Esparta optaba por la guerra, Atenas combatiría con el máximo de sus recursos. Los espartanos harían bien en reflexionar sobre la magnitud de tales recursos.

Semejantes palabras no estaban destinadas a bienquitar a los atenienses con los espartanos, y algunos sugirieron que el propósito de Pericles al ordenar a los embajadores que hablaran de este modo, era inducir a la Asamblea espartana a que declarase la guerra. Tal opinión es del todo errónea. Es característico de Pericles el haber creído que, aun cuando tenía que vénselas con los espartanos, el argumento más poderoso era la verdad. Acaso haya juzgado que, de cualquier modo, no eran muchas las probabilidades de evitar la guerra, pero estaba convencido de que la única oportunidad consistía en que Atenas declarara del modo más claro su resolución. Era imposible apelar a la amistad de Esparta, pero era posible contar en cierto modo con su tradicional cautela y su repugnancia a actuar, de modo ostensible, al margen de lo legal. Por lo demás, se me dijo que, aunque el discurso de los atenienses provocó la viva irritación de los espartanos, produjo el efecto deseado: los hizo pensar.

Después de estos discursos, los representantes de los aliados y de los atenienses se retiraron y la Asamblea espartana discutió la paz o la guerra. Dicen que el anciano rey Arquidamo expresó de modo admirable aquellos sentimientos que, según Pericles esperaba, actuarían como influencia moderadora. Al paso que admitía el peligro de la expansión ateniense, arguyó que sería más prudente reflexionar antes de comprometer a Esparta en una guerra que había de durar más de lo que todos esperaban y cuyos resultados no podían preverse. Si bien Esparta y sus aliadas podían revelarse superiores en tierra, no podían competir con Atenas en el mar, y, por otra parte, su situación económica dejaba mucho que desear. Por ello era necesario que comenzaran a construir una flota y por cobrar contribuciones, como había hecho Atenas, a sus amigas y aliadas. Dentro de unos pocos años, se hallarían en condiciones de librar una guerra breve y decisiva. Y en cualquier caso, prosiguió diciendo, antes de dar un paso irreparable, debían aceptar el ofrecimiento ateniense de arbitraje. De otro modo, parecería, tuviera o no razón, que Esparta y no Atenas había roto la paz.

Dicen que su discurso produjo considerable efecto. Pero se había llegado a un punto en que no se trataba ya de una elección entre la paz o la guerra sino de cuándo resultaría más conveniente iniciar la guerra. En semejante estado de ánimo, la gente no suele pensar u obrar con paciencia o deliberación. Lo que desea es una rápida y simple solución de un problema que, por exigir mucho a sus capacidades intelectuales, la llena de ansiedad. Y más que a cualquier otro pueblo, a los espartanos les satisface oír una enunciación llana, por errónea que sea, que los libere de la necesidad de emplear cualesquiera facultades críticas o analíticas que posean. Y su orgullo por valerse sólo de unas pocas palabras deriva de la gran satisfacción que experimentan al no tener que considerar al mismo tiempo más que una o dos ideas. Y así el discurso del éforo Estenelaidas, al eludir cualquier cuestión importante que hubiera podido plantearse, resultó mucho más eficaz que la juiciosa exhortación del rey Arquidamo. ‘Los

atenienses –dijo– pronuncian siempre largos discursos para alabarse a sí mismos. Si eran hombres buenos en la época de las guerras con Persia, resulta tanto más lamentable que ahora sean malos. Cuanto queremos oír es que dejan tranquilas a nuestras aliadas. Pero nada dicen sobre este punto. Debemos proteger a nuestras aliadas. Por lo tanto, debemos librar la guerra.’

En su condición de magistrado que presidía la Asamblea, puso entonces la cuestión a votación y, por gran mayoría, se aprobó la guerra.

Después de esto hubo un intervalo de casi un año antes de que comenzaran las hostilidades, pues los espartanos y sus aliados necesitaban tiempo para hacer los preparativos indispensables. Durante este intervalo, los atenienses ordenaron sus defensas, pero no emprendieron ninguna acción bélica. Los espartanos mostraban gran ansiedad ante la perspectiva de que se los considerara los primeros que habían roto la tregua y, por medios diplomáticos y de otra índole, intentaron crear la impresión de que la guerra era justa y de que se les había impuesto. Tales maniobras revisten interés psicológico más que político. Después de la votación en la Asamblea espartana, no había ya posibilidad de paz.

En primer término, los espartanos se las arreglaron para lograr una respuesta del oráculo de Delfos en el sentido de que ‘si combatían con todas sus fuerzas, el dios estaría de su lado’. Luego enviaron una embajada a Atenas para pedir a los atenienses que conjurasen ‘la maldición de la diosa’. Era una oscura referencia a sucesos ocurridos algunas generaciones antes, cuando un remoto antepasado de Pericles había sido anatematizado. Sin duda, los espartanos esperaban fortalecer así cualquier opinión que en Atenas se opusiera a Pericles. Pero el apoyo a Pericles fue casi unánime. Los atenienses replicaron pidiendo a los espartanos que conjurasen ‘la maldición de la casa de Latón’, también una referencia en cierto modo oscura a un acto de sacrilegio más reciente cometido por un gobierno espartano.

Luego llegó una segunda embajada para pedir que Atenas concediese la independencia a Egina, revocase el decreto megarense y abandonase el asedio de Potidea. Como era de esperar, Atenas rechazó todas estas exigencias.

Por último, arribaron enviados espartanos que, sin mencionar ninguno de esos temas en particular, se limitaron a decir: ‘Esparta quiere la paz. La paz es posible si dais a los griegos su libertad’. A nadie impresionó esta muestra típica de la hipocresía espartana. Los espartanos y sus aliados ya habían movilizado el ejército y, a principios de la primavera, comenzaron a avanzar, a través de la frontera megarense, hacia Atica.

CAPITULO XVII

LOS ÚLTIMOS AÑOS

No es mi intención, amigos míos, describir los sucesos de la guerra actual. Me limito a hacer lo que me pedisteis, que es referiros cuanto se acerca del amigo a quien amé y admiré. Desde el instante en que los del Peloponeso invadieron Ática, no vivió mucho más de tres años y durante casi dos de esos años perdí contacto con él, pues yo vivía ya en Lampsaco. En ese período no ocurrió nada que revelara algún aspecto del hombre que yo no hubiese ya notado. Uno de sus rasgos más notables es su extraordinaria coherencia. En este periodo de crisis se comportó como se había comportado siempre; habría modificado sus opiniones si hubiese tenido alguna razón para cambiarlas, pero la verdad es que cada una de sus apreciaciones quedó confirmada. El único acontecimiento que trastornó sus cálculos fue algo que no cabía prever en modo alguno, y siempre había subrayado la importancia de lo imprevisible. Su única desgracia política (de la que pronto se recobró) fue originada por ese mismo quebrantamiento nervioso de sus conciudadanos contra el cual los había prevenido por anticipado.

En el comienzo de la guerra su autoridad era indiscutida. Algunas de sus órdenes eran impopulares, pero eran lógicas y precisas, muy bien explicadas y mejor obedecidas. Creía que Atenas era invencible mientras no disipara su energía humana y su flota dominara los mares. Nada previsible, excepto la temeridad o la impaciencia, podía, en su opinión, infligirle ningún daño vital. Trazó y explicó su estrategia desde el principio. Como en toda oportunidad, mostró la justeza e intrepidez del

que ve en forma clara y distinta lo que es esencial y aquello que no lo es. Dijo a los atenienses que sus bienes en el mundo estaban dondequiera pudieran llegar sus buques. Podían deshacerse de sus fincas, de sus casas de campo, de la tierra que poseían en Ática. De lo que no podían deshacerse era de su energía humana, de su flota y de su imperio. Así, habían de evitar toda batalla campal con el grueso del ejército del Peloponeso y, en lo que concernía a las operaciones en Ática, debían contentarse con emplear la caballería para impedirles la retirada a los destacamentos enemigos aislados y cortar las líneas de aprovisionamiento. Cada año habían de zarpar flotas hacia el Peloponeso para hacer estragos en las costas y construir bases fortificadas desde las que pudieran acometerse otras operaciones. Advirtió al pueblo que los meses durante los cuales debía abandonar sus fincas y refugiarse tras las fortificaciones de la ciudad serían duros y que debían estar preparados para afrontar ciertas pérdidas. Pero debían reconocer que la pérdida de casas y de cosechas no tenía ninguna importancia. Las casas podían volver a construirse y las tierras podían sembrarse de nuevo y, entretanto, toda la tierra del mundo que pudiera alcanzarse por mar estaba a su disposición. Si alguien iba a sufrir por falta de alimentos, éstos serían los del Peloponeso, que nada importaban y que, al invadir Ática, descuidarían el cultivo de sus propias tierras.

De modo que, tan pronto como se supo que se acercaba el ejército enemigo, los atenienses transportaron sus ganados a la costa y los embancaron con destino a Eubea y otras islas. Ellos mismos, tomando todos los bártulos que podían transportar, se dirigieron a la ciudad. Los más afortunados fueron a vivir a casa de amigos o parientes, pero la mayoría hubo de acampar en parques o templos, o en el terreno en que no había construcciones del suburbio de Praieo y, también, cerca de las Murallas Largas.

Así se había procedido todas las veces que se habían producido invasiones y hoy en día los atenienses aceptan esta situación como casi natural. Una vez que los ejércitos enemigos se retiraban, volvían a sus casas, reconstruían lo que podían, transportaban de nuevo sus rebaños y ganados y reanudaban, en la medida de lo posible, su vida normal desde del otoño hasta la primavera siguiente. Pero en este primer año de guerra todo parecía extraño y casi insostenible. Los atenienses que viven fuera de los muros de la ciudad sienten mucho apego por su casa, sus templos locales y toda la tradición de la comarca. Desde luego, se enorgullecen de Atenas, pero también profesan, como es natural, profundo afecto por sus propias aldeas, a las que consideran de algún modo superiores a todas las demás. Asimismo, están acostumbrados a la seguridad y al éxito. Hoy día, sólo los ancianos pueden recordar la época de la invasión persa, cuando los atenienses hubieron de abandonar no sólo el país sino también la ciudad. Nunca habían visto, como Pericles y yo, flotar nubes de humo sobre Ática, que señalaban la destrucción de sus hogares. Y así, si bien cabía con- vencerlos de la sabiduría de la política de Pericles, los resultados de llevarla adelante les parecían casi intolerables. Pronto cundió el descontento que Pericles había predicho. ‘¿Qué general es éste –decían una y otra vez– que posee un ejército y no lo utiliza?’

En verdad, Pericles utilizó el ejército tal como se había propuesto hacerlo. Mientras los del Peloponeso estaban todavía en Ática, envió una flota de cien naves con mil hoplitas y una numerosa dotación de arqueros para realizar incursiones por la costa enemiga. Esta fuerza hizo por lo menos tantos estragos como los que había hecho el enemigo en Ática, y acaso provocó no menos ansiedad que éste, pues nadie podía saber dónde asestaría el próximo golpe. Entretanto, tres mil hoplitas sitiaban aún Potidea; muchos más ocupaban puestos en Ática y defendían las fortificaciones de la misma Atenas. Y hacia fines de año los atenienses pudieron experimentar al menos la satisfacción de haber ocasionado tantas pérdidas al enemigo como las sufridas por ellos. Durante el verano arrojaron de Egina a toda la población y volvieron a establecer en la isla una colonia ateniense; por lo demás, y una vez que los del Peloponeso se retiraron, el propio Pericles invadió, a la cabeza de un gran ejército, el territorio de Megara y asoló todo el país, demostrando así que los espartanos no se hallaban en condiciones de defender a sus aliados.

Y así, cuando finalizaba el año, había desaparecido buena parte del descontento que se había sentido contra Pericles durante los primeros meses. Cualquier hombre inteligente comprendía el valor y eficacia de su estrategia. Atenas había perdido algunas propiedades, pero pocos hombres; había ocasionado más daños al enemigo que los que había padecido; mostró que, mientras que sus enemigos sólo podían operar por breve tiempo y en un solo lugar, sus fuerzas podían golpear dondequiera lo desearan y en cualquier momento. Cuando, hacia fines de año, se planteó la cuestión de quién había de pronunciar el habitual discurso en los solemnes funerales de los que habían perdido la vida en la guerra, el pueblo, sin vacilar, confió una vez más este honor a Pericles. Su discurso fue el más

conmover y hasta diría el más grandioso que yo haya escuchado. No intentó justificar ni con una palabra su minuciosa política. Su objetivo era honrar a los muertos y convencer a los vivos de que, si bien la vida era preciosa, aquéllos habían muerto por algo más precioso aún. Para él, Atenas no era sólo grande sino absolutamente única. Considero que esta opinión es acertada. Cuando Pericles (o, para el caso, Sófocles o Eurípides) habla de Atenas, las palabras de que se vale son del todo distintas de lo que resulta habitual en la literatura o la declamación patriótica. La victoria, el valor, la resolución, el honor, son los temas de siempre, pero estos atenienses apelarán también, y del modo más señalado, a otras cualidades como la sabiduría, la belleza, la adaptabilidad y la perfección. En aquel primer año de guerra se representó una nueva tragedia de Eurípides, Medea. Sólo se le otorgó el tercer premio, en gran medida, según pienso, debido a que la complejidad psicológica de la protagonista no satisfizo al auditorio.

Pero todos en el teatro oyeron con el más profundo placer y con extraña reverencia uno de los coros. En ese coro, Eurípides parece haber expresado tanto la antigüedad de Atenas como su vertiginosa modernidad. Hasta donde alcanza mi memoria, reza así:

Desde antiguo los hijos de Erecto son
espléndidos, hijos de los dioses bienaventurados. Viven
en id santa tierra de Atenas, nunca conquistada,
donde la sagrada Sabiduría los alimenta, y gozosamente van
siempre a través de ese aire brillantísimo donde, según dicen,
aquella dorada Armonía dio a luz las puras
nueve Musas de Pieria,
y junto a la dulce corriente del Cefiso,
donde Cípris floto, según dicen, para hacer manar agua,
dulces suaves brisas alentaban a lo largo de su sendero
y a su cabello arrojaban fragantes guirnaldas
de flores de rosas los Amorcillos, compañeros
de la Sabiduría, su escolta, auxiliares de los hombres
en toda suene de excelencias.

Ésta era, amigos míos, la Atenas que yo conocí y que pronto perdería. No es que mis calamidades, que acabaron en una vida feliz y pacífica en Lampsaco, tengan la mínima importancia. Lo que más me conmueve, cuando pienso en las grandes y altivas palabras de Pericles y de Eurípides, es que expresaban la verdad, y acaso sigan siendo ciertas aun después de la miseria y la desilusión que se abatieron sobre la ciudad y sobre el propio Pericles.

El año siguiente comenzó con confianza y terminó en un clima de histeria, ilegalidad, terror y persecución. Los atenienses nunca temieron a sus enemigos; si sufren una derrota, redoblan sus refuerzos para lograr la victoria. Pero ahora debían afrontar un peligro contra el que no podían luchar y a un enemigo cuyos ataques eran súbitos, imprevisibles e irresistibles. No habían sido muchos los muertos en el campo de batalla durante el primer año de guerra, y todos ellos habían sido sepultados con gran solemnidad. Los que murieron de peste en el segundo y tercer años fueron innumerables; sus cadáveres yacían en las calles, donde ni siquiera las aves de rapiña ni los perros hambrientos los tocaban, tapaban las cisternas o, si se los enterraba, se hacía de forma rápida e indecente.

Poco después de que los espartanos invadieron Ática en la primavera, llegaron del Pireo noticias de las primeras víctimas de esta enfermedad. A la semana, se había extendido a la ciudad alta, donde la gente comenzó a morir como moscas. Además, la muerte era particularmente dolorosa y, en todas sus diferentes formas, horrible de ver. Algunos morían delirando de sed y fiebre, otros a causa de ininterrumpidos vómitos, ulceración de las entrañas y consunción. Muy pocos de los que cogieron la enfermedad se repusieron, y nadie sabía quién podría contraerla y quién eludirla.

Las reglas higiénicas recomendadas por los médicos probaron ser del todo ineficaces, y murieron más médicos consagrados a su tarea que cualquier otra clase de ciudadanos. También eran ineficaces las oraciones y ofrendas a los dioses. Nada ofrecía garantías de protección; los sanos eran tan susceptibles a la contaminación como los enfermos; los que se habían señalado por su piedad morían junto a criminales y blasfemos. Era aquélla una situación en la que toda la decencia, la confianza mutua y las convenciones sobre las que se funda la vida civilizada, resultaban impotentes para guiar, estimular, o refrenar. Ocurría algo que estaba más allá de toda costumbre y de toda

comprensión, y sin la costumbre ni la comprensión la naturaleza humana está sentenciada a pender su integridad y a sumergirse en el caos. En algunos casos individuales, el terror, el miedo y la confusión llevaban a la desesperación, a la abyecta cobardía, a la furia atolondrada, a la apatía o al vicio, conforme al carácter, circunstancias o constitución física de cada cual. Durante este período fueron pocos los que conservaron su virtud, su valor y su buen sentido; y como era de esperar, esta corrupción continuó propagándose con el transcurso del tiempo.

Al principio, los atenienses proseguían la guerra con vigor.

Cuando los espartanos estaban todavía en Ática, el propio Pericles zarpó dirigiéndose al Peloponeso con ciento cincuenta naves, que transportaban considerables fuerzas de infantería y caballería.

Cuando la flota estaba a punto de zarpar y Pericles se embarcaba en la nave capitana, hubo un eclipse de sol. De haber ocurrido esto estando el año más avanzado, o de haber mandado la expedición cualquier otro, es probable que todo el esfuerzo hubiese quedado paralizado por el terror supersticioso. En fin, el timonel del navío de Pericles estaba demasiado aterrado como para dar las órdenes necesarias. Pericles se quitó entonces su capa de general, la desplegó frente a los ojos de ese hombre y dijo: ‘¿Consideras esto un terrible presagio?’. El timonel admitió que no lo consideraba así, y Pericles le preguntó luego: ‘¿Hay acaso alguna diferencia entre esto y el eclipse, como no sea que el eclipse fue causado por algo más grande que mi capa?’. Al punto, él mismo impartió las órdenes para las libaciones y, cuando volvió a brillar la luz del sol, la flota se hizo a la mar llena de confianza. Como en el año anterior, infligieron más daño al enemigo que los que el enemigo podía infligirles en Ática. Pero ni ellos ni los espartanos podían hacer los estragos que hacía la peste.

Cuando Pericles retornó de esta expedición, halló que los espartanos se habían retirado, temiendo sin duda contaminarse, y que la peste asolaba aún más despiadadamente la ciudad. Decidió entonces permanecer en Atenas. El ejército y la flota que habían realizado incursiones depredadoras por el Peloponeso, fueron puestos bajo el mando de Hagnon y enviados hacia el norte, a fin de reforzar el ejército que sitiaba Potidea. Pero algunas de estas tropas habían contraído ya la enfermedad y la llevaron consigo a Potidea, donde contaminaron a los hombres allí destacados. A las seis semanas, Hagnon había perdido la cuarta parte de sus hombres y se vio obligado a regresar a Atenas, sin haber logrado nada útil.

Y ahora, con la visión y fetidez de los cadáveres por todas partes, con el temor que cada hombre sentía por su propia vida, con los hogares y fincas destruidos y sin contar ni siquiera con el estímulo de la victoria, los atenienses, incapaces de comprender como se habían abatido tan repentinamente sobre ellos tales infortunios, cayeron en un estado de ánimo de total desesperanza, animados sólo por la acritud y la irritación. Si pensaban en la guerra, sólo querían concertar la paz a cualquier precio. Deseando cargar sobre alguien la responsabilidad de su propia irresolución y de sus innecesarias aflicciones, comenzaron a censurar a Pericles por todo lo ocurrido. Bien hubiera podido, decían, evitar la guerra, olvidando que ellos mismos la habían votado. O bien hubiera podido adoptar una estrategia distinta. Era preferible morir en el campo de batalla, combatiendo contra los espartanos, que perecer enjaulados tras las fortificaciones, en edificios que sólo dejaban de estar atestados a causa del número de muertes. O acaso, se decía, hubiera cierta verdad en lo que se murmuraba de la casa de Pericles: que sobre ella pendía una maldición.

Los ataques contra Pericles comenzaron, como en el pasado, con ataques contra sus amigos. Yo fui una de las primeras víctimas, pues se me acusó de impiedad y de simpatías pro persas. No es necesario que yo, a quien todos vosotros conocéis, comente lo absurdo de semejantes cargos que, desde luego, sólo perseguían el propósito de desacreditar a mi amigo. Pericles, agotado como estaba por el ininterrumpido trabajo y la ansiedad, me hubiera defendido de buena gana ante el tribunal, pero sabía que su posición era ahora más débil que nunca y temía que su intervención pública me perjudicara en vez de beneficiarme. Recuerdo la dulce sonrisa con que dijo: ‘Solías enseñarme a poner primero las cosas primeras. En esta situación, lo primero es tu vida’. Y así, como sabéis, seguí su consejo. Aún tenía suficiente poder como para impartir órdenes que se obedecieran. Puso a mi disposición un buque que me trajo a Lampsaco, y aquí me confió a la bondad de aquellos de vosotros que sois sus amigos. No es éste el lugar de agradecer el haberme dispensado el generoso trato que el propio Pericles habría deseado. Tampoco vale la pena que me demore en mis sentimientos personales cuando me despedí de él. Si digo que sentí más preocupación por él que por mí mismo, acaso parezca que me permito una jactanciosa afectación; pero si vosotros lo conocisteis y amasteis como yo, creeréis que he dicho la verdad.

Nunca volví a verlo. Lo poco que me resta decirlo lo conozco de oídas, pero mis fuentes son dignas de confianza. He recibido con regularidad noticias de Hagnon y, asimismo, el joven Tucídides, que contrajo la peste pero por suerte pudo reponerse, me envió algunas relaciones muy conmovedoras y claras de los acontecimientos. No es el único que profesó suma devoción por Pericles, pero es notable por la claridad con que lo comprende.

Al parecer, muy poco después de que yo escapara de Atenas, Pentes convocó una reunión de la Asamblea. Habló con su habitual autoridad a un auditorio que, si bien le era hostil en su mayoría, lo escuchó con respeto y siguió sus argumentaciones, aunque estaban resueltos a no simpatizar con ellas. Se expresó con profundo sentimiento acerca de los padecimientos a que todos estaban expuestos, y se refirió con humor a las iracundas críticas de que era objeto. Si habían de censurarlo, dijo, por todos y cada uno de los infortunios que se les presentaban, entonces debía esperar que lo alabaran por cada golpe de suerte. Del mismo modo, bien podían alabarle o censurarlo conforme al estado del tiempo. En cuanto a su poder, sabían de sobra que lo dejaría de buena gana si podían encontrar a alguien más capaz de usarlo con sabiduría, en beneficio de todos. Pero el fin principal de su discurso era devolverles el valor y la resolución y dejar bien sentado que no debía hablarse de concertar una paz deshonrosa. Les dijo que ni siquiera ahora tenían conciencia de su propio poderío. El mundo entero, dijo, podía dividirse en dos partes, la tierra y el mar, y los atenienses eran imbatibles en una de esas dos partes. Este poder de que disponían era de una categoría del todo distinta a la de la propiedad de tierras o casas. Mientras conservaran la libertad, podían recuperar lo que hubiesen perdido, pero si se sometían una vez a la voluntad de otros, perderían todo lo que aún poseían. No podía hablarse de enviar embajadas a Esparta. Lo que había hecho la grandeza de los atenienses era su capacidad para sobrellevar el infortunio con el más alto valor, y para reaccionar contra él con toda energía.

En esta ocasión, los atenienses procedieron de un modo extrañamente ilógico, pero, considerando las variadas emociones y los sufrimientos sin precedentes, no más perjudicial que el que hubiera podido esperar cualquier estudioso de la naturaleza humana. Estaban tan acostumbrados a confiar en el juicio de Pericles y a seguir la exactitud y certeza de sus argumentos, que aceptaron una vez más la verdad de sus análisis y, desde entonces, no pensaron ya en la paz sino que mostraron una renovada energía para librar la guerra. Por otro lado, consideraron esencial que alguien que no fuese ellos mismos cargara con la responsabilidad de los padecimientos que no podían comprender y que todavía perduraban, pues era aún pleno verano y sólo a principios de otoño comenzó a disminuir la violencia de la peste. Y así, depusieron a Pericles de su cargo de general y lo sentenciaron a pagar una elevada multa en dinero.

Por primera vez en quince años, Pericles no desempeñaba cargos públicos, si bien los que ahora gobernaban seguían su política y buscaban una y otra vez sus consejos. Como me dijo Hagnon, Pentes soportó su desgracia con dignidad. Había logrado lo que le parecía vital, esto es, que la guerra continuara librándose con resolución y, antes de que finalizara el año, Potidea había capitulado y Formion había conquistado una brillante victoria en el golfo de Corinto, demostrando así, una vez más, la completa superioridad de la flota ateniense.

Pero en su vida privada Pericles sufrió tantos infortunios como cualquier otro. Primero, murió su hermana, de la peste, y luego sus dos hijos, Jantipo (con quien nunca se había reconciliado) y Panalo. Su familia se había pues extinguido, porque el hijo que tenía de Aspasia, el joven Pericles, estaba descalificado para la ciudadanía. Dícese que cuando, en el funeral de Panalo, su padre depositó una corona sobre el cadáver, no pudo contener las lágrimas. Antes sólo una vez había mostrado su pesar en público.

Poco después, el propio Pericles contrajo la peste y, por algunas semanas, sus amigos desesperaron de salvarlo. Durante este tiempo se verificó un cambio repentino de sentimientos entre los atenienses. Los habían alentado las victorias, así como el hecho de que, con el clima más frío, eran cada vez menos los que contraían la peste. Ahora comenzaban a lamentar lo que reconocían como ingratitud hacia el hombre que los había conducido durante tanto tiempo y que, aun en la desgracia, había continuado inspirándolos.

Se apenaron por sus desgracias privadas y consideraron que ellos mismos quedarían deshonrados si él moría con la reputación y el poder disminuidos. Así como habían censurado a Pericles por decisiones que ellos mismos habían adoptado bajo su guía, ahora comenzaron a censurar a quienes los habían persuadido a decretar su desgracia. Todos los días la gente se interesaba ansiosamente por su estado y, cuando se supo que había grandes posibilidades de que se repusiera, se regocijaron casi tanto como si uno de sus hijos o hermanos hubiera sido devuelto a la vida.

Sé que los miembros del círculo de Pericles permanecieron, sin excepción, leales a él durante todo este tiempo. Hasta el joven Alcibiades, que había vuelto de Potidea con una brillante reputación, se comportó con una gentileza y consideración que sorprendieron a todos aquellos a quienes en el pasado habían chocado a menudo la ligereza y la impaciencia de la conducta del joven en sus relaciones con su tutor. Fue Alcibiades, según se dice, quien apoyó más vehementemente a Hagnon y a otros en la petición de que Pericles fuera general el año siguiente, y creo que no lo hizo por ambición personal, es decir, para realzar el esplendor de su familia, sino porque creía con sinceridad que Atenas no podía prescindir de los servicios de un hombre a quien en el pasado él se había acostumbrado a llamar 'el viejo'. Y estoy seguro de que fue llevado por un sentimiento del deber, antes que por cualquier otro deseo de poder o de gloria, que Pericles consintió en presentarse a la reelección.

El pueblo estaba ansioso y orgulloso de devolverle sus antiguos honores y, simpatizando con sus pérdidas, aprobó un decreto por el que se confería la ciudadanía ateniense a su hijo ilegítimo Pericles. Al parecer, esta medida dio a Pericles más placer que cualquier otra.

Se sentía aún demasiado débil para entrar en el servicio activo, pero continuó asistiendo a todas las reuniones del consejo de guerra, hasta que se hizo patente que su recuperación había sido sólo parcial y que su salud había quedado definitivamente minada. Yació postrado en su casa y apenas era capaz de realizar algunos movimientos durante varias semanas antes de morir. Aunque en los últimos días estaba demasiado débil para hablar, conservó el pleno uso de sus facultades mentales, y la gracia y gentileza de su trato eran las de siempre. Se dice que, poco antes de morir, Aspasia, que en su dolor tendía a ser, como la mayor parte de las mujeres, supersticiosa, le colgó del cuello, cuando Pericles dormía, una especie de talismán o amuleto. Cuando Pericles abrió los ojos, le sonrió y dijo: 'Realmente debo de estar enfermo, si crees que tomare en serio esta tontería'.

Cuando estaba a punto de morir, lo rodearon muchos de sus amigos. Intentaron darle placer hablándole de sus triunfos y victorias, de los trofeos que había conquistado, de las expediciones que había mandado. Se sorprendieron al oírlo hablar, si bien muy débilmente pudo proferir las palabras: 'No estoy orgulloso de esas cosas –murmuro–; muchas de ellas dependieron de la suerte. Estoy orgulloso de que, por mi causa, ningún ateniense haya tenido que llorar a un pariente'.

Así murió mi amigo. Permítaseme añadir que el año siguiente Eurípides ganó el primer premio en el festival dramático con su tragedia Hipólito. Cuando el coro declamaba las últimas palabras, el público se puso en pie y permaneció en silencio, pues consideraron aquellas palabras una alusión al extinto conductor y a su propia pena.

Es éste un dolor común a todos,
y llegó inesperadamente.
Son muchas las lágrimas
que ahora se derramarán,
pues por los grandes hombres las voces luctuosas
perduran no poco.